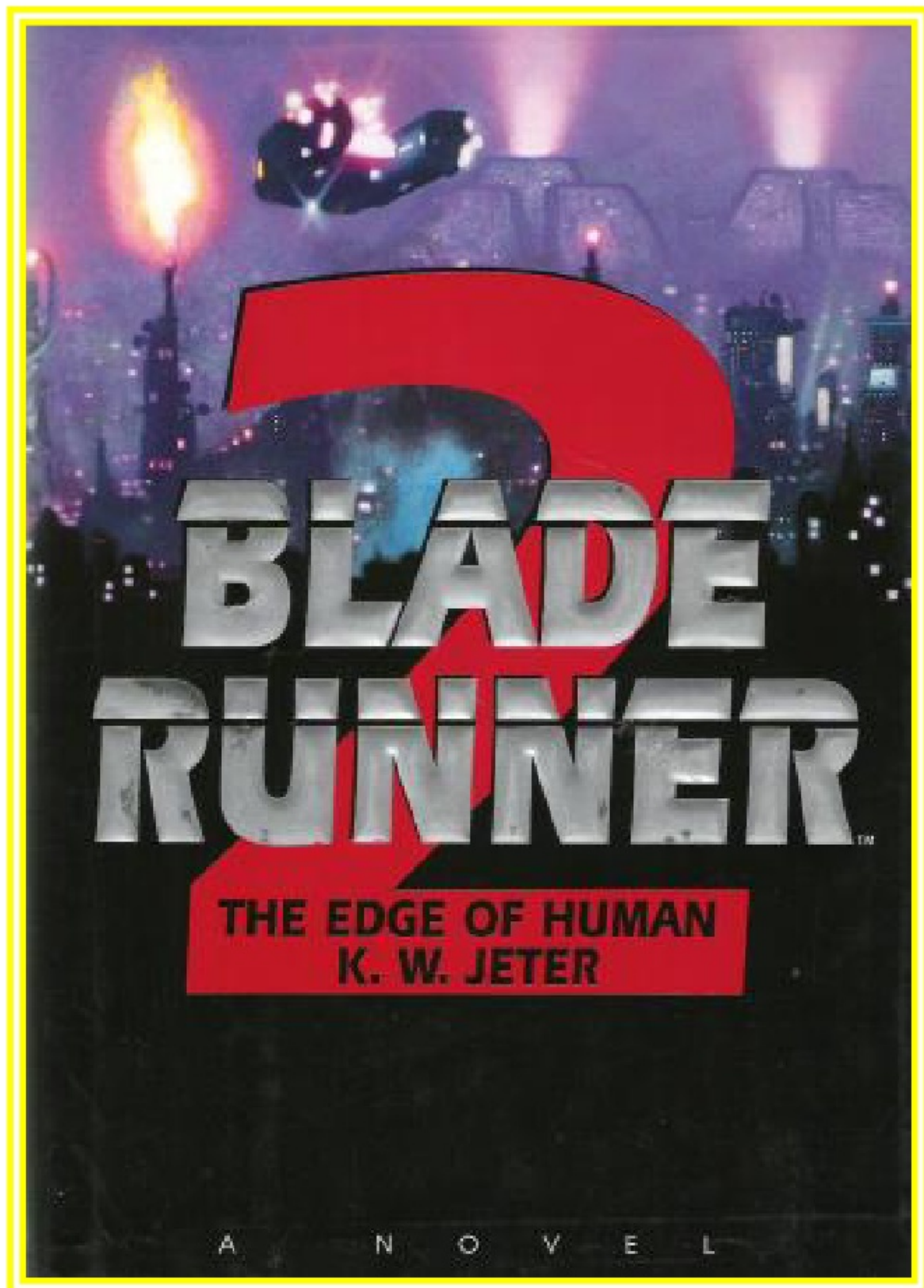






**K.W. JETER**

# **BLADE RUNNER 2**

*El límite de lo humano*



Las cosas vivas y las cosas que carecen de  
vida están intercambiando propiedades...

*Philip K. Dick,*  
*Una mirada a la oscuridad*



*Para Laura, Isa y Christopher.*



## RESUMEN

“Al igual que Philip K. Dick, Jeter tiene el don de describir conspiraciones verosímiles. Esta novela, que plantea numerosos problemas de identidad y provoca conmociones argumentales, y que contiene magistrales descripciones de un Los Ángeles en decadencia... cautivará incluso a los lectores sin experiencia en el universo de Blade Runner.”, Publishers Weekly.

Rick Deckard, el blade runner protagonista de la espectacular película de Ridley Scott, vuelve a internarse en la jungla de acero y microchips para cazar replicantes, androides renegados. Pero Deckard se convierte en un cazador cazado. Le acusan de haber asesinado a un ser humano, al que confundió con un replicante. Le acusan de ser él mismo un replicante.

Le busca la policía. Le busca su antiguo compañero Dave Holden. Le busca un asesino despiadado. Y Deckard corre contra el tiempo para salvar a su amada Rachael, una replicante.



**ÁNGELES AGOSTO, 2020**



## 1

«Si todos los asesinatos empiezan a parecerte iguales, ha llegado el momento de que cambies de trabajo.»

—Un consejo excelente —murmuró Bryant para sí mismo—. Beberé por eso. —Tomó un buen trago, y un chorro de lo que parecía gasolina mezclada con gelatina se esparció sobre su úlcera. Mientras dejaba el vaso encima del escritorio y volvía a llenarlo, se dio cuenta de que apenas podía respirar —. Por eso me busqué un trabajo de despacho.

La tira de papel de dorso autoadhesivo con sus palabras llenas de sabiduría flotaba en el límite de su campo visual. Bryant había abierto el último cajón del escritorio para sacar la botella cuadrada y el pasado se había pegado a ella como si Bryant fuera una vieja serpiente cascada que estuviera arrugando la piel. Los pensamientos brillantes, las iluminaciones repentinas de las tres de la madrugada, las notas de cada suicidio que nunca había llegado a materializarse... Bryant había ido metiendo todo eso ahí dentro hasta que el cajón acabó conteniendo una duna siempre cambiante de papeles amarillentos, los residuos de toda una maldita carrera de policía a los que había que añadir una cantidad de dinero en efectivo del plan de pensiones lo suficientemente grande para que pudiera sonarse las narices con ella. Las tirillas de papel del cajón, algunas de ellas meticulosamente dobladas, otras arrugadas y hechas una bola, eran una réplica exacta del contenido de su cráneo: si algún día los hurgacabezas del departamento de policía veían lo que había dentro de uno u otro, le retirarían permanentemente del servicio por razones psiquiátricas antes de que Bryant pudiera respirar dos veces seguidas.

—Bastardos...

El vaso había vuelto a vaciarse por sí solo entre un pensamiento y otro sin que Bryant se diera cuenta. Metió un dedo entre los temblorosos pliegues de carne de su cuello y tiró del nudo de la corbata hasta aflojarlo. El oxígeno de la comisaría, contaminado por las feromonas del miedo y la desesperación, fue entrando lentamente en sus pulmones. El ventilador colocado encima del archivador intentaba agitar la atmósfera saturada de polvo.



La tierra tembló bajo sus pies, y la vibración atravesó las gruesas suelas de sus zapatos de policía. El tren de los replicantes se deslizó a lo largo de sus rieles de hierro en un túnel lleno de tinieblas, llevando su silencioso cargamento de ojos y mentes eternamente despiertas hacia otra oscuridad. Bryant inclinó la botella, y un chorro de líquido marrón se esparció por encima del borde del vaso.

—Bebes demasiado.

Bryant enseguida supo que aquella voz no era la suya. Ninguna de las voces que se ocultaban dentro de él habría sido capaz de proferir tal estupidez. Entrecerró los ojos para tratar de ver con más nitidez el otro extremo del despacho. Las sombras que se extendían sobre unos pómulos le permitieron reconocer a la persona que acababa de hablar.

—Bebo porque debo hacerlo —respondió—. Estoy deshidratado.

Y por lo menos eso era verdad. Había vuelto a la caverna de la comisaría, tan oscura y enorme como una catedral, después de haber asistido a un funeral del departamento en el que había permanecido inmóvil durante un buen rato bajo un sol abrasador mientras uno de sus compañeros era introducido en un rectángulo vacío de tierra. Gaff, aquel estúpido hijo de perra, por fin había conseguido convencer a una bala para que se le metiera en la tripa, que era lo bastante enorme para que hubieran podido enterrarlo en dos ataúdes. Una doble hilera de la guardia de honor ceremonial del departamento alzó hacia el cielo las lentes plateadas de sus rostros, disparó una salva, enfundó de nuevo sus armas y giró sobre los tacones de sus relucientes botas para alejarse en un lento desfile. Gotas de un sudor tan caliente que parecía sangre se deslizaban por debajo del cuello de la camisa de Bryant.

Después de que todo el mundo se hubiera marchado, Bryant se quedó donde estaba y bajó la vista hacia la placa de latón incrustada en la tierra y los tallos amarillentos de hierba muerta. La inscripción grabada bajo el nombre de Gaff era otra muestra de ciudadano insoportablemente engolado. Ése fue el momento en que por fin empezó a ser realmente consciente de que se estaba asando vivo y lamentó que hiciera tanto calor. De lo contrario, quizás no habría resistido la tentación de escribir su nombre sobre el metal humeante. Gaff nunca le había caído demasiado bien.

La persona que acababa de entrar en el despacho tragó aire y dejó escapar un chorro de humo que el lento giro del ventilador convirtió en una neblina azulada.

—Si el whisky fuera agua, a estas alturas ya podrías haber llegado a China nadando.

Una sonrisa apenas imperceptible aleteó detrás del cigarrillo.



—De acuerdo, te diré lo que vamos a hacer. Puedes contribuir a mi salvación. Evita que me ahogue, ¿eh? —Bryant sacó el segundo vaso del cajón, lo dejó junto al suyo, lo llenó y contempló a su visitante mientras su mano hacía desaparecer el vaso del charco de luz proyectado por la lámpara de su escritorio—. Beber a solas es una mala costumbre.

—Entonces deberías tratar de conservar tus amistades.

—Nunca he tenido amigos. —Esta vez le tocó el turno de sonreír a Bryant, y convirtió la sonrisa en una mueca de dientes manchados por la nicotina y ojos demasiado brillantes—. Sólo los pobres bastardos que trabajan para mí... —Otro largo trago—. Y en cuanto a los blade runners, han recorrido demasiada Curva para ser amigos de nadie.

Una sonrisa todavía más gélida que la suya.

—Sí, ésa es la excusa que suelen utilizar.

Bryant apartó la mirada de su visitante para contemplar las persianas que cubrían las ventanas del despacho. A través de sus angostas rendijas se podía ver no la noche de Los Ángeles, asfixiante en su calor inmóvil y estancado, sino los espacios todavía más oscuros de la primera planta de la comisaría de policía. Al volver del funeral, muerto de sed e irradiando desprecio hacia los malditos rituales de sangre primitivos del departamento, —pensando que cuando la palmara podían limitarse a arrojar lo que quedara de él en los contenedores de basura alineados detrás del edificio—, había pasado junto a varios miembros de los pelotones de élite, altos e impecablemente inmunes al sudor en sus botas de media caña y reluciente equipo negro, cuyas miradas cortantes parecieron clavarse en un punto diminuto situado entre sus omóplatos. Atrapado bajo el desprecio de los arrogantemente hermosos, Bryant se apresuró a esconderse en la mugrienta seguridad de su despacho y decidió empezar a beber con una hora de adelanto sobre el programa habitual.

«Condenados comandos...» Ya se habían ido, ángeles de cuero negro aspirados hacia arriba a través de la espiral de niveles de la comisaría de policía por el sol poniente. Durante aquella época del año los vientos que llegaban del horizonte hacían que la temperatura nocturna bajara hasta rozar los veinticinco grados, y eso bastaba para que la vida de la ciudad saliera a rastras de sus agujeros y las unidades de patrulla se desplegaran por el cielo. Para vigilar y descender...

—Entonces llovía. —Bryant murmuró las palabras con los labios pegados al borde de su vaso—. Sí, me acuerdo de que llovía...

Los monzones de Los Ángeles, la cadena de tormentas que se extendía a través del Pacífico con Bangkok como último eslabón. Los recuerdos destellaron en su mente como una sucesión de relámpagos: pudo verse a sí mismo volviéndose hacia el



rotador mientras hilillos de sangre diluida serpenteaban por el suelo para perderse en las alcantarillas, dejando a aquel pobre bastardo detrás de él. La cinta de la cámara de vigilancia había registrado sus palabras: «Bébetelo una por mí, amigo». Era el consejo estándar de Bryant, el que siempre le daba a todo el mundo.

Y también había alguien más observando la escena desde el otro lado de la calle, con el telón de la lluvia ondulando delante de su silueta. Bryant había alzado la mirada hacia el retrovisor del rotador y la había visto. Hubiese podido ordenar a Gaff que invirtiera el curso del rotador para volver y matarla, pero no lo había hecho. Había querido que fuese Deckard quien la matara.

Todo aquello había ocurrido hacía ya mucho tiempo, cuando llovía.

—No hace tanto de eso...

Las palabras sólo habían sido un murmullo surgido de sus labios mientras dejaba el vaso vacío encima del escritorio. El paisaje de la memoria fue sustituido por la inmensidad llena de penumbra que se extendía más allá de las persianas, aquellos recintos abandonados, desiertos bajo sus techos altísimos, cerrados y clausurados...

Una nueva preocupación cruzó velozmente por la mente de Bryant, tan molesta como un cosquilleo que se agitara en el interior de su cráneo. Hizo girar la silla hasta quedar de cara a su visitante.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Hay formas de hacerlo. —La persona oculta entre las sombras bajó la vista hacia el vaso que tenía en la mano—. Siempre hay formas. Ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí. —No hubiera tenido que preguntárselo—. Pero... ¿Por qué? ¿Por qué has venido aquí? Pensé que nunca volvería a verte poner los pies en este despacho.

—Te he traído algo.

Bryant permaneció inmóvil mientras el vaso, de cuyo contenido apenas se había tomado un sorbo, era depositado junto al suyo. Su visitante se recostó en su asiento, metió el brazo dentro de la chaqueta y volvió a sacarlo con la mano llena de metal negro. Bryant sintió que se le cortaba la respiración cuando vio qué era.

No tuvo tiempo para volver a tragar aire. El disparo llenó de ecos el despacho, lo suficientemente ruidoso para que los bordes de las persianas, afilados como cuchillos, entrechocaran unos con otros.

La bala le dio de lleno en el corazón, levantándolo de la silla, estirándole los brazos y tensándole la garganta mientras su cabeza salía despedida hacia atrás. Bryant vio cómo una salpicadura roja se esparcía sobre el mapa de islas manchadas de las losetas acústicas.



«Menuda sorpresa», pensó. La silla se volcó y depositó su cuerpo sobre el suelo del despacho, donde Bryant se maravilló ante aquella nueva oscuridad que estaba empezando a desplegarse a su alrededor. Los últimos segundos de consciencia se volvieron elásticos y se estiraron interminablemente, tal como siempre le habían dicho que ocurriría. «Pero tendría..., tendría que haberlo sabido...»

Vio el rostro de su visitante suspendido encima de él mientras se aseguraba de que estaba muerto, o a punto de morir. Una tira de papel amarillo en la que había escrito algo, unas palabras que en un tiempo muy lejano habían parecido terriblemente importantes, flotó por el aire y acabó cayendo sobre las yemas de sus dedos, que ya estaban perdiendo la sensibilidad.

Las persianas habían dejado de chasquear, y el eco del disparo se fue desvaneciendo en las inmensidades vacías de la comisaría de policía. Bryant, como desde muy lejos, oyó el chirrido de la puerta al abrirse y el rápido alejarse de los pasos de la persona que había venido a verle.

Un torrente de sangre que no podía tragar invadió su boca. Lo último que pensó fue que le hubiera gustado poder gritar, hacer volver con un último grito a aquella visita que ya se había ido...

Para poder decirle hasta qué punto le estaba agradecido.



## 2

Una navaja de luz desgarró el cielo.

Deckard alzó los ojos hacia las ramas que se entrecruzaban sobre él y contempló el cielo a través del espeso dosel del bosque. Su mirada fue recibida por el silencio, porque fuera lo que fuese lo que había abierto aquella herida delgada como un cabello que iba impregnando la noche con un lento derramamiento de llamas, se encontraba demasiado lejos para que pudiera ser oído. Deckard fue siguiendo su avance bajo los puntitos de gélida luz de las estrellas: del sur al norte, desviándose hacia el este. Eso quería decir que venía de Los Ángeles, claro. ¿De qué otro sitio podía venir?

El largo chispazo se desvaneció, dejando una huella rojiza que estaba más dentro del ojo de Deckard que en las capas superiores de la atmósfera. Siguió observando el cielo, con la cabeza echada hacia atrás, mientras se arrodillaba para añadir un poco más de madera caída en el suelo a la brazada que ya sostenía contra su pecho. El viajero del cielo, fuera quien fuese, había reducido súbitamente la potencia motriz de largo a corto alcance, y ésa era la razón por la que el trazo de luz se había interrumpido de una manera tan brusca. El rotador podía descender en cualquier lugar situado a cien kilómetros a la redonda de aquel lugar.

Deckard deslizó un brazo por debajo del montón de ramas, se incorporó, giró lentamente sobre sus talones y aguzó el oído, aunque sabía que el vehículo estaría encima de él antes de que pudiera oírlo. Después deslizó la otra mano debajo de la solapa de la chaqueta y acarició la empuñadura del arma que encontró allí.

Silencio, salvo por las criaturas diminutas que se arrastraban a través de la alfombra de hojas muertas y agujas de pino que se extendía debajo de sus pies. Volvió a alzar la mirada hacia el vacío cielo nocturno, y después inició el lento ascenso de la pendiente que llevaba a la cabaña.

—Ya estoy en casa, cariño.



El chiste no tenía ninguna gracia, porque dentro todo estaba tan silencioso como fuera. «¿Por qué no te vuelas la cabeza con la pistola? Eso sería prácticamente igual de gracioso...» Cerró la puerta de tablones de madera con un golpe de talón y dejó caer el manojo de ramas en el rincón junto a la estufa oxidada. Había dejado que el fuego se apagara hacía unas cuantas horas, y mientras dormía su aliento había formado una capa de hielo sobre la única y diminuta ventana de la cabaña. Deckard había emergido lentamente del nido de mantas acumuladas sobre el suelo: siempre dormía al lado del ataúd negro, como si pudiera deslizar el brazo alrededor de los hombros de Rachael y acercarla a él, abrazándola sin matarla, confundiendo sus sueños desprovistos de palabras con los suyos mientras las manecillas del reloj iban royendo los últimos minutos de la vida de Rachael.

Pero en vez de hacer todo eso tenía que conformarse con dormir a solas, con la única compañía de su mano pegada al frío metal de la máquina como si pudiera percibir a través de las capas de microcircuitos el pulso congelado de su corazón, oír aquella respiración tan parecida a un suspiro interminable que necesitaba horas para completar una exhalación...

Una vez, hacía ya casi un año, había colocado la tambaleante silla de madera de la cabaña al lado del ataúd, se había sentado en ella y había contemplado el imperceptible movimiento del pecho de Rachael, que subía al compás microscópico de la absorción de oxígeno. Se había mantenido lo más inmóvil posible, inclinado hacia adelante con el mentón apoyado en los puños doblados, para así poder detectar el lento ritmo de su semivida a través del cristal del ataúd. Cuando se echó hacia atrás, todo un ciclo de la respiración de Rachael más tarde, las sombras habían invadido tanto la habitación como el hueco que se agazapaba entre sus pulmones.

Encendió la estufa, ajustó los quemadores y se incorporó. Después se estuvo calentando las manos durante un momento, con la columna vertebral encogida dentro de la larga gabardina que le había prestado excelentes servicios en la ciudad pero que resultaba totalmente inadecuada allí. Se frotó los dedos exangües hasta expulsar de ellos el frío del bosque y después miró por encima de su hombro. Rachael seguía durmiendo, y murriendo, tal como hacía cuando la había dejado..., y tal como seguiría haciendo hasta que Deckard la despertara, no con un beso, sino con un minúsculo ajuste en el panel de control del ataúd.

—Bueno, bueno... Esto ya está un poco mejor, ¿no?

Había hablado en voz alta no para oír su voz en el silencio, sino para acordarse de la de ella. Quería recordar qué había sentido al oír su voz, y qué sentiría cuando volviera a oírla. Los cristales de hielo se fueron derritiendo sobre el cristal de la ventana, cubriéndolo con un frío rosario de lágrimas.

—Vamos a ver qué tal te encuentras.



«Oh, sí, seguro que estás estupendamente...» Sus manos ya habían recuperado la flexibilidad suficiente para que pudiera cuidar de ella de la única manera en que le estaba permitido hacerlo. Se arrodilló junto al ataúd negro, tal como lo había hecho antes delante de la estufa de madera. Los dos caballetes que había improvisado con clavos y trozos de tablones evitaban que el artefacto tuviera que reposar sobre el sucio suelo de la cabaña. Deckard introdujo una uña en el borde del panel y lo levantó.

—Los metabólicos vuelven a estar un poco demasiado altos, ¿no? —Había llegado a estar tan familiarizado con el funcionamiento del panel y con los indicadores y diales que revelaba, que podía leer los datos sin tener que traer la lámpara de queroseno de la mesa—. Bueno, todo va bien —murmuró. Como inclinarse entre una oscuridad absoluta para encontrar un beso—. Voy a arreglarlo enseguida.

Hizo que las cifras luminosas volvieran a los valores correctos con la yema de un dedo y después cerró el panel.

Encima del ataúd había un calendario dejado allí por los anteriores ocupantes de la cabaña, fueran quienes fuesen. Cuando él y Rachael llegaron a aquel lugar, ni siquiera había arañas en las viejas telas que colgaban a lo largo del techo. El calendario era de hacía dos décadas, y su ya algo borroso holograma mostraba los disturbios con los que Nueva York había celebrado el milenio en Times Square. Daba igual, porque Deckard sólo lo usaba para ir marcando los días, el intervalo que una parte de su cabeza, la que todavía funcionaba de una manera racional, había decretado que deberían transcurrir hasta la próxima vez en que volvería a despertarla.

Al principio la despertaba cada mes, y el largo sueño de Rachael quedaba interrumpido durante un día entero, veinticuatro horas de vida consciente, tiempo para estar juntos. Ése era el tiempo real, porque todo lo demás —y para él todavía más que para ella— se reducía a una simple espera. Por lo menos Rachael podía dormir mientras se iba muriendo. Deckard ni siquiera tenía ese consuelo.

Los despertares habían quedado reducidos a doce horas cada dos meses. Era una decisión que tomaron juntos mientras planificaban la oscura y terrible economía de la muerte de Rachael. «¿De su muerte? —pensó Deckard—. No. De la mía.»

Se incorporó y dio un paso hacia atrás. Los números del calendario, negros bajo las X que había trazado con un trozo de madera medio consumida que sacó de la estufa, formaban pulcras hileras de lápidas sobre la página enroscada por la humedad. Todavía tendrían que transcurrir dos semanas y media hasta que pudieran volver a estar juntos.



Nervioso y sin saber qué hacer, volvió a salir de la cabaña. Se detuvo bajo la angosta bóveda de la catedral de los árboles y acarició el arma que llevaba debajo de la chaqueta, y se preguntó por qué no acababa con todo de una vez.

— Sé qué estás pensando.

La voz venía de detrás.

Deckard sintió el roce de una mano sobre su hombro. No se atrevía a volverse..., porque conocía aquella voz.

Era la voz de Rachael.

— Apuesto a que lo sabes — replicó Deckard. Una oleada de cansancio se extendió por todo su ser, una última derrota. Había albergado la esperanza de que la muerte se lo llevaría antes de que llegara al punto en el que empezaría a tener alucinaciones. Las diminutas criaturas del bosque se apresuraron a huir por entre las hojas secas, perdiéndose entre las sombras de la luna como impulsadas por un terror sagrado —. Teniendo en cuenta que sólo eres un fantasma que se esconde dentro de mi cabeza, es lógico que lo sepas.

— ¿Sólo soy eso? — Un susurro muy suave, mientras sentía cómo la mano, la mano de Rachael, le acariciaba el cuello—. ¿Cómo lo sabes?

Deckard suspiró. Que acabara manteniendo disposiciones sobre los matices de la lógica con sus propias alucinaciones era justo el tipo de final ridículo que podía esperarse de su mala suerte. Había llegado a su último callejón sin salida, y moriría en él.

— Porque... Porque hablas con la voz de Rachael — dijo, todavía sin volverse—, y porque Rachael ya está yaciendo en su ataúd y, a todos los efectos prácticos, es como si ya estuviera muerta.

— Pues entonces mírame. No debes tener ningún miedo.

La mano se apartó de su cuello. Deckard se volvió, muy despacio y haciendo que su mirada precediera al giro de su cuerpo. Para verla, para completar la alucinación. Vio a Rachael inmóvil junto a él en la oscuridad, con la piel empalidecida por el espectro parcial de la luna hasta una blancura más allá de la muerte. Su oscura cabellera estaba echada hacia atrás, recogida en aquel peinado impecablemente preciso que Deckard recordaba de la primera vez en que la vio, en otra vida, en un mundo muy alejado y muy distinto del que habían pasado a habitar, tal como la llevaba peinada cuando cruzó los inmensos espacios llenos de sombras de los despachos de la Corporación Tyrell para ir hacia él.

— ¿Qué ves? — le preguntó.



—A ti, Rachael. Y por eso sé que ya no estoy cuerdo. —La pena y la soledad habían vencido, habían avanzado implacablemente y habían abierto todas las puertecitas del interior de su cabeza, y las puertas habían sido arrancadas de sus bisagras. El resultado era que ya no había ninguna clase de separación entre lo que deseaba percibir y lo que percibía—. Esto es lo que llaman «estar loco», ¿eh? —le dijo a la imagen inmóvil delante de él—. Bueno, pues me da igual. Has ganado.

Una sonrisa llena de tristeza levantó una comisura de la boca de la imagen. La imagen de la mujer que amaba estaba sonriendo.

—¿No existe ninguna posibilidad? —La imagen de Rachael le acarició la mano, y Deckard sintió el frío roce de las yemas de sus dedos sobre la piel—. De que yo sea real, quiero decir...

—Oh, claro. —No era una idea demasiado agradable, desde luego—. Puede que haya metido la pata de alguna otra manera, ¿verdad? —Sus ojos y el resto de los sentidos le mentían, y sus pensamientos intentaban traicionarle—. Puede que realmente estés aquí..., pero entonces eso quiere decir que mi cabeza dejó de funcionar hace un rato, cuando estaba cuidando de ti en la cabaña. Creí que había ajustado los controles para que siguieras durmiendo..., pero puede que fuera entonces cuando estaba teniendo alucinaciones y no ahora. —Era una teoría tan buena como cualquier otra—. Quizá lo que hice fue ajustar los controles para que volvieras a despertar. Y despertaste, y aquí estás. —Se encontró deseando que fuera verdad, que Rachael hubiera despertado en la cabaña vacía y que se hubiera recogido la cabellera tal como solía hacerlo en el pasado, y que luego hubiese salido de la cabaña para reunirse con él allí, entre la oscuridad—.

Me encantaría que fueras real. Podríamos quedarnos aquí fuera y contemplar las estrellas... durante toda la noche. —Tomó su mano entre sus dedos—. Pero... *che gélida manina*. —Antes solía tocar aquellos compases en el piano de su apartamento, en Los Ángeles. No sabía música y tocaba de oído, pero era la ópera favorita de todo el mundo, la primera que se te quedaba en la cabeza—. «Tu manecita está helada.»

—Ya sé lo que quiere decir, así que no hace falta que me lo traduzcas. —Una sombra de dureza se infiltró en su voz—. Y el frío no me molesta.

—Sí, claro... Bueno, puede que ésa sea una de las ventajas de estar muerta. O prácticamente muerta, no lo sé... Eso hace que veas las cosas de una manera mucho más objetiva, ¿verdad? —Deckard dejó caer la mano que había estado sosteniendo entre sus dedos y volvió a deslizar el brazo debajo de la chaqueta. El metal estaba tan frío como lo habían estado los dedos de Rachael, reales o surgidos de una alucinación. Cuando volvió a hablar, no pudo evitar que su voz también estuviera

llena de amargura—. Así que estamos juntos en esto, ¿no? Si no morimos congelados aquí fuera, cuando salga el sol podremos repasar nuestras opciones. —Sacó el arma y



la sostuvo delante de él, ofreciéndosela sobre la palma de su mano. Después pronunció en voz alta las palabras que habían resonado silenciosamente dentro de su cabeza hacía un rato—. ¿Por qué esperar?

—Pobre estúpido hijo de perra... Eres patético. —Hizo saltar el arma de su palma con un violento manotazo, y la pistola salió despedida hacia la oscuridad—. No entiendo a los blade runners. ¿Por qué siempre parecéis tener tantas ganas de suicidaros?

El filo cortante de su voz se había agudizado hasta rozar el desprecio.

La pistola se había perdido en algún lugar de la alfombra de hojas podridas del bosque. «Eso quiere decir que tiene que ser real», pensó Deckard. Por muy loco que estuviera, nunca hubiera podido llegar al extremo de arrojar el arma. Si hacías eso, perdías tu última opción.

—Es la Curva. —Se volvió hacia ella—. Es lo que llaman la Curva de Wambaugh, ya sabes... Todo se debe a eso. Cuando has ido lo suficientemente lejos, te caes al suelo y empiezas a pensar que el suicidio es una buena idea..., a menos que tengas una razón para no suicidarte.

—¿Misticismo de polis? Ahórramelo, por favor. —Meneó la cabeza—. Pero tú te hartaste de todo hace ya mucho tiempo. —Le observó con más atención—. ¿Qué fue lo que te impulsó a seguir adelante?

—Tú, Rachael. —El peso del arma ausente aún parecía flotar sobre su pecho—. Incluso antes de que te conociera.

—Qué romántico. —Alzó el brazo y puso la mano sobre su mejilla. Deckard sólo habría tenido que volver la cabeza unos centímetros para poder besar su palma—. Vamos... —Apartó la mano—. Volvamos a la cabaña. —Echó a andar hacia el lejano puntito amarillo de la lámpara, y después se detuvo y miró por encima de su hombro y del ribete de piel que cubría el cuello de su chaqueta—. Oh, por cierto... Te has equivocado. No soy Rachael.

—¿Qué? —Deckard dio un paso hacia ella—. ¿De qué estás hablando?

—Me llamo Sarah. —La sombra casi imperceptible de su sonrisa y la inclinación de su cabeza indicaban una oscura victoria—. Soy... la auténtica.

Deckard vio cómo giraba sobre sus talones y continuaba andando. Un instante después, la siguió.



—Aterrador, ¿verdad? —Sarah levantó la cabeza, apartando los ojos del ataúd para posarlos en el rostro de Deckard—. ¿No te parece que resulta aterrador?

—Supongo que sí.

Deckard, inmóvil junto a la estufa, miró por encima de su hombro. Más allá de Sarah, a través de la ventanita de la cabaña, podía ver la masa oscura del rotador que la mujer había pilotado hasta allí. Estaba en lo cierto acerca del trazo de luz que había visto en el cielo nocturno, porque aquel simple monosílabo llameante había sido escrito única y exclusivamente para él. Deckard se restregó las manos, intentando conseguir que el calor de la estufa llegara hasta su carne en vez de quedarse atrapado en la piel.

—Si vives con los muertos, acabas acostumbrándote a ese tipo de cosas —siguió diciendo.

—Todavía no está muerta. —Cuando entró en la cabaña, Sarah fue directamente hacia el pesado artefacto, se arrodilló junto a los caballetes de madera y llevó a cabo un experto escrutinio de los diales e indicadores del panel de control antes de volver a incorporarse—. Parece que has estado cuidando muy bien de ella. Estos módulos de sueño para el transporte no son nada fáciles de manejar.

—Venía con un manual incluido.

—¿De veras? —Sarah asintió, impresionada—. Debiste de contratar a unos ladrones realmente magníficos. —Puso las manos sobre la tapa de cristal y, como si se estuviera contemplando en un espejo, bajó la mirada hacia el reflejo exacto de su propio rostro—. Los profesionales de esa categoría suelen resultar bastante caros.

—Hablé con algunos tipos que tenían viejas deudas pendientes conmigo. —Deckard la había estado observando en silencio, no muy seguro de qué sentía al encontrarse delante de una mujer que era idéntica a Rachael pero que no era Rachael. ¿O sí era Rachael? Todavía no lo sabía—. Supongo que se podría decir que aprendí ciertos trucos del oficio.

Sarah seguía contemplando a la mujer que dormía dentro del ataúd.

—Nueva vida... —murmuró deslizando la mano sobre el cristal, como si estuviera acariciando la frente de una hermana en un gesto lleno de ternura—. «Nueva vida reciben los muertos...»

Deckard reconoció la cita. No era de ninguna ópera.

—«Alégrense los corazones rotos y llenos de dolor...» —Una de sus tías, la que iba a la iglesia, solía cantar aquel himno. Deckard se acordó de cómo su vacilante e ingenua voz de soprano surgía de la ventana de la cocina, y de cómo se había alzado desde el coro durante el funeral de su madre—. «Los pobres y los humildes creen.»



—Excelente. —Sarah se volvió hacia él—. Charles Wesley... *Oh, tener mil lenguas para así poder cantar con ellas.* Ahora ya casi nadie conoce los himnos del siglo dieciocho. ¿Recibiste una educación protestante?

Deckard meneó la cabeza.

—No recibí prácticamente ninguna educación, ni protestante ni de otra clase..., como casi todo el mundo.

—Y me imagino que yo recibí una sobredosis de educación protestante por culpa de todos esos internados religiosos en los que pasé tanto tiempo. La mayor parte de mi vida, de hecho... —Inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió—. Pero aun así... Bueno, supongo que ésa es una de las pequeñas diferencias que hay entre ella y yo.

—Una mirada de soslayo dirigida al ataúd negro—. Tu querida Rachael no se sabía ni un solo himno metodista, ¿verdad? El implante de memoria que le proporcionaron, o por lo menos esa parte de él, era única y exclusivamente católico, ¿no?

Deckard asintió.

—Latín, Trento en dosis masivas... Todo el rollo clásico.

—Una de las grandes ideas de mi tío. Quería que Rachael tuviera muy claro el concepto de la culpa y la redención..., supongo que porque así le resultaría más fácil controlarla. No parece haber dado resultado. —Sarah siguió estudiando a su doble durante unos momentos—. Tenía toda clase de fantasías extrañas metidas en la cabeza, ¿verdad? Estoy al corriente de la mayoría de ellas, incluyendo ese hermano suyo que nunca existió. —Contempló cómo la uña de su dedo tabaleaba suavemente sobre el cristal—. En fin... Supongo que es una suerte que sea hija única.

Deckard no dijo nada. Había dispuesto de mucho tiempo para ir acostumbrándose a la idea de que alguien pudiera llegar a creer que sus recuerdos implantados eran reales.

—¿Es eso lo que esperabas conseguir? ¿Nueva vida? ¿Alguna clase de cura para Rachael? ¿Alguna forma de dar un rodeo alrededor de ese final del trayecto que no puede ser evitado, esos cuatro años de vida que forman parte de la misma esencia de los replicantes Nexus-6?

—No. Creo que los dos ya habíamos superado todo eso. —Deckard se encogió de hombros—. No estoy muy seguro de qué queríamos en realidad. Sabía que la Corporación Tyrell utilizaba esos módulos de transporte para trasladar a sus replicantes porque querían que llegaran a las colonias espaciales sin haber consumido la mayor parte de sus vidas en el viaje. Pensé... Bueno, ¿por qué no? Sólo para que pareciese que había estado más tiempo conmigo. Eso es todo.



—Ya sé para qué se usan los módulos. No hace falta que me lo expliques. —Sarah se pasó la mano por la falda, como si hubiese habido polvo sobre la tapa del ataúd—. Naturalmente, supongo que eres consciente de que la posesión de este aparato constituye un delito. —La mujer que había dicho llamarse Sarah le contempló con la misma media sonrisa que Deckard había visto hacía mucho tiempo en el rostro de Rachael—. No estás autorizado a usarlo. Y además, después de todo ese módulo es propiedad de la Corporación Tyrell...

—¿Y qué puede importarte eso?

La sonrisa, en la que ya no había habido ninguna diversión desde el principio, cambió para volverse todavía más adusta y sombría.

—Escucha, Deckard: si es propiedad de Tyrell, entonces me pertenece. ¿Sabes quién soy?

—Claro. —Deckard volvió a encogerse de hombros—. Eres otra replicante, probablemente del mismo lote de Nexus-6 que ella. —Señaló el ataúd con una inclinación de la cabeza—. El lote Rachael... Debieron de enviarte aquí porque pensaron que el verte me aflojaría los tornillos, ¿eh?

—¿Y te los ha aflojado?

—No mucho. —Deckard intentó hablar en un tono de voz lo más monocorde y desprovisto de emociones posible—. Puede que ya no sea un blade runner, pero todavía conservo una parte de la vieja actitud profesional. Me he llevado tantas sorpresas que ahora ya nada puede sorprenderme. —Estudió su mano, enrojecida por el calor de la estufa, antes de volver a alzar la mirada hacia Sarah—. Pero tú tienes algunos problemas bastante serios. Debieron de programarte para que sufieras delirios de grandeza, ¿no? Las propiedades de Tyrell no te pertenecen. Eres tú quien pertenece a la corporación.

—Tu gran problema es que nunca escuchas lo que te dicen. —Había hielo en el centro de su mirada—. ¿Es que no has oído ni una sola palabra de todo lo que te he dicho? Soy la auténtica. Soy Sarah Tyrell, la sobrina de Eldon Tyrell... ¿Te acuerdas de él? Deberías, ¿no te parece? Tú y el resto de blade runners del departamento de policía de Los Ángeles erais tan inútiles que todos los replicantes fugados que había en el planeta entraban y salían de los cuarteles generales de la Tyrell cuando les daba la gana. Si hubieras estado haciendo tu trabajo, mi tío aún viviría.

—Esa es una de las razones por las que dejé el empleo. No sé por qué, pero siempre estaba pensando que el mantener con vida a los Tyrell no debería formar parte de las obligaciones del cargo... —Enfrentarse a ella era como estar en la puerta

de la cabina durante una tempestad invernal—. Así que eres la sobrina de Eldon Tyrell, ¿eh?



—Ya te lo he dicho.

—La corporación debería haberte proporcionado una mentira mejor antes de enviarte aquí. —Meneó la cabeza, casi sinuendo pena por ella, fuera lo que fuese en realidad—. ¿Acaso crees que no eché un vistazo al expediente de la familia Tyrell cuando todavía trabajaba en el departamento? Lo hice hace mucho tiempo, incluso antes de irme de Los Ángeles. Eldon Tyrell no tenía sobrinas, sobrinos ni descendientes de ninguna clase... No había absolutamente nada de nada porque Eldon Tyrell era el último eslabón del linaje familiar, y demos gracias a Dios por ello.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro de Sarah.

—Los expedientes policiales tienen un pequeño agujero. Nací fuera de la Tierra, por lo que no puedes esperar encontrar ninguna mención de mi existencia en los ficheros. Sólo hablarían de mí si mi tío hubiese querido que figurara en ellos..., y mi tío siempre estuvo muy obsesionado con la intimidad familiar.

—Bien por él. Pero los ficheros incluyen los nacimientos ocurridos en todas las colonias, desde Marte hasta los Límites Exteriores..., y sea cual sea el sitio donde hayas nacido, tendrías que aparecer en ellos.

Sarah apoyó la espalda en el ataúd, y la chaqueta de cuello de piel y aspecto elegantemente caro se entreabrió ante ella.

—No nací en ninguna de las colonias. —Una mano quitó un fragmento de hoja ennegrecida de la piel sintética—. Nací en el espacio, y no nací a bordo de una nave de las Naciones Unidas..., sino de una nave privada.

—Imposible. No ha habido un vuelo espacial privado desde...

—Exacto. —Sabía que por fin había logrado atravesar su blindaje, y Deckard pudo verlo en su expresión—. Desde el *Salander 3*, ¿verdad? El último vuelo espacial privado antes de que las Naciones Unidas pusieran fin a los viajes interestelares de las grandes empresas... El último, sí, y fue organizado y dirigido por Tyrell. Ahí es donde nací. Nací en una propiedad de la Corporación Tyrell —dentro de ella, de hecho—, y muy lejos de la jurisdicción de las Naciones Unidas.

—El *Salander 3*...

Deckard asintió lentamente mientras daba vueltas a la información dentro de su cabeza e intentaba extraer lo que pudiese saber acerca de ella de una memoria que usaba demasiado poco. Las fechas parecían correctas, ya que eran lo suficientemente antiguas para que alguien pudiera haber nacido a bordo de la nave y haberse convertido en una persona adulta a aquellas alturas. El problema no era ése.

Las autoridades de las Naciones Unidas habían prohibido los viajes más allá de la atmósfera de la Tierra organizados por el sector privado debido a una razón..., y la



razón era el *Salander 3*. Su expedición al sistema de Próxima había fracasado a pesar de los miles de millones que la Corporación Tyrell invirtió en el proyecto y ahí era donde se hallaba el límite de lo que sabía el gran público, cuya escasa información había sido erosionada todavía más por un fallo colectivo de la memoria. Pero los ficheros policiales no contenían mucha más información. Cuando empezó a retirar replicantes fugitivos para ganarse la vida, Deckard había echado un vistazo a los ficheros de los bancos de datos del departamento: estaba buscando cualquier dato que pudiera proporcionarle alguna clase de ventaja sobre aquella presa ambulante capaz de pensar. Una búsqueda general con «Tyrell» como clave le proporcionó montañas de informes y memorándums internos del departamento, comunicados de prensa de la corporación, diagramas de productos, artículos y trabajos de investigación surgidos de sus laboratorios de bioingeniería... Había tantos papeles que hubiese tardado varios días en leerlos, y después el teclear *Salander 3* dejó atrapado a Deckard en una pantalla tras otra protegidas por iconos de ACCESO DENEGADO Y SÓLO PERSONAL AUTORIZADO que exigían contraseñas situadas mucho más allá de su rango. Deckard ya conocía lo suficientemente bien la manera de operar del departamento para saber que levantar la tapa de cualquier asunto sobre el que hubiera amontonadas tantas alarmas y candados sólo serviría para dejar marcado su expediente de personal con el sello de la condenación eterna.

Olvidarse de los bancos de datos y bajar al depósito de cadáveres del sótano en el que se guardaban los listados y toda la información impresa había sido una experiencia todavía más aterradora. Deckard aún se acordaba de lo que había sentido cuando estaba inmóvil junto a un maltrecho archivador metálico, debajo de unos fluorescentes que crujían y siseaban, con el agua goteando de una cañería rota para caer sobre los dos centímetros de líquido sucio que ya se habían acumulado encima del cemento, mientras sostenía en sus manos un delgado fajo de carpetas de papel manila con los bordes arrugados y doblados, todas con alguna variación de *Salander 3* en la parte superior, y todas ellas vacías salvo por tiras amarillentas, las pequeñas señales esparcidas a lo largo del interminable trayecto burocrático, firmadas por funcionarios que ya llevaban mucho tiempo jubilados, fantasmas con iniciales...

El destello de memoria rodó por su cabeza, tan oscuro e hiriente como la grabación en vídeo de un relámpago pasada hacia atrás. De pie en el sótano más profundo del departamento, con el polvo posándose sobre sus hombros después de haber sido sacudido por las vibraciones del tren de los replicantes que avanzaba a toda velocidad por sus túneles oscuros, más allá de las filas interminables de archivadores tambaleantes y de las paredes crípticamente manchadas por los mohos negros... Los expedientes habían sido reclamados desde muy arriba, desde los más altos niveles gubernamentales, como si Dios se hubiera inclinado desde el cielo para entrometerse en los asuntos de los hombres. Y nunca habían vuelto allí, y quizá todos



habían sido convertidos en cenizas el día siguiente a la fecha anotada en las tiras de circulación burocrática. De vez en cuando Deckard había pensado que el morir —o por lo menos el viejo y reconfortante concepto del proceso— sería algo parecido: ascendías, dejando atrás tu carpeta de papel manila vacía caída en el suelo, pero ya no volvías nunca.

—¿Adónde te has ido? ¿Dónde estás?

Deckard mantuvo los ojos cerrados y siguió paseando por las estancias llenas de ecos que había dentro de su cabeza. Unas cuantas sesiones de husmear en los bancos de datos le habían proporcionado algunas migajas: una foto de baja resolución de los líderes de la misión del *Salander 3*, Anson Tyrell y su esposa Ruth, partiendo hacia

Próxima con grandes sonrisas en los labios..., y seis años más tarde, un día después de que el *Salander 3*, maltrecho y renqueante, hubiera vuelto a las terminales de atraque de San Pedro, una corta reseña de su servicio crematorio. No hacía falta ser policía para que eso pareciera sospechoso. No había ninguna tapadera que fuese lo bastante gruesa para poder evitar que unos cadáveres congelados en algún lugar del trayecto entre la Tierra y Próxima desprendieran el olor a podrido del asesinato.

Y de repente volvió a estar en la cabaña, a décadas y lo que muy bien hubiera podido ser un mundo entero de distancia, con su hija, adulta y huérfana, delante de él.

—Escúchame bien, Deckard: ando muy escasa de tiempo y no puedo perder ni un segundo viendo cómo te dedicas a viajar por el pasado. Nunca hay tiempo para eso.

Su voz, la misma de Rachael pero más tensa y cortantemente dura, fue como un aguijón que le hizo volver al presente. Deckard vio que Sarah seguía inmóvil delante del ataúd negro.

—Así que eres la hija de Anson Tyrell, ¿eh?

—Muy bien, Deckard, muy bien. Veo que has estudiado la genealogía de los Tyrell. Y dado que Eldon Tyrell era su único hermano, y que no hay más familia aparte de mí..., eso significa que ahora soy Tyrell. —Los ojos de Sarah se clavaron en los suyos y sostuvieron su mirada sin inmutarse—. He heredado la mayor corporación privada del mundo. Ahora todo es mío. No está mal, ¿verdad?

—Pero antes de eso, cuando tu tío aún vivía... Te usó para crear una... ¿Cómo lo llaman? —La palabra se había quedado atascada en su memoria y se negaba a salir de ella—. ¿Una plantilla?

—Un moldeante. El término de moda en los laboratorios Tyrell es «moldeante». Igual que en «replicante», ¿entiendes? Y tienes razón... Mi tío me usó exactamente para eso. Yo fui el modelo del que surgió tu Rachael. —En su rostro de ojos



entrecerrados, la sonrisa parcial se había convertido en una herida de cuchillo todavía más delgada—. Tu Rachael, que fue «su» Rachael antes de ser tuya...

Más cosas aterradoras, las espantosas historias de los muertos: Deckard pudo oír todo aquello en su voz.

—¿Hubo otras?

—¿Aparte de Rachael? —Bajó la cabeza y su mirada fue más allá de su mano para posarse en la tapa de cristal del ataúd y contemplar el rostro de la mujer que dormía y moría dentro de él, y después volvió a subir hasta detenerse en las facciones de Deckard. Sarah acabó meneando la cabeza—. No, sólo ella. Rachael no era el típico artículo fabricado en serie. Era más bien un... Bueno, digamos que era algo así como un encargo personalizado, y no sé si me entiendes, fabricado especialmente para mi tío Eldon.

Deckard ya lo sabía. Lo había sospechado hacía mucho tiempo, allá en la ciudad, cuando fue a los cuarteles generales de la Corporación Tyrell y habló con el magnate. Había percibido aquella especie de electricidad malsana en la atmósfera del despacho de las columnas, una fugaz iridiscencia de tensión que los policías, al igual que los perros, pueden captar bajo la forma de una sombra agazapada en el límite de su audición. Y tampoco había que olvidar la sonrisa de Eldon Tyrell, naturalmente, posesiva y saciada, con las comisuras de sus labios elevadas como por unos anzuelos invisibles... Cada una de las mil facetas ocultas y silenciosas que envolvían a su persona delataban la auténtica naturaleza del juego.

—Pensándolo bien, yo diría que una persona como tú nunca habría aceptado prestarle ese tipo de servicio. Me refiero a lo de servirle de moldeante, o como se llame...

—Vamos, Deckard... —Casi parecía compadecerse de él—. Como si tuviera alguna otra opción, ¿eh? Cuando mi tío estaba vivo, habrías tenido razón: yo era propiedad de Tyrell, y eso significa que era de su propiedad. Y además, ¿qué otra alternativa había? Negarme a que me utilizara como moldeante, claro..., y entonces nunca habría existido una Rachael. Sin Rachael, sólo habríamos estado él y yo.

Deckard ya sabía todas esas cosas, o por lo menos algunas de ellas, sin necesidad de que Rachael se las hubiera contado. Las había deducido a partir de su silencio, de la forma en que algunas veces se quedaba rígida entre sus brazos y volvía el rostro para evitar su mirada. Era como si quisiera alejarse del rostro de cualquier hombre.

—Quizá... Quizá el crear un replicante a partir de ti fuera su forma de demostrar que te amaba después de todo.

—Oh, no cabe duda de que amaba a alguien. —Su voz y su mirada se habían vuelto repentinamente ácidas—. Sólo que ese alguien no era yo.



El silencio del bosque se iba infiltrando a través de las paredes y se congelaba alrededor de todos los objetos, vivos o muertos. Deckard llegó a la conclusión de que no quería saber nada más sobre los problemas personales de aquella mujer. Por desgracia, no estaba muy seguro de tener algo que decir al respecto.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Fue muy fácil. Después de que cometieras tu error... —Golpeó la tapa de cristal con una uña—. Bueno, la verdad es que habías conseguido esfumarte por completo hasta que hiciste que robaran este módulo de transporte. Para ser policía, la verdad es que te comportaste como un completo imbécil. ¿Realmente creías que tus amigos los ladrones no estarían trabajando también para la corporación? Nos vendieron tu trasero dos minutos después de haberte entregado la mercancía.

Tenía que ocurrir, pero le daba igual: en el fondo sólo era otro ejemplo de esas situaciones en las que sólo te quedaban dos alternativas. O hacía robar el módulo y conseguía que lo trajeran a su escondite, o veía morir a Rachael y contemplaba cómo los restos de sus cuatro años de vida de replicante se iban empequeñeciendo hasta esfumarse como la nieve que se derrite sobre el suelo.

—¿Y por eso has venido aquí? —Señaló el ataúd negro con un dedo—. ¿Quieres recuperar tu propiedad robada? Oye, ¿qué te parece si me haces un favor y dejas que siga usándola durante unos cuantos meses? Unos meses no es mucho tiempo.

—En lo que a mí respecta, puedes quedarte ese módulo hasta el fin de los tiempos. Entiérrala dentro de él, si quieres. —Inclinó la cabeza durante un instante para contemplar el rostro dormido de Rachael, aquel rostro que también era el suyo—. No, la razón por la que quería localizarte no tiene nada que ver con eso. —Su voz se había suavizado, y el filo cortante había quedado oculto—. Estaba en Zurich cuando..., cuando ocurrió todo. Uno de los esbirros de mi tío fue hasta allí en avión y me dijo que había muerto. Volví a Los Ángeles y me enteré de todo lo demás. Había cintas, y personas que me contaron algunas cosas. Me hablaron de ti. Me hablaron de ti, y de ella. —Le contempló en silencio durante unos momentos y después dio un paso hacia adelante y le cogió la mano, retrocediendo para llevarla hacia el ataúd—. Ven aquí.

Muy cerca de ella, Deckard vio cómo dejaba que la chaqueta cayera de sus hombros para revelar sus brazos desnudos y el delgado círculo de oro que colgaba de una muñeca. Un olor a orquídea calentada por la piel se insinuó en las fosas nasales de Deckard, y pudo paladearlo en el fondo de su garganta. Sarah se arrodilló delante de él, rozándole las caderas durante un momento para mantener el equilibrio. Con las rodillas apoyadas en la áspera madera de los tablones del suelo, se

llevó la mano a la nuca y se soltó la cabellera. Sus cabellos quedaron libres con una sacudida de la cabeza, oscuros y suaves sobre la palidez de su garganta.



—¿Ves? —Estando tan cerca de ella, su voz podía ser un susurro. Sarah se irguió lentamente, lo justo para poder inclinarse sobre la tapa de cristal del ataúd, con las dos manos apoyadas sobre la lisa superficie. Después bajó el rostro hasta dejarlo apoyado en un brazo y volvió la cabeza para mirarle—. Un parecido perfecto, ¿verdad?

Deckard podía ver su cara y la de Rachael al mismo tiempo, separadas por unos cuantos centímetros de cristal. La mirada de Sarah le atravesó y le dejó paralizado; y debajo del cristal la mujer que dormía, que se estaba muriendo y que tenía el mismo rostro, siguió inmóvil con los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos, como si se dispusieran a dejar escapar un hálito de aire que tardaría horas en quedar liberado. El cabello de las dos mujeres era del mismo color y tenía la misma sustancia, esparcido sobre la almohada del ataúd o sobre la lisa superficie de la tapa. Deckard bajó la mirada, y el mundo que le rodeaba se colapso de repente para quedar reducido a un espacio todavía más diminuto que el pequeño recinto de la cabaña.

—Quería saber... —Sarah volvió la cabeza hasta que un lado de su cara quedó pegado al cristal y pudo contemplar su propia imagen debajo de él—. El que pudieras amar algo que..., que no era real parecía tan..., tan extraño. ¿Qué se siente cuando...? —Alzó la cabeza, y su mirada volvió a encontrarse con la de Deckard—.

No me refiero a ti, sino a ella.

—No lo sé. —Deckard meneó la cabeza en una lenta negativa—. Nunca me lo dijo.

—Bueno..., hay muchas cosas que no sabes. —Sarah se incorporó y estiró el brazo para quitarse el polvo del suelo de la falda. Después cogió su chaqueta y se envolvió en ella. La sombra helada de antes volvió a impregnar su voz—. Ésa es la verdadera razón por la que he venido hasta aquí..., para decirte eso. Hay muchas cosas que todavía ignoras, pero no tardarás en saber de qué te estoy hablando.

Pasó junto a él, abrió la puerta de la cabaña y salió a la oscuridad sin lanzarle ni una sola mirada por encima del hombro.

Desde la ventanita, Deckard vio cómo su rotador subía por el cielo nocturno. El vehículo quedó suspendido en el aire durante un momento, proporcionándole un fugaz atisbo de Sarah a los controles, y después giró en redondo y desapareció bajo las cabezas de alfiler de las estrellas para alejarse hacia el sur, hacia Los Ángeles.

Otras luces se estaban moviendo allí arriba. Deckard alzó la cabeza y contó dos trazos primero, y un tercero unos instantes después, que venían hacia él. «Deben de haber estado esperando —pensó—, y después ella les dijo que ya podían venir.»



Una parte racional de su mente casi se alegró de que el arma se hubiera perdido, arrancada de su mano en el bosque. De no ser por eso, quizá se habría sentido tentado de hacer alguna estupidez con ella..., como tratar de luchar, por ejemplo.

Estaba sentado en la única silla de la cabaña cuando los agentes, vestidos con sus trajes gris carentes de insignias de las fuerzas especiales, abrieron la puerta de un empujón.

—¿Deckard? —El tipo que estaba al mando (había media docena de agentes detrás de él, puro exceso y demostración de fuerza) dirigió el corto cañón de un rifle de asalto hacia su pecho. Todos llevaban el pelo muy corto y tenían rostros endurecidos e inexpresivos, como de máquinas. Quizá fueran hombres de élite del departamento de policía de Los Ángeles, pero Deckard no reconoció a ninguno de ellos. Antes de que pudiera responder, el líder del grupo sonrió y dirigió el arma hacia el techo—. Estupendo. Has decidido ser inteligente, ¿eh?

Deckard suspiró. Los amantes de la acción siempre le revolvían el estómago.

—¿Qué esperabas?

—Vas a venir con nosotros, Deckard.

—No puedo. —Inclinó la cabeza para señalar el ataúd que había detrás de él—. He de cuidar de ella.

—Oh, estoy seguro de que podrá sobrevivir un rato sin ti. —Dos agentes se habían colocado detrás de la silla y lo levantaron de un tirón, pegándole los brazos al hueco de la espalda—. Enseguida habremos acabado.

Los rotadores tampoco tenían insignias ni señales de identificación.

—¿Trabajáis para la Tyrell?

Deckard examinó al jefe del equipo de comandos mientras la cabina descendía sobre ellos. En la tira de identificación colocada encima del bolsillo de su pecho estaba escrito ANDERSSON.

—No necesitas esa información.

El jefe de los comandos pulsó el botón activador del cuadro de mandos. El suelo empezó a alejarse rápidamente.

Deckard se echó hacia atrás y volvió la cabeza para ver cómo los otros rotadores se alineaban a sus lados.

—¿Adónde vamos?

—No seas idiota. —El jefe de los comandos no apartaba los ojos de los controles—. Ya lo sabes.



Deckard lo sabía. Sus manos se tensaron hasta convertirse en puños.

—¿Por qué?  
Una rápida mirada de soslayo.

—También sabes por qué. —Y una sonrisa burlona—. Dejaste demasiados asuntos pendientes cuando te fuiste, y ése es el porqué.

Deckard cerró los ojos. Volvía a casa. Volvía a Los Ángeles.



## 3

—¿Qué tal está el paciente?

El enfermero volvió la cabeza para contemplar por encima de uno de sus robustos hombros al tipo que acababa de hacerle aquella pregunta. Un hombre que llevaba un conjunto de chaqueta y pantalón color verde quirúrgico idéntico al suyo y cuyos zapatos estaban recubiertos por fundas desechables le sonrió.

—¿A quién te refieres? —preguntó el enfermero.

No le reconoció: o era nuevo, o venía de un sector del hospital que no visitaba durante sus rondas de servicio.

—Al caso cardiopulmonar del piso número ochenta y tres. —El hombre señaló el piso de arriba con una inclinación de la cabeza y una rápida mirada hacia el techo—. ¿Cómo se encuentra?

—Supongo que bien. —El enfermero se encogió de hombros—. Quiero decir que... Bueno, puede respirar. Mientras siga conectado a las máquinas, claro.

Aunque aun así le costaba lo suyo seguir vivo, desde luego. Dentro del carrito de metal cromado cargado de equipo que había empujado hasta las puertas del ascensor había un recipiente de diez mililitros lleno de esputos rojizos que acababa de succionar de los tubos bronquiales de aquel paciente sedado hasta las cejas. Si esa pequeña operación no era llevada a cabo cada dos horas, el pobre bastardo al que una bala le había abierto un agujero del tamaño de un puño en el pecho aún podría acabar muriendo asfixiado, sin importar cuál fuese el número de bombas y tubos de alta tecnología unidos a su cuerpo.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó.

Esta vez fue el hombre quien se encogió de hombros.

—Mera curiosidad. —La sonrisa siguió conectada, acompañada por una mirada penetrante en la que no había ni el más mínimo rastro de una sonrisa—. Parece que se han tomado un montón de molestias, ¿sabes? Me refiero a lo de cerrar el piso



entero y todo el resto... Y todos esos policías montando guardia en cada rincón. —El hombre fingió estremecerse y su mirada se volvió todavía más dura y concentrada, como si los ojos hubieran decidido dejar de ser estiletes para convertirse en dos agujas—. Te pone los pelos de punta, ¿eh? ¿Y quién demonios es ese tipo?

—Ni idea. —El enfermero volvió a poner el pulgar sobre el botón de llamada del ascensor mientras alzaba la mirada hacia el panel numérico apagado instalado encima de las puertas. Como otras muchas cosas del hospital, o no funcionaba o nunca había funcionado—. En lo que a mí concierne, no es más que un pedazo de carne enchufado a un montón de sistemas de apoyo vital. —Unos ecos chirriantes resonaron en el pozo, y las puertas del ascensor se abrieron por fin, revelando un espacio lleno de jeringuillas rotas y trozos de vendajes empapados de rojo—. No es asunto mío. —Metió el carrito del equipo en el ascensor, entró detrás de él con un crujido de cristales que se rompieron bajo sus pies y después se dio la vuelta y presionó otro botón—. Y si me permites que te diga una cosa..., tampoco es asunto tuyo.

Hubo otro chirrido mientras las puertas empezaban a acercarse la una a la otra.

El tipo que tenía tantas preguntas por hacer alargó el brazo y su mano de blancos nudillos se cerró sobre el acero inoxidable de una puerta llena de abolladuras, no sólo deteniéndola sino obligándola a volver hacia su ranura vertical. Después se inclinó hacia adelante hasta meter medio cuerpo dentro del ascensor, y la ferocidad de su mirada bastó para que el enfermero y el carrito del equipo retrocedieran hacia un rincón de la cabina mientras el tipo volvía a sonreír.

—Tienes razón. —Asintió muy despacio, inclinando la cabeza con lenta afabilidad—. No es asunto mío, desde luego. Procura no olvidarlo, ¿de acuerdo?

Soltó la puerta y dio un paso hacia atrás. Aún estaba sonriendo cuando las puertas se cerraron y el ascensor empezó a bajar.

«Ese tipo podría ponerle los pelos de punta a todo un batallón de polis...», pensó el enfermero mientras empujaba el carrito hacia la pared de enfrente para tener un poco de espacio. Al parecer la administración del hospital era capaz de contratar a cualquiera.

El Coronel Peludo y el Húsar Chirriante avanzaban por el mundo inclinado transportando su preocupada carga con ellos.

—Cuidado, cuidado... ¡Me voy a caer! —Sebastián tensó el brazo con el que rodeaba el cuello del coronel. Bajo la tenue claridad de las estrellas, el acero y el teflón eran visibles en los sitios donde el pelaje de lana marrón del oso de peluche se



había ido desgastando—. Vamos, muchachos, vamos... ¡He invertido muchas horas en fabricaros, y estoy seguro de que sabéis hacerlo mejor!

Relucientes ojillos de botón giraron para clavarse en Sebastián, y el oso de peluche vestido con un maltrecho uniforme gruñó y estiró el cuello, revelando los colmillos de metal cromado alojados en su chato hocico. Sebastián sabía que el Coronel Peludo siempre se volvía un poco irritable cuando las pilas de su tripa empezaban a agotarse. «Espero que haya unas cuantas pilas nuevas en este envío», pensó con creciente preocupación. Desactivar al oso de peluche podía llegar a resultar bastante complicado, porque Sebastián se había visto obligado a incluir un impulso de autodefensa en su programación para que el Coronel Peludo tuviera alguna posibilidad de sobrevivir en aquel pequeño universo torcido. El coronel poseía unas zarpas bastante más largas y afiladas que las de un oso de verdad, y tratar de esquivarlas para llegar hasta el relé de desconexión escondido debajo de la descolorida casaca napoleónica no tenía nada de divertido. Tener que depender de Chirriante, que era más ágil y rápido pero mucho menos fuerte, para que le llevara de vuelta hasta su nido resultaría todavía menos divertido.

Mientras el oso de peluche animado seguía avanzando, Sebastián se retorció entre las tiras de cuero del arnés estilo indio para echar un vistazo al trayecto que acababan de recorrer. Todo aquel sitio era territorio nuevo, un lugar en el que Sebastián, el

húsar y el coronel no habían estado nunca anteriormente, o por lo menos no desde que huyeron de los desfiladeros del sur de Los Ángeles, allí donde los edificios todavía se mantenían en pie. Por aquel entonces Sebastián todavía tenía piernas, ya que de lo contrario jamás habría conseguido llegar hasta allí.

En aquella zona había algunas secciones donde las torres de despachos no habían quedado totalmente planas sobre el suelo al derrumbarse, sino que se habían ido agrietando hasta quedar inclinadas en distintos ángulos aparentemente imposibles. La mayoría de las ventanas, que al mediodía elevaban sus resplandores hacia el sol abrasador como lisos yunques de metal al rojo blanco, eran laminados tensiles a prueba de impactos, por lo que no había muchas probabilidades de entrar por ellas y encontrar una ruta a través de los bufetes torcidos y las suites de banqueros abandonadas. Si se veía obligado a desactivar al Coronel Peludo, Chirriante no le sería de mucha ayuda a la hora de atravesar aquel terreno resbaladizo y repleto de pendientes. La perspectiva de tener que volver a casa arrastrándose, usando el brazo y la mano que le quedaban para desplazarse, no le parecía nada atractiva a Sebastián.

«Que haya pilas, Dios bendito —rezó mientras cabalgaba sobre la espalda del malhumorado oso de peluche—. Oh, te lo ruego... Es lo único que te pido, por lo menos de momento.»



—¡Sebastián! ¡Aquí! —La vocecita estridente y chillona de Chirriante llegó hasta él desde detrás de un montón de cascotes y vigas retorcidas—. ¡Lo he encontrado, lo he encontrado!

El Coronel Peludo empezó a avanzar más deprisa sin necesidad de que se lo indicaran, y las garras incrustadas en sus manos-mitones arañaron la masa de fragmentos de concreto que se alzaba ante ellos. Cuando llegaron a la cima de la pequeña montaña, Sebastián se irguió sobre el hombro del coronel y volvió la cabeza de un lado a otro hasta localizar al húsar, que estaba dando saltos mientras señalaba con una mano. Una estrella de suaves contornos del vivo color anaranjado internacional irradiaba del punto de impacto del cargamento de la asistencia social.

—Con cuidado, muchachos, con cuidado... Dejad que le eche un vistazo antes, ¿de acuerdo? —El oso de peluche había bajado, medio corriendo y medio deslizándose, hasta el sitio donde le esperaba su camarada de armas animado y dos pares de piernas en miniatura galoparon impacientemente sobre la pared horizontal del edificio. El Coronel Peludo emitió un ronco gemido traqueal mientras Sebastián iba sacando los distintos segmentos de su sonda y los enroscaba hasta obtener un largo bastón—. No queremos que nadie sufra ningún daño, ¿verdad?

Extendió el detector de trampas de metal cromado por encima del hombro del oso de peluche y fue empujando cautelosamente con la punta los bultos y paquetes que habían escapado del contenedor medio destrozado. Nunca se podía ser demasiado precavido, porque las agencias gubernamentales menos escrupulosas habían estado sembrando las zonas inclinadas con trampas para incautos. Una caja de láminas *nori* podía estallar de repente con una ensordecedora detonación y dejar hecho trizas a un buscador de restos utilizables, cuyo cuerpo quedaría destrozado por manifiestos republicanos y planes quinquenales de bordes tan afilados como navajas de afeitar. La punta de la sonda se introdujo un poco más en el recipiente, pero no activó ningún circuito de descarga.

—Venga, Sebastián... —La danza de la frustración, con la nariz rota del Húsar Chirriante, que había quedado reducida a dos terceras partes de la longitud del pincho que coronaba su casco, anhelantemente dirigida hacia el cargamento de la asistencia social. Sus relucientes ojos de muñeco-humano estaban muy abiertos—. Llevamos esperando tanto tiempo, tanto tiempo...

—De acuerdo, de acuerdo. El día en que vuestros minúsculos traseros acaben hechos trizas no podréis decir que ha sido por mi culpa, ¿eh? —Sebastián retiró la sonda y empezó a desmontarla y a guardar los segmentos en la bolsa suspendida junto a él—. Bien, vamos a ver qué hemos encontrado esta vez.

La suerte, bajo la forma de pilas de alta potencia envueltas en plástico autoadhesivo y, todavía mejor, células de energía industriales checas de los



excedentes de guerra, de la enorme variedad cuadrada que habría llenado las dos manos de Sebastián si todavía conservara la izquierda, les estaba aguardando en el contenedor. Cuando decidió dejar de depender de las líneas de aprovisionamiento de la Corporación Tyrell, Sebastián había reconvertido a Peludo y Chirriante para que pudieran funcionar con prácticamente cualquier cosa que almacenara una mínima carga de energía. Aquellas células de energía les irían estupendamente.

—¿Qué más tenemos? —preguntó Sebastián, irguiéndose sobre su antebrazo.

El coronel había sacado su cuerpo del arnés indio y lo había dejado apoyado en la pared, ya que así le resultaría más fácil hurgar en el contenedor. El oso de peluche y el húsar ya se habían metido en la cápsula metálica, e iban arrojando al exterior los paquetes de pilas, latas de carne ahumada, cerezas recubiertas de chocolate e impresos para emigrar a las colonias.

—Diablillos traviesos... —Sebastián se echó a reír: tanto Peludo como Chirriante acababan de emerger del contenedor con una cadena de salchichas congeladas enroscada alrededor de sus cuellos en un apretado nudo de amante—. Dejad de hacer el payaso y larguémonos de aquí.

Llevaron su botín a casa. Sebastián había conectado una de las enormes células de energía checas a las pinzas del tipo cocodrilo disimuladas detrás del pelaje roído por las polillas del pecho de Peludo, lo que hizo que el oso de peluche tuviera las fuerzas suficientes para transportarle y ayudar al húsar a remolcar la bolsa-trineo que se deslizaba detrás de ellos. El coronel ya no estaba de mal humor, y Sebastián podía percibir el plácido ronroneo lleno de satisfacción de los engranajes y solenoides a través de sus omóplatos.

Cuando Sarah Tyrell volvió de Zurich —y de eso hacía menos de un año, cuando las personas que habían pasado a trabajar para ella fueron a verla y la pusieron al corriente de los últimos acontecimientos—, ordenó que sellaran la suite y todo el piso en el que su tío había vivido, trabajado..., y muerto. Como consecuencia el piso se había convertido en un pequeño museo, un monumento conmemorativo en honor de Eldon Tyrell, un lugar en el que el pasado había sido capturado y embotellado y del que no podría escapar, una prisión de la que ya nunca podría salir para volver a hacerle daño.

Sarah rompió el sello. El ascensor que ascendía por el ángulo agudo de la fachada lateral del edificio se detuvo, y una voz sin cuerpo surgió de la nada.

—El acceso a este sector está prohibido a todo el personal de la Corporación Tyrell y demás individuos —dijo la voz—. Actualmente no se conceden niveles de



autorización para entrar en este sector. Tenga la bondad de salir de este ascensor ahora mismo y vuelva a su zona de trabajo autorizada. El departamento de seguridad de la Corporación Tyrell ha sido informado de su presencia.

—Calma, calma. —Sarah habló en voz alta sin dirigirse a nadie. Estaba sola en el ascensor—. Soy yo. Anulación de los protocolos de acceso. —No estaba muy segura de cuánto rato tenía que estar hablando para que los ordenadores pudieran identificarla mediante sus pautas vocales—. Ehhhh... *Godiam, fugace e rápido, é il gaudio dell'amore, é un ñor che nasce e muore, né piu si può goder.*

Las palabras procedían de un recuerdo muy reciente: Sarah acababa de pasar un rato acostada en su suite de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, hilillos

de humo azul ascendiendo lentamente hacia el techo, mientras escuchaba la *Traviata* en la vieja grabación clásica de Sills. Era su favorita, quizá porque seguía sintiéndose incapaz de aguantar los chips de la Callas. Todos aquellos gritos se parecían de una manera excesivamente desagradable a las voces que resonaban dentro de su cabeza.

La otra voz, la del ordenador, guardó silencio. La única señal de que la había oído fue la reanudación de la escalada del ascensor por la fachada del edificio. Las puertas se abrieron unos momentos después, y Sarah salió de la cabina y entró en lo que había sido el dominio privado de su tío.

Ya había estado allí anteriormente en una ocasión durante unos minutos después de que hubiera regresado a Los Ángeles, aunque sólo el tiempo suficiente para mirar a su alrededor, volverse hacia su séquito de lacayos-ejecutivos y empezar a dar órdenes. Quería que todo el piso permaneciera intacto, y que todo siguiera exactamente tal como estaba cuando se descubrió que Eldon Tyrell había sido asesinado..., todo salvo su cuerpo, naturalmente. El cadáver ya había sido sacado de allí y luego había sido incinerado, a continuación de lo cual le habían ofrecido las cenizas en una especie de ceremonia tribal del cambio-de-la-guardia mientras Sarah, envuelta en velos negros, permanecía inmóvil sobre una plataforma delante de los empleados de la corporación. Después Sarah volvió a sus aposentos privados con la pequeña urna en la que había escrito el nombre de su tío. Desde aquel entonces el nivel del polvo gris que contenía había ido subiendo de manera casi imperceptible cada vez que su cigarrillo chocaba con el borde de la urna abierta. Sarah había dejado la urna sobre su mesilla de noche para usarla como cenicero.

La atmósfera de las enormes estancias de altos techos estaba impregnada por un tenue olor a rancio y a lugares cerrados que ni siquiera los complejos sistemas de circulación y filtrado del edificio eran capaces de eliminar del todo. Algo que ningún aliento mecánico sería capaz de expulsar había quedado atrapado allí. No era meramente el pasado de hacía un año, del día de su muerte, sino el pasado de hacía



muchos años y de muchas pequeñas muertes —las de Sarah, naturalmente— que se habían ido acumulando unas encima de otras.

Sarah había visto cómo los destellos de las hileras sacramentales de velas relucían sobre su propia piel en aquel dormitorio que le resultaba tan familiar, y cómo convertían la manchita de su sangre en un rubí. Las velas habían quedado reducidas a charcos de cera con las semillas negras de los pábilos en sus centros, una cascada blanca cuyo resplandor congelado parecía deslizarse sobre la seda arrugada de las sábanas. La huella dejada por la espalda y los hombros de su tío todavía era visible en la masa de almohadas amontonadas junto a la enorme cabecera de la cama. Ése había sido el sitio donde Eldon Tyrell llevaba a cabo sus meditaciones de altas horas de la noche, con su cerebro marcando el paso de las horas cuando sólo las bolsas de Vladivostok y Beijing permanecían activas, ofreciéndole los lejanos tableros sobre los que podía desplazar los peones del efectivo y las acciones hasta posiciones todavía más astutas y provechosas.

Aquel juego continuaba desarrollándose sin él, pero otro juego de una naturaleza muy distinta había terminado por fin después de un interminable desarrollo que acabó produciendo el jaque mate definitivo. Sarah atravesó el dormitorio sumido en la penumbra y la punta de su pie chocó con una pieza de ajedrez, la reina negra. Las otras piezas estaban esparcidas por el suelo, y el tablero había sido derribado por la caída del cadáver. Sarah se preguntó quién habría ganado: ¿su tío o su adversario? Resultaba difícil imaginarse a Eldon Tyrell siendo derrotado.

La tenue claridad que fluía hacia ella desde las otras habitaciones reveló que había algo más delante de sus pies: un continente negro de un mapa sin fronteras, lo bastante grande para que un rostro carente de ojos pudiera reposar sobre él mientras iba desplegando su capa de líquido alrededor de sus cada vez más frías manos. Por aquel entonces la mancha del suelo había sido roja, pero el paso del tiempo —un poco menos de un año, sí— la había oscurecido. Sarah la atravesó, y las afiladas puntas de sus tacones repiquetearon sobre ella como si estuviera caminando por encima de una delgada capa de laca. Cuando hubo dejado atrás la mancha, se detuvo y volvió la mirada hacia el dormitorio vacío. Cera de velas, sábanas frías, piezas de ajedrez volcadas... La habitación le gustaba mucho más así, muerta e inofensiva.

Una voz le habló en susurros desde algún lugar situado por encima de ella.

—La transacción no ha sido completada. Esperamos nuevas instrucciones. ¿Desea reanudar las actividades comerciales?

Era el programa de bolsa de su tío, estúpido y carente de iniciativa, únicamente capaz de obedecer las órdenes que recibía. Dado lo tardío de la hora de su muerte, eso era lo que su tío habría estado haciendo cuando el replicante, con su abundante cabellera blanca peinada hacia atrás —Sarah había visto fotos suyas— y su sonrisa de



loco, entró en el dormitorio. La suave voz del programa de bolsa era un recuerdo indoloro, o por lo menos un recuerdo que se hallaba al otro lado del dolor, de todas las noches en que Eldon Tyrell no había sido asesinado pero en las que Sarah deseó que lo fuese. Su aliento deslizándose sobre una de las almohadas de seda, el programa murmurando números en la lejanía...

—Responda, por favor. —Una sombra de desesperación oculta en la voz del programa—. Se han recibido solicitudes de información referentes a esta cuenta. Esperamos instrucciones.

Sarah recordó por qué había ido allí. Asuntos pendientes, claro. La mera toma de posesión no bastaría para asumir el control de la Corporación Tyrell, y no llegaría a hacerla totalmente suya. El proceso requería otras etapas, y cada una de ellas tendría que ser llevada a cabo sucesivamente.

Esta sería una de las últimas, y después ya sólo quedarían unas pocas más.

—Las nuevas instrucciones son las siguientes. —Sabía que el programa de bolsa respondería a sus palabras, ya que utilizaba el mismo circuito de identificación vocal que el sistema de seguridad de la puerta—. Cesa inmediatamente toda la actividad bursátil. Cierra todas las cuentas. Vende todas las acciones, bonos y fideicomisos e ingresa el dinero en la cuenta personal de Tyrell, Sarah.

Cuando respondió, el programa parecía un poco preocupado.

—La cuenta activa está clasificada bajo el código nominativo Tyrell, Eldon.

—Haz lo que te he dicho. Esa cuenta queda cancelada.

El programa se autodesactivó unos segundos después, entrando en su modalidad de estasis con algo parecido a la gratitud. Una voz sin cuerpo ligeramente distinta recitó un resumen de balance contable que no significó nada para Sarah. Heredar la Corporación Tyrell suponía pasar a moverse por un nivel en el que el dinero era una fuerza tan abstracta como la gravedad. Nadie le prestaba atención hasta que desaparecía.

Las sombras de las columnas fueron quedando atrás a medida que cruzaba el despacho, y no hubo más voces que se dirigieran a ella. En cuanto a las voces del interior de su cabeza, aquellos susurros ya habían iniciado la agonía que acabaría llevándolos a sumirse en el silencio. Una de las comisuras de sus labios se elevó de una manera casi imperceptible, un diminuto indicio de complacida satisfacción.

Más allá del dormitorio, el mundo privado de Eldon Tyrell, estaban los espacios públicos de su despacho. Aquel recinto era más grande, y sus acres de vacío habían sido concebidos para impresionar e intimidar. Sarah empujó las dos hojas de la gran puerta hasta dejarlas un poco más abiertas. Motas de polvo flotaban en el aire entre las gruesas columnas curvas. El cálido resplandor del sol de la tarde rodó hacia ella,



y un sensor que llevaba mucho tiempo inactivo registró una presencia humana y, muy consideradamente, hizo entrar en acción un filtro polarizador que deslizó su sombra a lo largo de las ventanas.

Los chasquidos de los tacones resonaban con más fuerza allí, produciendo ecos que eran como disparos en miniatura. Sarah se había vestido para la ocasión, tal como requerían las presencias invisibles del dinero y el poder. Esas entidades no expiraban cuando sus encarnaciones terrestres morían, y exigían un cierto respeto.

Pasó junto a una percha en forma de T vacía cuyo soporte transversal quedaba a la altura de su hombro. Aquél había sido su único gesto de bondad cuando ordenó que sellaran la suite: uno de los lacayos le había recordado la existencia del búho, el

tótem animal de miope y lento parpadear que había pertenecido a su tío. El búho se habría muerto de hambre o habría acabado quedándose sin pilas, sin que Sarah supiera cuál de los dos destinos hubiera tenido. En aquellos momentos el búho estaba siendo alimentado o recibiendo cualquier otra clase de atenciones en algún lugar del complejo. Cuando se preparaba para el vuelo en dirección norte, Sarah jugueteó con la idea de llevarse al búho consigo y dejarlo libre en los bosques de acceso restringido en los que su presa había buscado refugio. Enseguida descartó la idea: su estado de domesticación o su programación habrían hecho que le resultara imposible sobrevivir en aquellos lugares. Los cuervos del bosque habrían hecho

pedazos sus huesos huecos tanto si era real como si no.

Se sentó detrás del escritorio de su tío —que había pasado a ser su escritorio—, un *bureau plat* Luis XIV de seis patas obra de André-Charles Boulle. Sarah acababa de entrar en la adolescencia cuando el único *bureau plat* de seis patas de aquel período cuya existencia era conocida aparte del de su tío, el que había sido propiedad de Givenchy primero y de lord Ashburnham después, había llegado a la suite de su tío dentro de una enorme caja llena de astillas de madera y fragmentos relucientes de latón y marquetería de concha de tortuga. Para Eldon Tyrell poseer semejante pieza, digna de estar en un museo, no era suficiente: necesitaba poseer la única que existía.

Sarah había sentido el impulso ocasional de coger un hacha para hacer pedazos el escritorio. Hasta el momento había conseguido resistir ese impulso aunque sabía, en el mismo instante en que deslizaba una mano sobre la superficie artísticamente pulimentada, que seguía estando dentro de ella. El impulso dormía, pero no había muerto.

Oyó abrirse las puertas exteriores, las que llevaban a los corredores que conducían a la suite privada. Alzó la mirada y vio una silueta que venía lentamente hacia ella. Las puertas se cerraron en la lejanía detrás de la silueta, pero no antes de que Sarah pudiese entrever a Andersson y percibir la mezcla de suspicacia y posesividad que había en su cara.



—Ya he estado aquí antes. —Deckard se detuvo y miró a su alrededor. Las palabras eran un simple anuncio—. Hace mucho tiempo...

Sarah se recostó en el sillón.

—No hace tanto.

—Pues lo parece. —No parecía especialmente complacido, ni siquiera sorprendido—. Es como si hubiera ocurrido en otro mundo, o en otra vida.

Sarah se incorporó detrás del *bureau plat* y fue hacia el bar, caminando sobre las gruesas capas de viejas alfombras de Tabriz en la suite que había pertenecido a su tío y que había pasado a ser suya.

—¿Quieres tomar algo? Fuentes de toda confianza me han informado de que prefieres los licores que saben a tierra.

—Cuanto más al norte, mejor —dijo Deckard—. Pero me conformo con cualquier cosa. Ya he superado esa clase de manías.

Sarah le alargó un vasito, cuyo contenido era idéntico al del que conservó en su mano.

—A tu salud.

—Jamás se me habría ocurrido pensar que te preocupara. —Vacío el vaso de un solo trago. Todos los blade runners que Sarah había conocido a lo largo de su vida bebían de la misma manera, como si estuvieran intentando apagar un pequeño incendio que ardiera dentro de su estómago—. El sitio en el que me encontraste estaba haciendo maravillas por mi salud. Los Ángeles no me sientan ni la mitad de bien.

Sarah asintió lentamente mientras reflexionaba en sus palabras.

—En ese caso, supongo que más vale que te haga una oferta realmente buena. Para compensarte las... molestias.

Deckard alargó la mano hacia la botella y se sirvió otro medio centímetro de licor.

—No creo que puedas. No existe ninguna oferta lo suficientemente buena.

—Vamos a averiguarlo. —Volvió al *bureau plat* con el vaso en la mano, se sentó y señaló el sillón colocado delante del escritorio—. Ponte cómodo. Tenemos muchas cosas de que hablar.

Deckard se trajo la botella de whisky de malta con él.

—¿Como cuáles? —preguntó, hundiéndose en el sillón en una postura llena de resentimiento y con las piernas extendidas delante de él.



—Como acabo de decirte, quiero hacerte una oferta. Quiero ofrecerte un trabajo. Quiero que encuentres a alguien. Bueno, en realidad se trata de algo... Eres muy bueno encontrando cosas, ¿no?

—Hubo un tiempo en el que lo era. Ahora estoy un poco oxidado. —Deckard redujo su ritmo de ingestión de bebida a un mero sorbito—. Quizá deberías contratar a algún otro, alguien que tenga experiencia y que no haya dejado la profesión.

—Tus cualificaciones son únicas, Deckard. —Sarah se permitió sonreír, y una de las comisuras de sus labios se fue levantando poco a poco—. Para lo que quiero que hagas, naturalmente...

—Hay otros blade runners. Auténticos blade runners, de la clase a los que les encanta hacer su trabajo... —Deckard deslizó el pulgar sobre el borde de su vaso—. Estoy pensando en un ex compañero mío, un tipo realmente muy listo. Se llama Holden, Dave Holden. Ponte en contacto con él: puede que a estas alturas ya haya salido del hospital. Necesitará el trabajo más que yo, porque probablemente tiene un montón de facturas que pagar.

—Esto es muy interesante. Me refiero al hecho de que me estés recomendando a ese tal Holden, claro. —Sarah se recostó en su asiento—. No es la primera vez que lo haces. No conmigo, desde luego..., sino con Bryant, tu antiguo jefe.

—Quizá. —Deckard se encogió de hombros—. No me acuerdo.

—Oh, puedo demostrarlo. —Abrió el cajón del *bureau plat*. Al lado de un pequeño abrecartas había una unidad de control remoto. La sacó, y una presión sobre un botón hizo que una sección de los paneles de la pared empezara a retraerse—. Echa un vistazo.

Sarah no necesitaba ver lo que apareció en la pantalla de vídeo, porque ya lo había visto las veces suficientes. En vez de contemplar la pantalla, se dedicó a observar a Deckard mientras éste volvía la mirada hacia las siluetas tenuemente iluminadas que acababan de surgir de las profundidades de la cinta y del pasado. Sarah oyó las voces.

«Dáselo a Holden. Es muy bueno.»

La voz de Deckard, y luego la voz de Bryant.

«Ya lo hice. Él lo hacía muy bien, pero se lo cargaron. Podrá seguir respirando sin problemas siempre que nadie le desconecte...»

Detuvo la cinta y congeló las imágenes de la pantalla con una suave presión sobre otro botón.

—¿Te acuerdas ahora?



—¿Cómo has conseguido echar mano a esa cinta? —Deckard la contempló con una mezcla de suspicacia y respeto malhumorado—. Es propiedad del departamento de policía de Los Ángeles, y fue grabada por las cámaras de vigilancia del despacho de Bryant.

—Como ya se ha dicho anteriormente, hay formas de conseguirlo todo. La relación existente entre la policía y la Corporación Tyrell no es tan tensa como les gustaría creer a algunas personas..., o por lo menos no en todo momento. Existen ciertos asuntos en los que podemos cooperar. O para decirlo de otra manera... Bueno, siempre puedo encontrar a personas dispuestas a cooperar dentro del departamento de policía. —Su tenue sonrisa permaneció inmutable—. Gente que puede hacer cosas para mí, gente que puede proporcionarme cosas que necesito... Como esta cinta, por ejemplo.

—Oh, estoy seguro de ello.

—¿Quieres seguir viéndola?

Deckard meneó la cabeza.

—No, la verdad es que no. La primera vez ya no me gustó demasiado, así que...

—Pero esta vez quizá podrías adoptar un punto de vista más... distanciado. Mira.

Hizo retroceder la cinta con la unidad de control remoto hasta el momento en el que la imagen de Deckard acababa de aparecer en el umbral del despacho.

*La voz grabada de Bryant: Tengo a cuatro pellejudos pateando las calles...*

—¿Has oído eso? —Sarah congeló la imagen—. Cuando Bryant te encargó esa misión, cuando te habló de esa remesa de replicantes fugitivos que había llegado a Los Ángeles... ¿Qué dijo exactamente acerca de cuántos eran?

—No me... —Deckard se encogió de hombros, como si estuviera empezando a irritarse—. No recuerdo exactamente lo que dijo, pero probablemente habló de cuatro. Tenían que ser cuatro. Ése es el número de presas que salí a cazar.

—Muy bien. Ahora escucha lo que dijo cosa de un minuto después. —Otro botón, un avance rápido de la cinta y otra vez el avance normal—. Escucha con mucha atención, ¿de acuerdo?

La pantalla del monitor estaba mostrando una habitación distinta, pero seguía siendo una habitación que pensó que Deckard podría reconocer. Tanto su imagen como la de Bryant, junto con la botella de escocés de Bryant, estaban en la pequeña sala de observación que había detrás del sucio despacho.



Monitor dentro de un monitor: en la cinta, Bryant y Deckard estaban viendo la grabación de la entrevista a la que Dave Holden había sometido al replicante Kowalski en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell.

*Ya me han hecho un test de inteligencia este año... —Primer plano del rostro de mandíbulas abolsadas de Kowalski. Creo que nunca me habían hecho uno de éstos...*

—El sistema de recuperación de datos está programado para buscar la imagen más reciente sobre el tema. —Sarah señaló la pantalla—. Holden fue la última persona que tuvo ocasión de echar un vistazo a Kowalski..., con vida, naturalmente. —Subió el volumen—. Ahora escucha con atención lo que te dijo sobre cuántos replicantes escaparon de las colonias y vinieron a la Tierra.

La voz jadeante y entrecortada de Bryant volvió a surgir de la pantalla. *Seis replicantes..., tres varones, tres hembras...*

—Seis. —Deckard estaba contemplando la pantalla con el rostro lleno de perplejidad—. Ahora me acuerdo... Me dijo que había seis replicantes huidos.

Meneó la cabeza en una lenta negativa, como si estuviera intentando extraer algún sentido inteligible de aquel dato que acababa de recordar.

—Veo que empiezas a entenderlo —dijo Sarah sin levantar la voz—. Y después Bryant, en esta cinta, te sigue hablando de cinco replicantes. Hay uno cuyo nombre no menciona, y que acabó calcinado dentro de las barreras de seguridad que rodean los cuarteles generales de la Corporación Tyrell cuando hicieron su primer intento de entrar aquí. Después te enseñó las fotos, y te dio los nombres y el resto de datos sobre los otros replicantes. Creo que esto te parecerá muy interesante.

Sarah le pasó el resto de la cinta: el desfile de rostros, los sondeos de identificación en el monitor de Bryant... Una mirada por el rabillo del ojo le mostró que Deckard tenía el ceño fruncido y que contemplaba la pantalla y la otra pantalla, más pequeña, que había dentro de ella.

—Ve contando —dijo Sarah. Convirtió la pantalla en un rectángulo de azul purísimo y alzó su pequeño puño delante de ella—. El replicante muerto, el que acabó frito en la valla de la Corporación Tyrell. Tenemos uno. —Extendió el pulgar—. Después está Kowalski, el que disparó contra Holden. Y luego están las mujeres, la que se llamaba Pris, y Zhora, la morena. Más el replicante llamado Roy Batty. —Un dedo para cada uno, con el resultado de que su mano quedó extendida delante del resplandor de la pantalla—. Eso hace cinco, no seis.

Los músculos de los hombros de Deckard se habían tensado visiblemente ante la mención del nombre de Roy Batty, el último de los replicantes fugitivos, el que casi le había costado la vida.



—Puede que..., que Bryant se equivocara. Cuando habló conmigo por primera vez, quiero decir... —Deckard agitó la mano delante de la pantalla vacía en un gesto despectivo—. Cinco, seis... ¿Quién sabe? Demonios, ese tipo bebía como una esponja. Se hizo un lío con los números, y eso es todo.

—Había seis replicantes —dijo Sarah en voz baja y suave—. Bryant no se hizo ningún lío con los números..., o por lo menos no en ese momento. Había seis replicantes que escaparon y lograron llegar hasta Los Ángeles y la transmisión original de las agencias de seguridad de las colonias, a la que también he podido acceder, lo confirma. Además, Bryant solicitó los exámenes de identificación de los replicantes al banco de datos en varias ocasiones, y en una de ellas lo hizo para poder eliminar uno de los paquetes de datos. Ahí fue donde la cagó, porque dejó un agujero. Los exámenes fueron archivados en el banco de datos por orden numérico. El examen del replicante que acabó frito nunca fue introducido, dado que ya no suponía ningún problema. Pero el replicante Kowalski era el número uno del fichero y luego Batty era el número dos, y Zhora y Pris, las mujeres, fueron introducidas en el banco de datos como números cuatro y cinco. Eso deja el hueco en el medio, allí donde habían estado la información y el examen de identificación del otro replicante. Bryant no era lo bastante listo para eliminar el agujero en el archivo, o quizá sencillamente le daba igual que estuviera ahí.

Sarah cruzó los brazos delante del pecho.

—Haz la cuenta, Deckard. Cógelos a todos, súmalos..., y el total que obtienes es seis. Eso quiere decir que hay un sexto replicante huido que todavía anda suelto por ahí. Está ahí fuera, en la ciudad..., sólo que no sabemos dónde.

—¿Y qué más da? —Deckard torció el gesto en una mueca a medio camino entre el asco y la irritación—. ¿Por qué iba a importarme eso?

—Debería importarte, porque voy a hacer que el que te importe acabe resultando muy lucrativo para ti. —La sección de los paneles de la pared volvió a cerrarse,

ocultando la pantalla de vídeo. Sarah dejó caer la unidad de control remoto dentro del cajón del *burau plut*—. Esa es la razón por la que estás aquí. Por eso se te ha vuelto a traer a Los Ángeles.

—Quizá no lo sepas, pero podrías estar perdiendo el tiempo..., tanto conmigo como con cualquier otra persona. —Deckard la contempló con los párpados entrecerrados—. Bryant era un borracho y un inútil que siempre estaba metiendo la pata. Podría haber hablado de seis replicantes cuando en realidad quería decir cinco, y probablemente ésa es la razón por la que no le di ninguna importancia por aquel entonces. Sabía muy bien cómo funcionaba su torpe cerebro. Puede que te estés subiéndolo por las paredes pensando en ese sexto replicante cuando en realidad nunca existió.



—Pero las otras informaciones de las que dispongo corroboran su existencia. El informe de las autoridades de las colonias sobre la huida de los replicantes —el informe que Bryant tenía en su poder, pero que tú nunca llegaste a ver — confirma que había un total de seis replicantes que consiguieron llegar a la Tierra.

—¿Hay un informe? —Deckard emitió una corta y áspera carcajada—. Pues entonces ya no tienes ningún problema. Accede a él y averigua quién es tu sexto replicante huido. No me necesitas para que le siga la pista y dé con él.

—No puedo hacerlo. —Sarah había previsto todos y cada uno de los argumentos que Deckard podía esgrimir—. Ya te he dicho que Bryant borró los datos de los ficheros del departamento de policía antes de que te hiciera ir a su despacho para encargarte la misión. La información identificatoria del sexto replicante ha desaparecido.

—Oh, qué gran catástrofe... Bueno, pues la policía de Los Ángeles puede pedir a las autoridades de las colonias que vuelvan a transmitir el informe sobre la fuga.

—Me parece que no lo entiendes, Deckard. —Sarah se inclinó sobre el *bureau plat*—. La policía de Los Ángeles no sabe que haya ningún problema. El expediente de este incidente se cerró y todo el asunto fue considerado resuelto y *finito* para siempre cuando el replicante Roy Batty fue encontrado muerto..., y no quiero que la policía vuelva a abrir el caso. La Corporación Tyrell no quiere que vuelvan a abrirlo.

—¿Por qué no? Se supone que tienes otro modelo Nexus-6 dando vueltas por la ciudad. Eso puede acabar creando serios problemas, ¿sabes? Sé muy bien de qué estoy hablando, así que puedes creerme. Si estuviera en tu lugar, querría que todos los cabos sueltos quedaran firmemente atados lo más deprisa posible.

—Y eso es lo que quiero, y lo que quiere la Corporación Tyrell. Pero no queremos que sea la policía la que se encargue de atarlos. Quiero que todas las autoridades sigan sin saber nada sobre este asunto y que nunca lleguen a meter las narices en él. Las Naciones Unidas ya nos han estado haciendo la vida imposible —muy discretamente y sin que los medios de comunicación lo sepan, desde luego — porque no les parece prudente seguir utilizando los productos de la Corporación Tyrell, nuestros replicantes, en el programa de colonización espacial. Ha habido ciertos problemas, y estoy empleando una palabra muy suave, no sólo con los que escaparon y volvieron a la Tierra..., sino también en las colonias.

Deckard enarcó una ceja.

—Mi profesión, o quizá debería decir mi antigua profesión, es tan peculiar que llegó un momento en el que cuando alguien hablaba de problemas yo oía «muerte».

—No es necesario que conozcas los detalles. —Voz impasible, gélida—. Si ha habido problemas, o muertes, los únicos responsables son las Naciones Unidas y los



colonos. Querían disponer de una fuerza laboral esclava de mayor calidad. Querían replicantes que estuvieran cada vez más y más cerca de ser auténticos seres humanos, porque eso es lo que se necesita para poseer ese nivel de inteligencia. Y también querían que tuviesen emociones. —Su tono se había vuelto todavía más gélido, y estaba lleno de desprecio—. Y no porque así resulten más eficientes o productivos de lo que lo serían unos estúpidos robots corrientes, desde luego. Nuestros viejos modelos Nexus-1 estaban más que capacitados para encargarse de esas tareas.

—Entonces ¿por qué querían todo eso?

—Ah, realmente los blade runners sois como niños. Niños mortíferos, niños asesinos... —Le observó con los ojos llenos de compasión—. Podéis matar, pero sois incapaces de entender la naturaleza humana. ¿Que razón podían tener los colonos para querer unos esclavos tan parecidos a los seres humanos y tan conflictivos en vez de conformarse con unas máquinas tan bonitas como eficientes? Es muy sencillo, Deckard: porque las máquinas no sufren. Son incapaces de sufrir, ¿entiendes? Una máquina no se entera de que está siendo violada. No puedes mantener ninguna clase de relación de poder con una máquina. Ése ha sido el centro de toda la campaña de propaganda sobre los grandes atractivos de las colonias espaciales lanzada por las Naciones Unidas desde el primer momento. La gran emoción humana, la gran aventura... Si un replicante ha de sufrir para proporcionar toda esa energía amor esclavo a sus propietarios, entonces debe poseer emociones. —Una de las comisuras de sus labios se curvó sardónicamente—. Cuando Bryant te habló de los modelos Nexus-6 te estaba engañando, y lo sabía: las emociones de los replicantes no son un defecto de diseño. Fueron introducidas deliberadamente por la Corporación Tyrell porque eso es lo que querían nuestros clientes.

—Parece que se les dio algo más de lo que querían.

—Recibieron exactamente lo que querían. Lo que ocurre es que no quieren pagar el precio correspondiente. Nadie quiere pagarlo nunca. El precio de tener esclavos que pueden sufrir consiste en que esos esclavos acabarán rebelándose. Algún día, de alguna manera... Si tienen ocasión de hacerlo, pondrán un cuchillo sobre las gargantas de sus amos. —Sonrió, como si estuviera paladeando la terrible sabiduría del universo—. ¿Por qué nos negamos a admitirlo, Deckard? La naturaleza humana sencillamente es así, y eso es lo que recreamos con los replicantes Nexus-6. Eso es lo que las autoridades de las Naciones Unidas, las que gobiernan las colonias espaciales, no pueden entender y lo que las ha puesto tan nerviosas. El problema está en que no pueden admitir públicamente que la han cagado, que toda su estrategia para conseguir que las colonias resultaran atractivas a los ojos de los potenciales colonizadores es un desastre que acaba produciendo estados-guarnición, como la antigua Esparta, que se armó hasta los dientes para protegerse de sus propios



ilotas..., o inmensos osarios en otros planetas, si los replicantes consiguen organizar una rebelión que tenga éxito y las Naciones Unidas se ven obligadas a enviar una unidad militar para esterilizar el lugar e impedir que la infección pueda extenderse. En las colonias están ocurriendo toda clase de cosas que las autoridades están ocultando a los habitantes de la Tierra. No serían una buena propaganda de reclutamiento, ¿verdad?

Deckard guardaba silencio al otro lado del *bureau plat*.

Sarah casi podía ver el lento girar de engranajes detrás de sus ojos.

—Creo que... —murmuró por fin, y se removió ligeramente en su asiento—. Creo que puedo adivinar adónde quieres ir a parar con todo esto. Vas a decirme que las autoridades de las Naciones Unidas y la policía están metidas hasta el cuello en una conspiración para hacer que sea la Corporación Tyrell y no ellos la que parezca la culpable de todos esos problemas con los replicantes.

—Estás olvidando algo, Deckard. No se trata meramente de una conspiración contra la Corporación Tyrell: estamos hablando de una conspiración que también va dirigida contra los blade runners o, para ser más exactos, de una conspiración que utiliza a los blade runners. Y que usa sus muertes, naturalmente... Las autoridades de las Naciones Unidas tienen que conseguir que parezca que los replicantes Nexus-6 son todavía más peligrosos de lo que son en realidad, más capaces de pasar por humanos..., y más capaces de evadir al sistema creado para detectarlos y eliminarlos. Y el sistema eres tú, Deckard, tú y los otros blade runners. ¿Qué mejor manera de conseguirlo que haciendo que todos caigáis en una trampa, tal como le ocurrió a Dave Holden? Les bastaría con crear la impresión de que los blade runners no pueden enfrentarse a los replicantes Nexus-6, y entonces dispondrían de toda la justificación que necesitan para cerrar las fábricas de la Corporación Tyrell..., de una vez y para siempre. Se acabó la corporación y se acabaron los replicantes, y las colonias espaciales, las que quedan, tendrían que encontrar otra forma de seguir adelante.

—Quizá. —Deckard no parecía muy impresionado—. O por lo menos hasta que consiguieras encontrar alguna forma de recuperar el mercado perdido. Tal vez con otro modelo de replicante, uno que no fuese tan listo y peligroso.

—Oh, no, las cosas no ocurrirían así. —Sarah también había previsto aquel argumento—. Si la Corporación Tyrell tiene que ver cómo cierran sus fábricas, tal como le gustaría que sucediera a sus enemigos, nunca más volverá a operar. Todo este complejo... —Señaló las paredes del despacho y, por extensión, todos los edificios de los cuarteles generales que se alzaban más allá de ellas—. Verás, queríamos hacernos con todo el mercado de las Naciones Unidas y ser los suministradores exclusivos de replicantes para las colonias espaciales, así que todo



este complejo tuvo que ser construido según las especificaciones de las Naciones Unidas. Todas las instalaciones de diseño e investigación de la Tyrell están aquí, junto con las unidades de manufacturación y hasta el último centímetro de las cadenas de montaje de las que salen replicantes listos para ser enviados. Incluso las suites privadas de la familia Tyrell están aquí, porque eso también formaba parte de las exigencias de las Naciones Unidas. La forma de los edificios, su colocación el uno frente al otro..., todo, absolutamente todo. El complejo fue construido de tal manera que cuando se presiona el botón rojo, cuando se inicia la secuencia de autodestrucción incorporada al diseño..., el resultado es la aniquilación absoluta de la Corporación Tyrell, con unos daños mínimos para las áreas circundantes de la ciudad.

Los ojos de Deckard se abrieron una fracción de milímetro más.

—¿Autodestrucción? ¿De qué estás hablando?

—No te pongas nervioso. No hay muchas probabilidades de que ocurra mientras estás sentado ahí. —Sarah se permitió un encogimiento de hombros casi imperceptible—. Pero podría ocurrir, claro... Es lo que el sistema ha sido diseñado para hacer desde el principio. Todo el complejo de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, todo lo que nos rodea, fue construido para que albergara un número lo suficientemente elevado de cargas explosivas incrustadas en las paredes y la subestructura, y todas esas cargas están conectadas a una cadena de activación programada que puede reducir el complejo a una enorme masa de polvo y humo.

Se había enseñado a sí misma a hablar de aquellas cosas desapasionadamente, recitándolas una y otra vez dentro de su cabeza a altas horas de la noche antes de que se quedara dormida, como si fueran un cuento para conciliar el sueño.

—Puede que queden algunos trozos del tamaño del puño de un hombre en el suelo. Quizá incluso haya unos cuantos trozos de mí, si estoy aquí cuando ocurra. Aunque no creo que nadie se moleste en venir a echar un vistazo, claro... Todo fue diseñado para que estallara hacia adentro y se derrumbara sobre el centro, y por eso las torres se inclinan la una hacia la otra. Será un apocalipsis bastante considerado, porque nadie más sufrirá daños. Así pues, Deckard, debes entender que si la Corporación Tyrell deja de operar, si las autoridades de las Naciones Unidas pueden llegar a justificar el apretar ese botón rojo para iniciar la secuencia de autodestrucción..., entonces la Corporación Tyrell tardará muchísimo tiempo en reanudar su actividad.

—¿Y eso es lo que crees que quieren que ocurra?

—¿Antes que verse obligados a admitir sus errores y tener que confesar que estaban equivocados en su forma de dirigir el programa de colonización espacial? — Sarah echó la cabeza hacia atrás para dejar escapar una corta carcajada que sonaba a



hueco—. Por supuesto que sí. Ese es otro aspecto básico de la naturaleza humana: siempre preferimos asesinar antes que tener que pedir disculpas.

Deckard, que guardaba silencio, parecía estar contemplando el vaso vacío que tenía en la mano y que sostenía por su base facetada.

—¿Se supone que he de pensar...? —Su murmullo era casi demasiado suave para poder ser oído—. ¿Se supone que he de pensar que el que la Corporación Tyrell acabara hecha trocitos sería alguna clase de tragedia?

—Me da igual lo que pienses. Puedes pensar lo que quieras, pero no voy a permitir que destruyan la Corporación Tyrell. Es mía, y me pertenece. —Se volvió hacia la ventana que había detrás de ella para contemplar las torres, pintadas de rojo oscuro por el sol poniente—. No espero que el destino de la corporación te preocupe tanto como a mí. Sólo quiero que hagas el trabajo para el que te he traído aquí.

—Tal como le dije a Bryant, hace ya mucho tiempo... —Deckard se inclinó hacia adelante y puso el vaso vacío encima del *bureau plat*, dejándolo junto al de Sarah—. Ya no trabajo aquí.

—Lo harás. Trabajarás para mí.

—No apuestes por ello. —Deckard entrecerró los ojos—. Ni siquiera sé qué es lo que quieres que haga.

—¿Acaso no resulta obvio? Sigue habiendo un replicante huido, un modelo Nexus-6 de la Corporación Tyrell, para ser exactos, un replicante fugitivo suelto por algún lugar de la ciudad. Quiero que lo encuentres y... ¿Qué palabra utilizáis los blade runners? Ah, sí: quiero que lo retires antes de que puedan poner en marcha cualquiera que sea la próxima fase de la conspiración, antes de que la Corporación Tyrell y todo aquello que mi tío luchó por crear pueda ser destruido.

—Como ya te he dicho... —Deckard meneó la cabeza en una lenta negativa—, no considero que eso vaya a ser una tragedia.

—Puedo entenderlo, desde luego. —Sarah deslizó un dedo por el borde de un vaso primero y por el otro después—. Bien... Entonces tendré que conseguir que el trabajo te parezca lo suficientemente atractivo.

—No tienes dinero suficiente para eso. Nadie lo tiene.

—Tal vez no. Pero... hay otras cosas que podría ofrecerte, cosas que tú valoras mucho. Digamos, por ejemplo..., la mujer que amas...

Deckard se irguió en el asiento.

—¿Qué se supone que significa eso?

Sarah se levantó y fue hasta los ventanales de la suite.



—Ven aquí. —Un solo movimiento de su mano bastó para que el cristal se oscureciese con una repentina noche artificial—. He de enseñarte algo.

El resplandor del sol ardía a través de las capas fotocrómicas, brillando como el extremo de una vena cortada.

Deckard la contempló sin moverse durante unos segundos, y después acabó poniéndose en pie. Mientras iba hacia ella, Sarah se llevó las manos a la nuca y se soltó la cabellera.

—Ya hiciste eso antes. —Deckard se detuvo delante de ella y la contempló mientras Sarah sacudía la cabeza hasta dejar libre la oscura ola de su cabellera, haciendo que se desplegara sobre la parte superior de sus hombros—. No es necesario que vuelvas a hacerlo. Puedo ver el parecido.

—No se trata de parecido, sino de identidad. —Sarah deslizó una mano por entre sus cabellos, dejando que cayeran a su alrededor—. Lo sabes, ¿verdad? Por muchas veces que te hayas repetido lo contrario..., sabes que ella y yo somos la misma mujer. Cuando amas a Rachael..., es a mí a quien amas.

Deckard cerró los ojos. Una de sus manos se alzó lentamente, como si quisiera agarrarla del brazo, y después se quedó inmóvil.

—Yo soy el original, y Rachael es la copia. —Sarah bajó la voz—. Tienes que recordarlo...

La mano tembló, atrapada entre la voluntad de Deckard y su deseo. La presencia de Sarah —y ella lo sabía, y podía verlo en su rostro— irradiaba a través de todo su ser, tan cálida y luminosa como el sol que atravesaba las ventanas opacadas.

Puso la mano sobre el pecho de Deckard para conservar el equilibrio mientras acercaba sus labios a su oreja.

—Lo sabes... —Un susurro—. Sabes que soy yo..., siempre...

—No... —Deckard meneó la cabeza, los ojos todavía cerrados—. Tú no eres...

Los párpados de Sarah descendieron para engullir la poca luz que todavía quedaba. Lo único que sintió fue el roce de sus labios sobre el pómulo de Deckard.

—Se está muriendo. Está muerta... Ésa es la única diferencia. —Un murmullo—. ¿Por qué deberías amar a los muertos? —Suave como su aliento—, ¿Por qué deberías amar a los muertos..., cuando puedes amarme a mí?

Deckard no contestó. Pero su mano subió velozmente y capturó la de Sarah junto a su pecho, tensándose sobre el frágil hueso de la muñeca.

El pasado estaba grabado en una cinta, pero Sarah sabía que no era necesario que lo hiciese aparecer en la pantalla. Todo se reducía a palabras que habían sido



pronunciadas junto a otra ventana, en otra habitación, y que fueron registradas por las cámaras ocultas del propio Deckard en el lugar donde la sospecha, la primera enfermedad profesional de un blade runner, intersectaba al anhelo. Las cintas habían quedado abandonadas en el apartamento de Deckard, y habían sido encontradas y puestas en las manos de Sarah. Por eso sabía lo que se había dicho en aquel otro lugar, en aquel otro tiempo, en aquel otro mundo.

Sarah retrocedió unos centímetros.

—Dilo... Dime que me deseas...

Deckard volvió la cabeza tan lentamente como si estuviera atrapado en un sueño, escuchando sus palabras.

—Dilo.

El susurro se había convertido en una orden.

Deckard habló, y las palabras se arrastraron sobre su lengua.

—Di que me deseas...

El tiempo se plegó a su alrededor. El pasado de Deckard, aquel presente; las palabras de Deckard y las palabras que había pronunciado Rachael, hacía ya tanto tiempo...

—Te deseo...

La mano de Deckard le soltó la muñeca, pero sólo para poder hundirse en la oscuridad de su cabellera liberada mientras su otra mano le rodeaba el brazo y se lo apretaba, atrayéndola hacia él y aplastándola contra su cuerpo. Las palabras que no habían llegado a ser pronunciadas florecieron en el beso, en el pasado que se abría a su alrededor y que nunca había terminado.

Y después Deckard la apartó de él con una repentina convulsión, impulsándola hacia atrás con la violencia suficiente para que la cabeza de Sarah retrocediese tan bruscamente como si la hubiera golpeado. Su aliento tembló en sus labios entreabiertos. Mareada y aturdida, vio como volvía la cabeza hacia ella, los ojos entrecerrados en la mirada fija y penetrante de un hombre que acababa de despertar de una visión traicionera; como si acabara de salir despedido del pasado recordado para caer en aquel mundo y, durante un momento, no estuviese muy seguro de cuál de los dos era la alucinación en la que se había precipitado.

Otro movimiento de la mano de Sarah, y la ventana volvió a una transparencia libre de filtros. La luz cegadora del exterior se derramó sobre ellos, un océano de intensos colores rojos. Sarah le devolvió la mirada sin pestañear y sin bajar la vista, pero no pudo evitar preguntarse qué veía Deckard en sus ojos, qué era lo que estaba percibiendo con la misma desnudez que sus ojos encontraban en las pupilas de



Deckard. ¿Otra cualidad humana, fiel e irracional, la que probablemente acabaría matándole? «No —se dijo a sí misma—. El destino...»

—De acuerdo. —Deckard se limpió la boca con el dorso de la mano—. Acepto el trabajo que me propones. Encontraré a tu sexto replicante.

Por lo menos la odiaba. Podía verlo en el hielo y el acero que había en el centro de sus ojos, y Sarah supo que al menos podría obtener eso de él.

—¿Por qué?

La pregunta la sorprendió. Había sido formulada por su voz.

Sarah le contempló en silencio mientras Deckard volvía a llenar su vaso con la botella que había encima del *bureau plat*. Lo vació de un trago, y después giró sobre sus talones y la miró.

—Has hecho que me acordara de ella. —La voz átona y seca, tan vacía como el vaso que sostenía en la mano—. Ya casi la había olvidado.

«He ganado —pensó Sarah mientras contemplaba, sin verla, cómo la luz se desvanecía entre la negrura—. Debo de haber ganado.»

Los contornos de las torres se fueron volviendo borrosos, y sintió un sabor salado en la comisura de sus labios.

La voz de Deckard volvió a hablar detrás de ella, procedente de algún lugar de aquel enorme espacio vacío que los había contenido a ambos.

—Eres el camino más rápido para volver a ella..., a Rachael. —Sarah oyó la hueca nota musical del vaso cuando Deckard lo dejó encima del escritorio—. Ése es mi precio.



## 4

—¿Cuál es tu plan?

Andersson —si es que realmente se llamaba así— apartó la mirada de los controles del rotador durante un momento.

Deckard se encogió de hombros.

—Tengo mis métodos.

El rotador descendió hasta quedar lo suficientemente cerca del zoco de la calle Olvera para que Deckard pudiera ver cómo los vendedores de animales recogían sus artículos, dando por terminada la noche de actividad comercial ante el avance de la luz del sol. La mercancía zooide tenía que quedar protegida debajo de lonas antes de que el calor del día friese sus circuitos sinápticos, mientras que los animales reales, mucho más raros y caros, necesitaban agua y jaulas con temperatura controlada para sobrevivir.

—Creo que he cazado los suficientes replicantes para no haber olvidado cómo se hace —añadió.

Mantuvo los párpados medio bajados. Cuando había vuelto a ver la ciudad, mientras los agentes de Sarah Tyrell lo llevaban a su reunión con ella, chorros de fuego habían ardido en el cielo nocturno, un producto de la ignición de los gases subterráneos que iban ascendiendo por la tierra temblorosa que se extendía debajo de Los Ángeles. Aquellas antorchas aullantes ya se habían perdido entre el cada vez más intenso resplandor solar.

—Este replicante, el número seis..., podría ser distinto. —Al parecer aquel tipo lo sabía todo sobre el trabajo que Deckard acababa de aceptar—. Puede que te encuentres con algo más de lo que estás preparado para manejar.

Deckard ignoró el comentario. Cuanto menos tardara en poner los pies en las calles de la ciudad, más pronto podría resolver todo aquel maldito embrollo..., para poder volver a poner rumbo hacia el norte.



—¿Adónde vamos?

Volvió la cabeza hacia el panel lateral de la cabina del rotador y contempló cómo un rebaño de enues artificiales era conducido por un calejón. El mercado fue muriendo, fragmento a fragmento, a medida que los letreros de neón multilinguales iban siendo apagados.

—Ya lo verás. —Andersson estiró un brazo y accionó los interruptores de preparación del aterrizaje—. No tendrás que esperar mucho, créeme.

Un letrero de neón, el más grande de todos, seguía encendido. Deckard se acordó de que siempre estaba encendido, fuera cual fuese la hora o el clima, alzándose sobre las distintas transacciones del distrito como una bendición silenciosa. Sus inmensas letras eran las únicas que podían competir con el dirigible de las Naciones Unidas que recorría silenciosamente los cielos, con su pantalla plana y sus atronadoras exhortaciones a abandonar el planeta, y con todo el resto de la incontenible marea publicitaria de la ciudad.

HOSPITAL VETERINARIO VAN NUYS, decían las letras rosadas aureoladas por un temblor azulado, mientras el rostro de un cachorrito de dibujos animados pasaba cada dos segundos de una tristeza llena de heridas a estar feliz y vendado. Deckard siempre había pensado que todas las resurrecciones deberían resultar así de fáciles.

El rotador descendió hacia la pista de aterrizaje del tejado del edificio.

—¿Por qué vamos ahí? —preguntó Deckard—. ¿Tienes un gato con pulgas o algo por el estilo?

—Oh, no. —Andersson apartó las manos de los controles después de haber dejado conectado el descenso en automático. Sus labios se curvaron en una sonrisa totalmente carente de humor—. Órdenes de la señorita Tyrell. Tienes una cita, Deckard.

Deckard se dejó introducir en el ascensor cuando los otros dos rotadores todavía ni siquiera habían descendido. Había llegado hasta allí sin oponer resistencia, así que empezar a pelear en aquel momento no hubiera tenido ningún sentido. Vio cómo Andersson tecleaba un código de seguridad junto a él. Las puertas del ascensor se unieron, y la diminuta cabina empezó a bajar hacia los tenues pero inconfundibles olores del desinfectante y los excrementos de animal.

Las luces del panel fueron indicando el descenso hacia la parte central del edificio. Cuando las puertas se abrieron, Deckard se encontró contemplando los ojos protegidos por gafas de un hombrecillo que llevaba una bata de laboratorio y sostenía a un gato atigrado dormido en la cuna de sus brazos.

—¿Cree conveniente que me quede, señor Isidore?



Andersson había sujetado las puertas del ascensor para impedir que volvieran a cerrarse.

—No... No creo que eso sea ne-necesario. —El duende inclinó la cabeza hacia un lado y frunció el ceño mientras rascaba al gato detrás de las orejas—. Estoy seguro de que nuestro in-invitado se portará bien.

—¿Acaso tengo otra elección?

—Bueno... —Isidore reflexionó durante unos momentos con el ceño fruncido—. Probablemente n-no.

—No hagas ninguna estupidez —susurró Andersson en la oreja de Deckard antes de retroceder hacia el fondo de la cabina, pulsar los botones y desaparecer detrás de las puertas de acero inoxidable.

—No se preocupe. —El gato se estiró y bostezó—. Les pa-pagan para que actúen de esa ma-manera. Todo es puro teatro. Usted debería sa-saberlo.

Deckard siguió al hombre de la bata de laboratorio.

—A veces no es teatro.

—Oh, sí... —Isidore le miró por encima del hombro—. Usted también lo sa-sabe, por su-supuesto. Entonces es cuando las personas, y otras cosas, sufren alguna clase de da-daños —añadió acercando el gato un poco más a su pecho, como si quisiera protegerlo.

El recinto de suelo de cemento se estrechaba para convertirse en un pasillo flanqueado por jaulas amontonadas en hileras de tres o cuatro niveles y perreras un poco más grandes. Una mezcla de olores animales impregnaba el aire debajo de los tubos fluorescentes sin pantalla que colgaban del techo. Mientras Isidore pasaba junto a ellas, las pequeñas criaturas —gatos, conejos, perros criados para que se pudiera jugar con ellos, unos cuantos conejillos de indias— se pegaban a las puertas de alambre, gimoteando o chillando en un intento de atraer su atención.

Deckard volvió la cabeza para echarles un vistazo. Algunos de los animales encerrados en las cajas no eran animales de verdad.

Un simulacro parcialmente desmontado amamantaba a una hilera de gatitos que se removían nerviosamente: su pelaje blanco había sido desprendido del cuerpo para revelar los tubos de polietileno y el entramado plástico que había debajo de las costillas de aluminio, y los sensores ópticos de su cráneo contemplaban el mundo con maternal placidez. Un galgo de cintura de avispa ejecutaba una danza de temblorosa excitación en la que arañaba la puerta de su perrera con un revoloteo de patas delanteras, y las cuatro patas eran una abstracción de acero y cilindros hidráulicos en miniatura.



Un conejo sin cabeza chocaba una y otra vez con un recipiente lleno de agua. Su pareja —de carne y hueso, al menos por lo que Deckard podía ver— pegaba el morro a su costado.

—¿Qué o-ocurre?

Isidore acababa de oír el siseo de una brusca inhalación de aire detrás de él.

—Estas cosas me dan escalofríos.

—¿De veras? —Isidore se detuvo a mitad de un paso. Parecía asombrado, e incluso el gato que tenía en los brazos abrió los ojos y parpadeó—. ¿Por qué?

—No son reales.

Deckard había visto montones de animales falsos con anterioridad en los puestos de los vendedores del zoco, y nunca le habían puesto nervioso. Pero los animales del zoco tenían sus pieles y pelajes intactos mientras que aquellos, con sus entrañas electromecánicas al descubierto, parecían exhibir orgullosamente su descarnada desnudez.

—Va-vaya. —Isidore se tomó la respuesta de Deckard como una auténtica revelación, y bajó la mirada hacia el gato durante un momento—. Supongo que yo no lo veo de esa ma-manera. A mí todos me parecen reales. Quiero decir que... Puedes

to-tocarlos. —Se inclinó hacia Deckard y levantó el gato para acercárselo—. Mire. Rascó suavemente la cabeza del gato, obteniendo un ronroneo claramente audible como respuesta. El ronroneo podía haber sido real, pero también podía ser el eficiente resultado de una buena programación.

—¿Lo ve? Tiene que ser real. —Isidore consiguió abrir una de las jaulas vacías y depositó al gato dentro de ella—. Ya estás en ca-casa, Tigre. —El gato protestó durante unos momentos y después se hizo un ovillo, pegando el hocico al rabo, y cerró los ojos—. Vamos. Mi despacho está a-aquí mismo. Cerraré la puerta..., para que no tenga que ver nada que no desee ver.

Los ojos que observaban a Deckard desde detrás de las gafas se entrecerraron, y después Isidore giró sobre sus talones y echó a andar de nuevo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Oh... Nada... —Isidore le obsequió con una débil sonrisa mientras hacía girar la llave que acababa de meter en una cerradura—. Sólo que nu-nunca me había imaginado que fuera us-usted tan se-sensible. —Cruzó el umbral—. Teniendo en cuenta su ma-manera de vivir, quiero de-decir...

—Acaba de anotarse un tanto. —Entró en un cubículo de techo bajo y carente de ventanas cuyas paredes estaban cubiertas de calendarios gratuitos de propaganda y



fotos de mascotas y sus propietarios clavadas con chinchetas. Deckard pensó que serían clientes satisfechos—. Pero Rachael sigue entera, y ahí está la pequeña diferencia.

Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que debía conservar la calma y superar la prueba para la que le habían traído hasta allí, fuera la que fuese, porque ésa era la única forma de volver con la mujer que le esperaba en el norte, durmiendo y muriéndose poco a poco.

—Siéntese, por fa-favor. —Isidore se dejó caer en una silla giratoria detrás de un escritorio cubierto de montañas de papeles y vasos de poliuretano vacíos—. Le aseguro que quiero que se encuentre lo más cómodo po-posible. Tenemos muchas co-cosas de que hablar.

—Aquí dice que usted se llama Hannibal Sloat. —Al sentarse, Deckard había cogido la vieja y no muy limpia placa de madera que había encima del escritorio—. ¿Es suya o pertenece a otra persona? —preguntó, sosteniéndola por un extremo.

—El señor Sloat era mi jefe. Ya hace mu-mucho tiempo de eso... Se mu-murió. —Isidore recorrió con la mirada las sucias paredes del despacho y acabó señalando un punto con el dedo—. Ese de ahí arriba es él.

Deckard volvió la cabeza y vio un recorte de periódico, amarronado por la edad, adherido a la pared. La foto de baja resolución mostraba a un hombre gordo con la piel llena de señales de viruela que alargaba un gato de flácidas patas a una pareja: la mujer acariciaba al animal con una mano llena de delicadeza, mientras que el hombre dirigía una sonrisa ligeramente tensa a la cámara. Deckard se removió en su asiento.

—¿Era un buen tipo?

—Oh, desde lu-luego. Era realmente en-encantador. Me dejó el hospital de mas-mascotas en su tes-testamento.—Sus ojos bajaron lentamente para volver a posarse en Deckard—. Me lo dejó... todo. Sí, de veras. —La silla giratoria parecía haberse vuelto más grande, como si fuera capaz de engullirle, mientras cruzaba las manos sobre su regazo—. Es una gran responsabilidad.

—¿El qué? ¿Dar inyecciones de tranquilizantes a perros con mal genio? O cambiarle el aceite a un simulacro de pekinés, quizá... No creo que resulte demasiado complicado, y estoy seguro de que es capaz de hacer todas esas cosas sin despeinarse.

—Eso es lo que yo so-solía pensar. Creía que todo el tra-trabajo se reducía a eso, incluso cuando el señor Sloat to-todavía vivía y yo tra-trabajaba para él. Creía que el Hospital Veterinario Van Nuys era simplemente eso. Tal como usted ha dicho: in-inyecciones y re-re-reparaciones.



—Así que si no se trata de eso... —Deckard dejó la placa sobre una esquina del escritorio—. Bueno, ¿de qué se trata entonces?

—Eh... Bien, usted probablemente diría que nos ganamos la vi-vida con las falsificaciones, igual que hacen en el zoco. Peces dorados fal-falsos, y ga-gatos y perros fa-falsos y to-todo eso, simulacros que no puedes distinguir de la criatura real... De un ser vivo, quiero de-decir. De lo que us-usted llamaría un ser vi-vivo.

—¿Y cómo lo llamaría usted? Creía que es así como se gana dinero fácilmente, ¿no? Es lo que le gusta a la gente. Los animales de verdad siempre lo acaban ensuciando todo y sólo dan problemas. Las simulaciones son mucho menos complicadas.

Isidore asintió con una lenta inclinación de la cabeza, y unas cuantas hebras de sedosos cabellos blancos ondularon sobre su rosado cuero cabelludo.

—Supongo que eso es lo que di-diría alguien que ha pa-pasado tanto tiempo siendo un bla-blade runner. Usted tenía su propia ma-manera de tratar a esas si-si-simulaciones, ¿verdad?

Deckard observó en silencio a la figura envuelta en la bata de laboratorio sentada al otro lado del escritorio antes de responder.

—Oiga, ¿es ésa la razón por la que me han traído aquí? ¿Me han traído hasta aquí para que usted pueda deplorar mi podredumbre moral o algo por el estilo? No tendría que haberse tomado tantas molestias. —Puso las manos sobre los brazos del sillón, como si estuviera a punto de levantarse para salir del despacho—. Ya que sabe tantas cosas sobre los blade runners... ¿Ha oído hablar alguna vez de algo a lo que llaman la Curva?

—Tal vez. —Isidore se encogió de hombros, visiblemente nervioso—. Son co-cosas de po-policías.

—La Curva de Wambaugh es... —murmuró Deckard, y se calló.

Hablar de la Curva en voz alta le hacía sentirse un poco extraño. La Curva siempre había sido algo conocido por todos los policías de Los Ángeles, una presencia invisible cuyo peso podían sentir debajo de su esternón con tanta claridad como si fuese una bola de plomo, pero de la que nunca hablaban. Hablar de la Curva era otra forma de adquirir un billete al reino de los hurgacabezas del departamento, donde si descubrían que tenías los tornillos demasiado flojos te quitarían el arma y, con ella, la respuesta a todos tus problemas.

—La Curva de Wambaugh es el índice de autoaborrecimiento —siguió diciendo—. Los blade runners sienten sus efectos mucho más deprisa y con mucha más intensidad que los otros policías. Es algo que forma parte del trabajo.



La mirada líquida de Isidore se llenó de compasión detrás de sus gafas.

—¿Y qué ocurre entonces?

—Depende. —En cuanto la disección había empezado, seguir hundiendo el escalpelo ya resultaba un poco más fácil—. Depende de en qué punto de la Curva estés, quiero decir...

Deckard solía pensar en aquellas cosas de madrugada mientras estaba hundido en el acolchado excesivamente blando del sofá de cuero de su apartamento, una de las cosas agradablemente caras que había conseguido gracias al dinero de sus recompensas, dejándose hundir poco a poco en el esplendor solitario que había seguido a su divorcio, con una botella de whisky de malta de veinticinco años de las islas Orkney que tenía un delicioso sabor a humo y a tierra y, también, a dinero, al alcance de la mano. Nadie podía decir que los blade runners no estuvieran bien pagados, desde luego. A veces Deckard pasaba horas enteras tumbado allí, pensativo o anestesiado, con el pecho todavía manchado de sangre de replicante. En una ocasión levantó su vaso y vio el mensaje de gotitas rojas escrito sobre su mano..., y luego tomó un sorbo y cerró los ojos, y no sintió absolutamente nada.

—Más tarde o más temprano... Cuando la Curva llega a ser lo suficientemente pronunciada, caes al vacío. Yo caí.

—Y dejó de ser un blade runner.

Transcurrieron varios segundos antes de que Deckard pudiera hablar.

—Sí... —Meneó la cabeza—. Supongo que dejé de ser un blade runner.

—Qué pe-pena. —Pero había acero debajo de la voz de Isidore, una diminuta aguja de duro metal—. Un poco tarde para todos aquellos a los que mató.

Deckard le miró fijamente.

—Oiga, amigo... —Un arma en los ojos—. Sólo estaba haciendo mi trabajo.

—Sabía que diría eso. —Sin ningún encogimiento, sin el más mínimo tartamudeo—. Es lo que dicen todos los asesinos.

El policía de guardia acababa de alzar el rifle hasta colocarlo delante de su pecho. El paso siguiente sería extenderlo en la posición de fuego para iniciar un pequeño concierto de rock automático.

—¿Está autorizado a entrar en este piso? —preguntó, una expresión amenazadora debajo de la gorra de las fuerzas especiales.



—Eh, eh... Tranquilo, amigo. —La figura vestida de verde quirúrgico alzó sus manos vacías. La sonrisa acudió a sus labios con facilidad, pero había hielo en sus ojos—. Me he equivocado de botón y he salido del ascensor en el piso equivocado. Eso es todo. —Fue bajando lentamente las manos—. No hay ninguna necesidad de descorchar la artillería, compañero.

—Se ha equivocado de botón, ¿eh? —El guardia mantenía el dedo sobre el gatillo. A esa distancia, no cabía duda de que no necesitaría las tirillas metálicas de las menciones por buena puntería que había debajo de la insignia de su hombro. Hubiera podido colocar el ojo vacío del cañón justo sobre el esternón oculto por el uniforme del hospital—. Bueno, ¿por qué no se da la vuelta, entra en el ascensor y procura no equivocarse de botón? De esa manera no se meterá en líos.

—Eh, ¿a qué viene tanto jaleo? —El hombre sonriente se puso de puntillas y miró por encima de la cabeza del guardia para echar un vistazo a la unidad abierta, el reducto sanitario en el que el único paciente del piso yacía rodeado por máquinas gorgoteantes y por media docena de médicos y enfermeras que más parecían técnicos y chiflados de la electrónica. Puntitos que emitían suaves pitidos trazaban senderos erizados de subidas y bajadas en una hilera de monitores de vídeo—. ¿Ese tipo es alguna clase de pez gordo? —Más allá de la cama y el cuerpo, las ventanas llegaban hasta el techo y permitían contemplar la ciudad—. Lleva mucho tiempo aquí,

¿verdad?

El sol de Los Ángeles golpeaba las torres con su resplandor magmático y su intensa claridad oscurecía la pantalla del dirigible de las Naciones Unidas que sobrevolaba la ciudad, lanzando su incesante propaganda en favor de la emigración al espacio.

—Hace muchas preguntas. —Con la calma suficiente para que su reacción se limitara al envaramiento del dedo índice sobre la curvatura del metal. Diminutos objetos relucientes chasquearon dentro del rifle, preparándose para entrar en acción—. No es una buena idea.

—Paz, hermano. —Las manos volvieron a subir, exponiendo las palmas mientras la sonrisa flotaba entre ellas—. Sigue haciendo tu trabajo y yo seguiré haciendo el mío.

Dentro del cráneo del hombre, detrás de aquellos ojos helados, se agitó una palabra que no sería pronunciada en voz alta: «Capullo...». Un par de metros más allá del guardia se alzaba el bastidor de un detector de metales, y el hombre de los ojos de hielo vio que estaba desconectado, probablemente para evitar que fuera activado por los carritos de equipo que metían y sacaban de la unidad. Si hubiera

tenido que pasar a través de aquella cosa para averiguar lo que necesitaba saber, habría ido hacia ella sonriendo y sin sentir la más mínima preocupación: el arma



pequeña y eficiente escondida en el hueco de su espalda estaba recubierta por los suficientes polímeros de evasión controlados mediante microprocesadores para poder burlar la detección de una estación de radar entera. Lo que le irritaba era aquella descuidada falta de profesionalidad. Aquellos idiotas eran unos aficionados, todo cuero negro y contoneo de ojos cromados y sin prestar ninguna atención a los detalles. «Muy típico...»

Estiró el brazo hacia atrás y presionó el botón de llamada del ascensor. La cabina ya estaba allí. Las puertas se abrieron y el hombre dio un paso hacia atrás, con las manos todavía levantadas como para acompañar un último chiste y la sonrisa todavía en los labios.

—Bueno, adiós —dijo, agitando una mano por entre el hueco de las puertas antes de que acabaran de cerrarse.

Se apoyó en la pared mientras el ascensor empezaba a bajar y permitió que la sonrisa se infiltrara en sus ojos. Detrás de ellos no había palabras, sólo un mapa con la disposición exacta de la unidad, los guardias, las máquinas y los médicos, y el hombre que yacía en la cama de hospital y que tenía un agujero en el sitio donde antes estaban su corazón y sus pulmones.

Salió del ascensor en el piso siguiente. Allí no había guardias, y el hombre recogió su equipo, más grande y de un aspecto más toscamente industrial que los carritos cromados habituales en el hospital, de un armario que había dejado de ser utilizado, y lo empujó hasta la sala de maternidad. Después empezó a desdoblar los gruesos soportes, sin importarle que los extremos puntiagudos de las patas de acero se hundieran en la capa de gomoide viejo y desgastado que recubría el suelo.

—¿Qué demonios está haciendo? —Alguna clase de supervisora de enfermeras fue rápidamente hacia él, agitando una tablilla para hojas delante de su cara—. ¡No puede meter este trasto aquí! Sea lo que sea, no...

El hombre sonriente se volvió hacia la mujer.

—Oh, creo que sí puedo. —Un público de mujeres embarazadas contemplaba el altercado desde ambos extremos de la sala. Todas estaban enormes y parecían a punto de dar a luz, acostadas sobre camillas y camas pegadas las unas a las otras, y levantaban la cabeza justo lo suficiente para poder ver por encima de la curva de su abdomen en un intento de averiguar qué estaba causando todo aquel ruido. Sus rostros pasivos de pacientes medicadas o bajo los efectos de las endorfinas irradiaban una calma budista—. Y además... —La sonrisa se hizo un poco más grande, aunque también se volvió menos tranquilizadora—. Enseguida habré acabado.

—Voy a llamar a seguridad.



La supervisora de enfermeras giró sobre sus talones y echó a andar con paso rápido y decidido hacia el puesto central.

—Ésa no es una buena idea. —El hombre interrumpió el procedimiento de instalación, se llevó el brazo a la espalda y sacó el arma de debajo de la camisa verde. Un chasquido de metal bastó para que la mujer se quedara totalmente inmóvil, y sus ojos se abrieron como platos cuando miró por encima del hombro y vio el pequeño agujero negro dirigido hacia un punto situado justo debajo del borde delantero de su blanca gorra almidonada—. ¿Por qué hemos de molestar a los chicos de seguridad? —La obligó a retroceder hasta el mostrador del puesto central, con lo que el cañón del arma quedó a sólo dos centímetros de su frente. Después su otra mano pasó por delante de la enfermera, más joven y todavía más aterrorizada, que estaba sentada detrás del mostrador para agarrar el teléfono y arrancar su cordón de la pared con un potente tirón—. Dado que realmente no tenemos ningún problema, ¿verdad? A menos que usted insista en crearlo, claro... —Su sonrisa se hizo un poco más grande mientras apartaba el arma del rostro de la supervisora y la usaba para señalar la otra silla del puesto—. Siéntese.

El hombre fue hasta el voluminoso artefacto que había colocado en el centro del suelo de la sala de maternidad. Los ojos de todas las embarazadas permanecían clavados en él y un par de ellas, seguramente las que estaban menos sedadas, habían empezado a sollozar suavemente mientras tiraban de las delgadas sábanas de las camillas e intentaban esconderse detrás de ellas.

—Señoras..., tal como están ahora tienen un aspecto precioso. —El hombre alzó el arma junto a su cabeza y señaló las losetas acústicas del techo con ella—. Sigán así, y procuren estar lo más calladitas posible. —Después fue girando lentamente, deslizando el haz de su sonrisa sobre ellas—. Así siempre nos quedará este instante que pasamos juntos, ¿no les parece?

Las futuras madres no se habían movido, que era justo lo que él quería. El hombre volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada por encima del hombro a las mujeres del puesto de enfermeras.

—Y no crean que me he olvidado de ustedes. —Desplegó el último soporte de apoyo con una mano y lo colocó en posición—. Así que relájense, ¿eh? Sólo necesito unos momentos.

El bolsillo de la pechera de su chaqueta verde contenía una unidad de control remoto con dos botones rojos en un lado. El hombre dio un paso hacia atrás y sacó la caja metálica del bolsillo. Aquello era algo lo suficientemente serio como para hacer desaparecer la sonrisa durante un momento. El hombre presionó el botón de arriba con el pulgar.



Los dos segundos de espera programados le proporcionaron el tiempo necesario para volver la cara y protegerse los oídos con las manos, la unidad de control remoto en una y el arma en la otra. La onda expansiva de la detonación rodó por su espalda como una ola oceánica recalentada, empujándole con la fuerza suficiente para que tuviera que dar unos cuantos pasos tambaleantes hasta que consiguió recuperar el equilibrio.

El silencio que siguió a la explosión fue roto por los sollozos ahogados de las embarazadas, que no tardaron en crecer hasta convertirse en gritos gimoteantes. El suave repiqueteo del material estructural atomizado que cayó sobre la espalda del hombre bajo la forma de una lluvia de polvo blanco y metal calcinado acompañó a los alaridos.

El hombre, que ya se había puesto en movimiento, fue corriendo hasta el aparato que había introducido en la sala. El poderoso empujón de las cargas explosivas moldeadas había hecho que los soportes de sustentación se hundieran un par de centímetros más en el suelo. El hombre alzó la mirada hacia el agujero de contornos irregulares que acababa de aparecer en el techo. El centro del agujero estaba ocupado por el ariete hidráulico que había surgido del aparato como un muñeco de resorte y el metal, que brillaba con el destello aceitado del lubricante, había apartado a un lado las vigas retorcidas y ennegrecidas.

Unas tiras elásticas sujetaban un maletín de cromo y neopreno negro moldeado a uno de los lados del aparato. El hombre se metió la unidad de control en el bolsillo de la camisa, cogió el maletín de un tirón y empezó a trepar, con la muñeca de la mano que sostenía el arma curvándose alrededor de los remaches colocados en el lateral del ariete.

En el piso de arriba, el personal del hospital y los guardias de seguridad aún estaban aturridos por la repentina aparición de la proa con forma de morro achatado que acababa de surgir de la nada entre ellos. Un trozo de metal arañó la columna vertebral del hombre mientras su torso se abría paso a través del humo y el polvo que iba cayendo lentamente al suelo. Una rápida mirada a su alrededor, con el maletín introducido por el agujero y depositado sobre el perímetro retorcido de la perforación, y vio al paciente cardiopulmonar justo allí donde había planeado que estuviera, con la cama provista de barandillas rodeada por las máquinas susurrantes. Las pantallas de los monitores habían enloquecido, y la explosión había convertido las líneas zumbantes en una confusión de espasmos puntiagudos y alarmas que trinaban. Soltando el asa del maletín pero no el arma, el hombre acabó de salir del agujero y se encaramó al borde.

Los médicos y enfermeras, los que quedaban de pie, habían sido empujados contra las paredes por la fuerza de la explosión. Por lo menos uno de ellos había sido herido



por una esquirra volante, y la sangre formó una red luminosamente rojiza sobre su cara y la parte delantera de su bata quirúrgica antes de que cayera de rodillas. El paciente de la cama, al borde de la consciencia anestesiada, se removió débilmente dentro de la telaraña de tubos y conductos.

—Eh, amigo...

La sonrisa volvió al rostro del hombre y sus ojos chispearon con un destello jovial mientras llamaba al guardia que se estaba arrastrando hacia su rifle, que había caído a un par de metros de él. Las palabras bastaron para detener al guardia cuando las yemas de los dedos estaban a un centímetro de la culata del rifle. Aquel titubeo fue más que suficiente: el guardia alzó la cabeza, y el hombre sonriente disparó. Un hombro chocó con el rifle cuando el impacto de la bala arrastró al guardia por el suelo, tirando de su cráneo hecho añicos.

Podía oír el aullido de las alarmas en algún lugar del hospital. El tiempo se iba agotando, y el hombre sacó la unidad de control remoto del bolsillo de su camisa y presionó el segundo botón.

Algo se movió entre la temblorosa claridad solar que vibraba al otro lado de la hilera de ventanales de la sala, un chispazo más brillante de metal iluminado por las llamas que relucía como un trocito de sol atrapado en una órbita baja entre las torres de la ciudad. El chispazo se fue haciendo más grande y se aproximó rápidamente, convocado por el haz concentrado de la unidad de control remoto que sostenía la mano del hombre.

Y que ya había dejado de serle útil, por lo que arrojó la cajita metálica a un lado. Después cogió el maletín por el asa de negrura moldeada y fue hacia la cama con paso rápido y decidido.

—Qué... —Ni siquiera un susurro o un suspiro, sino únicamente unas cuantas moléculas de aliento exhalado. Los párpados del paciente cardiopulmonar se abrieron con un delicado aleteo—. Qué... está... haciendo...

Una burbuja roja tembló entre las manchas de condensación que enturbiaban el interior del tubo de plástico insertado en su tráquea.

—Tómatelo con calma, amigo. —Las manos del hombre revolotearon de un lado a otro mientras se inclinaba sobre la cama, tirando y arrancando, y los tubos y conductos segmentados se alzaron hacia el techo después de haber sido desprendidos del abdomen manchado de sangre del paciente cardiopulmonar—. Relájate y deja que yo haga todo el trabajo, ¿de acuerdo? —Había dejado el arma encima del carrito de equipo más próximo, y ya estaba cogiendo las herramientas de

bordes afilados y la cinta blanca esterilizada que sabía encontraría allí—. Qué



gracioso... Anoche mi mujer me dijo exactamente lo mismo, ja, ja. No te rías o se te soltarán los puntos.

El oxígeno puro siseó mientras arrancaba el tubo más grueso de una toma de teflón colocada en el centro del esternón, y una bolsa bamboleante de solución de Ringer reventó en el suelo como un globo lleno de agua arrojado por un bromista cuando el codo del hombre derribó el palo del gotero intravenoso. Empezó a trabajar todavía más deprisa, con el maletín abierto sobre la cama al lado del paciente. Las alarmas de seguridad chillaban en un coro disonante fuera de la sala, y podía percibir el temblor de carreras lejanas a través del suelo. El rápido y tenue chasquido de los cargadores de munición introducidos en las armas rozó su oreja, pero el hombre no levantó la vista. Ya había medido la cantidad exacta de tiempo que necesitaba. Una lanza de luz solar reflejada cayó sobre su rostro. Alzó la mirada y vio al rotador, un modelo para cargas ligeras modificado, aproximándose a la hilera de ventanales. El asiento del piloto estaba vacío. El programa activado por la presión de su dedo sobre el botón de la unidad de control remoto guió al rotador, haciendo que se acercara hasta que la proa reforzada con viguetas de acero relució a un metro de distancia del cristal, y luego todavía más cerca de él.

El hombre apartó las máquinas desconectadas con un veloz barrido del antebrazo. Otro carrito cromado volcó, esparciendo los tubos sueltos y creando un pulpo espástico. El hombre usó el rollo de cinta quirúrgica para adherir los tubitos que surgían del interior del maletín, dejándolos firmemente sujetos a las conexiones de implante que puntuaban el torso del paciente.

—Vamos allá... —Accionó el interruptor protegido por un cuadradito de cristal que había en la tapa del maletín, y una recta verde empezó a deslizarse por el monitor—. Hijo de perra... ¡Vamos, vamos!

La sonrisa se convirtió en un fruncimiento de ceño lleno de furia y un puño golpeó la apretada masa de maquinaria.

Un fuelle en miniatura aspiró y jadeó a través de un filtro de rejilla, pero la línea verde siguió siendo un horizonte perfecto. El hombre dejó caer los puños juntos sobre el paciente acostado en la cama, golpeando el minúsculo objetivo situado entre la garganta y los tubos ribeteados de rojo con la fuerza suficiente para que las rodillas del paciente se flexionaran en un intento de tocar su pecho.

—Cristo... —Un susurro agónico. Una de las manos del paciente cardiopulmonar quedó libre, soltándose del sitio en el que había estado atada a la barandilla cromada de la cama por la muñeca. El paciente hizo un débil intento de apartar a su atacante—. Dios bendito... Aléjate de mí...

El hombre se inclinó sobre él y le selló la boca con la suya, un tubo de succión ya incorporado al beso. Una potente exhalación de aire, y el pecho del paciente se alzó



en respuesta a ella. Un trino pajaril surgió del maletín, y la línea verde del monitor se estremeció y se convirtió en un pulso de dos latidos. El pulso artificial se fue volviendo más lento y regular mientras el hombre, sonriendo de nuevo, se limpiaba la boca y ajustaba el dial que regulaba el flujo de adrenalina.

—Espero que estés listo para viajar...

Las palabras apenas habían surgido de sus labios cuando la hilera de ventanales quedó hecha añicos, proyectando un reluciente diluvio de puntos de crisal que se desparramaron por la sala. El marco de metal segmentado se dobló y se retorció, y los tornillos rebotaron en el suelo y las paredes con estridentes chirridos cuando la proa del rotador de carga se introdujo en el edificio del hospital. El hombre sonriente quitó los chispazos de cristal roto del pecho desnudo y ensangrentado del paciente cardiopulmonar y después deslizó una mano por detrás de él y lo levantó, tensando la cinta quirúrgica con la otra mano para que el maletín y el nido de tubos quedaran pegados al cuerpo.

—¡Agárrate bien!

Los cristales crujieron bajo sus pies mientras empujaba la cama con ruedas hacia el rotador, que se había quedado inmóvil en el centro de la herida arquitectónica.

Disparos de rifle detrás de él. El hombre miró por encima del hombro y vio los fogonazos que surgían de los cañones, las siluetas agazapadas de un equipo de seguridad de la policía de Los Angeles, con más agentes saliendo a la carrera de la hilera de ascensores en cuanto se abrían las puertas, hombres de uniformes oscuros que corrían con la cabeza baja y las armas en la mano para ir tomando posiciones alrededor de la angosta entrada de la sala. Una bala rebotó en uno de los barrotes curvados de metal de la cama, y otros proyectiles se incrustaron en las paredes a su alrededor. El suelo perforado, con el ariete del artefacto de entrada todavía alzándose en el vacío, y el equipo médico apartado a empujones formaban una barricada parcial entre el hombre y los recién llegados a la escena, protegiéndole momentáneamente de un ataque directo.

El hombre se llevó la mano a la espalda para coger su arma, no encontró nada y se acordó de que la había dejado encima de la máquina de ayuda respiratoria principal, al lado del nido de tubos y conductos del que había extraído la cama. Podía ver el arma, un diminuto objeto negro encima del relucir dorado del cromo. Estaba demasiado lejos para que pudiera recuperarla, especialmente con una mortífera lluvia horizontal de puntas huecas trazando su complicado encaje por toda la habitación. El hombre saltó hacia los ventanales hechos añicos, levantando la cabeza por encima del cuerpo acostado del paciente cardiopulmonar mientras el rotador de transporte suspendido en el exterior giraba sobre sí mismo para dirigir su puerta de



carga abierta hacia los dientes aserrados de cristal. La cegadora claridad solar golpeó su rostro como el chorro de aire caliente de un horno.

Una de las tomas de aire del rotador se enganchó en una sección doblada del marco de acero del ventanal. Los motores de impulsión rechinaron con un zumbido más estridente cuando el programa de pilotaje automático empujó al vehículo contra la obstrucción. La abertura del compartimiento de carga siguió donde estaba, a casi dos metros del desgarrón abierto en la fachada del hospital.

El hombre pudo oír cómo el equipo de seguridad iba cambiando de posiciones a través del clamor envuelto en ecos de los disparos de rifle, acercándose más y más a la sala. Dio unos cuantos pasos hacia atrás, arrastrando la cama de hospital consigo, y después puso las manos sobre el tubo inferior de la barandilla de un lado.

—No... —El paciente cardiopulmonar ya había comprendido qué se estaba preparando para hacer—. No puedes... Im... posible...

—Cierra el pico.

El hombre empujó la cama con todas sus fuerzas, inclinándose y adquiriendo más velocidad, con la cabeza bajada como un toro y los músculos tensándose debajo de la tela verde. Un segundo después la cama ya había chocado con el borde inferior del marco del ventanal. La inercia hizo que la cama pasara por encima de él y la lanzó hacia el rotador que flotaba en el exterior, con el compartimiento de carga como centro exacto del objetivo. Su propia inercia y un último salto permitieron que el hombre siguiera a la cama.

Aterrizó sobre el paciente, que gimió e intentó quitárselo de encima con débiles brazos narcotizados. Una de las ruedas de la cama se había enganchado en el quicio de la puerta de carga. La estructura cromada y el colchón cayeron al vacío, chocando con el exterior del hospital mientras se precipitaban en una vertiginosa espiral hacia las calles de la ciudad que se extendían por debajo de ellos.

Las balas revolotearon por entre los costillares de acero que delimitaban la zona de carga. Los agentes del equipo de seguridad habían abandonado sus refugios y estaban atravesando a la carrera el destrozado campo de batalla de la sala, disparando mientras corrían.

El hombre se arrastró junto al paciente cardiopulmonar. Todavía de rodillas, dejó atrás los asientos vacíos de la cabina y presionó el botón de anulación del piloto automático del panel de control. Un manotazo sobre las palancas de impulsión y el rotador salió disparado hacia adelante, con el antebrazo que había deslizado alrededor del apoyacabezas del asiento del piloto evitando que se viera arrojado al espacio de carga.



Volvió la cabeza hacia la curva de cristal de la cabina, y vio que el gancho de acero del marco del ventanal se iba hundiendo cada vez más en la toma de aire del motor. Ya se había hundido lo suficiente para que el rotador se inclinara en un ángulo de cuarenta y cinco grados mientras luchaba con aquella tosca agarradera improvisada. Un diluvio metálico dejó una estela de pequeñas abolladuras en los paneles laterales.

Miró por encima del hombro y vio que el paciente cardiopulmonar estaba resbalando hacia la puerta abierta. Agarrándose al asiento del piloto, estiró el brazo hacia atrás y consiguió agarrar un puñado de las sábanas ondulantes entre sus dedos tensos como garras. La conmoción y el miedo habían logrado abrirse paso a través del sopor de los anestésicos que le habían administrado durante su estancia en el hospital. Totalmente consciente, con los ojos casi tan abiertos como su boca, el paciente miró hacia atrás y hacia abajo, contemplando el aterrador vacío de aire y la calle, delgada como un hilo, que giraba alrededor de la base del hospital a centenares de metros por debajo de él.

Usando la sábana como un cabestrillo tensado al máximo, el hombre fue izando al paciente cardiopulmonar. Con un empujón de su brazo, consiguió que el paciente quedara incómodamente instalado en el otro asiento de la cabina. Los diales y el monitor del maletín adherido al pecho del paciente aullaban y danzaban en una aparatosa exhibición de alarma.

Un rápido giro del timón liberó al rotador del trozo de marco del ventanal, y la impulsión acumulada hizo que el vehículo saliera lanzado hacia el cielo sin nubes en un veloz arco. El equipo de seguridad, desplegado a lo largo de la brecha abierta en la pared del hospital, siguió disparando mientras sus objetivos se empequeñecían en la lejanía, y las balas repiquetearon sobre la puerta de la zona de carga mientras se cerraba.

—Uhhh... —El paciente cardiopulmonar ya no podía hablar. Sus pálidas manos temblaron sobre el maletín, la maquinaria palpitante que lo mantenía con vida—. Uh... Uhh...

—Oh, cállate. —El hombre, con la sonrisa todavía ausente de su cara, lanzó una mirada de disgusto al paciente cardiopulmonar. Sus manos seguían tecleando una pauta de vuelo en el ordenador del vehículo—. Me estás poniendo nervioso.

Los rayos de sol rebotaron en el metal del rotador, un deslumbrante destello del blanco más puro imaginable, mientras el vehículo aceleraba y se alejaba de los niveles superiores de la ciudad.

—Eso es lo que dicen siempre.



Deckard se volvió hacia la figura envuelta en la bata de laboratorio inmóvil al otro lado del escritorio.

—¿Qué se supone que significa eso?

—La mi-misma mierda de si-siempre. —Algo que casi parecía compasión se agitó detrás de los gruesos cristales de las gafas de Isidore mientras meneaba la cabeza, claramente disgustado—. Cada vez que alguien quiere es-escurrir el bulto, va y dice ese tipo de co-cosas. «Estaba haciendo mi trabajo. Me dijeron que lo hiciera.» — Por una vez, su voz llena de sarcasmo no había caído en el tartamudeo—. Esa respuesta ya era vi-vieja en Nurembe-berg.

—Ya... Bueno, quizá entonces también era verdad.

—Oh. Una re-respuesta excelente, Deckard. —El director del Hospital Veterinario Van Nuys puso las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante, y su mirada adquirió una repentina agudeza—. Una gran táctica re-retórica, desde lu-luego. Puede de-defenderse a sí mismo y al Tercer Reich, to-todo al mismo tiempo.

—Deme un respiro, ¿de acuerdo? —Esta vez le tocó el turno a Deckard de menear la cabeza—. ¿Me han traído aquí para que pudiera soltarme una conferencia sobre historia antigua? Olvídelo. Los muertos están enterrados, y las cenizas de los asesinos fueron esparcidas en la cuneta.

—Estoy impresionado. Veo que es un auténtico ex-experto.

—Basta ya. —Deckard se recostó en su asiento—. Bien, ¿puedo irme? Porque si lo único que quería era despreciarme desde la cima de su superioridad moral, no hacía falta que se tomara tantas molestias. Ya le he dicho que dejé el trabajo.

—Pero puede que el tra-trabajo no le haya de-dejado a usted —replicó Isidore.

Deckard suspiró.

—Como quiera.

—Porque... —Isidore bajó la voz de repente, y su tono se suavizó—. Porque en realidad us-usted nunca pensó que hubiera nada ma-malo en el trabajo de un-blade runner. Lo que o-ocurrió fue que un día dejó de gu-gustarle su tra-trabajo, ¿verdad? Como usted mismo ha dicho, estaba caminando por la Curva y fue demasiado lejos.

El silencio invadió la habitación y se fue extendiendo por el despacho de Isidore, y los papeles y calendarios viejos de la pared parecieron quedar repentinamente suspendidos en el aire cargado de tensión. Deckard cerró los ojos.

—Era un trabajo que alguien tenía que hacer. Eran peligrosos.

—¿Quiénes e-eran peligrosos?



—Oh, vamos... Los replicantes. Los crearon para que fuesen peligrosos. Estamos hablando de modelos militares..., fabricados para que se encargaran de todos esos trabajitos sucios en las colonias. Alguien tenía que ocuparse de ellos. Tenían que ser retirados.

—Por alguien como usted.

Deckard abrió los ojos.

—Exacto.

—Pero es cu-curioso, ¿verdad? Me refiero a que nunca le hi-hicieron daño a nadie que no es-estuviera intentando ha-hacerles daño antes. No se conoce ningún ca-caso

en el que un replicante huido matara a un ser humano, por lo menos no aquí en la Tierra... salvo cuando se vio a acorralado en un rincón, sin ninguna otra es-escapatoria.

—Oh, ¿de veras? —Las palabras de Isidore arrancaron una seca carcajada a Deckard—. Dígaselo a Eldon Tyrell.

—Eso era di-di-distinto. Era algo pe-personal. —El rostro de Isidore adquirió una expresión meditabunda—. Y además, Eldon Tyrell me-merecía morir. Era un auténtico hijo de pu-puta. Créame, Deckard: sé de qué ha-hablo.

lo que había averiguado posteriormente — cuando estaba vivo, Tyrell le daba escalo-  
Deckard no iba a discutirlo. Cuando estaba vivo, Tyrell le daba escalo-  
de su sobrina Sarah— no le había hecho cambiar de parecer.

—Muy bien —dijo—. Puede que los replicantes sean unos santos. Pero no son seres humanos.

—¿Es us-usted quien habla..., o el blade runner?

—Piense lo que quiera.

—Pero usted amó a una re-replicante. O todavía la ama. Ha do-dormido con ella en sus bra-brazos.

—Eso no la convierte en un ser humano. —Deckard fue consciente de la frialdad que había en su voz. No iba dirigida a Rachael, sino a todo el resto del mundo—. Si fuera humana, ahora no se estaría muriendo. Así que tiene usted toda la razón acerca de Tyrell: esa mini-vida de cuatro años fue una de sus brillantes ideas. Los replicantes Nexus-6 eran su gran ocasión de jugar a ser Dios, y lo único que se le ocurrió fue programar la muerte en sus células.

Isidore le contempló con tristeza durante un instante.

—Si el que usted la a-ame... Si eso no la ha-hace humana, ¿qué podría ha-hacerlo?



—Nada. —Deckard meneó la cabeza—. Hay una diferencia, ¿entiende? Entre ser humano y no serlo, quiero decir... Todas las pruebas giran alrededor de eso. Ah, sí, las pruebas Voigt-Kampff... —Sabía que estaba empezando a hablar como un blade runner. Aquellos eran los dogmas de fe, las creencias básicas que formaban el núcleo de su trabajo—. Cuando la sometí a la prueba por primera vez en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, Rachael no consiguió superarla. —Se preguntó qué parte de la historia conocería Isidore. Había alguna clase de conexión entre Isidore y Sarah Tyrell, pero Deckard aún no sabía en qué consistía exactamente—. Entonces lo supe. Necesité un poco de tiempo, pero supe que era una replicante.

—Pero no fue sólo por la pru-prueba Voigt-Kampff hecha con esa máquina que ustedes los blade runners siempre llevan con-consigo a todas pa-partes. Fue algo más, algo que está oculto dentro de usted y que puede decir «Éste es humano, y este otro no lo es». Eso es lo realmente esencial, ¿no? Me re-refiero a lo realmente esencial a la hora de ser un bla-blade runner... Lo esencial es e-esa capacidad para distinguir entre lo que es humano y lo que no lo es, lo que sólo va de un lado a otro y camina y habla y actúa como un ser humano.

Deckard se removió en su asiento, como si estuviera intentando esquivar la implacable exploración a la que le sometían las palabras de Isidore.

—Supongo que sí.

—Eso es muy in-interesante, señor Deckard. —Isidore golpeó suavemente uno de los cristales de sus gafas con un dedo índice—. El caso es que veo ba-bastante bien, por lo menos cuando lle-llevo puestas mis ga-gafas, pero eso es u-u-una cosa que nunca he llegado a ver. Esa diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es, entre lo re-real y lo fa-falso... No la he vi-visto nunca y creo que no po-podría verla ni aunque dis-dispusiera de una de esas so-sofisticadas máquinas Voigt-Kampff que usan us-ustedes. —Señaló la puerta del despacho con una inclinación de la cabeza—. Supongo que es al-algo que viene incluido en el o-oficio. En mi o-oficio, quiero decir... Como ahí fuera con los animales. Usted dijo que los fa-falsos le daban es-escalofríos..., y se refería a los que podía ver que e-eran falsos porque estaban a-averiados o por lo que fu-fuese. Y durante un momento, yo ni siquiera fui ca-capaz de entender de qué de-de-demonios me estaba ha-hablando. —Todavía parecía perplejo—. Quiero decir que entiendo que... Bueno, sé en qué se di-diferencian unos de otros aquí arriba... —Un dedo golpeó suavemente su sien—. Pero no puedo percibir la diferencia aquí a-abajo. —El mismo dedo golpeó el pecho que había debajo de la bata blanca de laboratorio—. Aunque supongo que eso es muy común, ¿eh? De lo contrario no tendríamos máquinas Voigt-Kampff. Ni blade runners.

Aquel tipo estaba empezando a ponerle nervioso. El suave sarcasmo hizo surgir una chispa defensiva dentro del pecho de Deckard.



—Está olvidando algo. Las máquinas Voigt-Kampff, las pruebas, todas esas habilidades de los blade runners... Todas esas cosas detectan y miden algo que realmente existe. Ese algo se llama empatía. ¿Sabe qué es?

—Tengo una cierta idea.

Deckard se inclinó hacia adelante hasta que su mirada, impasible y penetrante, se encontró con la de Isidore.

—Es la capacidad de sentir lo que siente otra criatura viva. Los humanos la poseen. Los replicantes, no. No en el mismo grado, no con la intensidad suficiente... Eso es lo que los hace peligrosos.

Una de las cejas de Isidore se elevó lentamente.  
—Esa empatía... ¿Rachael la po-posee?

La chispa estaba empezando a arder con más intensidad dentro del pecho de Deckard. Hubiera podido matar al hombre sentado al otro lado de la mesa.

—Quizá no, porque entonces nunca habría permitido que me enamorase de ella — dijo por fin—. Habría sabido que era justo lo que no debía hacer.

Un suspiro, un vaivén de la cabeza.

—¿Ve hasta qué punto complica las cosas con toda esa distinción entre lo que es falso y lo que es real? Sus maravillosas máquinas Voigt-Kampff... ¿Qué es lo que miden? ¿Qué es lo que realmente miden? Un milisegundo de diferencia en los tiempos de dilatación de la pupila; una respuesta de rubor que es minúsculamente menos rosada que la prescrita por la norma. ¿Sabe a quién estaba imitando cuando iba corriendo de un lado a otro y estaba tan ocupado siendo un te-temible blade runner? A un *rassenprüfer*. Parecía algo salido del Tercer Reich. —El tartamudeo se evaporó a medida que la ira de Isidore se fue intensificando—. ¿Se acuerda de ellos? Eran inspectores raciales que recorrían Berlín con sus calibradores y medían la nariz de la gente en plena calle. Un milímetro de más, una forma no del todo correcta y, bum, ya no se te consideraba humano y tu trasero era enviado a Auschwitz. Por lo menos los nazis preferían llevar a cabo sus matanzas en algún sitio donde nadie pudiera verlas. En comparación con ustedes, supongo que se podría decir que los nazis todavía tenían un poco de clase.

Deckard guardó silencio, dejando que las palabras de Isidore le golpearan en la cara y cayeran al suelo como los afilados cristales de una tormenta de hielo. Se sabía de memoria todas aquellas estupideces. Estaban en los libros. Incluso había pensado en ellas durante las largas horas de la noche, con la camisa ensangrentada y la botella al alcance de la mano. Había pensado en esas cosas hasta que no podía seguir pensando, porque de hacerlo se hubiera caído de la Curva..., y habría aterrizado en algún lugar del fondo, con la mano apoyada en la pistola que había encima de su



corazón, pensando que el juego había terminado y que ya era hora de tomar una decisión. La última decisión posible...

—Oiga, ya se lo he explicado. —Podía sentir la delgada película de sudor que se había formado sobre las palmas de sus manos, una respuesta nerviosa a la amenaza que suponía Isidore—. Dejé el trabajo. Bryant, mi antiguo jefe, hizo todo lo que pudo para que volviera a trabajar. Quizá debería haberle dicho que se fuera a la mierda..., pero no lo hice. No tuve el valor necesario para hacerlo y lo admito, así que demándeme. —Se recostó en su asiento, presionando los brazos del sillón con las palmas—. Pero nadie me ha oído decir jamás que ser un blade runner sea un buen trabajo.

—No era un buen trabajo, Deckard, porque todo se basaba en una pura y simple gi-gi-gilipollez. —Isidore estaba decidido a hacerle sudar—. Las pruebas de empatía, las máquinas Voigt-Kampff... Todo eso no es más que un montón de mentiras. Ni siquiera fu-funcionan. ¿Ha habido algún falso po-positivo? ¿Ha habido algún sujeto que fuera sometido a la prueba e identificado como un replicante..., para que luego se descubriese que no lo era?

Deckard titubeó durante un segundo antes de responder. En una ocasión le habían hecho la misma pregunta, aunque con distintas palabras.

—No —dijo por fin, meneando la cabeza.

—Mentiras, tal como a-acabo de decir. ¿Y qué hay del incidente de St. Paul?

Los engranajes empezaron a girar dentro de la cabeza de Deckard, intentando llevar a cabo un análisis de lo que pretendía aquel hombrecillo. «Sabe demasiado...» El incidente de St. Paul era más que supersecreto. Después de que hubieran limpiado el estropicio, los detalles ni siquiera habían sido introducidos en los registros porque así no habría ningún fichero que borrar. Lo único que quedaría de él serían los recuerdos que los blade runners llevaban consigo allí donde fueran, atrapados detrás de sus frentes.

—St. Paul... —Las palabras salieron de la boca de Deckard con una terrible lentitud—. St. Paul fue un accidente.

—Me pa-parece que no fue así como lo lla-llamaron, suponiendo que pudieran llamarlo de alguna manera.

Los muertos, o por lo menos sus cenizas, estaban enterrados en algún lugar de Minnesota. La mala suerte era un crimen tan merecedor de la pena de muerte como ser un replicante huido. Durante el apogeo de la temporada de gripe, un farmacéutico del centro de St. Paul había repartido el resto de sus existencias de un humedecedor de las vías respiratorias superiores, muy popular en el pasado pero que había sido retirado del mercado por la Administración de Alimentos y Fármacos,



entre su familia y sus amistades. Un miembro de la unidad de blade runners de la policía de Los Ángeles va a visitar a su familia por Navidad, comparte una borrachera con una antigua novia de la secundaria y, pensando que así podrán reírse un buen rato, la somete a las pruebas Voigt-Kampff. El medicamento contra la gripe retirado del mercado contiene un depresor del sistema nervioso central cuyos efectos, aunque muy suaves, bastan para reducir la respuesta de rubor y las fluctuaciones de su iris. El blade runner de vacaciones saca su arma y le vuela la cabeza a su antigua novia. A continuación, y a una velocidad vertiginosa: somete a la prueba Voigt-Kampff a todos los que le rodean —incluidos sus viejos y encantadores padres, que parecen salidos de una de esas idílicas ilustraciones rurales de Norman Rockwell—, y llega a la conclusión de que se ha metido en un nido de replicantes huidos que se hacen pasar por humanos. Durante las doce horas siguientes, sólo deja de disparar durante los segundos que tarda en recargar su arma.

Mala suerte, y una cagada realmente grave. Uno de los viejos compañeros de la unidad de blade runners de Deckard, el más eficiente e implacable del grupo, tuvo que ir allí y darle el pasaporte a aquel tipo, que a esas alturas ya estaba totalmente chalado y veía replicantes huidos por todas partes. Todo se llevó a cabo de la manera más discreta posible, y después el cadáver del blade runner que había perdido el control fue trasladado a Los Ángeles en avión y enterrado con honores..., y sin detalles. St. Paul también fue reducido al silencio mediante una juiciosa aplicación de los fondos reservados que Bryant administraba desde el último cajón de su escritorio. Todo el asunto se había volatilizado por completo..., por lo menos hasta que el maldito Isidore abrió la boca.

—¿Cómo se ha enterado de lo de St. Paul?

Una aureola de hosca satisfacción iluminó el rostro de Isidore.

—Mi trabajo consiste en enterarme de ese tipo de cosas, señor Deckard. De hecho, la función..., la verdadera función del Hospital Veterinario Van Nuys consiste precisamente en llegar a enterarse de esas cosas.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

Isidore volvió la mirada hacia las fotos clavadas en la pared.

—La verdad es que no lo su-supe hasta que el señor Sloat murió. Hasta entonces yo sólo había trabajado para él, ha-haciendo lo que me decía que hiciera, reparando los animales averiados..., los falsos, como los lla-llamaría usted. Pero entonces se murió, y me lo dejó todo... —Sus ojos volvieron a posarse en Deckard—. Entonces me legó la..., la gran tarea. La responsabilidad. Lo que había hecho, y lo que yo tenía que hacer. Fue entonces cuando descubrí la verdad. —Detrás de los cristales redondos, sus ojos brillaban con una luz en la que había tanta sabiduría como compasión—. Usted es un fracasado, Deckard. Ya era un fracasado antes de que dejara de ser un



blade runner. Todo ese montaje de los blade runners ha sido un desastre desde el principio. Se su-supone que deben evitar que los replicantes huidos anden sueltos por la Tierra porque son «peligrosos», como a usted le gusta pensar que son. Bien, pues la ca-ca-cagó. Usted y todo el resto de los blade runners... Nunca han conseguido seguirle la pista a los replicantes. ¿Y sabe por qué? Porque no pueden hacer nada al respecto. Nunca han podido hacerlo. Los blade runners..., una pandilla de mentirosos e impostores que malgastan el di-dinero de los contribuyentes. La policía de Los Ángeles tendría que haberles retirado con una pensión, o haberles vuelto a poner el uniforme para que volvieran a ser guardias de tráfico. Así por lo menos harían algo útil, ¿no? Porque algo como el incidente de St. Paul, y ha habido otros incidentes de los que usted ni siquiera se ha enterado... ¿Sabe qué es lo que prueban esa cla-clase de cosas?

Deckard se hundió un poco más en el asiento, odiando a aquel tipo con toda su alma.

—Supongo que ahora va a decírmelo.

—Ésa es la ra-razón por la que está aquí, Deckard. No se trata sólo de que la prueba Voigt-Kampff pueda dar falsos positivos, ni de que los blade runners hayan estado asesinando a seres humanos —auténticos seres humanos— que no consiguieron superar la prueba por una razón u otra. También está el hecho de que en cuanto admite la falibilidad de la metodología basada en la prueba de empatía, también admite la posibilidad de que haya falsos negativos. Estoy hablando de replicantes que superan la prueba, y que pasan a su lado por la calle porque sus maravillosas máquinas Voigt-Kampff les han di-dicho que eran humanos.

—Una posibilidad. —Un encogimiento de hombros—. Oh, maravilloso. Todo es posible. Eso no quiere decir que haya llegado a ocurrir.

—Oh, pe-pero lo que debe en-entender es que puedo demostrar que ha o-ocurrido. —Isidore juntó las manos sobre su regazo—. Estoy en condiciones de demostrar que

los replicantes pueden superar las pruebas de empatía y dejar en ridículo a sus complicadísimas máquinas Voigt-Kampff. Ya las estaban su-superando incluso antes de que los mo-modelos Nexus-6 fueran lanzados al mercado. Los replicantes huidos llevan años, qui-quizá hasta décadas, moviéndose a su antojo por la Tierra. Incluso aquí mismo, en Los Ángeles... Y ni usted ni ninguno de los otros blade runners pueden hacer absolutamente nada al respecto porque no pueden dar con ellos.

—Metafísica. —Deckard le fulminó con la mirada—. Chorradas. Está hablando de religión y de dogmas de fe. Postula la existencia de una entidad invisible: existe, pero usted no puede verla. Nadie puede verla. Replicantes que se hacen pasar por humanos... Existen porque usted cree que tienen que existir. Le va a costar mucho demostrarlo, Isidore, así que le deseo suerte.



—Esto no ti-tiene nada que ver con la fe, Deckard, sino con la realidad. Los he visto, he hablado con ellos y he tenido o-ocasión de ver cómo se pa-paseaban entre nosotros... —Sus ojos se velaron, y su mirada dejó de enfocar el mundo exterior para contemplar el resplandor de una visión interior—. Oh, sí, y hay mucho más que eso... Lo sé todo sobre ellos. Resulta muy gra-gracioso, ¿verdad? —Una expresión de asombro—. Yo soy la persona que nunca ha podido percibir la diferencia que separa lo humano de lo que no lo es, lo fa-falso de lo real... Usted podía ver esas cosas, pero yo no. Era como si estuviese ciego. Y he vencido. La forma en que veo las cosas... se volvió real. Empezó aquí dentro, y luego se extendió... —Volvió a darse golpecitos en la sien—. Por todas partes. —La punta del dedo se apartó de su cráneo—. Lo convertí en real.

Deckard permaneció en silencio, mirándole fijamente. Unos minutos antes estaba seguro de que aquel hombre estaba loco. Pero de repente Deckard ya no estaba seguro... de nada.

La mirada de los iluminados, de aquellos que conocen la verdad, volvió a posarse en él.

—¿Es que no lo entiende, Deckard? —La voz, dulce y afable, el tartamudeo evaporado—. Esa ha sido siempre la función del Hospital Veterinario Van Nuys..., o por lo menos eso era lo que se hacía aquí antes de que el señor Sloat me lo dejara en herencia. Su legado... Cuando descubrí lo que había estado haciendo, lo que todos habíamos estado haciendo... Entonces no tuve elección. Tenía que seguir adelante. Tenía que seguir haciéndolo.

Deckard entrecerró los ojos.

—¿Qué era lo que tenía que seguir haciendo?

—Convertir lo falso, lo que usted llamaría falso, en lo real. Eso fue lo que empezamos a hacer con los animales... Los construíamos y los reparábamos para que no pudieran ser distinguidos de las criaturas que habían llegado a ser reales meramente por el hecho de haber nacido. Hacerlo con animales es legal, y Hannibal Sloat se limitó a dar el paso siguiente. El paso lógico, el paso necesario... El Hospital Veterinario Van Nuys es la última estación del ferrocarril subterráneo para los replicantes huidos: cuando escapan de las colonias del espacio y llegan a la Tierra, vienen directamente aquí. Justo debajo de las narices de los blade runners y del resto de la policía de Los Ángeles, claro. ¿A quién se le ocurriría hacer una redada de replicantes en un hospital veterinario? ¿Hmmm? Y cuando los replicantes huidos llegan aquí..., los cambio y los mejoro. Y cuando he acabado con ellos... pueden superar una prueba de empatía. Altero sus tiempos de reacción involuntaria, sus respuestas de rubor y sus fluctuaciones pupilares para que puedan enfrentarse a una máquina Voigt-Kampff y salir absueltos. Y superan la prueba. Siempre la superan. —



Isidore asintió con una lenta inclinación de la cabeza, como si se le acabara de ocurrir algo—. Así pues, y teniendo en cuenta que algunos seres humanos no han conseguido superar las pruebas de empatía..., supongo que eso convierte a mis replicantes mejorados en más reales que las criaturas reales, ¿no?

—Si es que existen. —Las palabras de Isidore habían sido como un revulsivo para Deckard, y le habían devuelto a una manera de pensar y de existir que creía haber abandonado por completo hasta aquel momento—. Si existieran..., acabaríamos atrapándolos más tarde o más temprano. Por lo menos a algunos de ellos, claro. —Deckard podía oír cómo una vieja brutalidad aceraba su voz—. Y eso no tiene nada que ver con ser un blade runner, sino con ser un policía y con lo que saben los policías. Está hablando de una conspiración, amigo. Siempre que hay tanta gente metida en algo, puede tener la seguridad de que algunas personas se irán de la lengua. No son tan fuertes como los demás, no saben esconderse tan bien o no son capaces de aguantar cuando saben que están siendo perseguidos. Basta con uno para que se descubra todo el pastel. Y así es como habríamos atrapado a sus replicantes mejorados..., si existieran.

—Cierto. —Isidore volvió a asentir, otra lenta inclinación de la cabeza—. Tal como usted dice, no todo el mundo tiene lo que hace falta para esconderse y seguir escondido. Usted y los otros blade runners deben sentirse orgullosos de haber sido capaces de inspirar tanto temor. Unos veraderos terroristas, eso es lo que son. Pero el señor Blat también era consciente de ese problema, y sabía que había que hacer para resolverlo. Y yo he hecho lo mismo que hacía él, naturalmente. La respuesta de rubor no es lo único que puede ser alterado en un replicante huido. Está la memoria, por ejemplo, y la memoria también puede ser manipulada.

—Oh, vamos... Deje de decir tonterías. Los recuerdos falsos son implantados en los replicantes en el momento de su fabricación, cuando los crean. Los recuerdos falsos son parte de los replicantes desde el inicio de su existencia.

—Se equivoca, Deckard..., al menos en pa-parte. La fecha de creación es el momento en el que la Corporación Tyrell introduce cualquiera que sea la clase de recuerdos falsos que quiere que tengan sus replicantes. Pero no es el único momento en el que puede hacerse. Los caminos de acceso neurales forman parte de los neocórtices de los replicantes. De hecho, la amplitud de banda del canal de datos es uno de los rasgos más característicos del diseño de los Nexus-6. Podría enseñarle los planos. Los diseñaron de esa manera para que la corporación pudiera introducir más datos en sus cabezas antes de que salieran de las cadenas de montaje. Pero el acceso a las áreas de la memoria sigue estando ahí, como una puerta en la que ni siquiera hay una cerradura. Basta con sa-saber dónde hay que buscarla..., y luego ya puedes utilizarla.



—Y eso es lo que hizo. Supuestamente, claro.

—Oh, sí. —Un chispazo de plácido triunfo adormilado onduló detrás de las gafas de Isidore—. Y olvídense del «supuestamente». Es mi trabajo, y se hace muy bien. Y cuando he acabado... —Su mirada recobró la dureza perdida y volvió a clavarse en Deckard—. Algunas de las personas que usted creía eran seres humanos, en realidad eran replicantes y ni siquiera lo sabían. Le sorprendería enterarse de quiénes eran..., y son.

La habitación pareció haberse empequeñecido de repente, como si las paredes se hubieran acercado sigilosamente hasta quedar pegadas a los hombros de Deckard.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Lo que acabo de decirle, Deckard... —La voz de Isidore se había vuelto tan afilada y penetrante como una aguja hipodérmica—. Se sorprendería. Oh, sí... Quedaría muy, muy sorprendido.



## 5

El grupo de búsqueda estaba superando el obstáculo del último gran rascacielos, una torre de despachos de cincuenta pisos que se había desplomado sobre el suelo como una serpiente cubista de obsidiana, cuando el primer resplandor humeante del alba empezó a asomar sobre el horizonte. «Vamos a tener un día muy cálido...» Sebastián ya podía sentir el beso abrasador del sol sobre su cara. Hasta que volvieran los monzones, todos los días serían tórridos.

Las estrellas seguían incrustadas en la negrura, inmóviles en la atmósfera calcinada por los vientos de Santa Ana que se deslizaban sobre el desierto. Durante el trayecto de vuelta, tres líneas de fuego separadas por franjas de vacío impecablemente regulares habían hendido el cielo. Venían del norte y se habían desviado hacia el sur de la ciudad, y Sebastián se había retorcido entre las tiras de su arnés para contemplar a los rotadores que flotaban en la lejanía, y se había preguntado quién demonios viajaría en ellos. «Alguien importante», pensó. Pero no era asunto suyo. Había apoyado la mejilla en la parte de atrás de la cabeza de Peludo, conservando sus escasas fuerzas.

Cuando llegaron a casa, hizo que sus dos compañeros esperasen en el pasillo. Sebastián se arrastró sobre el marco de la puerta torcida del nido, impulsándose penosamente hacia adelante con su única mano.

—Eh, Pris... ¿Cariño? Tengo algo especial para ti. —Un cordel atado alrededor de su muñeca le permitía remolcar una de las cajas de caramelos del cargamento de la asistencia social—. ¿Dónde estás, preciosa?

Los ojos de Sebastián tardaron bastante en acostumbrarse a la oscuridad de la habitación. Las cortinas metálicas sujetadas a las ventanas con grapas, incluida la que el derrumbamiento del edificio había convertido en una claraboya, sólo dejaban entrar una fracción minúscula de la luz que avanzaba hacia ellos. Una masa de cabello muy blanco que parecía una fregona sin palo se agitó en un rincón. Una cara, todavía más arrugada y reseca que el rostro de anciano de Sebastián, se fue separando lentamente de las rodillas dobladas pegadas a un pecho aplastado de



adolescente. Las cuencas de los ojos, ciegas salvo por los sensores térmicos, se volvieron hacia el suplicante sin piernas que sólo tenía un brazo.

—Mira... —Sabía que Pris, o lo que quedaba de ella, no podía ver nada. Pero dadas las circunstancias le bastaba con actuar como si la chica, o la criatura, pudiera hacerlo. Sebastián tiró de la caja hasta que pudo cogerla y se la ofreció—. Te he traído esto...

Un chillido inaudible, mandíbulas que parecían cuero viejo tensadas para abrirse al máximo mientras la cosa-Pris abandonaba su posición agazapada con un veloz salto. Una mano de hueso arrancó la caja de entre los dedos de Sebastián, y las cerezas recubiertas de chocolate esparcieron heridas pegajosas sobre el techo y las paredes invertidas. Un siseo tembloroso, el resto de un grito, surgió de la garganta de la criatura mientras se inclinaba sobre Sebastián, lo alzaba en vilo y lo lanzaba al otro extremo de la habitación.

—Sí... —Lágrimas de dolor y alegría llenaron los ojos de Sebastián. Desde el sitio en el que había caído, contempló cómo aquello que tanto amaba se convulsionaba en una rabieta espástica, con los brazos describiendo veloces círculos mientras se alejaba tambaleándose. Después asintió lentamente—. Sí... Yo también te quiero.

El oso de peluche y el húsar le observaron durante unos momentos por encima del canto de la puerta. Después bajaron para levantar su viejo cuerpo parcializado y cuidar de él.

—Ese chiste ya es muy viejo. —Deckard se sorprendió al darse cuenta de que el hombrecillo sentado al otro lado del escritorio le inspiraba una cierta compasión. Otro gato, uno que no tenía carne para cubrir sus huesos de acero, había logrado llegar hasta el regazo de Isidore—. ¿Sarah Tyrell me ha hecho traer hasta aquí sólo para que usted pudiera tratar de asustarme con todo este teatro?

Isidore empezó a acariciar al gato mecánico, como si no fuera consciente de la diferencia que había entre él y el gato al que había sostenido antes. El artefacto ronroneó y cerró los ojos, lleno de satisfacción, o por lo menos unas membranas de polietileno se deslizaron sobre las réplicas de cristal. El índice de Isidore empezó a rascar el lugar donde hubieran tenido que estar las orejas del gato.

—No intento asustarle, y no me dedico al teatro.

—Oh, claro. —Deckard meneó la cabeza, bastante disgustado—. Y entonces ¿a qué vienen todas esas indirectas y esas amenazas veladas? ¿A qué viene tanto hablar de lo mucho que me sorprendería si llegara a saber quién se hace pasar por humano cuando en realidad es un replicante? Así que consigue hacerse pasar por humano



porque la persona en cuestión ni siquiera sabe que en realidad es un replicante, ¿eh? Y después me lanza una de sus impresionantes y significativas miraditas. Mierda, mierda, mierda... —Deckard clavó los ojos en el rostro de Isidore—. ¿No sabe que ésa es una de las primeras cosas en las que empieza a pensar un blade runner? «Eh, puede que yo sea uno de esos replicantes...» Puede que los policías hayan decidido usar gatos mecánicos para cazar ratones mecánicos. Sería muy típico de ellos, ¿no? Créame, amigo, los blade runners conocen la forma de pensar de la policía de Los Ángeles mucho mejor que ustedes los civiles. Y dado que estamos excesivamente familiarizados con las pruebas de empatía para poder someternos a ellas..., entonces tenemos que encontrar otra forma de estar seguros de que no somos unos replicantes.

—¿Y cuál es ésa fo-forma?

—La Curva. Siempre es la Curva, y toda esa obsesión por el «índice de autoaborrecimiento». —Deckard podía sentir cómo sus ojos se iban entrecerrando, como si estuviera contemplando el alma oculta debajo de su esternón—. Los blade runners acaban tan hartos de sí mismos que..., que el descubrir que son unos replicantes supondría un auténtico alivio para ellos. Pero eso nunca ocurre. «Aborrécete a ti mismo...» Los blade runners son unos auténticos genios en todos los aspectos del conocerse a sí mismos, así que no intente emplear ninguno de esos

jueguecitos mentales conmigo.

—Bueno, de to-todas maneras eso no tiene ninguna importancia. —Isidore se encogió de hombros—. El que usted sea realmente humano o no debería ser la menor de sus preocupaciones en este momento.

—En este momento lo único que me preocupa es que he de retirar a un replicante huido. Luego he de volver al sitio en el que estaba antes de que me trajeran hasta aquí. He de volver al norte. Alguien me espera allí. —En las profundidades de su mente, durante todo el rato que aquel hombre tan extraño llevaba sermoneándole: el ataúd negro en el que había dejado a Rachael, que dormía y moría dentro de él. El ataúd podía funcionar por sí solo, al menos durante un tiempo, pero no tardaría en necesitar que la mano llena de amor de Deckard se deslizara por debajo de la falda metálica del panel de control—. Veo que es un auténtico artista de la condena moral, amigo, pero... Bueno, la verdad es que está perdiendo el tiempo conmigo. Tengo reservas suficientes para saturar el mercado, ¿comprende? Así pues, ¿por qué no se limita a explicarme qué es lo que tanto debería preocuparme? —Señaló la puerta con una inclinación de la cabeza—. En cuanto lo haya hecho, quizá no le importará que me vaya de una vez.

—¿Sabe una co-cosa, Deckard? —El gato de esqueleto de acero alzó la cabeza en el regazo de Isidore, su mirada paralela e idéntica a la que había encima de él—. Como



casi todo en usted, esa terrible carga de autoaborrecimiento suya tiene bastante de fachada. Mientras su piel esté intacta, no le importa lo que le pueda ocurrir a los demás. Por eso sé que lo va a pasar bastante mal. —Se inclinó hacia adelante, apretando al gato contra su pecho—. Me refiero a ese trabajo que ha aceptado y, pensándolo bien, resulta muy curioso que siempre haya un trabajo más, ¿verdad? Ese trabajo... Bien, el caso es que no va a ser tan fácil como usted piensa.

—Sáltese la advertencia. Ya he sido advertido.

Isidore siguió hablando.

—No podrá salir de aquí para olvidarse de todo esto e iniciar la cacería. La ha cagado, Deckard..., y a gran escala. Me refiero al pasado. Dígame una cosa: ¿cuál es la forma más exacta e infalible de determinar si alguien es un ser humano o un replicante?

La feroz impasibilidad que impregnaba la voz de Isidore hizo que Deckard retrocediera en su asiento.

—La autopsia —dijo por fin—. El análisis de la médula ósea. Requiere algún tiempo, pero...

—Ya sé cuánto tiempo tarda en hacerse, y por eso sé que la cagó. Lo sé porque he visto los resultados del análisis de la médula ósea. Uno de los replicantes a los que retiró... no era un replicante. Y matar a un ser humano no se llama «retirar», Deckard. Se llama asesinato.

—Chorradas. —Deckard le devolvió la mirada, pero sintió que una capa de humedad de una molécula de grosor empezaba a formarse entre las palmas de sus manos y los brazos del sillón—. ¿De cuál está hablando?

—¿De cuál, Deckard? Debería preguntarme de quién estoy hablando, ¿no? Estamos hablando de seres humanos, así que intente usar los términos adecuados. Hablo de la chica que se hacía llamar Pris. ¿Se acuerda de ella? Rubia, atlética...

Probablemente, estaba un poco lo-loc-a. —Isidore asintió lentamente mientras acariciaba al gato mecánico—. Bien sabe Dios que tenía pro-problemas. Pero era humana. Realmente humana. El análisis de la médula ósea lo demostró..., después de que usted la matara, naturalmente.

—Eso es imposible. —Deckard apretó con más fuerza los brazos del sillón, que ya estaban cubiertos de sudor—. Tenía que ser una replicante. No me hizo falta someterla a la prueba de empatía. Pris... —Durante un momento sus pensamientos parecieron tratar de huir de su mente, y su pulso se convirtió en un cosquilleo que ascendió lentamente por su garganta—. Encajaba con la identificación que me dieron.

Y era... fuerte. Como lo son los replicantes. Usted no vio eso. Estuvo a punto de matarme.



—Era fuerte, ¿eh? —Isidore dejó escapar una corta y áspera carcajada—. Quiere decir que era más fuerte que usted, ¿no? Una mujer le da una buena paliza, así que no puede ser humana. Y usted la mata. Realmente, Deckard... ¿Cómo cree que va a sonar eso en la sala de un tribunal?

—Pero la identificación... El vídeo que me mostraron...

—Una fo-foto. —Una inmensa tristeza invadió la voz de Isidore—. La mató por una foto. Supongo que ésa es la razón por la que le dieron una máquina Voigt-Kampff y por la que le dijeron que hiciera pruebas de empatía, ¿no? Para que no se dedicara a correr por las calles disparando contra cualquier persona que le pareciese que tenía aspecto de replicante... Para que pudiera estar seguro de quién era humano y quién no lo era. —Isidore contempló cómo su mano acariciaba la bola metálica del cráneo del gato—. Siempre que se sienta inclinado a hacer esa pequeña distinción, naturalmente.

Silencio. Deckard no tenía nada que decir. En lo más profundo de su ser, sabía que el hombre sentado al otro lado del viejo escritorio estaba diciendo la verdad. El análisis de la médula ósea, lo que era humano y lo que no lo era... Isidore no estaba mintiendo.

—¿Quién...? —Por fin sabía que aquélla era la palabra adecuada, y no «qué»—. ¿Quién era?

—Era un ser humano, Deckard. Ya se lo he dicho, ¿no?

Dejando aparte los resultados del análisis de la médula, no he podido averiguar mucho más sobre ella. Realmente se llamaba Pris, así que esa parte era verdad. Nació fuera de la Tierra, probablemente en una de las colonias marcianas de las Naciones Unidas. No les gusta hablar de ello, pero el índice de problemas mentales en esas madrigueras es bastante elevado. Es un buen sitio para enloquecer, y muchos de los colonos lo hacen. A otros les ocurre lo que le pasó a la pobre Pris. Ya no quieren seguir siendo hu-humanos. Son... aspirantes. Cruzan la raya: empiezan a buscar la compañía de los replicantes, actúan como ellos..., y luego cruzan otra raya. Dentro de sus cabezas. En vez de replicantes que piensan, que creen, que saben que son humanos..., las personas como nuestra pobre y difunta Pris son seres humanos que han llegado a pensar, a saber que son replicantes. Un colapso psicótico. Con transformaciones somáticas a gran escala, claro... Incluso adquieren los atributos físicos de los replicantes: fortaleza incrementada, resistencia a las lesiones y todo lo demás... Juegan a coger barras de metal al rojo vivo con las manos desnudas sin quemarse, porque sus mentes trastornadas pueden llegar hasta esos extremos para demostrar que son replicantes y no seres humanos. El proceso se completa cuando, como hizo Pris, escapan de las colonias espaciales y vienen a la Tierra..., donde son asesinados por personas como usted. —Isidore cerró los ojos durante un momento, y



el gato mecánico le imitó—. Entonces dejan de aspirar a la vida mecánica, y consiguen morir como máquinas.

Deckard por fin sabía qué era lo que debía preocuparle y por qué estaba sudando.

—Pero... Pris intentó matarme antes de que yo...

—Defensa propia. Pris está ocupándose de sus asuntos en Los Ángeles y de repente aparece un poli chiflado blandiendo un arma, empieza a destrozarlo todo... Eh, Pris sólo intentaba pro-protegerse a sí misma. Los seres humanos tienen derecho a hacerlo.

Los pensamientos se agitaban locamente dentro de la cabeza de Deckard, intentando encontrar alguna forma de salir de ella.

—Sí, pero... Pris ya era culpable de asesinato. La huida de las colonias... Varias personas murieron durante la fuga...

Isidore se encogió de hombros.

—No existe ninguna prueba de que Pris ma-ma-matara a ninguna de esas personas. Y aunque lo hubiera hecho, eso no cambia las co-cosas para usted. Se supone que los policías, y eso se aplica incluso a los blade runners, arrestan a las personas, a los seres humanos, y que las meten entre rejas..., no que las matan antes de que puedan ir a juicio. O, vamos, ¿piensa plantarse delante del juez culpable de que tiene derecho a ejecutar sospechosos antes de que sean considerados culpables? Le deseo buena suerte. Los jueces no soportan a los polis que pierden el con-control. Ni siquiera llegarán a sacarle del tribunal: el juez se limitará a subirse su toga negra y luego permanecerá de pie encima de su garganta hasta que usted haya de-dejado de moverse.

—Se equivoca. —La burlona satisfacción que impregnaba la voz de Isidore estaba empezando a enfurecerle—. La policía de Los Ángeles siempre cuida de los suyos. Hay formas de hacerlo. El departamento me sacará de este lío. Son los que se encargan de la investigación, ¿recuerda? Pueden coger cualquier prueba que hayan descubierto y darle el aspecto que deseen. O pueden perderla, enterrarla en Asuntos Internos y mantenerla escondida a tales profundidades que nunca volverá a salir a la luz. —La furia estaba empezando a teñir la voz de Deckard—. Estaba haciendo mi trabajo... Sí, de acuerdo: eso no es ninguna excusa. Pero el departamento nunca permitirá que un policía tenga que cargar con..., con semejante...

La furia se desvaneció, y sus palabras se esfumaron con ella. Deckard acababa de acordarse de algo.

—Al fin lo ha recordado, Deckard. —Triunfo y compasión—. Había vuelto a dejarse llevar por los viejos hábitos mentales, ¿eh? Por lo menos hasta el punto de olvidar que dejó el departamento... Ya no es policía. Le dio la espalda al



departamento y se largó. Echó a correr en dirección norte hasta que llegó a ese pequeño escondite que había encontrado. La policía de Los Ángeles ya no tiene ninguna deuda pendiente con usted. Los conozco lo suficiente para saber cómo funcionan sus mentes. No sólo no van a sacarle de este lío..., sino que lo arrojarán a los tribunales para demostrar que son unos buenos chicos y que saben respetar la ley. Así es como funcionan las cosas, Deckard. Cuando se enteren de que ha vuelto a la ciudad, los policías le perseguirán como lobos lanzados sobre la pista de un conejo. Aun suponiendo que no acaben ejecutándole, ya sea en la calle o por decisión del tribunal, nunca volverá al norte. O por lo menos tardará mucho tiempo en poder hacerlo, desde luego..., porque pasará un montón de años encerrado en una prisión de máxima seguridad.

El sudor se había convertido en hielo debajo de las manos de Deckard. Bajó la mirada hacia ellas, viéndolas como si pertenecieran a otra persona, alguien que ya estaba muerto.

—¿Lo saben? —Alzó la mirada hacia Isidore—. ¿Saben que estoy en la ciudad?

—No le he hablado a la policía de usted. Pero lo saben. Otra persona se lo di-dijo.

—¿Quién? Tuvo que ser ella... Sarah Tyrell se lo dijo, ¿verdad?

Isidore meneó la cabeza.

—No. Sarah Tyrell hizo que le tra-trajeran aquí para que yo pudiera advertirle. No quería que saliera a recorrer las calles para que le volaran la ca-cabeza en la primera esquina.

Daba igual. Lo único que importaba estaba muy lejos de allí.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—No lo sé. Eso depende de usted, Deckard. Morir parece su op-opción más probable.

—Podría ayudarme a huir.

Una tenue sonrisa y una sacudida de la cabeza.

—No sé absolutamente nada sobre las huidas. Eso queda fuera de mi especialidad. Cuando alguien sale de aquí, ya no dispongo de ninguna manera de ayudarle después de que se haya ido.

Deckard recorrió las paredes de la pequeña habitación con la mirada.

—Pero la policía no sabe que estoy aquí. No saben que estoy en su hospital para mascotas, porque en ese caso ya los tendría encima. —«Como lobos que caen sobre un conejo...» Sus antiguos colegas del departamento no desperdiciarían ni un



segundo, desde luego—. Podría dejar que me escondiera aquí. Hasta que tenga alguna idea de qué debo hacer...

—No. —Aquella negativa había sido más vigorosa—. Si no saben que está aquí ahora, pronto lo sabrán. Y no puedo correr ese riesgo. Tengo otras responsabilidades. Su piel no es una de ellas.

—Así que todo lo que me ha dicho antes no era más que palabrería. —Amargura en su voz, como ácido que se deslizara debajo de su lengua—. Todo ese noble preocuparse por los seres vivos tanto si son humanos como si no... Supongo que eso no incluye a los blade runners.

—¿Debería? —La mano de Isidore se movió delicadamente por debajo del cuello del gato mecánico—. Las criaturas a las que ayudo, replicantes, humanos, lo que sean no pidieron que sus vidas se convirtieran en un infierno. Usted sí lo hizo. Cuando se convierte en presa, el cazador no puede quejarse. Ahora va a descubrir qué se siente. Sabrá qué se siente cuando tienes que huir para salvar la vida, qué significa tener miedo...

«Es toda una experiencia vivir con miedo... —Deckard oyó otra voz, un viejo recuerdo que resonaba dentro de su cabeza—. Eso es lo que significa... ser esclavo...»

—Ya he estado ahí —dijo—. No voy a aprender nada nuevo.

—Qué lástima. Es una oportunidad tan ma-maravillosa... —Isidore puso el gato mecánico encima del escritorio y administró una última palmadita a la reluciente cabeza de la criatura. El ronroneo se intensificó—. Pero pensándolo bien..., tal vez sí lo haga. Aprender algo, quiero decir. Cómo ser humano, por ejemplo. —Estiró el brazo y presionó un botoncito incrustado en uno de los lados del escritorio—. Yo hago que las cosas se vuelvan reales. Hago que sean todo lo reales que pueden ser, ¿comprende? Usted nunca ha sido real. Ahora tiene una oportunidad de llegar a serlo.

Deckard sabía para qué servía aquel botón. Uno de los matones que lo habían traído hasta allí acababa de ser avisado, y el pesado eco de sus pasos probablemente ya estaba avanzando por el pasillo en dirección a la puerta del despacho.

Como si la silla fuese una trampa que ya hubiera entrado en acción, Deckard descubrió que no podía seguir sentado. Se levantó, con la adrenalina zumbando nerviosamente por sus venas. Fue hacia la pared..., y se encontró contemplando las fotos del difunto Hannibal Sloat, la vieja foto y el recorte de periódico amarillento. Gordo y con cabellos en la foto, calvo y más gordo en el recorte. El tiempo había progresado a través de aquel mundo de baja resolución.

No estaba viendo a Sloat, el fundador del Hospital Veterinario Van Nuys. A aquella distancia, con la nariz a escasos centímetros de la pared, pudo distinguir al



resto de personas de la foto del recorte. El pie de foto decía algo sobre un gato llamado Rojito, quizá un gato real que se preparaba para ir a las estrellas: *...una revisión completa antes de embarcar con rumbo al sistema de Próxima...*

El animal, de aspecto hirsuto y un tanto malhumorado, colgaba fláccidamente de las manos del muerto. El otro hombre que aparecía en la foto del periódico podía ser cualquiera, y Deckard no le reconoció.

La mujer del viejo recorte era Rachael.

«No... —Deckard cerró los ojos, intentando poner algo de orden en el caos de sus pensamientos—. Y tampoco es Sarah.» Aquella mujer era Ruth, la madre de Sarah. En cierta manera, Ruth también era la madre de Rachael. Eran idénticas, gemelas, trillizas. La única diferencia consistía en que Ruth llevaba su oscura cabellera muy corta, tanto que sólo había podido conservar una especie de pequeña melena al rededor de la nuca. Era un corte de pelo muy práctico, el peinado ideal para subir al *Salander 3* —el recorte hablaba precisamente de eso— y poner rumbo a Próxima con su esposo Anson Tyrell y su gato de color mermelada de fresa y, quizá, también con las primeras células de su hija humana, que ya estarían creciendo dentro del útero de Ruth. La pareja tenía un aspecto radiante y feliz en aquel luminoso mundo del pasado. Iban a encontrar lo que habían estado buscando durante tanto tiempo, otro mundo perdido entre las estrellas...

—¿Por qué volvieron? —La voz era un murmullo lleno de perplejidad mientras Deckard estudiaba el recorte, en el que no había ninguna respuesta—. ¿Por qué volvieron a la Tierra? Este mundo apesta.

Deckard habría dicho eso incluso si no hubiese personas, policías como lo había sido él, recorriendo la ciudad en busca de su muerte.

—No lo sé. —La voz de Isidore, justo detrás de su espalda—. Nadie lo sabe. Es un misterio. Tal vez Sarah lo sepa. Quizá debería preguntárselo en alguna ocasión. Si vuelve a tener la o-oportunidad de hacerlo, claro...

Deckard miró por encima de su hombro. No había tiempo para decir nada más. Ya podía oír las pisadas, y la puerta del despacho se abrió un instante después. El hombre del uniforme oscuro, el que pilotaba el rotador en el que había llegado hasta allí, asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—El señor Deckard se marcha. —Isidore acarició el gato mecánico que había dejado encima del escritorio sin mirar a ninguno de los dos hombres, como si se sintiera repentina mente abrumado por una vaga vergüenza—. Muéstrole el camino, por favor.

—Será un placer.



El piloto tensó los dedos sobre el brazo de Deckard para tirar y empujar, sacándolo por la puerta y llevándolo rápidamente a lo largo de las jaulas de alambre.

Un par de minutos después, Deckard se encontró delante de una puerta más grande y pesada, acero recubierto de remaches. En el nivel de la calle, el sonido con que el muelle de carga del Hospital Veterinario Van Nuys cerraba su acceso ante él creó un sinfín de ecos que resonaron por el angosto desfiladero de los edificios circundantes.

El fino polvo del desierto de Mojave flotaba sobre sus zapatos, y un viento tan caliente como una ráfaga de aire surgida de un horno amontonaba dunas en miniatura sobre las cunetas de las calles vacías.

Deckard echó la cabeza hacia atrás y alzó la mirada hacia el sol, permitiendo que su resplandor le martilleara los ojos y contemplándolo fijamente sin parpadear hasta que la iridiscencia de las lágrimas se fue convirtiendo en vapor.

Un puntito negro se estaba moviendo sobre el fuego del sol.

Holden podía ver la línea de luz verdosa que se deslizaba a través de la pantalla del monitor. Una serpiente ajorada. Eso es mi pulso, pensó. Parecía estar a un millón de kilómetros de él, aunque Holden sabía que le bastaba con levantar la mano para poder tocarla. El maletín negro había sido adherido a su pecho mediante una red de cinta quirúrgica. Holden, sentado en la cabina del rotador, consiguió levantar el inmenso tonelaje de su cabeza del respaldo acolchado del asiento.

—Qué... —Lengua reseca y torpe, pero sin un rígido tubo de plástico para el aire introducido en su garganta. Todos los tubos necesarios parecían estar ahí abajo, en su pecho—. ¿Qué está pasando...? —Una bolita minúscula se agitaba dentro de una válvula transparente con cada palabra que lograba pronunciar—. ¿Qué... está pasando... aquí?

El hombre que ocupaba el otro asiento y mantenía las manos sobre los controles del rotador se volvió y le miró. Y sonrió.

—Perdiste el conocimiento durante un rato. —Se inclinó sobre el maletín y echó un vistazo a las lecturas de los diales—. Pero parece que todo va bien. ¿Sabes quién eres?

—Quién...

La pregunta le dejó perplejo. Y además estaba el rostro sonriente del hombre, por supuesto. Holden lo había visto antes, pero no sabía dónde o cuándo. Tenía una sonrisa de loco o por lo menos la sonrisa de alguien que se hallaba al borde de la



locura, y una abundante cabellera blanca que se erizaba en todas direcciones. Pero la cara era más vieja, más arrugada y llena de surcos de lo que Holden creía recordar. ¿Qué significaba eso?

—Quién... soy...

—Tu nombre, amigo. ¿Cómo te llamas?

—Oh... —Eso no resultaba tan difícil de recordar, especialmente teniendo en cuenta que los efectos de las drogas que le habían estado administrando en el hospital ya empezaban a disiparse. Los tubos del pecho le escocían, y tuvo que reprimir un impulso irracional de arrancárselos—. Me llamo... —Una profunda inspiración de aire, y la bolita subió un poco más—. Holden... Dave Holden.

—Muy bien. —El hombre sonriente estiró el brazo y le golpeó suavemente la frente con la punta de un dedo—. Bueno, veo que por lo menos no te metieron mano ahí dentro.

Había empezado a parecérselo. Empezó a recordar con más dolor y más claridad, como si el resplandor de aquel sol implacable atenuado por el cristal fotocromático de la cabina estuviera consumiendo un espeso banco de niebla. Sabía que había estado allí, en el hospital, conectado a aquellas máquinas mucho más grandes, durante largo tiempo. ¿Un año? «Quizá más...» Era como si por fin pudiera bajar la vista hacia el banco de niebla, tan ancho como un océano, después de que el rotador de carga hubiera volado tanto por encima de él como sobre las torres de Los Ángeles.

Y allí, en el confín más lejano del banco de niebla, estaba su último recuerdo nítido, el último que conservaba antes de ser engullido por el sopor neblinoso de la sala del hospital.

«Describame... con palabras sencillas sólo las cosas buenas que le vienen a la mente... acerca de su madre.» Era su propia voz, lo último que había dicho en voz alta en aquel otro mundo. ¿Dónde había sido eso? Se concentró, y logró recordarlo: en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell. En una habitación con dos asientos, un ventilador en el techo que apenas conseguía remover el aire rancio que había sido procesado demasiadas veces, y una mesa con una máquina Voigt-Kampff encima de ella, los fuelles inhalando y exhalando a la misma velocidad que el maletín que Holden llevaba adherido al pecho en aquel momento. Y otra voz, pastosa, estúpidamente brutal y llena de resentimiento: «¿Mi madre? Le voy a hablar de mi madre...».

El resto de aquel recuerdo había quedado totalmente inservible. Los médicos habían tenido que sacarle de un estupor narcotizado. Ése fue el momento en el que

vio por primera vez todas aquellas máquinas alineadas alrededor de su cama, y los tubos y conductos que entraban en su cuerpo allí donde antes había estado todo lo



que se encontraba debajo de su caja torácica para que pudiera ser interrogado por un equipo de investigadores del departamento que parecían estar a punto de vomitar.

Pero por fin lo recordaba. Ese era el momento en el que había visto a aquel tipo con anterioridad. En la foto que le enseñaron no sonreía, pero aun así no cabía duda de que era él. Sí, era el mismo hombre.

—Espera... un... momento... —Pudo oír cómo la maquinaria del maletín aceleraba su ritmo de funcionamiento para no verse abrumada por la adrenalina autogenerada que estaba afluyendo súbitamente a sus venas—. ¿Quién... eres...?

El hombre volvió la cabeza y su sonrisa, todavía más enorme y enloquecida, quedó nuevamente dirigida hacia Holden.

—Me llamo Roy —dijo, con una inflexión de deleite casi infantil. Ah, qué chiste tan gracioso—. Soy Roy Batty.

—Oh..., mierda...

Holden manoteó frenéticamente, intentando encontrar el pestillo de salida del rotador. Que el rotador se encontrara a centenares de metros por encima de la ciudad daba igual. Todo lo que le habían dicho sobre aquel replicante en particular, el más fuerte y mortífero de todos los modelos Nexus-6 que habían escapado, pasó a una velocidad vertiginosa por su mente. «Pero se supone que ha muerto», pensó entre un caos de pánico y confusión.

—Vamos, vamos... —La figura sonriente agarró a Holden y lo incorporó en el sillón—. No irás a ninguna parte..., salvo conmigo.

Impotente, Holden contempló cómo Batty hacía girar uno de los diales del interior del maletín. Su pulso se fue volviendo más lento, tanto si lo quería como si no. Puntitos negros revolotearon delante de sus ojos hasta que Batty hizo girar el dial un par de milímetros en sentido opuesto.

—Ya está. —Sonriendo, las manos nuevamente encima de los controles del rotador—. Y ahora relájate, Dave. Te voy a llevar a un sitio muy especial, un sitio que... te gustará.

La bola flotaba dentro de la válvula, temblando con cada respiración asistida. Holden cerró los ojos, no queriendo ver ni los tubos conectados a su pecho ni ninguna otra cosa.

El rotador siguió avanzando bajo el cielo amarillo de Los Ángeles.



## 6

Sarah Tyrell sacó el diminuto teléfono celular compacto del cajón del *bureau plat* en el que había sabido que estaría guardado. Abrió el teléfono con un dedo mientras se volvía para contemplar los estratos de humo y calina que oscurecían el sol del atardecer y pulsó el botón de hablar. Un trino sintetizado que subía y bajaba velozmente por la escala tonal resonó en su oído cuando el haz buscó un canal protegido de uno de los satélites de órbita baja que flotaban sobre Los Ángeles y estableció contacto con él. Tecleó los números y esperó, permitiendo distraídamente que su mano vagara por entre el resto del contenido del cajón, los óvalos escarlata de sus uñas haciendo clic-clic al chocar con los clips y la unidad de control remoto, una tabaquera, Francis Harache de oro, el cuchillo plegable de aspecto barato y amenazador. En algún lugar de la ciudad, otro teléfono estaba sonando en sincronía con el que Sarah Tyrell mantenía junto a su oído.

Y el otro teléfono por fin respondió.

—Hable si quiere hacerlo.

Una voz de hombre.

—Ya sabes quién soy. —Sarah se recostó en el sillón, el borde incrustándose justo debajo de sus omóplatos—. Me preguntaba qué tal iban las cosas. Con nuestro invitado, ya sabes.

—Ah. Supongo que Deckard está bien. No sé dónde demonios se encuentra ahora, pero no creo que le haya ocurrido nada.

Sarah estaba acostumbrada a la falta general de encanto de Andersson. Le había elegido —no sólo para aquel trabajo, sino también para otros— por su eficiencia. Andersson había localizado a Deckard en las tierras salvajes de Oregón y luego le había traído de vuelta, e incluso había pilotado el rotador que llevó a Deckard hasta Los Ángeles. De sus dos virtudes de máquina, la otra era el silencio y el saber mantener la boca cerrada.



El ventanal del despacho le permitía contemplar el gigantesco laberinto de la ciudad. Deckard estaba ahí abajo en aquellos momentos.

—¿No le pusiste ningún sensor? Así habríamos podido seguirle la pista.

—No habría servido de mucho. —Un tono carente de inflexiones, aburrido y lleno de competencia profesional—. Un tipo como Deckard conoce su trabajo. Si le ponemos un sensor, lo encontrará y tirará de la cadena del retrete. Antes de que puedas darte cuenta, te encuentras siguiendo una señal por una alcantarilla hasta el océano, y mientras tanto Deckard ya está a ciento cincuenta kilómetros de Los Ángeles. Hubiese sido una pérdida de tiempo.

Sarah sintió un pinchazo casi imperceptible de aprensión, un aleteo del pulso debajo de sus costillas. No había hecho volver a Deckard desde tan lejos, de regreso al mundo del que había intentado huir, sólo para perderle la pista.

—¿Y si no vuelve a aparecer? ¿Y si se limita a... esfumarse para siempre?

—Volverá a aparecer. Tiene que hacerlo. Si es que ha de sobrevivir, claro.

Durante los momentos de silencio siguientes, mientras reflexionaba sobre lo que le acababa de decir Andersson, Sarah pudo oír unos sonidos muy débiles. Los sonidos no estaban en el que había sido el despacho de su tío, sino en el Hospital Veterinario Van Nuys. Eran chillidos de animales, reales o falsos. Sarah sabía que Andersson tenía un minúsculo cubil escondido al final de las hileras de cajas y perreras y que lo usaba para atender sus negocios particulares. Eso le permitía estar lejos de Isidore, quien quizá se habría puesto muy nervioso si llegara a enterarse de algunas de las cosas que estaban ocurriendo.

Lo cual le recordó que había otros asuntos de los que debía ocuparse.

—¿Qué tal fue su pequeña charla? Me refiero a Deckard e Isidore.

—Más o menos tal como usted esperaba. Eso es lo bueno de los ideólogos, claro, y me refiero a la gente que realmente cree en lo que dice: siempre puedes contar con ellos. Isidore lo estuvo asando a fuego lento durante un buen rato, y cuando por fin lo saqué de allí a patadas Deckard tenía bastante mal aspecto. Le enviaré las cintas. Quizá las encuentre divertidas.

Sarah sabía que Andersson había instalado sistemas de vigilancia en el cubículo que Isidore usaba como despacho. Aquel lugar olía igual que un zoológico en miniatura al que se hubiera añadido una mezcla de hedor a lubricante para máquinas y aislamiento plástico quemado. Sarah había estado allí en una ocasión, después de haber decidido que quería ver con sus propios ojos al propietario del hospital para mascotas a fin de obtener una lectura intuitiva de Isidore. Suponía que Isidore también era consciente de que estaba siendo vigilado. Después de todo, ni era tan estúpido ni se hallaba tan desconectado de la realidad. De hecho, era lo



suficientemente inteligente para no tratar de localizar los sistemas y anularlos. O como había dicho Andersson, su naturaleza de ideólogo puro hacía que Isidore no tuviese nada que ocultar..., o por lo menos no ante ella. Quizá había creído que sus conferencias y sus sermones tartamudeantes acabarían infiltrándose en su corazón y cambiarían su manera de pensar. Esas cosas podían ocurrir, desde luego.

Pero no en aquel momento.

—Isidore se ha portado muy bien con nosotros, ¿verdad? —Extendió la mano y tocó el cristal de la ventana, percibiendo una fracción del calor del día a través de él. El cielo abandonaba el amarillo sulfuroso para pasar al rojizo a medida que el sol iba avanzando lentamente hacia el horizonte—. Sí, realmente ha hecho mucho por nosotros.

Un momento de titubeo antes de que Andersson contestara.

—Supongo que sí.

Una luz más roja se filtró a través de la carne de las yemas de los dedos de Sarah Tyrell.

—Me pregunto... si realmente podrá hacer mucho más por nosotros en el futuro.

—¿Está intentando decirme algo?

Nuevamente la voz de Andersson, rompiendo el silencio.

—¿He de ser más clara?

—No... —Probablemente estaba meneando la cabeza en una negativa casi imperceptible—. No, creo que no.

—Excelente. —El despacho y el dormitorio que se extendía más allá de él ya se habían oscurecido un poquito más—. Y cuando hayas acabado...

Andersson no dijo nada, y esperó en silencio hasta que Sarah volvió a hablar.

—¿Por qué no te pasas por aquí?

Cortó la conexión y volvió a guardar el teléfono en el cajón del *bureau plat*.

Antes de salir se detuvo delante de los pies de la cama de su tío. También era su cama..., si quería utilizarla.

Un puñado de seda, iridiscencia sobre las yemas de sus dedos mientras levantaba el borde de la sábana. Pero con un olor a moho, como si hubiera absorbido el aroma a vejez que impregnaba la atmósfera prisionera del dormitorio. Sarah decidió que haría que uno de sus ayudantes personales se ocupara de la cama, que se lo llevara todo y pusiera sábanas nuevas...



Y entonces cambió de parecer. Vin algo en lo que no se había fijado antes, una salpicadura de sangre, puntitos del color de la mancha más grande del suelo, trazando una diagonal que subía hasta las almohadas.

Dejó que la seda cayera de entre sus dedos para posarse suavemente sobre la cama. Cuando la sábana volvió a estar totalmente inmóvil, giró sobre sus talones y fue hacia las puertas.

Sonrisas, sonrisas y más sonrisas... ¿y qué podía haber debajo de ellas? Dave Holden no sabía prácticamente nada sobre el hombre sentado junto a él en la cabina. Lo único que sabía, lo único que su cerebro podía procesar mediante el combustible de la sangre reoxigenada por el jadeante bombeo del maletín adherido a su pecho, era que se había metido en un lío muy, muy serio.

«Aunque de todas maneras tampoco hay que olvidar que me estaba muriendo — pensó—. Estaba en ese hospital y me moría.» Se preguntó si la figura sentada junto a él —que había dejado de sonreír y estaba concentrada en los controles del rotador de carga, pilotándolo para un descenso en algún lugar de la periferia sin luces de la ciudad— habría introducido una sustancia química estimuladora de la meditación filosófica en alguno de los tubos de la sangre. Una buena parte de su miedo inicial se había desvanecido, y había sido sustituida por una extraña curiosidad acerca de cuál iba a ser su destino.

Batty estaba muerto. Se lo habían dicho, tanto Bryant como dos de sus viejos compañeros de la unidad de blade runners. Habían comparecido junto a la cama de barandillas cromadas de Holden con el sombrero en la mano, acomodándose trabajosamente en el pequeño hueco que había entre una máquina gorgoteante y la siguiente, y los médicos redujeron el goteo de fentanil lo suficiente para devolverlo a la semiconsciencia, lo cual le permitió oír cómo Bryant le explicaba que el grupo de replicantes huidos, la remesa que le había sido asignada, había sido retirado con éxito. Como si eso pudiera importarle algo a Holden, naturalmente.

Por inescrutables razones particulares, el departamento le reconoció una parte del mérito de la operación, a pesar de que todo lo que había conseguido hacer Holden era inhalar un proyectil de punta hueca a través del esternón después de que el imbécil de Kowalski disparase contra él. Permitir que uno de los suyos acabara con los pulmones reventados sin poner un poco de dinero extra en el cheque de su paga

habría sido malo para la moral del resto de la unidad. La visita del hospital había servido para que Bryant, el talento que apostaba a whisky filtrándose a través de sus



dientes amarronados con una potencia todavía más intensa que de costumbre, le enseñara las fotos de los replicantes muertos tomadas en el depósito de cadáveres y, entre ellas, las de Roy Batty, que había sido el líder de su violenta pandilla. Incluso vista a través de una neblina narcótica, la imagen de aquel rostro inconfundible — con su melena de blancos cabellos y la mirada que seguía pareciendo impregnada de locura hasta cuando llegaba desde el otro lado de la losa de mármol — había causado una impresión muy profunda en Holden. Aquel rostro era inolvidable.

—Eh, ¿qué os parece si encendemos algunas luces? —Era Batty, hablando por el micrófono de comunicaciones del rotador. Holden había contemplado en silencio cómo Batty establecía una conexión de radio de banda estrecha con una emisora de superficie identificada. Los números de frecuencia del panel de control se hallaban muy alejados de todas las bandas con las que estaba familiarizado—. Si he de aterrizar a ciegas con este trasto, luego tendré muchas ganas de romperle el culo a patadas a alguien.

Holden se volvió hacia el panel lateral de la cabina y se encontró contemplando la oscuridad, mucho más allá de los límites de la aglomeración iluminada de Los Ángeles. ¿Qué distancia habían recorrido? Delante de ellos, alzándose a través de la curva transparente, podía discernir una silueta de contornos irregulares que se extendía a lo largo del horizonte, montañas perfiladas por las estrellas y la suave claridad de la luna.

Un nuevo resplandor azulado que no procedía de la luna se desparramó sobre el paisaje desértico, y empezó a parpadear. Holden volvió la mirada en esa dirección — lo cual requirió un cierto esfuerzo, porque ya podía notar que se iba quedando sin fuerzas—, y vio un rectángulo de descenso de limitado por los brillantes destellos.

—Ahí las tienes... —Una voz envuelta en chisporroteos surgió del altavoz del panel de control—. Y date prisa, ¿quieres? Llevamos tanto rato esperándote que se nos están llenando las botas de arena.

—Dónde...

Su voz había quedado reducida a un débil susurro. El esfuerzo de hablar, añadido al que necesitaba hacer sólo para mantenerse consciente y levantar la cabeza del acolchado del asiento para mirar a su alrededor, había estado a punto de dejarlo exhausto de nuevo. Las agujas de los diales del maletín negro, visible debajo de la red de cinta quirúrgica que lo mantenía adherido a su cuerpo, se estremecieron cuando el artilugio introdujo más oxígeno en su cuerpo.

—Qué... sitio es... éste...

Pronunciar las últimas dos palabras había hecho aparecer puntitos negros delante de los ojos de Holden.



La inquietante sonrisa de Batty se volvió hacia él mientras estiraba el brazo y hacía un pequeño ajuste en una de las válvulas del maletín.

—Ya te lo he dicho. Vamos a un sitio muy especial. —La sonrisa se ensanchó, ahondando las arrugas de aquel rostro curtido por la intemperie—. Y de todas maneras, tarde o temprano habrías tenido que acabar ahí.

Por lo que Holden podía ver no estaban siendo guiados desde tierra. Batty iba a descender manualmente, centrando el vehículo hasta dejarlo inmóvil sobre las luces azules para iniciar una bajada vertical a continuación. El tren de aterrizaje del rotador tocó el suelo con un impacto lo suficientemente violento para que Holden saltara en su asiento, y el maletín chocó con los espacios vaciados de su pecho.

—Siento la sacudida, chico. —Batty empezó a desconectar los controles del rotador—. Estos aparatos de carga son muy poco maniobrables.

—No... No importa —susurró Holden con dificultad. Quizá aún no fuera demasiado tarde para tratar de establecer una buena relación con los tipos que controlaban la otra vida—. Estoy seguro de que... haces cuanto puedes...

Batty le miró. Y sonrió.

—Todavía no me has visto en mis mejores momentos.

Eso dejó bastante preocupado a Holden. Pudo oír el chasquido de la apertura de la puerta de carga, y más allá, el sonido de ruedas que giraban y pies que corrían.

—Quiero que le tratéis con mucho cuidado, ¿eh? —Batty supervisó la descarga de Holden y su colocación en una camilla provista de tiras de sujeción— No lo he sacado del hospital y lo he traído hasta tan lejos para que ahora podáis dejarlo caer al suelo como si fuera un cartón de huevos.

—Lo que usted diga. —Un chico con cara de estar aburriéndose que llevaba una bata blanca garabateó algo sobre la hoja de su tablilla de anotaciones y luego alzó la mirada hacia Batty—. ¿Necesita un recibo de la entrega? —preguntó, levantando una esquina de un impreso rosado autocopiativo.

—«Un recibo...» —Batty le miró y puso los ojos en blanco—. Joder, venga ya.

—Son las reglas —dijo el muchacho.

—Quizá debería arrancarte de los hombros esa cabecita de retrasado mental y metértela en los pantalones.

—Eh, eh... Si no quiere el recibo, sólo tiene que decirlo. —Agitó la tablilla para llamar a un par de hombres que estaban esperando a unos metros de ellos—. ¿Os importaría ayudarme a llevar a este paciente hasta el departamento de cirugía? —Se



inclinó sobre Holden y le dio unas palmaditas en un brazo sujetado por las tiras —. Buena suerte, amigo —añadió con un susurro teatral.

—Vete a paseo, ¿quieres?

Batty dejó que los hombres empujaran la camilla mientras él caminaba junto a ella.

El infierno, o lo que fuese aquella parte de la otra vida en la que acababa de aterrizar Holden, le pareció muy poco impresionante. Consistía en una pequeña aglomeración de cabañas prefabricadas, con dunas creadas por el viento subiendo a lo largo de sus costados curvos y algunos cubos prefabricados de aspecto igualmente precario formados por paredes de espuma pretensada que parecían a punto de desplomarse, con el pegamento estructural rezumando de las juntas, como si estuviera deritiéndose bajo el seco calor nocturno; y todo estaba cubierto por el mismo fino polvillo arenoso que acababa llegando a las calles de Los Ángeles. Holden volvió la cabeza hacia un extremo de la delgada almohada de la camilla y contempló desfilas aquella arquitectura que a duras penas llegaba a lo funcional, iluminada por el pálido resplandor de los globos de vapor de sodio suspendidos de postes de madera embreados.

En el límite de la luz artificial, más iluminada por la luna y las estrellas que por ella, una valla de alambre-navaja mantenía encerrada a una bandada de vehículos policiales abandonados, rotadores y patrulleros pesados con señales ennegrecidas dejadas por las llamas a lo largo de sus tubos de escape, las cabinas hechas añicos o taladradas por una hilera de agujeros envueltos en las finas telarañas que dejaba el fuego de las armas automáticas de gran calibre.

—¿Es éste?

Holden alzó la mirada y vio un rostro sin afeitar. Una mano de uñas negras apartó un cigarrillo medio consumido de la boca, y una nubecilla de cenizas grises se desprendió de él y fue absorbida por una de las tomas de aire del maletín negro.

O era otro médico o estaba ante alguna variedad de carnicero, porque el hombre sin afeitar llevaba una larga bata blanca salpicada por manchas de sangre seca. Holden no estaba muy seguro de cuál de las dos posibilidades le daba más miedo.

Batty se inclinó hacia el hombre de la bata blanca y le quitó el cigarrillo de entre los dedos.

—Ten un poco de consideración con el pobre bastardo.

Un arco rojo, y después un pequeño surtidor de chispas cuando la colilla chocó con el suelo.

—Todos son unos pobres bastardos. —No hubo ningún enfado, como si el hombre sin afeitar fuera incapaz de gastar las energías que habría requerido—. Muy bien,



vamos a entrarlo y lo haremos de una vez. No veo por qué hemos de perder toda la noche aquí fuera. Sus dedos manchados de nicotina empezaron a desconectar los controles del maletín negro.

—Eh... —El pánico se adueñó de Holden mientras oía cómo la maquinaria tosía y jadeaba en un rápido descenso hacia el silencio a medida que los chasquidos y tenues sonidos de succión se iban frenando para acabar deteniéndose—. Espere... un momento...

Un velo gris empezó a espesarse delante de sus ojos, y una repentina sensación de frío se extendió por su cara y sus manos a pesar del calor que impregnaba el aire del desierto. Dedos que se entumecían buscaron a tientas los interruptores y botones que había encima de su pecho, pero las tiras de la camilla le impidieron llegar hasta ellos. La bolita descendió dentro de la válvula, y los tubos y conductos se deshincharon para colgar flácidamente.

—Deje de preocuparse. —El tipo sin afeitar, médico o carnicero, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su bata blanca y encendió otro—. Dispone de unos tres minutos antes de que empiece a producirse ninguna lesión cerebral realmente seria. —Dio una profunda calada, tosió y después llamó con una seña a lo que parecían un par de ayudantes que habían estado esperando cerca de ellos—. Venid a echar me una mano con éste, chicos. Venga, vamos a trabajar.

—Y ahora aguanta, amigo. —La sonrisa demente de Batty flotaba en la neblina por encima de Holden—. Te veré al otro lado.

Holden fue introducido en el edificio prefabricado más grande y de aspecto más antiguo. Consiguió leer el letrero que había encima de la entrada del edificio mientras desaparecía dentro de él. Centro de reciclaje. Por supuesto..., como los mecánicos que desmontaban los rotadores viejos en el campo de la noche. Por fin lo entendía. Todavía debía de haber unas cuantas piezas utilizables dentro de él.

Cerró los ojos.

Deckard esperó hasta la puesta de sol.

La luz haría que resultara demasiado fácil ser detectado y capturado incluso durante las últimas horas del día. Sabía que necesitaba no sólo la oscuridad sino también multitudes, y que las calles temblaran con los codazos y empujones de la vida nocturna de Los Ángeles. Todas aquellas personas a las que el calor asfixiante había mantenido encerradas detrás de sus puertas, como animales del desierto que buscaran refugio debajo del frescor de las rocas... Deckard podía esconderse entre ellas, moviéndose como un cuchillo a través de aguas iluminadas por chillones



resplandores mientras los parpadeantes colores tóxicos convertían su rostro en una máscara idéntica a las que llevaban los demás.

Ni siquiera intentó alejarse del Hospital Veterinario Van Nuys. En cuanto aquel matón llamado Andersson lo hubo expulsado del muelle de carga con un empujón que le había hecho tambalearse, la puerta metálica se cerró detrás de él con un seco chasquido y Deckard miró a su alrededor buscando el callejón más cercano. El ángulo de los rayos solares ya había cambiado lo suficiente para que pudiera distinguir el que formaba una hendidura llena de sombras junto al edificio, con los contenedores de basura y las cajas abandonadas creando el túnel por el que se había arrastrado. Roedores de ojos relucientes, inquietados por su inspección de los harapos y míseros tesoros de un habitante de las calles que había abandonado su campamento, bufaron y le arrojaron trocitos de asfalto arrancado con las garras. Deckard se internó un poco más en el nido, con el calor y la luz mordisqueando las suelas de sus botas como un perro estorbado por su correa, y las pequeñas bestias salvajes se retiraron y dejaron caer sus cuartos traseros sobre una cornisa de viejos ladrillos desgastados, las patas de vieja cruzadas encima de sus estómagos grisáceos para fulminarle con la mirada.

Incluso estando entre las sombras y fuera del impacto directo del sol, el calor diurno bastaba para hacer que Deckard empezara a sudar debajo de sus ropas. El Santa Ana que esparcía arena roja por todo el callejón, arañaba la humedad de sus extremidades y la absorbía de su boca, dejándole la lengua reseca e hinchada y haciendo que los ojos llenos de partículas parecieran rechinar dentro de sus cuencas. Deckard se quitó la gabardina e introdujo sus hombros vacíos en los lados del angosto hueco para crear un escudo que le protegiese tanto de los restos de luz de la tarde como de las miradas casuales de quienes pudieran pasar por allí.

Su bolsillo todavía contenía el librito de cerillas que había usado para encender la estufa en la cabaña de Oregón. Deckard encendió una y usó su chisporroteante resplandor para investigar el pequeño recinto, que olía al sudor y la suciedad de su último habitante. Resultaba obvio que había sido un entusiasta de la cultura en su modalidad regresiva, porque entre los harapos que formaban el lecho lleno de mugre había varios libros de la vieja modalidad analógica, simples hileras de palabras escritas con tinta que se retorcían como desfiles de hormigas a través de las páginas amarillentas e hinchadas por la humedad, muertas y sin ninguna clase de centelleantes realzamientos digitales. Las tapas —sólo había unas cuantas— mostraban mujeres rubias cuyas miradas veladas por los párpados entrecerrados eran como armas y cuyas bocas parecían heridas de un vivo color rojo, y hombres sin afeitar con el rostro lleno de morados. Las páginas de los libros empezaron a desintegrarse cuando Deckard metió las reliquias entre los harapos.



Empezó a hurgar entre la basura, enarbolando otra cerilla encendida, buscando cualquier cosa que pudiera serle de utilidad.

Encontró la tarjeta de Sin Hogar Registrado del habitante anterior: la foto, del tamaño de la uña del pulgar, mostraba a un santo lleno de paciencia, la enmarañada cabellera de Jesucristo cayendo sobre sus hombros. También indicaba que estaba muerto. El implante monitorizador del Departamento de Asistencia Social debía de haber registrado el último latido de su corazón, y dos X de dibujos animados habían aparecido en la laminación transparente encima de los ojos del hombre para asegurar que la tarjeta ya no pudiera ser utilizada por nadie más. Las cifras del microchip racionador también habían retrocedido hasta quedar a cero. Deckard arrojó el delgado rectángulo a un rincón.

Había algo más útil, que los camiones del servicio sanitario se habían dejado olvidado cuando se llevaron el cuerpo: una simple varilla de acero que tendría la longitud de su antebrazo. La varilla pesaba agradablemente en su puño, y tenía la flexibilidad suficiente para convertirla en un excelente rompecráneos. La cerilla se había consumido, pero Deckard pudo leer la advertencia grabada con la yema del pulgar. SÓLO PARA PROPÓSITOS DE AUTODEFENSA. CUALQUIER USO AGRESIVO O DEPREDATORIO SERÁ CASTIGADO CON LA RETIRADA DE LA LICENCIA. La varilla formaba parte del equipo habitual de la gente de la calle de Los Ángeles, junto con los sacos

de dormir Sally Anne que casi siempre eran lo primero que les robaban.

Ya no se sentía tan desnudo. Deckard dejó la varilla de acero sobre el asfalto, lo bastante cerca de él para tenerla a mano. Después se rodeó las rodillas con los brazos, bajó la cabeza y esperó a que los últimos restos de luz diurna visibles a través de su gabardina acabaran de esfumarse. Ya había empezado a hacer planes.

Los sonidos de algo que se movía —algo más grande que los roedores a los que tanto había disgustado su presencia— le despertaron de golpe, arrancándole de las profundidades del pozo de agotamiento nervioso dentro del que había caído. Su cabeza se alzó rápidamente, y una mano se estiró para agarrar la varilla de acero y empuñarla. Usando la punta de metal, Deckard levantó uno de los lados de la frágil barrera que había creado con su gabardina. Se apoyó en la pared de ladrillos, haciendo que los roedores de arriba se apresuraran a alejarse un poco más, y examinó el callejón.

Su vista todavía estaba lo suficientemente enturbiada por el sueño para que su primer pensamiento, puramente irracional, fuera el de que estaba viendo a un fantasma que venía hacia él. La silueta era totalmente blanca y el sol ya se había puesto, aunque la mayor parte de su asfixiante calor todavía perduraba en el aire, por lo que la imagen parecía proporcionar su propia y pálida irradiación. Deckard retrocedió, manteniéndose escondido, y se frotó los ojos con la mano libre. Después

pudo ver que había un hombre habitando el traje blanco, que parecía una especie de modelo tropical retro.

—¿Charlie? —El hombre del traje blanco se detuvo a mitad del callejón, entrecerrando los ojos en un intento de ver lo que había delante de él. Llevaba un paquetito debajo de un brazo—. ¿Estás en casa, amigo? Tengo algo para ti. —Exhibió el paquete, envuelto en papel y cordel, dejando que colgara de las puntas de sus dedos—. He estado pensando en ti y...

La tarjeta del Registro de Sin Hogar había pertenecido a un tipo que se llamaba Charlie. Alzando la varilla de acero, Deckard hizo retroceder la gabardina un poco más, apartándola como si fuera un telón.

—Ah, conque ahí estás. —Una sonrisa llena de dientes de oro mientras el traje blanco daba un paso hacia adelante—. La próxima vez procura hablar, ¿eh? Podría haber pasado de largo sin...

Ya estaba lo bastante cerca. Deckard estiró el brazo, dejando que la varilla de acero cayera al suelo lleno de basura del callejón con un tintineo metálico, y agarró al hombre, elegante corbata y puntas del cuello estrujadas dentro de su puño. La envoltura sujeta con cordeles del paquetito estalló cuando éste voló en un arco lleno de sorpresa y chocó con el suelo. Más libros viejos se esparcieron sobre la basura.

—Eh, amigo... —El figurín veraniego consiguió jadear un par de palabras mientras su rostro iba enrojeciendo por encima del cuello de su traje. Sus pies colgaban en el aire por encima del suelo del callejón—. Cálmate, ¿quieres?

—Estoy calmadísimo. —Deckard mantuvo el nudo de la corbata del hombre dentro de su puño, echando el mentón puntiagudo hacia atrás con los nudillos—. Vamos a mantener una pequeña conversación amistosa. —La puesta de sol acababa de iniciar el desfile del anochecer por las calles. De momento nadie había vuelto la mirada hacia aquel callejón—. ¿Lo has entendido?

—Sí, claro... —Las manos del hombre se curvaron sobre la muñeca de Deckard, como si estuviera rezando en el aire—. Lo he entendido, amigo, lo he entendido. —Un murmullo chirriante, pero impregnado de obediencia—. Lo que tú quieras... me parecerá bien...

Deckard aflojó un poco su presa, permitiendo que el hombre pudiera ponerse de puntillas.

—Me alegro. —Acarició las solapas blancas con un gesto bastante siniestro—. Bonita chaqueta.

—¿Eh? ¿Dónde está Charlie?



—Ha sufrido una pequeña indisposición. Tendrías que haber concertado una cita. —El hombre era tan delgado que Deckard podría haberlo partido por la mitad o haberle hecho un nudo. Pero la chaqueta del traje blanco era muy holgada, tanto que por la parte de los hombros casi parecía una bandera, así que debería quedarle bien—. Te diré lo que vamos a hacer, ¿eh? —Soltó la corbata del hombre, estiró el brazo y sacó su gabardina de la hornacina de ladrillos en la que la había dejado—. Te propongo un intercambio.

—¿Qué? ¿Un intercambio? —El hombre contempló con perplejidad primero y con repugnancia después la gabardina que acababa de ser colocada sobre sus temblorosas manos. La prenda, que ya no se hallaba en muy buen estado para empezar, había recogido una parte del olor y la suciedad general del callejón—. ¿Quieres mi ropa a cambio de esto?

—Esa sería la forma más civilizada de hacerlo —Deckard se inclinó, cogió la varilla de acero y se golpeó suavemente la palma de la otra mano con el extremo—. Hay otras formas.

—¡Trato hecho!

El hombrecillo se quitó la chaqueta con tanta facilidad como si saliera de una delicada habitación blanca.

La corbata era de una extraña tela iridiscente que parecía muy delgada y frágil, y Deckard también se quedó con ella. Se la echó alrededor del cuello sin anudarla mientras se alejaba de la boca del callejón, abriéndose paso a través de la multitud que ya había afluido a la vida nocturna de la ciudad. Manteniendo una mano dentro de un bolsillo de sus pantalones, Deckard sujetó la varilla de acero que había deslizado por su pernera, sintiendo cómo el otro extremo chocaba con la parte superior de su rótula a cada paso que daba.

El viento se estaba intensificando, como si tuviera prisa por iniciar su turno de supervisión del infierno. Deckard sintió el familiar beso caliente en su cara, como lo había sentido durante cada una de las estaciones secas que había soportado —«sobreviviendo, deshidratándose»— en Los Ángeles. Las cunetas estaban llenas de un fino polvo rojo llegado del desierto, un color de óxido de hierro agazapado debajo de los trazos y serpenteos de neón que cobraban vida con tenues parpadeos, como una visión predictiva de las dunas de Marte. Si los camiones de la ciudad no pasaran las bocas de sus aspiradores por las calles cada veinticuatro horas —uno de los gigantescos vehículos-contenedores ya estaba avanzando torpemente por un lado del asfalto, abriéndose paso poco a poco por entre las hileras de peatones y las camionetas y viejos coches rehabilitados, con sus filtros radiadores instalados en el techo, que se movían tan despacio como los peatones—, Los Ángeles acabaría teniendo un aspecto muy parecido al de los inmensos panoramas que se extendían al



otro lado de las ventanas presurizadas de los tugurios de las colonias. ¿Por qué molestarse en emigrar? ¿Por qué rendir se a la incesante insistencia del dirigible de las Naciones Unidas que flotaba sobre sus cabezas, con su pantalla de vídeo llena de implacables alicientes pregonados a máximo volumen, para acabar contemplando prácticamente la misma basura polvorienta sin ni siquiera la esperanza de seguir con vida hasta que la próxima estación de los monzones llegara del mar? Detrás del parabrisas del camión-aspirador, los ojos llenos de aburrimiento del conductor, visibles encima de una mascarilla respiratoria estéril, contemplaban cómo el tubo prensil del enorme hocico mecánico chupaba las cunetas para dejarlas temporalmente desnudas.

Había más máscaras en la calle, cubriendo quizá uno de cada tres de los rostros de la noche. Algunas máscaras eran de naturaleza claramente improvisada y más tosca que el modelo gubernamental mientras que otras eran variantes de alta costura, desde velos de boda de organza y seda cuya demencia llegaba al extremo de incluir diminutas florecillas artificiales de color naranja hasta creaciones años treinta, sombreritos tipo cajita-de-píldoras con velos tachonados de puntos negros de un aspecto severamente retro, pasando por máscaras islámicas mutadas u ortodoxas, toscas envolturas bereberes para cabezas masculinas, *butchoi* desarrollados mediante andrógenos o el oro adornado por delicados encajes para mujeres profundamente tradicionales o aquellas que llevaban los ojos ribeteados de kohl.

Una jauría de enanos precarroñeros, pertenecientes a la variedad agresivamente mercantil que no esperaba a que los restos fueran arrojados a la basura para iniciar el proceso de reciclaje, llevaban máscaras antigás militares, protegiéndose no sólo del polvo que flotaba en el viento sino también de las emanaciones de gasolina y freón de las unidades mecánicas que desprendían de los vulnerables vehículos atascados en el tráfico para llevárselas a rastras. Gafas de bombero rechazaban los chorros sulfúricos de los rociadores usados por los conductores que emergían de detrás de los volantes cuando oían el repiqueteo de unos pies diminutos sobre el techo de su vehículo. Manos recubiertas por guantes de guerra para bebés dirigían gestos obscenos a los humanos de tamaño normal mientras los enanos remolcaban los trofeos que perdían aceite hacia los callejones laterales y oficinas móviles de los traficantes de piezas que operaban en ellos.

Deckard tuvo un fugaz vislumbre de sí mismo en las lentes color obsidiana de una silueta, hombre o mujer, que las corrientes siempre cambiantes de la multitud impulsaron hasta hacer que chocara con él. Dio un paso hacia atrás —nadar contra la corriente resultaba muy difícil— y vio la chaqueta blanca, un poco pequeña en los hombros, y su propia cara, enmascarada por una cautela temerosa.

—¿Qué problema tienes, amigo? —Una voz enronquecida por el humo, la voz de un hombre, surgió de los labios barnizados con carmín que había debajo de la



máscara—. ¿Eres nuevo en la ciudad, marinero? —Un vocador prendido a una delgada chalina de terciopelo robaba un par de octavas a la voz de su propietaria—. ¿Has salido de compras? Perfecto, pero como no tengo nada que vender quizá deberías dejar de ocupar toda la acera. ¿Te importaría dejar pasar a una dama?

—Lo siento.

Deckard consiguió introducirse, con el hombro por delante, en el fluir del tráfico. Lo último que deseaba en aquellos momentos era un altercado público que atraería la atención del *koban* de la policía que se alzaba en la esquina. El agente de uniforme apostado dentro de la pequeña cabina de vigilancia podía tener una foto suya clavada con chinchetas en la pared, justo al lado del teléfono directo que le mantenía

en contacto permanente con la comisaría central de policía de Los Ángeles.

La persona con la que había tropezado siguió andando después de dirigirle una fugaz sonrisa, y enseguida fue engullida por las espaldas de la multitud.

Deckard siguió andando, ajustando su paso al de los demás, los hombros sacudidos por cada colisión momentánea. Cuando pasó junto al *koban*, el rostro vuelto hacia un lado con la mayor naturalidad posible, Deckard vio por el rabillo del ojo que el agente de la cabina ya había cogido el teléfono rojo y que estaba gritando algo, las palabras engullidas por la barrera de cristal y el murmullo susurrante de la voz colectiva de la multitud. Un nudo de tensión le apretó el estómago mientras veía cómo la mano libre del policía se alzaba en un gesto de nerviosa excitación. Deckard mantuvo sus extremidades bajo un rígido control, reprimiendo el impulso de echar a correr a través del gentío, exponiendo su espalda al primer disparo que haría el agente en cuanto saliera de la cabina.

«No pierdas la calma. —Su propia voz, hablando dentro de su cabeza—. Puede que no sea a ti a quien están buscando. Quizá sea otra cosa totalmente distinta, algo que no tiene nada que ver contigo...»

—¡Un nuevo mundo os espera!

No tenía nada que ver con él. Una voz atronadora retumbó en las alturas, sacándole de su estupor.

—¡Una nueva vida!

El policía abrió de un empujón la angosta puerta del *koban*, salió de un salto y alzó la mirada hacia el cielo, con el teléfono rojo del departamento todavía pegado a la oreja. Su voz ya resultaba audible, pero la excitación que le hacía hablar a gritos impedía entender lo que estaba diciendo.

—¡Una oportunidad de empezar de nuevo!



Deckard se detuvo y alzó la mirada hacia el cielo junto con todo el resto de la calle, que también empezaba a quedarse inmóvil. Había estado tan concentrado en observar al agente del *koban* que no se había fijado en la silueta redondeada que iba llenando el cielo, una luna facetada más grande y más cercana que cualquiera de las que la habían precedido.

—¡En las colonias del espacio!

La voz, las palabras oídas tantas veces antes que ya se habían convertido en parte del ruido de fondo nocturno de la ciudad, gritaba palabras de gigante. Una oleada de levitados y manos alzadas para señalar. El dirigible de las Naciones Unidas siguió bajando en un torpe movimiento a cámara lenta, descendiendo por entre los edificios que se alzaban a ambos lados de la calle, hasta en contrarse tan cerca que Deckard pensó que podía estirar el brazo y tocar la superficie de su hinchado flanco.

La gigantesca pantalla del flanco del dirigible tartamudeó un torrente de estática óptica, y una abrasadora neblina caótica se abrió paso a través de los píxeles que habían estado formando una escena de irrigación marciana. Canales retocados temblaron y ondularon, y el verdor de un campo de soja fue recorrido por una oleada sísmica. Deckard vio que un cuarto de la piel erizada de antenas del dirigible estaba envuelta en llamas, calor tangible sobre calor en el cielo azotado por los vendavales. Aún no había apartado la mirada cuando una chispa cegadora dejó una estela de humo desde un callejón del otro lado de la calle, y los ecos del retumbar ahogado de un proyectil de mortero se esparcieron por entre los espectadores. El proyectil chocó con las curvas de la estructura del dirigible, produciendo una concavidad instantánea en otra sección del recubrimiento metalizado. Una fracción de segundo más y el hueco estalló para convertirse en una boca llameante, con jirones negros esparcidos por sus bordes cumpliendo la función de dientes.

Muy por encima de ellos, en la cima de la torre más alta de la ciudad, el rostro de una geisha sonreía y guiñaba el ojo, como aprobando la muerte del dirigible; como si el sabor que estaba paladeando la lengua ampliada de la mujer fuese el de un pedazo de los chorros de fuego que salían disparados hacia las alturas mientras el dirigible se inclinaba lentamente hacia un lado para exhibir su herida, la bola de llamas de color naranja y aroma tan dulcemente acre como el de una ciruela *umeboshi*.

Toda la calle quedó iluminada por un resplandor anaranjado, el amanecer de un nuevo día, más ásperamente intenso y hermoso.



La bola de fuego fue la primera en llegar, hidrógeno bruscamente descomprimido envuelto en el abrazo explosivo del oxígeno. Una oleada de llamas que había adquirido la forma de una esfera temblorosa cayó sobre ellos, con la masa rápidamente empequeñecida del dirigible de las Naciones Unidas apenas visible detrás de aquel resplandor que abrasaba los ojos. La enorme mano de llamas intentó aplastar la calle, y el torrente de calor y presión que se expandía velozmente en todas direcciones arrojó aullantes siluetas humanas al pavimento, derribándolas con los cabellos incendiados o los velos de seda incinerados sobre respiraciones entrecortadas y jadeantes, las pestañas calcinadas y volatilizadas.

Deckard percibió aquel suave palpar hecho de calor. Estaba a los metros suficientes de distancia para que sólo se viera empujado contra el muro del edificio que se alzaba detrás de él, el impacto con el ladrillo y el metal lo bastante potente para que le dejara aturdido durante un momento. Serpientes de neón, los letreros de las tiendas *kanji*, escupieron una siseante lluvia de chispazos, los tubos de cristal hechos añicos por la onda expansiva, sobre Deckard y los otros ocupantes de la calle que habían perdido el equilibrio. Deckard se apoyó en la pared y logró incorporarse mientras las siluetas que se agitaban a su alrededor seguían a cuatro patas, intentando huir a rastras a través de la metralla reluciente de las ventanas destrozadas, o contemplando boquiabiertas el infierno en que se había convertido la zona del impacto.

El rudimentario esqueleto del dirigible, meridianos de un globo ovoide, se había hecho visible a través de las llamas que lo envolvían. Otro mortero había sido disparado, pero sin una carga incendiaria dentro del tubo. En vez de ella, un garfio de sujeción, con los pinchos desplegándose para formar una flor de hierro de puntas afiladas, extendió un cable desde los restos del dirigible hasta un punto de anclaje situado en el callejón que había al otro lado de la calle. Deckard, el cuerpo encogido contra la fuerza térmica del incendio, se protegió los ojos con una mano e intentó ver qué estaba ocurriendo al otro extremo del tenso cable.

Otra sección de la estructura del dirigible se retorció y liberó sus remaches en una nueva explosión mientras la enorme masa se derrumbaba con grandeza terminal sobre la calle, el morro achatado envuelto en llamas abriendo un surco irregular a lo largo del concreto; las rechonchas aletas de la popa desgarrando una hilera de ventanas del décimo piso antes de quedar desprendidas y empezar a ascender hacia el cielo por entre la corriente de aire caliente del incendio.

Otro par de garfios de acero, impulsados hacia lo alto y lanzados por las manos de las siluetas del callejón, se engancharon en la estructura negra y tiraron de ella hacia abajo hasta dejarla todavía más aprisionada, como si el dirigible en llamas fuese un animal que aún pudiera liberarse en su agonía para saltar hacia el cielo invadido por las nubes de humo. Deckard pudo ver a los hombres, una media docena, que



apretaban los dientes, envueltos en trajes de nomex blanco a prueba de fuego, tirando de los cables e inclinándose hacia atrás con los pies firmemente plantados en el pavimento recubierto de cenizas.

El borde inferior de la gigantesca pantalla del dirigible golpeó el suelo con una brusca sacudida que le arrancó un último destello de vida. La programación visual inició una espasmódica modalidad de avance rápido.

La voz de las imágenes aullaba. Había dejado de ser seductora e insinuante: «¡Una nueva vida!». El timbre se fue haciendo más y más agudo, como si un miedo repentino se hubiera adueñado de ella: «¡Nueva vida! ¡Nuevas! ¡Oportunidades!». La voz se adentró en un reino de estupidez ultrasónica, haciendo temblar las astillas de cristal todavía adheridas a los marcos de las ventanas de los edificios: «¡Empezar de nuevo!».

Uno de los atacantes salió corriendo del callejón, con el cable y el garfio de sujeción trazando círculos por encima de su cabeza y su mano levantada. Los muertos y los supervivientes que se habían visto atrapados en la explosión yacían inmóviles alrededor de sus pies mientras lanzaba su herramienta, el gancho cantando en un veloz vuelo hacia el centro de la pantalla ladeada. Los pinchos metálicos dieron de lleno en el rápido discurrir de fotones coloreados. Las partículas huyeron a toda prisa mientras la membrana rígida que las había mantenido prisioneras se disolvía en fragmentos de navaja y los circuitos ocultos debajo de ella se precipitaban hacia la sobrecarga y la fusión. Deckard giró sobre sus talones, protegiéndose la cara con un brazo mientras los fragmentos de cristal y los cables de puntas recalentadas caían sobre sus hombros como una repentina granizada resplandeciente.

—¡Todo son mentiras!

Otra voz, amplificadas pero no la misma que había retumbado desde el cielo primero para gritar después entre los restos del dirigible estrellado. Deckard se volvió una vez más hacia la calle, girando entre la percusión infinitesimal de campanillas de los fragmentos de cristal que caían sobre la calzada repentinamente desierta. Uno de los servidores del mortero —quizá el que había llegado a la carrera enarbolando el último garfio de sujeción, aunque Deckard no podía estar seguro de que fuese el mismo— se había subido de un salto a una de las viguetas metálicas retorcidas, y las llamas agonizantes silueteaban su cuerpo aislado. El rostro enloquecido del hombre estaba atravesado por largas tiznaduras tan negras como el carbón, y sostenía un megáfono en su mano protegida por un grueso guante.

—¡Os engañan con mentiras! —Gritando a través del megáfono, la voz lanzaba su eco hacia las torres que la rodeaban—. ¡Nunca han sido más que mentiras!



Deckard se apartó de la pared en la que se había apoyado, yendo hacia la acera y bajando a la calle llena de cascotes y restos. Tiras de la tela del dirigible, que todavía ardían y exudaban una negra humareda aceitosa, puntuaban el asfalto. Sirenas lejanas, que se iban aproximando tanto al nivel del suelo como por el cielo, se abrían paso a través de los gritos y alaridos de la multitud que había llenado todo aquel espacio hacía tan sólo unos minutos.

—¡Tenéis que escuchar! —La voz que brotaba del megáfono estaba impregnada por la temblorosa convicción del fanático y el creyente—. No a mí..., ¡sino a ellos! —La loca iluminación era visible en la mirada del hombre incluso desde donde se encontraba Deckard—. Han vuelto... ¡para decírnoslo! —El hombre giró sobre sí mismo, agarrándose a una viga de la estructura del dirigible para no perder el equilibrio, y dirigió la trayectoria del megáfono hacia todos los ángulos de la calle—. ¡Ellos conocen la verdad! ¡Se les ha mostrado la luz! ¡La luz de las estrellas!

Deckard percibió otro movimiento por el rabillo del ojo. La cabina del *koban* había sido volcada por la explosión, dejando atrapado al agente de uniforme. Con el rostro ensangrentado, el policía ya había conseguido salir de debajo de la cabina y estaba intentando ponerse en pie. Ya había desenfundado la pesada pistola negra que colgaba de su cinturón.

—¡Humanos! ¡Jesucristo ya no os ama! —Un quejumbroso gemido de retroalimentación acompañaba a las palabras aulladas que surgían del megáfono—. ¡El ojo de la compasión se ha apartado de vosotros! ¡Sólo ve sufrimiento! El ojo de la compasión ya no os ve...

Deckard dio la espalda a la silueta que gritaba y chillaba, con las ruinas humeantes del dirigible como púlpito, y vio al agente de uniforme alzando su arma, los brazos estirados y una mano curvada sobre la otra.

Una flor roja apareció sobre la pechera del mono de nomex blanco del predicador. Repentinamente silencioso, el hombre miró hacia abajo. Después se derrumbó y su mano enguantada dejó de sujetar la viga que había detrás de él, y su cuerpo se fue doblando alrededor del estemón hecho pedazos para acabar cayendo sobre el pavimento salpicado de llamas.

—¡Eh! —Deckard corrió hacia el policía, apoyando una mano en el peso metálico de su pierna y haciendo caso omiso del agujero negro del cañón del arma que giraba rápidamente en su dirección—. ¡Están ahí! Los que lo hicieron... —Las otras siluetas del callejón habían huido a la carrera en cuanto el disparo del policía hubo acallado el megáfono, abandonando el mortero detrás de ellas. Deckard señaló otro hueco más cercano entre los edificios de la calle—. ¡Vi cómo huían!

Sabía que tendría que actuar muy deprisa antes de que los rotadores de la policía de Los Ángeles, que ya se estaban aproximando, descendieran sobre la escena de la



catástrofe. Los haces de sus reflectores ya estaban cayendo de las alturas como cuchilladas de luz, y empezaban a deslizarse sobre los restos.

El policía, con una red de sangre sobre la cara, aún parecía un poco aturdido. Permitió que Deckard le agarrara del brazo y tirara de él hacia el espacio lleno de sombras, alejándolo de la calle.

—Están aquí mismo...

Bajo la sombra del edificio, Deckard empujó al agente uniformado hasta dejarlo a un paso por delante de él.

—¿Eh? —El policía alzó su arma temblorosa, apuntando a la nada—. No veo a ningún...

Sus palabras quedaron interrumpidas de repente, cuando Deckard dejó caer la varilla de acero sobre su garganta, con una mano en cada extremo y una rodilla presionando la parte inferior de la espalda del policía. Un tirón más potente y menos de un minuto de presión sobre la tráquea, con el policía suspendido y debatiéndose primero, el rostro enrojecido, y sólo suspendido después; y luego Deckard le soltó y el policía cayó, las palmas y la boca abiertas, sobre el cemento resquebrajado por el calor del callejón.

Miró por encima del hombro mientras se inclinaba sobre el cuerpo inconsciente del policía. Los rotadores del departamento ya habían aterrizado, y sus luces estroboscópicas azules y rojas pintaban un luminoso carnaval sobre las fachadas de los edificios y el dirigible derribado de las Naciones Unidas. Las unidades de los enfermeros flotaban sobre ellos, esperando a que los equipos de las fuerzas especiales acabaran de tomar el control de la zona. Las manos de los heridos se aferraban a las rodillas de los uniformes negros durante unos momentos, y luego eran apartadas de una patada mientras los agentes establecían un perímetro con los rifles de asalto apuntando en todas direcciones.

Con las manos curvadas como ganchos debajo de los brazos del policía, Deckard tiró de él hacia la oscuridad. Sólo necesitó unos minutos para despojar al flácido cuerpo del uniforme de la policía de Los Ángeles y ponérselo, con todas las hebillas y demás accesorios de cuero y cromo bien ceñidos en su sitio. Después hizo una bola con la chaqueta blanca y sus sucias ropas y las arrojó lo más lejos que pudo.

El policía, que había adquirido un aspecto muy vulnerable con la piel desnuda y su nada imaginativa ropa interior al descubierto, empezó a moverse y abrió los ojos. Deckard cogió las esposas del cinturón del uniforme y le esposó las muñecas por detrás de una cañería providencial. Antes de que el policía pudiera emitir un solo

sonido, Deckard ya había colocado la mordaza de silenciamiento legal sobre su cara,



y la membrana permeable al oxígeno enseguida ahogó incluso el murmullo de su respiración.

Deckard acabó de ponerse los guantes de delgado cuero negro, el último componente del conjunto. Ignoró los retorcimientos y miradas malévolas del policía amordazado y esposado, y examinó el resto de compartimientos del cinturón hasta que encontró lo que estaba buscando: un rectángulo de plástico gris, del tamaño de una tarjeta de crédito, con una hilera de puntos sensibles a la presión a lo largo de un borde.

Sabía que no debía tratar de utilizar su propio código de activación. Todas las tarjetas de acceso estaban sintonizadas con una red transmisora de alta frecuencia, y

Deckard estaba seguro de que sus viejas cifras harían sonar todas las alarmas de la unidad de seguimiento de la comisaría central.

El arma del policía había caído a medio metro de distancia. Deckard la cogió y después se inclinó y apoyó el cañón en la frente del anterior propietario.

—Vamos a hacer el mínimo ruido posible —dijo, apartando un lado de la mordaza con la otra mano—. Límitate a hablar en susurros, ¿de acuerdo? —La mirada del policía fue del arma pegada a su frente al rostro de Deckard—. Dime cuál es tu código de acceso.

—Que te jodan.

—Respuesta incorrecta.

Deckard estaba familiarizado con las armas de fuego reglamentarias de pequeño calibre del departamento gracias a sus ya muy lejanos días de patrullas callejeras, mientras que aquel tipo era lo bastante joven para ser un novato —de lo contrario, ¿por qué iba a estar metido en aquel *koban* jugando al poli-dentro-de-la-caja?—, y eso quería decir que bastaría con un poco de presión para convencerle. Deckard echó el dedo curvado hacia atrás justo lo suficiente para producir un inquietante chasquido en el interior de la maquinaria del arma.

—Vuelve a intentarlo.

Esta vez no hubo alardes de valor. El policía recitó una ristra de números, probablemente su fecha de nacimiento. Su rostro brillaba bajo una repentina marea de sudor. Deckard introdujo el código en la tarjeta con el pulgar. El plástico cambió camaleónicamente del gris muerto a un rojo iridiscente que se fue desvaneciendo poco a poco. Deckard ya podía utilizarlo.

—Gracias. —Se aseguró de que la mordaza estaba firmemente adherida a la boca del policía, y mantuvo el cañón pegado a la frente húmeda durante un momento más—. ¿Sabes una cosa? En realidad debería hacerlo...



Pero la discusión que se estaba desarrollando dentro de su cabeza tendía a decantarse por la negativa. En primer lugar, no quería confirmar al imbécil de Isidore la imagen de asesino de seres humanos que se había formado de él..., y que de todas maneras no había sido probada de una manera totalmente satisfactoria para Deckard. Y en segundo lugar, en lo que concernía a la policía de Los Ángeles ser un asesino era una cosa y ser un asesino de policías era otra y muy distinta. Fuera cual fuese el tipo de operación de búsqueda de la que estaba siendo objeto en aquellos momentos, no sería nada comparada con lo que ocurriría si decidía entrar a formar parte de aquella categoría delictiva. Aun suponiendo que consiguiera huir y salir de la ciudad, le perseguirían para hacerlo pedazos por una pura cuestión de lealtad grupal. Deckard apartó el arma de la frente del policía y la enfundó.

—Quédate quietecito y no hagas ruido.

El policía quizá tuviera que seguir allí durante un buen rato, por lo menos el tiempo suficiente para que Deckard pudiera hacer lo que necesitaba hacer, dando el próximo paso del plan que ya había empezado a adquirir forma dentro de su cabeza. Volvió la mirada hacia la boca del callejón y examinó la calle que se extendía más allá de ella. Los policías que habían bajado del cielo parecían estar muy ocupados y su investigación estaba llevándolos en la dirección opuesta, allí donde había desaparecido el grupo que derribó al dirigible de las Naciones Unidas.

Probablemente transcurrirían horas antes de que vinieran a inspeccionar el callejón. Deckard no tenía ni idea de por qué habían hecho todo aquello —proyectiles de mortero y megáfonos, por el amor de Cristo—, pero le había resultado considerablemente beneficioso. Sus probabilidades acababan de doblarse...

Con lo cual seguían estando infinitesimalmente por encima de cero, naturalmente.

Manteniéndose pegado a la pared de ladrillos para evitar ser detectado, fue avanzando por el callejón.

Llegó a una puerta, que cedió sin dificultad ante una patada. Deckard se encontró en el comienzo de un corto tramo de escalones. Los tenues ecos chasqueantes de las fichas de *man-jong* se esfumaron cuando un grupo de rostros asiáticos y anglosajones se volvió hacia él.

—Esto club estrictamente social. —Una mujer que llevaba un traje de brocado de cuello alto y tenía aspecto de encargada revoloteó nerviosamente delante de él—. Todo dinero de mesas sólo para propósitos decorativos.

—Oh, claro. —Los clientes pegados a las paredes del sótano parecían estar jugando al *pai gow* con apuestas realmente salvajes. El mundo entero podría haber estado llegando a su fin afuera, y los jugadores ni siquiera habrían levantado la mirada. Deckard atravesó el recinto de techo bajo, cogió un puñado de dinero del



centro de una mesa, el impuesto habitual del policía, y se lo metió en un bolsillo. Eso también podía serle de utilidad —. Pues que todo siga así.

Un segundo tramo de peldaños llevó a Deckard hasta la calle del otro lado del edificio. La multitud no era tan grande en aquella zona, ya que muchas personas habían recorrido una manzana para contemplar, boquiabiertas, el dirigible caído y la escena del desastre a través de las cintas amarillas de INVESTIGACIÓN POLICIAL.

Deckard echó a andar rápidamente con la cabeza baja y la gente se apartó a ambos lados de él, abriéndole camino. A aquel paso, no tardaría mucho en llegar a la comisaría central de policía.



## 7

Holden abrió los ojos.

—Eh, un momento. —No estaba acostado, sino sentado. No había ningún maletín negro, gorgoteante o silencioso, adherido a su pecho. Holden bajó la mirada hacia su mano derecha, que estaba examinando su esternón. Una tira de tela azul marino colgaba de su garganta—. ¿Qué...? —Su voz también sonaba más alta, casi ensordecedora al reverberar dentro de su cráneo—. ¿Qué ha ocurrido...?

—Tuve que forzar esa consigna de la zona sur en la que metieron todas tus cosas cuando vaciaron tu antiguo apartamento. —Una voz que ya le resultaba familiar

habló cerca de él—. Lo siento, pero no había más remedio. Quizá puedas conseguir que alguien pague el candado que revienta.

Holden volvió la mirada en esa dirección y vio a Roy Batty recostado con las manos unidas detrás de la cabeza, la silla plegable de metal inclinada hacia atrás sobre sus patas traseras. Batty le estaba observando. Holden volvió a bajar la mirada hacia su cuerpo y vio que la tira de tela era una corbata, de seda y una de las mejores que tenía. La camisa blanca y el traje gris, y todo lo demás, también eran suyos. Eran prendas de otra vida, de la existencia que llevaba antes de que le pegaran un tiro en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell. Otra vida, otro mundo.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Estás bien? —Batty se había inclinado hacia adelante sobre la silla metálica y estaba examinando la pequeña unidad de control remoto que sostenía en la mano—. Los médicos dijeron que estos valores eran los más adecuados para tu peso y todo lo demás. Perdiste un poco de masa muscular debido a estar tanto tiempo acostado en ese hospital. Los sistemas que hemos implantado se adaptarán automáticamente en cuanto empieces a ponerte en forma. Supongo que entonces aumentarán un poco el flujo sanguíneo.

Holden apartó la corbata y se desabrochó un par de botones de la camisa. Su pecho, una vez revelado, ya no era una larga herida abierta, y tampoco había tubos o



conductos brotando de él. Un complejo mapa de cicatrices y puntadas negras recubría su pálida piel blanca.

—No las toquetees demasiado. No son excesivamente frágiles —les dije que usaran las nuevas suturas de alta resistencia—, pero me imagino que no querrás que se te infecten.

Holden deslizó la yema de un dedo a lo largo de las líneas verticales. Sintió una tenue punzada de dolor, como si las líneas estuvieran conectadas a tejidos ocultos en las profundidades de su cuerpo. A eso había que añadir la casi imperceptible sensación o alucinación de un débil tic-tac y los ruidos de aspiración enterrados debajo de los huesos y la carne reconstruida.

—¿Qué está ocurriendo? —Alzó la mirada hacia Batty—. ¿Qué me han hecho?

—¿Qué te pasa, chico? ¿Estás preocupado por la factura? Cristo. —Batty meneó la cabeza, visiblemente asombrado—. Todo está pagado, ¿vale? Te acaban de regalar un montón de años de vida. Gratis y sin ninguna clase de compromisos, ¿entiendes? Así que no te preocupes y disfrútalos..., desde este mismo instante.

—Implantes... —Holden puso la mano sobre su pecho lleno de suturas, y su palma percibió el zumbido y el suave palpitir de la maquinaria que había dentro de él—. Un juego completo de... corazón y pulmones...

Respiró hondo, y el último vestigio de seda de araña se apartó de su cerebro. Un regusto a plástico y acero inoxidable flotaba en las profundidades de su garganta.

—Último modelo. No encontrarás nada mejor. —Batty alzó la unidad de control remoto—. Les dije a los chicos que utilizaran los mejores componentes que pudieran conseguir. Nada de esas piezas usadas que han obtenido de otros casos y que llevan años oxidándose en un cubo.

—Pero en el hospital... me dijeron... —Un temblor de asombro en su voz—. Cuando me ingresaron, me dijeron que no podían hacerme ningún implante. Las lesiones eran demasiado graves...

—Te mintieron. Es así de sencillo.

Esa respuesta no aclaraba nada.

—¿Y por qué iban a mentir? Los médicos, Bryant, todo el mundo... No tiene ningún sentido.

La sonrisa de Batty afloró a sus labios, tenue y omnisapiente.

—Tiene sentido..., dependiendo de quiénes pienses que son tus amigos. Y estoy hablando de tus verdaderos amigos, claro.



Las inquietantes alusiones a una conspiración que flotaban en la voz de Batty le hicieron reflexionar.

—¿Puedo verla? —preguntó, alargando la mano hacia la unidad de control remoto.

—Claro.

El artilugio sólo tenía un par de botones.

—¿Esto lo desconecta todo? ¿Puede... desconectarme?

Holden no esperó a recibir una respuesta. Puso la unidad en el suelo y la aplastó con el talón. Hubo un crujido de plástico y microchips haciéndose pedazos, seguido por una repentina aceleración de su pulso que sólo duró unos instantes antes de que los latidos volvieran a la normalidad.

—¡Maravilloso! —Batty echó la cabeza hacia atrás y rió. Las frágiles paredes prefabricadas temblaron bajo la embestida de su hilaridad—. Estoy seguro de que tienen otro trasto de esos en algún lugar, pero admiro tu manera de tomarte las cosas. Hace... ¿Cuánto tiempo ha pasado? Hace dos, cuatro horas como mucho, estabas a las puertas de la muerte..., literalmente. Ah, ese jodido hospital. Chico, pero si la gente va a ese tipo de sitios para palmarla. Y ellos te ayudan a hacerlo, claro. Ahora estás aquí... —Extendió las manos hacia él en un gesto lleno de exuberancia—. Y apuesto a que te sientes el viejo Holden de siempre, ¿eh? Milagros de la ciencia moderna. No tienes ningún motivo de queja.

Holden volvió la cabeza hacia una ventana sin cortinas. Había visto que fuera aún estaba oscuro, pero no sabía qué noche era aquélla. ¿Era la misma en la que Batty le había sacado del hospital, o una noche separada de sus recuerdos por semanas o meses?

—Vuestra gente trabaja deprisa —dijo, volviendo nuevamente la mirada hacia Batty.

—Conocen muy bien su oficio. Supongo que tienen muchas ocasiones de adquirir experiencia.

Holden podía percibir el funcionamiento incesante de las biomáquinas que llevaba dentro, las nuevas partes de su cuerpo, el conglomerado de teflón, aleaciones inertes y eficientes motorcitos que había absorbido e incorporado a la gestalt que era Dave Holden. Había sido resucitado de entre los muertos. El traje y la corbata, la pulcra precisión mecánica de aquellas manifestaciones exteriores, también formaban parte de eso. En el hospital estaba muerto, naturalmente. Había estado muerto incluso antes de que lo ingresaran, y había estado muerto tan pronto como se convirtió en un maltrecho pedazo de carne que sangraba alrededor de un agujero humeante abierto en su centro. Aquella criatura débil y patética que yacía en la cama del hospital,



rezumando fluidos, desnuda y atrapada por los conductos y los tubos de plástico..., aquella cosa no había sido él, el auténtico Dave Holden.

Extendió las manos sobre las rodillas y las estudió como si las estuviera viendo por primera vez. «Parecen scalpelos», pensó. Y no eran sólo las manos, sino todo lo que había a su alrededor. Un instrumento cortante, recién salido del autoclave que lo había esterilizado. «Para cortarte mejor, cariño...» Por eso había sido tan bueno en su trabajo cuando se dedicaba a perseguir y retirar replicantes: como máquina, Holden era muy superior a cualquiera de las máquinas que consideraba sus presas. También había sabido superar a los otros blade runners, como ese quejica de Deckard. Había recorrido toda la Curva y había acabado emergiendo por el otro extremo. Holden había salido de ella convertido en algo que..., que ya no podía ser considerado humano. Hasta que Kowalski...

—¿Todavía sigues cabreado? No consigues olvidar que un imbécil te pegó un tiro, ¿eh? —Batty le había leído los pensamientos, como si sus ojos fueran diales extraídos de las enormes máquinas a las que le habían conectado—. Supéralo. —Encogiéndose de hombros, sonriendo—. O no lo hagas.

—No es eso... —Holden meneó la cabeza en una lenta negativa—. Es sólo que... Bueno, estaba pensando en ciertas cosas. —Vio que había un paquete de cigarrillos y un mechero encima de la mesa entre ellos. No sabía si eran para Batty o para él—. ¿Te importa? —preguntó, inclinándose hacia adelante y cogiendo el paquete.

Una leve mueca de irritación.

—Supongo que ya sabes que si vuelves a empezar con eso tendrás que cambiar tu filtro interior con el doble de frecuencia que si no fumaras.

—Valdrá la pena. —Se echó hacia atrás y exhaló, y después contempló la nubecilla de humo azul que empezaba a elevarse por encima de él. La nicotina que se iba infiltrando en su sangre oxigenada por la máquina le hizo sentirse todavía más eficiente y seguro de sí mismo, como si las diminutas válvulas ocultas dentro de su cuerpo hubieran sido alimentadas con gotitas de aceite lubricante. Era como volver al pasado—. Oh, sí, no cabe duda de que vale la pena.

—Como quieras. —La sonrisa volvió a aparecer en los labios de Batty—. Bien, ¿y en qué estabas pensando?

Holden sabía que debía ir con mucho cuidado. Sólo había otra cosa que le hubiera gustado recuperar, y era el enorme martillo negro de su arma. El bulto y el tirón del peso inclinado hacia un lado debajo de la chaqueta de cuero negro que podía ver con toda claridad indicaban que Batty iba armado.

—Oh... —Miró a su alrededor, contemplando las precarias paredes prefabricadas. Una colección de fotos arrancadas de revistas, desnudos y paisajes tropicales, todas



igualmente improbables, crujía y temblaba bajo el seco viento cálido que se deslizaba a través de las juntas—. Bueno, ya sabes. Pensaba en cosas como qué demonios es este sitio.

—¿No viste el letrero cuando te metí dentro? Es el Centro de Reciclaje.

—Nunca he oído hablar de él.

—Por supuesto que no —dijo Batty—. Si un desgraciado como tú conociera su existencia, entonces no sería una instalación policial ultrasecreta.

—Pues a mí me ha parecido que lo único que hacen aquí es desmontar unos cuantos vehículos viejos de la policía. —Inclinó la cabeza hacia la ventana que permitía divisar el patio lleno de chatarra que se extendía al otro lado de la valla—. ¿Qué tiene de ultrasecreto eso?

—¿Bromeas? —Batty dejó escapar una seca carcajada—. ¿Sabes qué le ocurre a la partida presupuestaria que te han asignado si el estado o los federales se enteran de que estás reciclando tu material rodante? Mierda, Holden... Si se enteran te quitan hasta el último centavo. Y además... —Un encogimiento de hombros—. Mantener en secreto algo como esto hace que te resulte mucho más fácil ocultar el resto de cosas que hacen aquí. Cosas como meterte un precioso equipo de bombeo recién salido de la fábrica en el pecho, por ejemplo... —Señaló a Holden con un dedo índice—. Debes

admitir que esos chicos de ahí fuera te han cuidado muy bien.

—El personal del hospital... Se suponía que debían cuidar de mí.

—Cierto. —La sonrisa de Batty se hizo un poco más ancha, y el deleite que sentía la volvió ferozmente maliciosa—. Como ya he dicho, saber quiénes son tus verdaderos amigos puede cambiar muchas cosas.

Holden reflexionó en silencio durante unos momentos.

—El departamento de policía me metió en esa sala. Cuando me dispararon...

—Sí, ya. Bueno, amigo, hay policías... y policías. Si quieres seguir en este juego, debes evitar que el resto de la mesa pueda ver tus cartas.

Holden entrecerró los ojos y estudió a la figura sentada delante de él.

—Tal vez. Lo que me gustaría saber es... ¿Qué clase de departamento de policía es capaz de usar replicantes?

Una sacudida de la cabeza.

—Ninguno que yo conozca. La policía no hace esas cosas. Como regla general, la policía está a favor de la aniquilación en masa de los replicantes.

—Y entonces ¿qué estás haciendo aquí?



—¿Eh? —La sonrisa de Batty se desvaneció—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Oh, vamos. —Holden sintió una pequeña punzada de excitación, un peligroso palpitante en su pecho—. Responde a una pregunta, ¿de acuerdo? Los tipos que trabajan aquí... ¿Saben que eres un replicante, o has conseguido engañar a todo el mundo?

—¿Soy un replicante? —Batty parecía sinceramente perplejo, y sus ojos se abrieron como platos. Después se echó a reír, esta vez estrepitosamente, el rostro enrojeciéndose en un chillón contraste con su revuelta melena de cabellos blancos, y las lágrimas humedecieron las arruguitas de las comisuras de sus párpados—. Muy bueno. —Apenas consiguió pronunciar las palabras—. Ah, sí... Muy, muy bueno.

Sus carcajadas hacían vibrar las paredes prefabricadas.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Tanta hilaridad estaba empezando a poner un poco nervioso a Holden.

—El que pienses que... —Batty se recostó en el asiento con una mano en el pecho, haciendo un visible esfuerzo para recuperar la calma—. Lo siento. Es sólo que... Bueno, acabo de comprender qué has estado pensando. Ahora sé lo que debe de haber estado dando vueltas dentro de tu cabeza durante todo este tiempo, o por lo menos desde que aparecí. Crees que soy un replicante, ¿verdad? Un replicante Roy Batty... —Se limpió los ojos con las yemas de los dedos—. Esa sí que es buena. Oh, sí, es realmente soberbia...

—¿Tuviste que ir a echar una mano en Alvarado, allí donde cayó el dirigible?

Deckard tardó unos momentos en responder a la pregunta formulada por la voz seca y áspera que acababa de hablar junto a él. Se apoyó en la pared del ascensor mientras la cabina se iba deslizando hacia la base del edificio.

—Tuve que estar un rato allí, sí.

—A mí me hicieron venir desde Slauson. Diez minutos más y habría terminado mi turno, y entonces los de la centralita podrían haberse quedado afónicos pidiéndome que moviera el culo.

El policía hablaba sin ninguna inflexión, con todos los vestigios de emoción eliminados del proceso comunicativo.

—Oh, sí. Les encanta hacerte correr de un lado a otro.

Deckard hizo que su voz adoptara el mismo tono muerto y amenazador, y las palabras salieron de sus labios con la lenta impasibilidad de reptil que todos habían



aprendido a cultivar. Sabía que a pesar de la edad que aparentaba, tendría que haber más galones en la manga de aquel uniforme. El departamento de policía se regía por un salvaje código darwiniano: los agentes devoraban a los miembros más débiles para que el colectivo siguiera siendo temible y fuerte. Sobrevivir a algunos de los horrores que tenían lugar en los vestuarios era la parte más difícil del trabajo. Si quería entrar en la comisaría central del departamento de policía de Los Ángeles, Deckard tendría que emitir los mismos rayos gamma que emanaban de aquellos tipos.

Se atrevió a alzar la mirada hacia el indicador de los pisos situado encima de las puertas del ascensor. Aún le faltaban veinte pisos. Deckard había conseguido encontrar un asiento libre en el rotador de la cárcel del condado, el gran autobús grisáceo con las ventanas protegidas por barrotes, que volvía a los tribunales de justicia del departamento de policía para recoger otro cargamento de delincuentes que habían presentado apelaciones. Su disfraz, el uniforme de patrullero que le había quitado al policía que dejó tirado en el callejón, pareció volverle invisible a los ojos del piloto y el guardia. La tarjeta y el código de acceso le permitieron salir de la cubierta de aterrizaje y entrar en el edificio. Una chispa de esperanza se había encendido dentro de su pecho, y Deckard empezó a pensar que conseguiría entrar en la comisaría sin ser detenido por los enjambres de policías que iban y venían de un lado a otro. Quizá podría llegar hasta Bryant.

Era el único plan que tenía. También era su única esperanza de salir de Los Ángeles con vida y volver junto a Rachael, que dormía dentro de su ataúd negro bajo la silenciosa vigilancia de los búhos y todas las pequeñas criaturas nocturnas del bosque, igual que en un viejo cuento de hadas.

Y bien sabía Dios que Bryant le debía un favor..., o, para ser más exactos, toda una serie de favores, de todas las ocasiones en que Deckard había sacado de un apuro a Bryant, la unidad de blade runners y, por extensión, a toda la policía de Los Ángeles. Deckard había sacado los testículos de todo el mundo de debajo del hacha del verdugo en más ocasiones de las que podía contar.

Las manecillas de un reloj invisible marcaban la hora de que toda la lealtad que le había demostrado a Bryant fuese recompensada. Deckard esperaba que el inspector de policía también supiera leer la hora en ese reloj. Lo único que necesitaba era información, y eso no parecía ser pedir mucho.

—¿Quieres saber mi opinión? —Una voz interrumpió el curso de los pensamientos de Deckard—. Creo que deberíamos matarlos a todos.

«Y entonces ¿quién se encargaría de enterrar a los muertos?», se preguntó Deckard. No lo sabía. Volvió la cabeza hacia el policía con el que estaba compartiendo el ascensor. Durante unos momentos había permitido que el



nerviosismo y los planes a medio formar invadieran su mente. Eso era peligroso, porque Deckard sabía que si quería entrar y salir de aquel edificio tendría que mantenerse en un estado continuo de hiperalerta.

El policía se había relajado, y su columna vertebral había perdido una pequeña parte del acero de la retención anal que la mantenía implacablemente rígida. Acababa de apoyar los omóplatos en una de las paredes de la pequeña cabina. Sin quitarse las gafas, se frotó cansinamente la frente con una mano enguantada de negro: un turno de servicio muy largo, quizá de veinticuatro horas. El agente estaba calculando las horas extras que iba a cobrar y se preguntaba si justificaban el que apenas se mantuviera en pie.

Deckard casi sintió pena por él. Cuando te ascendían a la unidad de blade runners, por lo menos podías decidir tu propio horario. Si se acababa descubriendo que había permitido que un hombre buscado por el departamento le acompañara durante todo el trayecto hasta la planta baja de la comisaría, aquel pobre bastardo tendría que patrullar las calles hasta el fin de la eternidad.

—¿A quienes habría que matar? —preguntó Deckard.

—A esos asquerosos simpreps. —Una mueca llena de ferocidad tensó el rostro del policía—. Si tan enamorados están de los malditos replicantes, entonces deberíamos tratarlos de la misma manera. —Alzó la mano, extendió el dedo índice para formar una pistola con él y después lo curvó sobre el gatillo invisible—. Bang. Jubilación instantánea.

El término «simprep» era nuevo para Deckard. ¿Alguien que simpatizaba con los replicantes? Sí, parecía lo más probable. ¿Algún movimiento nuevo que había surgido de la nada mientras él estaba fuera de Los Ángeles?

El policía estaba esperando a que dijera algo para proseguir la conversación.

—Sí... —Deckard asintió—. Esos bastardos están locos.

—No están locos. —Un fruncimiento de repugnancia recorrió los labios del policía—. Son unos traidores, eso es lo que son. Tienen una especie a la que pertenecer, ¿verdad? Si no les gusta ser humanos, entonces no deberían esperar que alguien como nosotros se encargue de resolver sus problemas. Tienen armas... Mierda, tienen artillería pesada. Démosles una buena ración de proyectiles de noventa milímetros, y así dejarán de ser humanos. Se habrán convertido en hamburguesas.

Deckard mantuvo el rostro tan impassible como si fuera una estatua de piedra, y sus ojos fueron lo único que se movió cuando volvió a alzar la mirada hacia el indicador de los niveles. Ya sólo faltaban unos cuantos pisos. El ascensor había



empezado a reducir la velocidad, iniciando la larga frenada que acabaría deteniéndolo.

—Algunas de las cosas que dicen esos simpreps... —El policía, que permanecía inmóvil junto a él, se había embarcado en un monólogo lleno de amargura, y la cinta magnetofónica escondida dentro de su cabeza no pararía de girar hasta que hubiera llegado al final de su bobina—. ¿De dónde sacan todas esas estupideces? Ya oíste lo que estaba diciendo aquel desgraciado antes de que le dieran su merecido. Basura, nada más que basura...

El ascensor se detuvo con una sacudida y las puertas retrocedieron a lo largo de sus guías.

—Bueno, no trabajes mucho.

El policía se apartó de la pared del ascensor y salió a la planta baja de la comisaría central de Los Ángeles sin mirar atrás.

Los ojos de Deckard siguieron su avance más allá del marco metálico y recorrieron los espacios abovedados del exterior. El gélido resplandor azul de las luces exteriores de seguridad del edificio dibujaba sombras sobre los enormes ventanales, inscribiendo un enrejado de líneas sobre las curvas de las arcadas. Los sistemas de aire acondicionado de aquel nivel de la vieja estación del metro a la que habían sido trasladados los cuarteles generales de la policía eran unas antiguallas, reparadas mil veces e incapaces de cumplir con su función. El calor residual atrapado en el aire hacía que los techos repletos de tallas y baldosas ornamentales parecieran bailotear en una iridiscencia temblorosa, y una tenue neblina compuesta por partes iguales de sudor de policía y el olor, más acre y rancio, del miedo de los delincuentes flotaba por debajo de ella.

Deckard volvió lentamente la cabeza de un lado a otro, examinando lo que le rodeaba.

La planta baja de la comisaría estaba repleta de policías, más de los que Deckard recordaba haber visto nunca en aquel lugar. Los uniformes negros, las botas de media caña y las gorras con visera relucían como cadenas aceitadas. Deckard necesitó unos momentos para entender qué estaba ocurriendo. No había vuelto a poner los pies en aquella comisaría durante los cambios de turno desde que llevaba un uniforme. Los blade runners presentaban sus informes durante las horas muertas entre los turnos.

Mientras permanecía inmóvil en la cabina abierta llena de luz, Deckard también era consciente de que si no empezaba a moverse —y pronto— todos los rostros que

había en la planta baja se volverían hacia él, tanto si llevaban plata sobre los pies como si no. Ni siquiera los masistas atrapados en aquel recinto les impedirían captar



el olor de su presa, paralizada bajo el áspero resplandor de las líneas de tiro de los policías.

Salió del ascensor y empezó a abrirse paso a través del gentío. Sus hombros recubiertos de cuero negro avanzaron por entre los hombros de los otros policías, y su rostro se ocultó bajo la misma máscara llena de dureza que cubría las facciones de los agentes.

Holden clavó la mirada en la criatura sentada delante de él. En su fuero interno, un poco confuso y aturdido, no conseguía captar una lectura clara de Roy Batty. Su texto sentido y su aguzado instinto de blade runner hablaban con sus otros amigos que no lograba entender, y Holden no tenía ni idea de qué intentaban decirle. Al mismo tiempo, sabía por experiencia que quienes lograban huir de las colonias espaciales sobrevivían —o lo intentaban— manipulando las mentes de los demás.

—¿Vas a decirme que no eres un replicante?

—Algo por el estilo, sí. —Batty había dejado de reír—. Lo has entendido todo al revés, amigo. Cuando te dije que era Roy Batty, no me refería a una insignificante versión a pilas de mi persona. Quería decir que soy Roy Batty, y punto. Soy el verdadero Roy Batty, el humano. Soy la... ¿Cómo lo llaman? Soy la plantilla...

—El moldeante —le corrigió Holden. Era una posibilidad que ni siquiera se la había pasado por la cabeza—. Ése es el término técnico.

—Sí... Eso es. Soy el moldeante que usaron para crear al replicante Roy Batty que tú y tus amiguitos, esos temibles blade runners, tenían que retirar de la circulación.

—Ese replicante... —La voz de Holden se suavizó y adquirió un tono pensativo—. Bryant me dijo que había muerto.

—Bueno, por lo menos tenía razón en eso. —Batty meneó la cabeza, visiblemente disgustado—. Ese imbécil se quedó sin reservas y sencillamente se murió. Los cuatro años de vida incorporados al diseño de los modelos Nexus-6 de la Corporación Tyrell son un período de vida calculado bajo condiciones de operación normales. Es como comprar un rotador nuevo: cualquier clase de sobrecarga o tensión excesiva anulará tu garantía. Cuando eso ocurre, lo que tienes en las manos es pura y simplemente un montón de carne muerta. —Su expresión se volvió todavía más sombría—. Quizá te cueste un poco entenderlo, pero que haya un montón de productos tan defectuosos paseándose por ahí con tu cara resulta francamente embarazoso.

—Eh, un momento. ¿Me estás diciendo que hay más de uno?



—Por supuesto. —Batty inclinó la cabeza hacia un lado y estudió a Holden en silencio durante unos momentos antes de seguir hablando—. Ya me había dado cuenta de que los blade runners no estáis muy al corriente de las realidades de la actividad industrial moderna, ¿eh? La economía y todas esas cosas... Al principio creía que estarías enterado de todo esto, aunque sólo fuera para tener un poco más claro qué es lo que estás haciendo. Para conocer la naturaleza de la bestia, por así decirlo...

»Por supuesto que hay más de un replicante Roy Batty. ¿Acaso crees que la Corporación Tyrell se iba a gastar semejantes montañas de dinero en un proyecto de producción para acabar fabricando una sola unidad? Cristo, probablemente ahora mismo están fabricando más modelos Batty y los están enviando a las colonias espaciales, bien guardaditos en las cajas de sus módulos de transporte como si fueran enormes muñecos mecánicos o algo por el estilo. Tengo en tendido que era un modelo bastante popular... Me refiero al replicante Roy Batty, claro. Recibían muchos pedidos. —Un fruncimiento de ceño ensombreció su rostro—. Aunque puedo asegurarte que a juzgar por las liquidaciones de derechos que me envía la Corporación Tyrell nadie lo diría, desde luego. Esa cláusula de anticipo sobre los beneficios que te obligan a firmar... Ah, chico, eso sí que me pone de mal humor.

Holden guardó silencio durante unos instantes mientras trataba de conseguir que su mente volviera a funcionar. Podía percibir con toda claridad el vacío de los vastos espacios deshabitados del desierto que se extendían al otro lado de las delgadas paredes del edificio. Se hallaba en un territorio que no le resultaba familiar, muy lejos de Los Ángeles por el que estaba acostumbrado a moverse. Y lo que le estaba diciendo Batty... Bueno, eso le resultaba igualmente nuevo y extraño.

—Vamos a ver si lo he entendido bien. ¿Te dan dinero en concepto de derechos? —Era la única pregunta que le había venido a la cabeza—. ¿Y en concepto de qué? ¿Derechos sobre tu personalidad, quizá?

—Pues sí, demonios. —Batty puso cara de sentirse muy ofendido, y su columna vertebral se tensó de repente—. Mi personalidad, mis capacidades profesionales..., mi experiencia. Todo lo que tengo guardado aquí arriba. —Se golpeó la frente con la yema de un dedo—. He acumulado casi medio siglo de astucia y trucos varios: nací con ciertas reservas propias, y he aprendido muchas cosas de la manera más difícil. Me metí en esta profesión cuando apenas era lo bastante mayor para afeitarme, y he recibido muchísimas patadas en el trasero. Cuando te conviertes en un mercenario, un especialista de combate militar a una edad tan temprana como yo lo hice, al final acaban considerándote como simple carne de cañón. Eres un cadáver ambulante que cobra el salario mínimo, amigo. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Algunos de esos malditos replicantes creen que lo están pasando muy mal..., pero no saben lo que es pasarlo mal. He estado en sitios donde el índice de supervivencia era de uno



entre veinte: Schweinfurt, Provo, Nueva Zemlia... Demonios, pero si en Caracas sólo sobrevivía uno de cada cincuenta. Yo fui ese superviviente, ¿comprendes? —Puso las manos sobre las rodillas y se inclinó hacia adelante, las pupilas dos duras puntas de diamante que irradiaban luz—. ¿Y sabes por qué sobreviví?

Una de las válvulas del corazón biomecánico tembló dentro de Holden.

—¿Por qué sobreviviste?

La tenue sonrisa enloquecida de Batty volvió a insinuarse entre sus labios.

—Sobreviví porque... una parte de mi cerebro no funciona como es debido. Nací de esa manera. Soy único. Aquí dentro, ¿comprendes? —Puso la yema de un dedo

encima de su oreja, y la hizo girar como si fuese la broca de un taladro. Información neural, depósitos de calcio en la amígdala derecha y en la amígdala izquierda. Te estoy hablando de la estructura cerebral que crea la respuesta emocional del miedo. Normalmente, las personas a las que les ocurre esto, y es algo bastante raro, sencillamente no sienten miedo. No hay ninguna respuesta fisiológica o emocional. Pero mi cabeza es algo todavía mejor. En mi caso, las amígdalas están en vueltas por toda una red de conexiones que las unen a mis grandes centros receptores de serotonina. Las situaciones ante las que la gente normal se cagaría de miedo... Bueno, a mí me excitan. Me gustan. —Su sonrisa se alargó lentamente, y sus ojos empezaron a brillar—. Nada puede asustarme. Cuanto más lo intentan, cuanto peor se ponen las cosas..., más feliz me siento.

—Parece una peculiaridad muy útil.

—Sí, bueno... —Batty se encogió de hombros, dando la impresión de que se sentía muy satisfecho de sí mismo—. Es algo parecido a lo que les ocurre a las personas que carecen de respuesta al dolor. Supongo que ya sabes de qué te estoy hablando, ¿no? Esas personas tienen que ir con mucho cuidado para no hacerse daño accidentalmente, porque no cuentan con ninguna retroalimentación que les permita ajustar su comportamiento. He necesitado mucho tiempo —la mayor parte de mi vida, de hecho— para llegar a desarrollar una comprensión intelectual del miedo y para ser capaz de poder reconocerlo en las caras de otras personas. Eso me permite evitar meterme en el tipo de situaciones a las que no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir. Pero... Sí, resulta muy útil. Me convierte en un hijo de perra realmente terrible. Piensa en qué pasaría si los blade runners, que en el fondo sois todos unos cobardes, estuvierais equipados con ese tipo de cabeza. Oh, sí, entonces sí que podríais hacer muchísimo daño. —Su expresión se volvió repentinamente compasiva—. Tal como están las cosas, no tenéis ni una sola probabilidad de vencer a los Nexus-6 de la Corporación Tyrell..., y especialmente al replicante Roy Batty.

Todos los Nexus-6 llevan incorporada una pequeña parte de esas peculiaridades, pero ese modelo en particular es una copia exacta de mi persona, y eso hace que



todos los replicantes Roy Batty sean realmente imparables. Si uno de ellos la palma ante vosotros porque se le han acabado los cuatro años de vida, podréis consideraros muy afortunados..., porque ésa es la única manera de que podáis sobrevivir a un encuentro con un replicante Roy Batty.

Sus fanfarronadas estaban empezando a irritar a Holden.

—Ese replicante Batty no tuvo que enfrentarse conmigo.

—Lo cual fue una suerte para ti. Aquel modelo León Kowalski te dejó frito..., y comparado con Batty, el Kowalski es un retrasado mental. Si te hubieras tropezado con el replicante Roy Batty, no habría dejado lo suficiente de ti para que te implantaran un corazón artificial.

—Quizá. —Holden intentó hablar en un tono gélido e impasible—. Pero me gustaría tener una ocasión de comprobarlo.

—No es muy probable. El replicante Roy Batty que andaba suelto por Los Ángeles es el único ejemplar de ese modelo que ha conseguido volver a la Tierra. Las autoridades de las Naciones Unidas saben hasta qué punto pueden ser peligrosos —he trabajado para los servicios de seguridad de las Naciones Unidas, así que tienen cierta idea de lo que es capaz de hacer una versión de mi persona—, por lo que los mantienen a buen recaudo en las colonias más alejadas. El que ese modelo Batty consiguiera acercarse lo suficiente a una nave para poder huir a la Tierra... Bueno, eso fue una seria metedura de pata. Alguien se había quedado dormido.

—¿Trabajas para las Naciones Unidas?

Holden aún seguía intentando entender cuáles eran las piezas de aquel rompecabezas.

Batty meneó la cabeza.

—En estos momentos no, y nunca he tenido ninguna clase de relación oficial con ellos. Supongo que podrías decir que siempre he trabajado más o menos por mi cuenta. Un mercenario, eso es lo que soy..., y así es como he ido adquiriendo una reputación. Después empecé a trabajar para la Corporación Tyrell: el viejo Eldon Tyrell me reclutó personalmente porque quería lo mejor y podía permitirse el lujo de pagarlo.

La situación estaba empezando a aclararse un poco.

—¿Qué clase de trabajos hiciste para la Corporación Tyrell?

—Bueno... Me ocupé de ciertos problemas y ejercí un poquito de presión industrial. Por aquel entonces todavía había un par de empresas que estaban fabricando replicantes aparte de la Corporación Tyrell, y Eldon decidió que ya estaba harto de aguantar a la competencia. Así que esas empresas fueron..., digamos



que eliminadas. De una manera o de otra, ¿entiendes? Después me retiraron del servicio activo durante un par de años mientras me examinaban de pies a cabeza en los laboratorios de la Corporación Tyrell. Me sometieron a un sondeo cerebral, y fue entonces cuando descubrieron lo de mis amígdalas. Eso fue lo que les impulsó a iniciar el programa de desarrollo de los Nexus-6. —Batty se encogió de hombros—. En cuanto la cadena de montaje empezó a funcionar, me convertí en una especie de guardaespaldas personal y me dediqué a proteger el trasero del viejo Tyrell.

Holden decidió correr el riesgo de pincharle un poco, sólo para ver qué tal reaccionaba Batty.

—No debiste de hacer un trabajo demasiado bueno —dijo—. Cuando estaba en el hospital me contaron cómo murió Tyrell.

—Pero es que no murió mientras yo estaba de servicio. Dejé el empleo meses antes de eso. Ya había decidido que no iba a seguir trabajando para esos bastardos. —Una expresión sombría y meditabunda se fue extendiendo por el rostro de Batty, y sus ojos se clavaron en la nada como si estuviera contemplando alguna clase de visión interior—. Ah, sí, hay gente realmente muy retorcida en ese sitio... Eldon Tyrell quizá fuese el peor de ellos, pero la verdad es que están todos chiflados. Algunas de las cosas que he visto... —Meneó la cabeza—. Verás, en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell hay un gran botón rojo porque las Naciones Unidas les obligaron a instalarlo cuando construyeron el complejo. Una pequeña medida de precaución por si algunos de los cócteles explosivos con los que brindaban se volvía demasiado inestable, supongo... —Una mezcla de amargura y aborrecimiento deformó su voz—. Me encantaría pulsar ese botón rojo para ver cómo todo ese maldito complejo se cae a pedazos. Es justo lo que se merecerían esos hijos de perra.

El expediente que Holden había empezado a compilar dentro de su cerebro adquirió unas cuantas anotaciones más. Fuera cual fuese la fuerza impulsora que guiaba a Batty, y aunque estuviera obedeciendo órdenes de otra persona, estaba claro que también tenía unas cuantas deudas pendientes de naturaleza personal que quería saldar.

—Te diré lo que vamos a hacer. —El cigarrillo se había consumido hasta sus nudillos mientras escuchaba a Batty, y Holden lo apagó en el brazo del sillón—. Supongamos que acepto la historia que me has contado, al menos por el momento. Aceptaré, aunque sólo sea provisionalmente, que eres el moldeante del que han surgido todos los replicantes Roy Batty que puedan existir, y que eres humano.

—Oh, gracias. —Una sonrisa sarcástica chispeó en el rostro de Batty—. ¿Quieres que te lo demuestre? Probablemente habrá alguna vieja máquina Voigt-Kampff llenándose de polvo en algún estante ahí fuera. Si eso va a hacer que te sientas mejor, podrías someterte a una prueba de empatía.



Holden meneó la cabeza.

—Con alguien como tú nunca podría obtener ningún resultado mínimamente válido. Tu patina profesional es demasiado gruesa, y probablemente ya te sabes todas las preguntas y respuestas. No podría establecer ninguna línea de base sobre la que evaluar tus tiempos de respuesta involuntaria. —Cogió el mechero y deslizó el pulgar sobre la lisa superficie de plástico—. No hace falta que te tomes esa molestia: como ya te he dicho, de momento aceptaré que eres humano. ¿Por qué no? El único problema es que como explicación eso no es gran cosa. —Encendió el mechero y contempló a Batty a través de la delgada y temblorosa llamita—. Eso no explica por qué te jugaste la vida para sacarme del hospital, o por qué me has traído aquí.

—Lo del porqué te he traído aquí es muy fácil de explicar. —La mano de Batty señaló las paredes del edificio—. Tengo amigos ahí fuera. He dispuesto de mucho tiempo para ir acumulando favores que me deben muchas personas, y decidí cobrarme unos cuantos para conseguirte tus nuevos pulmones. Pero en realidad es algo que funciona en ambos sentidos. No todos los que trabajan en la policía de Los Ángeles son tan idiotas como vosotros, los blade runners. A algunos de ellos les gustaría saber qué demonios está ocurriendo..., y yo les estoy ayudando a averiguarlo.

—Así que quieren saber qué está ocurriendo, ¿eh? —Holden apagó el mechero—. ¿De qué estás hablando?

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Nuevamente la mirada compasiva—. Despierta e intenta captar el olor a quemado de las sinapsis que arden, Holden. ¿Por qué crees que aquel replicante Kowalski pudo abrirte ese boquete en el pecho? Aparte de porque te comportaste como un imbécil, quiero decir. ¿Y qué crees que le ha estado ocurriendo a todos los otros blade runners? ¿Sabes cuántos de tus amigos han acabado en el campo de los huesos..., incluso antes de que disfrutaras de tus vacaciones en el hospital?

—Nunca pienso demasiado en esos asuntos, y no intento llevar la cuenta. —Holden se encogió de hombros—. Son cosas que ocurren.

—Sí, claro... Pero ha estado ocurriendo mucho, amigo. El único tipo de vuestra unidad que demostró tener un poco de cerebro fue Deckard. Por lo menos fue lo suficientemente listo para desaparecer antes de que pudieran convertirlo en un blanco de tiro. —Señaló a Holden con un dedo—. Que fue precisamente lo que te ocurrió a ti.

—Chorradas. Nadie me tendió ninguna trampa. Kowalski fue más rápido que yo, y nada más.



—Fue más rápido que tú, desde luego..., en una zona de alta seguridad de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell. Eh, sé qué clase de medidas de seguridad tienen en ese sitio: les asesoré en la mayoría de ellas. ¿Tienes idea de cuántos detectores de metales y sistemas de alarma habría tenido que atravesar Kowalski llevando esa pistola encima? Es imposible. O alguien tuvo que pasarle el arma en la zona de alta seguridad justo antes de que tú empezaras a entrevistarle, o desconectaron los detectores. Tanto en un caso como en otro, sólo una persona que contara con un nivel de autorización muy, muy alto podría haberlo hecho.

—Eso sólo son conjeturas. —Holden se removió nerviosamente en su asiento—. ¿Tienes alguna prueba?

—Oh. Tengo trocitos y fragmentos. —La sonrisa irradiaba una satisfecha seguridad en sí mismo—. Cuando le estabas haciendo la prueba a Kowalski tenías en marcha una grabadora. He oído esa cinta, ¿sabes? Uno de mis amigos del departamento de policía me pasó una copia. Muy impresionante..., especialmente la parte en la que paras esa bala con el pecho. Pero lo mejor no tiene absolutamente nada que ver con nada de cuanto dijisteis tú o Kowalski. Puedes oírlo como parte del ruido de fondo de la cinta. Es una voz que surge del sistema de megafonía y que dice «Atención..., tenemos una alerta de seguridad B-1». ¿Sabes qué significa eso? Es el código interno que usa la Corporación Tyrell para indicar que se ha detectado un intento de interferir con el funcionamiento de la red de seguridad. Mientras tú hablabas con Kowalski, los tipos de los departamentos administrativos corrían de un lado a otro intentando averiguar dónde se había producido la brecha en la red. Cuando lo descubrieron, naturalmente, tú ya estabas acostado sobre la espalda luciendo un agujero por el que hubiera podido pasar un perrito faldero.

—Una alarma empezó a sonar, ¿eh? Me has dejado impresionadísimo. —Holden se encogió de hombros—. Si hubiera significado algo o si hubiera tenido alguna clase de conexión con el que me hubieran pegado un tiro, la policía lo habría investigado.

—Claro. A menos que la policía ya estuviera metida en el asunto.

—Ahora estás hablando de una conspiración —dijo Holden—, y ahí es donde toda la teoría se desmorona. ¿Sabes por qué? Porque cualquier investigación de esa clase habría sido dirigida por el inspector Bryant. Y... Bueno, trabajé mucho tiempo para Bryant. Puedo asegurarte que no se tomaría nada bien que alguien le tendiera una trampa a cualquiera de sus hombres. Bryant tiene un corazón de blade runner. Si alguien intentara crearle problemas, Bryant le habría hecho pedazos. —Holden se recostó en su asiento—. Puedes estar totalmente seguro de ello.

Batty le había escuchado, asintiendo lentamente mientras su sonrisa se iba volviendo cada vez más delgada y sutil.



—¿Sabes una cosa, Dave? Tal vez no seas un genio, pero tienes un cerebritito muy tozudo. Eso resulta admirable. Creo que podré hacer negocios contigo. —Se incorporó y echó los brazos hacia atrás para estirar su columna vertebral—. Vamos. He de enseñarte una cosa. —Movi6 una mano mientras se dirigía hacia la puerta—. Venga, hombre... Esto te va a interesar.

Una vez fuera, Holden le siguió a través de la dura arena apisonada del recinto del Centro de Reciclaje. A aquella distancia de la ciudad, las estrellas proyectaban un implacable diluvio de alfilerazos de luz diamantina que no era oscurecida por ninguna calina. El calor del día irradiaba del suelo, subiendo hacia las alturas como si hubiera montones de ascuas enterradas debajo del camino.

—Es aquí. —Batty se había detenido delante de un cobertizo de acero corrugado salpicado por lágrimas de óxido que surgían de las sujeciones colocadas sobre las juntas. Sacó un anillo para llaves del bolsillo de su chaqueta y abrió un candado—. No tengas miedo a la oscuridad.

Holden se quedó inmóvil en el centro del pequeño recinto, extendiendo las manos a los lados como en un intento de conservar el equilibrio. Una claridad más azul que la de las estrellas surgió de la nada y cayó repentinamente sobre él. Se dio la vuelta y vio a Batty silueteado por el resplandor de un monitor de vídeo. Cuando sus ojos se adaptaron a la nueva luz, vio el resto del equipo que subía hasta el techo metálico, monitores todavía apagados e hileras de sistemas electrónicos militares.

—Echa un vistazo a esto. —Batty accionó interruptores y ajustó diales. Un chispazo azul rozó las puntas de sus dedos—. Maldición. Les dije que instalaran un humidificador aquí dentro... —Una imagen fue adquiriendo nitidez en el monitor—. ¿Sabes qué es esto?

—Por supuesto. —Holden había reconocido el logotipo que acababa de aparecer en la pantalla—. Son los bancos de datos de la policía de Los Ángeles.

—Desde luego que sí. Disponemos de una conexión directa con el sistema: cable sólido enterrado a quince pies de profundidad, circuitos repetidores de alta seguridad... No se puede obtener una imagen de mejor calidad en ningún lugar de la comisaría. Y ahora mira esto. —Batty sacó del anillo para llaves una tarjeta de plástico con una esquina agujereada y una tira magnética en un lado, y la hizo pasar por una ranura lectora—. *Voilà*.

—Cristo...

Lo que vio hizo que Holden se tambaleara. El nivel de acceso había sido sustituido por una hilera de cuatro ceros. Por lo que sabía, el nivel del jefe del departamento era cero-cero-cero-uno.



—No intentes quitarme esto. —Batty volvió a meter la tarjeta en el anillo para llaves—. Está codificado para responder al genotipo de mi sudor.

Holden le contempló en silencio mientras Batty iba dando autorizaciones vocales para pasar de una rama del directorio a otra. Aquel tipo parecía saber lo que estaba haciendo.

—Esto es lo que quería que vieras.

Exámenes de identificación, cabezas con la cabellera tapada por una tela elástica pasando por lentas rotaciones de 360 grados. Primero apareció el replicante Roy Batty, después una rubia muy joven que tenía un aspecto bastante extraño, y luego una morena que parecía un poco mayor. Después le tocó el turno a Kowalski, y una respuesta de encogimiento involuntario tensó las tripas de Holden. Debajo de cada examen había líneas de información, clasificaciones de subtipo y otras clases de datos.

—¿Y bien? —Holden levantó la mirada de la pantalla y se volvió hacia Batty—. El departamento mantiene al día sus ficheros. ¿Qué esperabas que estuvieran haciendo?

—No lo entiendes, amigo. —Batty golpeó una esquina de la pantalla con la uña de un dedo—. Fíjate en la fecha. Ése es el momento en el que esta información, fotos incluidas, fue introducida en el sistema. —Batty sonrió—. Anda, echa un buen vistazo.

Holden suspiró.

—Si eso te hace feliz... —dijo, y volvió nuevamente la mirada hacia el monitor.

Dígitos muy sencillos. 2019 para el año, el año pasado; 24 para el día. Y entre ellos, 10 para el mes. «Con lo que estaríamos una semana antes de Todos los Santos», pensó Holden. Eso parecía vagamente adecuado. La vieja festividad pagana, caramelo o maldición...

—Octubre —dijo en voz alta mientras la comprensión surgía en su cerebro, perfecta y clara—. Esta información estaba dentro del sistema en octubre.

—Exacto. —La tenue sonrisa de Batty no contenía la más mínima sombra de buen humor—. Y Bryant te envió a los cuarteles generales de la Corporación Tyrell la primera semana del mes de noviembre del año 2019. Te envió allí sin haberte enseñado estos exámenes de identificación.

—Me dijo... —Holden oyó su voz como si llegara desde muy lejos, apenas audible—. Me dijo que no había ningún examen o foto de los replicantes huidos. Me dijo que las autoridades de las colonias no disponían de ninguna información..., que

los datos no podían ser transmitidos... o algo por el estilo. Y que tendría que ir allí con la máquina Voigt-Kampff para someter a todos los nuevos empleados de la



Corporación Tyrell a las pruebas de empatía... para averiguar cuáles de ellos eran replicantes.

—Echa un vistazo al registro de acceso. —Batty hizo aparecer otra pantalla y su dedo volvió a golpear suavemente el cristal—. Bryant sacó estos expedientes tres veces de los bancos de datos del departamento de policía antes de encargarte esa misión, e incluso llegó a imprimirlos. Las fotos de los replicantes huidos, que te habrían permitido reconocerlos sin necesidad de hacer ninguna prueba, probablemente estuvieron metidas en uno de los cajones de su escritorio durante todo el tiempo la última vez que hablaste con él en su despacho.

—Pero eso significaría... —Las piezas acababan de unirse dentro de su cabeza, y ya sólo necesitaba un poco de tiempo para ser capaz de hablar de ellas—. Pero eso significaría que Bryant me envió... a los cuarteles generales de la Corporación Tyrell... para que me mataran.

—Intenta entenderlo, chico. —Batty puso una mano sobre el hombro de Holden. Su voz se había vuelto suave, casi bondadosa—. Si estuvieras organizando una conspiración para eliminar a los blade runners, por la razón que fuese..., ¿quién podría dirigirla mejor que el hombre que está al mando de la unidad de blade runners?

Un diminuto destello de luz brilló dentro del cerebro de Holden. Mientras volvía la mirada hacia el resplandor puro y vacío del monitor, pensó que estaba empezando a entenderlo.

Y una alegría tan pura como aquella luz inundó su alma.

Un espacio más pequeño, su propio mundo particular, tan familiar para Deckard como el que acababa de atravesar.

Con sus propios olores e incluso su propio polvo, residuo de tiempos pasados. Deckard cerró la puerta detrás de él. A través del panel de cristal, con el nombre de Bryant visible al revés encima de él, la luz fragmentada de la planta baja de la comisaría plegaba sombras encima del escritorio y los archivadores.

Deckard se quedó inmóvil y contempló la oscuridad de la habitación. Nadie le había reconocido, nadie le había detenido mientras iba hacia allí desde la hilera de ascensores. La virtud de las máquinas, por lo menos en aquella ocasión, era su anonimato.

Las persianas que cubrían las ventanas del despacho impedían que pudieran verle mientras estuviese allí dentro, pero todavía dejaban filtrarse la luz suficiente para



que Deckard pudiera distinguir gradualmente la confusión de objetos que llenaban la habitación.

—¿Bryant? —preguntó sin levantar la voz mientras entraba en el centro del despacho.

Cuando descubrió que la puerta no estaba cerrada y pudo entrar con sólo una mirada por encima del hombro para asegurarse de que nadie le estaba observando, esperó encontrar a su antiguo jefe dentro del despacho. La lámpara del escritorio estaba apagada, pero Deckard sabía que Bryant solía llevar a cabo sus reflexiones más profundas y sombrías con las luces apagadas y la botella de escocés al alcance de la mano. El inspector llevaba tanto tiempo trabajando de noche que su piel se había

vuelto tan pálida como la de un pez de las cavernas o un cadáver por debajo del rubor alcohólico y la barba del descuido.

—¿Estás aquí?

Deckard dio un paso más hacia el escritorio.

Un resplandor azul cayó sobre él. Protegiéndose los ojos con una mano, Deckard vio el rectángulo achatado de un monitor de vídeo delante de él, con la pantalla a la altura a la que habría debido estar el rostro de Bryant. Un trípode de patas cortas, con el monitor atornillado a su plancha superior, ocupaba el asiento que había detrás del escritorio, y un manojo de cables colgaba de él y se enroscaba como una serpiente hasta llegar a un enchufe de la pared.

—Hola, amigo. —El rostro de mejillas colgantes de Bryant apareció en la pantalla. Sus ojillos brillaban a través del emparrillado de baja resolución de una transmisión de vídeo—. Me alegro de volver a verte. —Las manchas amarillentas de sus dientes seguían siendo claramente visibles en su sonrisa incluso en blanco y negro—. Gracias por venir a verme.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Deckard vio una pequeña cámara de vídeo conectada a un pivote de seguimiento motorizado encima del escritorio. Un puntito rojo del artilugio se había centrado en su pecho. Cuando se hizo a un lado, la cámara siguió su movimiento para mantenerlo dentro de su campo de recepción—. ¿Qué es todo esto?

—Una condenada mierda, eso es lo que es. —Bryant se inclinó hacia adelante, codos con mangas cortas apoyados sobre un escritorio en algún otro lugar, como si el monitor fuera una habitación diminuta en la que estuviese prisionero. La cámara que le seguía tardó un momento en reenfocarse—. Estoy en cuarentena. He pillado un virus..., o por lo menos he estado expuesto a uno. Uno de esos modelos nuevos que

no paran de salir de Belice, ya sabes. —Su voz jadeante surgió de un diminuto intercomunicador colocado encima de su escritorio—. Comencé el estúpido error de ir



a echar una mano cuando asaltaron el albergue clandestino que hay detrás de mi bloque de apartamentos... Demonios, estaba libre de servicio y todo lo demás. Se suponía que hubiera tenido que estar recuperando horas de sueño en vez de hacerle una llave a un asqueroso negro bastardo lleno de enfermedades para tirarlo al suelo, igual que si fuera un cachorrito que acaba de entrar en el departamento. Y antes de que haya podido estornudar, los médicos van y me dicen que tengo anticuerpos tan grandes como camiones navegando por mi sangre. —Una de sus manazas peludas señaló la pantalla—. Eh, ponte cómodo. Siéntate.

Deckard cogió la otra silla y se sentó, echando un vistazo a través de las rendijas que dejaban las tablillas de las persianas. Al parecer, fuera nadie parecía haberse dado cuenta de que estuviera ocurriendo algo raro en el despacho. Echó la silla hacia atrás unos centímetros para evitar que el resplandor azulado del monitor cayera sobre él.

—Supongo que ya te habrás enterado de que estaba en la ciudad.

—Lo oí comentar. Las noticias viajan muy deprisa en esta clase de sitios. Quiero decir que... Bueno, los matasanos me han encerrado en la enfermería y tengo que hacerlo todo a distancia, pero aun así me había enterado.

Deckard escrutó con más atención la imagen de la pantalla.

—¿Te vas a recuperar? —Incluso teniéndolo delante en carne y hueso, ya habría resultado bastante difícil determinar si Bryant estaba sano, enfermo o agonizante—. ¿Vas a sobrevivir a esto, sea lo que sea?

—Sí, demonios. —Bryant meneó la cabeza—. No te preocupes por mí, amigo. Eres tú quien tiene el culo al aire. Me han metido tantos medicamentos milagrosos en el cuerpo que podría cagar una farmacia. Probablemente me dejarán salir dentro de un par de días.

—Porque te necesito de pie y listo para correr. Estás en deuda conmigo, Bryant..., y la deuda es muy grande. —Deckard habló en voz baja y en un tono apremiante, siendo muy consciente de las pisadas y voces apenas ahogadas de los policías que pasaban junto al despacho, justo al otro lado de las delgadas paredes—. Te he sacado de apuros muchas veces. Ahora tienes que hacer lo mismo por mí.

—Bueno, bueno, bueno. Esto sí que es toda una novedad, y de lo más interesante... —El rostro de la pantalla del monitor irradiaba un sádico deleite—. Y yo que pensaba que eras el tipo que ya no quería tener nada que ver con la unidad de blade runners. Me diste la impresión de que ya no te gustábamos. Heriste mis sentimientos, Deckard. Estuviste apunto de romperme el corazón. Eras el mejor del grupo,

Deckard y siempre lo fuiste. Y que nos dejes plantados así de repente, como si todo hubiera dejado de importarte... —El intercomunicador transmitió el sonido de Bryant



aspirando aire a través de sus dientes decolorados—. Especialmente la última vez. Te fuiste muy lejos, amigo. No esperaba volver a verte por aquí.

—Si hubiera dependido de mí, no me habrías visto.

—Esa actitud no va a conseguir que te reciba con los brazos abiertos. Si quieres que volvamos a ser amigos, deberías empezar a actuar de una manera más amable. Entonces tal vez sentiría deseos de ayudarte. —Bryant sacó el brazo del encuadre y su mano volvió a aparecer dentro de él con una botella y un vaso vacío—. Seamos amigos. —Se llenó el vaso—. Vamos, vamos... Ya sabes que siempre tengo algunas reservas de licor de primera en el despacho. Y odio beber a solas.

Deckard sintió que el sudor humedecía su frente, y los brazos de la silla se volvieron repentinamente resbaladizos debajo de sus palmas. «Me manipula igual que si fuese una marioneta», pensó, la ira reprimida hasta formar una roca caliente bajo su pecho. Era justo el tipo de jueguecitos que siempre le habían gustado a Bryant. Deckard no tenía más opción que seguirle la corriente. En una esquina del escritorio había otra botella, el duplicado de la que Bryant tenía en su habitación de cuarentena, y un par de vasos. Uno todavía estaba limpio, y Deckard echó un dedo de líquido marrón dentro de él y se bebió la mitad del escocés de un trago.

—Ya está. ¿Satisfecho?

El alcohol ardió a lo largo de su garganta. Para Bryant, el licor de primera era cualquier cosa que pudiera encender con una cerilla.

—De acuerdo, de acuerdo. Cristo... Bastardo quisquilloso. —Bryant dejó su vaso vacío encima del escritorio y su gordo rostro adquirió una expresión meditabunda—. Dada la clase de enemigos que tienes, deberías ser más amable con tus amigos. Podrían serte útiles. —Se sirvió otro trago y lo hizo girar dentro del vaso, mirándolo fijamente—. Bien, el caso es que no tengo ni idea de por qué alguien podría que retransportar tú repugnante trasero de vuelta a Los Ángeles. Puedo asegurarte que no he tenido nada que ver con ello. —Tomó un sorbo—. Y en cuanto a por qué la Corporación Tyrell está tan interesada en ti... especialmente después de cómo la cagaste y permitiste que mataran a Eldon Tyrell..., éso está más allá de mi alcance. Ya hace tiempo que dejé de tratar de entender a esa clase de personas. —Otro sorbo—. Bueno, tal como yo veo las cosas...

—¡Por el amor de Cristo, Bryant! —La paciencia y la voz de Deckard se resquebrajaron bajo la tensión—. No tengo tiempo para esto. ¿Vas a ayudarme, sí o no? ¿O piensas quedarte sentado dentro de cualquiera que sea la burbuja de plástico en la que te han metido, bebiendo como una esponja y hablando contigo mismo? —Su ira estaba creciendo, a pesar de que consiguió no levantar la voz por encima de un tembloroso susurro—. Porque yo no pienso quedarme sentado aquí escuchando tus



estupideces, ¿entiendes? No mientras todos los policías de la ciudad desfilan por delante de la puerta de tu despacho...

—Relájate, muchacho. —Bryant vació el vaso—. Te ayudaré. Siempre lo he hecho. Aunque nunca has parecido agradecermelo, desde luego.

—Nunca te he agradecido que me manejaras igual que a un pelele cuando volví a trabajar para ti. ¿Qué es eso de que todavía hay un replicante huido, un sexto replicante?

Bryant le obsequió con su fea sonrisa.

—¿Ésa es la presa que la Corporación Tyrell te ha enviado a cazar?

—Así que es verdad. —Deckard se inclinó hacia adelante—. Hay otro. Y tú no querías que yo lo supiera. ¿Qué intentaban ocultar?

—Oye... Eh... Eso carece de importancia. —La imagen de Bryant se removió nerviosamente en la pantalla del monitor—. Como tú mismo has dicho, no puedes perder el tiempo con tonterías. ¿Por qué no nos conformamos con decir que..., que los conté mal o algo por el estilo? Las cosas no salieron del todo como yo quería.

—De acuerdo. —Deckard podía oír con toda claridad la tensión y la ira que impregnaban su voz—. Sea cual sea el juego al que estabas jugando entonces, no

consigo saber en qué consistía. Pero ahora necesito algo de ti y enseguida consigues un rotafolio con el depósito lleno y todas las autorizaciones y de seguridad necesarias para que pueda salir de Los Ángeles lo antes posible y...

—No puedo hacerlo, amigo. —La imagen de Bryant meneó la cabeza—. No puedo enviar una solicitud de transporte desde el sitio en el que estoy sentado.

—Estupendo. Entonces proporcióname los datos que borraste de los archivos, todo lo que hacía referencia a ese otro replicante huido: examen de identificación, nombre, descripción... Lo quiero todo.

—Eso también va a ser bastante difícil. Guardé todos esos datos en un sector de fichero protegido, y le puse unas cuantas cerraduras bastante sólidas.

—Pero está ahí, ¿no? —Deckard consiguió no levantar la voz—. Si está ahí, eso quiere decir que puedes sacarlo. Y eso es lo que necesito de ti, Bryant: proporcióname los datos sobre el sexto replicante y yo me encargaré de todo lo demás.

Otra sacudida de la cabeza de la imagen.

—Dar con él no va a ser una merienda campestre..., no con toda la policía de Los Ángeles pisándote los talones.



—Deja que yo me preocupe por eso. Lo único que he de hacer es entregar sus restos a la Corporación Tyrell y podré desaparecer. Volveré a esfumarme, y la policía ni siquiera verá el polvo que levantaré al irme.

—¿Confías en la Corporación Tyrell?

—No tengo otra elección. —Deckard se recostó en el asiento, extendiendo las relucientes botas de media caña delante de él. Permitió que una parte de la ira que sentía se disipara, y levantó el vaso y se lo terminó —. Son la única posibilidad que me queda.

En el silencio del despacho, oyó el débil rugido del tren de los replicantes que avanzaba a lo largo de sus oscuros túneles por debajo de la comisaría. Los pobres bastardos que viajaban a bordo de él ya habían encontrado su salida. El ruido se fue desvaneciendo poco a poco, como un eco sísmico menor. Una vieja sensación muy fácil de reconocer se deslizó sobre su piel: era la misma que había experimentado cada vez que ponía los pies en el despacho de Bryant, y aquella nota subaudible siempre había estado hablando en murmullos junto a los límites de su percepción. En aquel momento estaba evocando el mismo pensamiento de siempre: «Por lo menos los fui matando de uno en uno...». Era su única fuente de justificación moral.

Deckard expulsó aquellas aterradoras meditaciones de su mente. No podía perder el tiempo pensando en esas cosas, por lo menos no en ese momento.

—Bien, ¿qué va a ser? ¿Tendré esa información?

—Tardará algún tiempo —dijo la imagen de Bryant en la pantalla del monitor.

—¿Cuánto?

La imagen se encogió de hombros.

—Quizá media hora. Quizá un poco menos, especialmente si tenemos la suerte de que nadie se dé cuenta de que estoy recuperando el fichero. Pero en cuanto haya accedido a él podré enviarlo directamente al sitio en el que estás ahora. Así que lo mejor que puedes hacer en este momento... —La sonrisa de dientes amarronados volvió a aparecer—. Sí, lo mejor que puedes hacer es quedarte sentadito donde estás y esperar a que todas esas imágenes tan bonitas aparezcan en la pantalla.

Deckard bajó la mirada hacia el suelo del despacho. Había oído unos pasos que se alejaban, y luego el silencio.

La voz del monitor siguió hablando.

—Tal como tú mismo dijiste, amigo, todos los policías de la ciudad están pasando por tu lado ahora mismo. No es probable que a ninguno de ellos se le ocurra entrar en mi despacho. Mantén la cabeza agachada, y deberías poder aguantar ahí dentro hasta que haya menos gente por los alrededores..., quizá cuando salga el sol y todo el



mundo vuelva corriendo a sus agujeritos. Entonces deberías poder salir sin que nadie te vea. —La imagen volvió a encogerse de hombros—. Después de eso, todo será cosa tuya. Tal como querías, ¿no?

Los músculos de los hombros de Deckard empezaron a relajarse. Podía hacerlo. Había entrado en la comisaría, así que podía salir de ella. ¿Y después de eso? Ya pensaría en ello más tarde.

—De acuerdo —dijo, y asintió—. Cuando salga el sol me largaré de aquí. —Apuró las últimas gotas que quedaban en el vaso—. Pero si llegan a descubrir que me ayudaste, tú serás el que tendrá que enfrentarse a las consecuencias.

—Deja que yo me preocupe por eso. —Los labios de la imagen de Bryant se curvaron en una mueca sardónica—. Esos mariquitas del departamento llevan años haciéndome la vida imposible. ¿Qué van a hacer..., despedirme? ¿Acusarme ante los tribunales? No pueden: soy el único que está dispuesto a hacer este asqueroso trabajo para ellos, y lo saben. Además, tengo un pequeño expediente guardado aquí arriba... —La imagen de gordas mejillas y cara sin afeitar alzó un dedo en la pantalla y se golpeó suavemente una sien—. Contiene una lista de los sitios en los que están enterrados todos los cadáveres, y a los peces gordos no les gustaría ver cómo desentieran a algunos de ellos. Si cualquier tipo de Asuntos Internos o del despacho del jefe de policía intenta buscarme las cosquillas, puedo garantizarles que mi funeral no será el único para el que tendrán que irse preparando.

El escocés irradiaba un tenue resplandor en el estómago de Deckard.

—No tendrás que preocuparte únicamente por los peces gordos del departamento. Esos enemigos míos de los que hablabas antes..., no te considerarán un amigo.

—Oh, claro..., y ya estoy muerto de miedo, muchacho. El que consiguieran meterte dentro de una olla de agua hirviendo no los convierte en Dios. Ya llevo mucho tiempo protegiendo mi gordo y blanco trasero. Dado que sigo con vida, quizá deberías empezar a tomar en consideración la posibilidad de que sea bastante bueno haciéndolo..., y no te equivocarías. Ya te lo he dicho: deja que yo me preocupe de eso.

Deckard consiguió que una de las comisuras de sus labios se elevara para dirigir una sonrisa a su antiguo jefe.

—No hay elección, ¿eh?

—No hay elección. —La imagen de la sonrisa torcida de Bryant flotó en la pantalla del monitor, al otro lado del escritorio, mientras la imagen de vídeo de su cara asentía lentamente—. Viniste aquí a pedirme ayuda, y ahora tienes que aceptarla. El asunto ya no está en tus manos, amigo. —La imagen retrocedió, y una de sus manos buscó la botella que había encima del escritorio de la cámara de cuarentena—. Además, y aun suponiendo que puedan llegar hasta mí... ¿Qué demonios me



importa eso? Soy un viejo, Deckard, o por lo menos así es como me siento. A estas alturas mi hígado probablemente parece un trapo mojado, y además tengo una úlcera tan grande que si quisiera podría meter el puño por ella y organizar espectáculos de guantes animados dentro de mi estómago. Si me liquidan, que así sea. —Se sirvió una ración de escocés más grande que la anterior—. Además, te lo debo. —La imagen clavó la mirada, los ojos entrecerrados, en las oscuras profundidades del vaso—. Al final siempre supiste dar la cara por mí, Deckard. Incluso cuando tuve que presionarte un poco. Cuando te traje aquí para que te ocuparas de esa última remesa de replicantes huidos...

—¿Qué?

Todas las vértebras de la columna dorsal de Deckard se tensaron de golpe, como si el cordón de nervios que corría a través de ellas hubiera sido estirado por un puño invisible. «Algo va mal...» La parte pensante de su cerebro estaba funcionando a toda velocidad para tratar de atrapar a su instinto, esa percepción rapidísima que le había permitido ser un blade runner.

En la pantalla del monitor, la imagen de Bryant no parecía haberle oído. La imagen seguía hablando, como si Bryant hubiera empezado a hundirse en algún ensueño privado.

«Ese no es Bryant.» Deckard lo supo de repente, y comprendió que le habían hecho hablar con una falsificación. El sudor de sus brazos se enfrió debajo de las mangas negras del uniforme. Su antiguo jefe no estaba en una cámara de cuarentena en alguna enfermería. La imagen de la pantalla del monitor era un persinto, un fisiognómeno generado mediante ordenador a partir de los centenares de horas de cintas grabadas por las cámaras de vigilancia del despacho. Un generador de respuestas en tiempo real acoplado a un protocolo de escenarios bifurcados había estado introduciendo las palabras en la voz obtenida a partir de las muestras de datos vocales de Bryant. Ese tipo de trampa indicaba un consumo de recursos que sólo sería posible en un caso de alta prioridad, porque crear una de esas falsas personas y hacer que operase sin un lapso de procesamiento detectable requería un soporte informático del orden de los mega-crays.

Un error los había delatado y había hecho que Deckard comprendiese lo que estaba ocurriendo. «Bryant nunca hubiese dicho eso...» Deckard había oído hablar al inspector el número de veces suficiente para estar familiarizado con su grosero vocabulario..., especialmente cuando había estado bebiendo, lo cual era casi siempre. Cada vez que Bryant empezaba a maldecir a los replicantes, en vez de limitarse a proporcionar la información de seguimiento necesaria a algún miembro de su unidad, siempre usaba la palabra «pellejudo», un término inventado por él que se había convertido en su insulto favorito. Fuera quien fuese la persona que había



introducido el fisiognómeno en la pantalla del monitor, se había olvidado de anular el protocolo de corrección política programado en los ordenadores principales del departamento de policía, ese circuito fiscalizador del lenguaje que impedía que los portavoces de la policía de Los Ángeles hicieran públicas, sin darse cuenta, algunas de sus meteduras de pata menos atractivas en el terreno de las relaciones públicas. A los ciudadanos que pagaban impuestos no les molestaba en lo más mínimo tener una fuerza policial salvajemente prehistórica siempre que sus integrantes hablaran de una manera afable y educada.

Todo el análisis pasó por la cabeza de Deckard en menos de un segundo. «Están intentando averiguar qué es lo que sé», pensó. Por eso habían permitido que la trampa siguiera funcionando sin caer inmediatamente sobre él: las autoridades del departamento que habían organizado la operación esperaban sacarle alguna clase de información mientras se iba empapando de licor y recordaba los viejos tiempos con la simulación en vídeo de Bryant, dejándose adormilar por una falsa sensación de seguridad. «Ahora mismo me estarán observando...» Eso quería decir que tal vez hubieran captado su reacción involuntaria, la brusca elevación de su cabeza y el envaramiento de su columna vertebral, indicadores de que acababa de darse cuenta de que algo andaba mal. Lo cual significaba...

Su mirada se volvió velozmente hacia un lado. A través de las persianas que cubrían las ventanas del despacho, Deckard vio que una amplia franja del suelo de la planta baja de la comisaría había quedado vacía de repente. Una docena de agentes de élite de la policía de Los Ángeles, con las armas desenfundadas, corrían hacia él, y ya estaban a sólo unos segundos y unas zancadas de distancia.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —La imagen sintetizada del inspector Bryant puso cara de perplejidad mientras Deckard se levantaba de un salto—. ¿Qué te ocurre, amigo...?

Los papeles se dispersaron en un revoloteo blanco cuando Deckard agarró la parte superior del pesado archivador y lo volcó, haciéndolo caer con un estrépito de madera que se astillaba. Justo a tiempo, porque el primer agente de la unidad de élite golpeó la puerta con un hombro blindado en ese mismo instante. El impacto del canto de la puerta con la barricada improvisada hizo que el policía saliera despedido hacia atrás y chocara con los que le seguían.

Deckard oyó los gritos y maldiciones de los agentes de las fuerzas de élite mientras saltaba por encima del escritorio, derribando el monitor y su trípode y lanzándolos a un lado. La imagen sintetizada de Bryant desapareció para ser sustituida por una explosión de estática a la que siguió un chorro de intensa claridad que se esparció por el suelo. Ese resplandor azul le permitió tener un atisbo de lo que le había ocurrido al verdadero Bryant: una amorfa isla de sangre, que se había ido secando hasta convertirse en una mancha oscura, cubría el suelo detrás del escritorio.



Deckard se incorporó sobre las manos y las rodillas, apartándose de la prueba de la muerte de Bryant, mientras las ventanas que cubrían todo un lado del despacho estallaban en una erupción de disparos y relucientes trozos de cristal, con las persianas aleteando como alas cubiertas de plumaje metálico y desprendiéndose de sus monturas cuando una lluvia horizontal de balas se desparramó sobre la pared de enfrente. El contenido del despacho —la hilera de archivadores coronados por viejos ventiladores de palas en forma de lágrima, cubetas clasificadoras llenas de papeles amarillentos y carpetas de esquinas medio dobladas, la lámpara de escritorio adornada con instantáneas de las expediciones de caza mayor del padre de Bryant— se convirtió en una nube de fragmentos de bordes afilados, con los trozos más pequeños retorciéndose en el vórtice creado por la superposición de las trayectorias de las balas.

El ruido ensordecedor cubrió sus acciones. Deckard levantó por encima de su cabeza la silla sobre la que habían instalado el trípode del vídeo y la lanzó hacia la única ventana intacta que daba al cavernoso interior de la comisaría. Las astillas de cristal salieron disparadas hacia el exterior, y la silla quedó atrapada en los cordones de la persiana durante un momento para acabar soltándose y arrastrar las tablillas metálicas al suelo. Deckard la siguió, manteniéndose agachado bajo el incesante tiroteo y propulsándose con un potente empujón sobre el extremo inferior erizado de cristales de la ventana. Sus hombros aterrizaron sobre los trozos de cristal, y Deckard rodó hasta quedar acostado sobre la espalda y sacó el arma de la pistolera del uniforme con las dos manos.

—¡Ahí está! —gritó uno de los agentes por encima del estrépito, señalando con un dedo.

El disparo de Deckard le dio en el pecho, impulsándolo hacia atrás con los brazos extendidos contra los otros agentes que habían ocupado posiciones a un par de metros de la puerta del despacho. Un estallido de ráfagas de los rifles de asalto aró el suelo mientras Deckard giraba sobre sí mismo y se erguía, con el arma apuntada y otra bala saliendo del cañón.

Oyó que el rifle caía al suelo, pero no se detuvo a mirar por encima de su hombro mientras se apresuraba a levantarse. La escalera de caracol que llevaba a los niveles del sótano se encontraba a escasos metros de distancia, con los tubos fluorescentes desprovistos de monturas proyectando una iluminación enfermiza que rebotaba en las baldosas blancas llenas de grietas. Deckard echó a correr hacia la arcada.

Más disparos resonaron a su espalda, pero ya había llegado a la escalera. Se agarró a la oxidada barandilla metálica y la usó para impulsarse hacia la pared, asomándose lo suficiente para hacer retroceder a sus perseguidores con otro par de disparos. Después giró sobre sus talones y echó a correr, bajando los peldaños de tres en tres



en una caída apenas controlada hacia los abismos que se agazapaban debajo de la comisaría de policía.



## 8

Isidore alzó la mirada hacia la figura inmóvil en el umbral.

—¿Qué o-ocurre?

El agente de seguridad de la Corporación Tyrell entró en el despacho de Isidore. Era tan enorme, en su uniforme gris con la tira del nombre sobre el pecho, que parecía ocupar por lo menos la mitad del espacio disponible, y el corte de pelo militar de su cabeza casi rozaba el techo. Andersson miró a su alrededor, como si estuviera viendo los recortes y calendarios viejos de las paredes por primera vez.

—Oh... Nada demasiado serio. —El agente se volvió hacia el propietario del Hospital Veterinario Van Nuys y clavó en él una mirada muerta y totalmente desprovista de emociones—. Es sólo que tenía que hablar un rato con usted para decirle que va a haber algunos cambios.

—¿De ve-veras? —El gato, su favorito, el que no tenía piel o carne para ocultar sus huesos mecánicos, entró por la puerta abierta y subió de un salto al escritorio—. ¿Como cu-cuáles?

Isidore cogió el gato y lo sostuvo junto a su pecho. Acarició su cabeza de acero desprovista de pelaje, y como respuesta obtuvo el sordo palpitar de un ronroneo.

—Bueno, ya no voy a seguir trabajando aquí. Tengo otras cosas que hacer.

—Comprendo. —Isidore asintió muy despacio—. Es su pre-pre-prerrogativa. Después de todo, en realidad nunca tra-trabajó para mí. Siempre estuvo trabajando para ella. —Contempló cómo su mano rascaba detrás del punto en el que habría estado la oreja del gato mecánico, si éste hubiera tenido una oreja—. Supongo que tendré que re-reevaluar la si-si-situación y averiguar qué necesita re-realmente el hospital para mascotas. He de saberlo pa-para hacer los a-arreglos pertinentes.

—No tiene por qué hacerlo. —Andersson le contempló casi con ternura—. Ya se han hecho todos los arreglos necesarios.



—Oh. —Isidore sabía qué significaba eso, y se vio confirmado en su conocimiento cuando Andersson metió la mano en la chaqueta de su uniforme oscuro. Sabía qué habría en su mano incluso antes de que lo viese—. Ya me i-i-imaginaba que esto iba a ocurrir. Casi se podría de-decir que lo estaba es-esperando.

—La verdad es que más bien lo lamento. —Andersson contempló el peso negro del arma que sostenía en la mano—. Nunca me molestó tener que ayudarle, pero... Ya sabe cómo son las cosas.

—Claro. —Isidore sentía pena por él—. Lo entiendo. —Se levantó del escritorio, echando la silla hacia atrás sin dejar de sostener el gato junto a su pecho—. ¿Le importaría que saliera de a-aquí? —Señaló la puerta del despacho con una inclinación de la cabeza—. Querría ir adónde están los animales... Preferiría estar a-ahí fuera cuando... cuando lo ha-haga.

—Claro. No hay problema.

Un instante después estaba en el pasillo central del hospital para mascotas, contemplando las hileras de jaulas y perreras y escuchando los ladridos y ruidos más tenues que saludaban su presencia. Se había estado preguntando si, cuando llegara aquel momento, sería capaz de percibir la diferencia entre los animales reales y los falsos. Sintiendo un gran alivio, descubrió que todavía no podía hacerlo.

El gato mecánico que tenía en brazos maulló quejumbrosamente y restregó su frío hocico contra su mentón. «Pobre criatura...» Sabía que algo andaba mal, que iba a ocurrir algo.

—Ahora tienes que marcharte, pequeño. —Isidore se inclinó para dejar al gato en el suelo—. No quiero que sufras ningún daño.

En vez de irse, el gato siguió presionando su cuerpo de acero y plástico contra sus tobillos.

—Estoy preparado —anunció Isidore.

No miró hacia atrás, aunque pudo sentir la perturbación infinitesimal en la atmósfera estancada del pasillo cuando Andersson alzó el arma.

Y entonces voló. Eso fue justo lo que sintió, incluso en el instante en que un golpe tan colosal que ni siquiera resultaba doloroso era descargado entre sus omóplatos. Mientras yacía entre las hileras de jaulas de alambre, lanzado allí por el impacto de la bala, siguió sintiéndose suspendido, atrapado en un movimiento infinito. El concreto sobre el que reposaban los dedos extendidos de sus manos era tan suave como una masa de nubecillas. Pero estaba frío.

«Esto debe de ser lo que se siente cuando...» Isidore apenas podía oír sus propios pensamientos. Sabía que ya estaba muerto y que simplemente habitaba los últimos



segundos de consciencia, porque otros sonidos estaban llegando hasta él, desde muy lejos, desde la derecha y justo al lado de donde yacía.

Todas las puertas de las jaulas y las perreras se abrieron en el mismo instante después de que sus pestillos fueran activados por la señal del diminuto artefacto que Isidore había implantado junto a su corazón. Ya hacía mucho tiempo que sabía que aquel momento acabaría llegando.

Cualquier criatura humana que estuviera dentro del Hospital Veterinario Van Nuys tendría que resolver sus propios problemas. Las criaturas no humanas, tanto las reales como las falsas, ladrando o gimiendo o emitiendo sus estridentes chillidos, corrieron hacia las puertas exteriores y las ventanas, que también se habían abierto.

Isidore todavía consiguió imaginar un revoloteo multicolor de loros que giraban sobre las calles atestadas, y al galgo de patas de acero y a los terriers dejando atrás los vehículos atascados en el tráfico...

Ciego, sintió como desde muy lejos que algunos animales se restregaban contra su rostro, y que el gato mecánico se subía a su mentón y se encogía, alejándose de los bordes desgarrados de la herida de salida.

—No pasa nada —murmuró. Intentó levantar la mano, pero no pudo—. No os preocupéis... por mí...

Los animales empezaron a chillar antes de que Isidore hubiera acabado de morir, y siguieron chillando después.

—Esto..., esto es magnífico. —La sensación de felicidad se fue extendiendo por todo el cuerpo de Holden, como si el corazón biomecánico implantado dentro de su pecho hubiera acelerado sus latidos hasta un ritmo más eufórico. La sonrisa volvió a su cara mientras contemplaba la pantalla del monitor y los datos que Batty había vuelto a

hacer aparecer en ella. Las palabras y los números se agruparon como si tuvieran vida propia, formando un mensaje personal dirigido a él —B. ¿Sabes que significa esto? Significa que no la cagué con Kowalski. Me tendieron una trampa, y me metí en una operación de asesinato cuidadosamente calculada. No había ninguna forma de que pudiera evitar que ese replicante me pegara un tiro. La única persona del mundo en la que confiaba, el tipo cuyo trabajo consistía en cuidar de mí y que tenía que cubrirme el trasero, me traicionó. —Holden puso la palma sobre la pantalla, como si quisiera absorber el calor de aquella bendición en forma de radiaciones—. No puedo explicarte lo bien que me hace sentir esto.



—*Mazel tov*<sup>1</sup> —Batty se encogió de hombros—. Bueno, de todas maneras me alegro por ti. Pero deberías recordar que todavía no has conseguido salir de la selva. Mientras estabas fuera de combate en una cama de hospital con una cañería introduciendo fármacos en tus venas, nadie tenía que preocuparse por ti aunque no hubieran terminado el trabajo. Puede que Bryant ordenara que te conectaran al equipo de apoyo vital meramente porque tiene una veta sentimental. O quizá le habría gustado acabar contigo pero no podía hacerlo..., o por lo menos todavía no. No mientras estuvieras tumbado en un hospital lleno de médicos y enfermeras a las que les encanta mantener en funcionamiento todas esas maquinillas tuyas. Pero cuando se enteren de que te has levantado de la cama y puedes caminar, el contrato a tu nombre volverá a ser efectivo. Especialmente teniendo en cuenta que pueden estar seguros de que alguien como yo te ha puesto al corriente de todas las cosas que no querían que supieras.

—Cuando se enteren... —Presionó la pantalla, como si pudiera hacer añicos el cristal para meter los dedos en el monitor y extraer la información que necesitaba—. ¿Quiénes, Batty? ¿Quién está metido en esto aparte de Bryant?

—Buena pregunta. Si consigues responder a ella tal vez tengas una posibilidad de sobrevivir. La gran pregunta es hasta dónde llega esta conspiración. Bryant no se ha inventado todo este embrollo él solito, desde luego. ¿Cuántos niveles de la jerarquía policial están involucrados por encima de él? ¿Y si la conspiración contra los blade runners llega todavía más lejos, como por ejemplo hasta el aparato decisorio de las Naciones Unidas? Puede que los departamentos administrativos de las colonias espaciales estén metidos en ella: después de todo, son los candidatos más probables al puesto de organizadores de la fuga que trajo a los replicantes hasta la Tierra. Lo único de lo que realmente puedes estar seguro es de que a alguien muy poderoso no le gustan los blade runners.

—Increíble. —Holden meneó la cabeza. La súbita descarga de alegría que acababa de sentir ya se estaba esfumando. Los agujeros en los que hubieran tenido que encajar las piezas del rompecabezas que faltaban se fueron llenando de oscuridad—. ¿Y por qué iban a hacer algo semejante? Solo estábamos haciendo nuestro trabajo... ¿Por qué iban a tratar de matarnos?

—La respuesta podría ser por cualquiera entre un millón de razones, amigo. El hecho de que seas capaz de perder el tiempo pensando en el porqué sólo demuestra lo inocente que eres. No has tratado con la gente que ha llegado a la cumbre de la manera en que lo he hecho yo. —Una nube de amargura se extendió sobre la voz y la expresión de Batty—. Son unos bastardos, eso es lo que son... Los tipos insignificantes como tú y como yo no les importamos en lo más mínimo. Para ellos

---

1 «Buena suerte» en yiddish. (N. del T.)



todo lleva encima el signo del dólar. Si quieren recortar su presupuesto, lo hacen recortándolo de tu pellejo.

Los últimos vestigios de aquella sensación de felicidad, del saber por fin que no había tenido la culpa de lo que le ocurrió, fueron desapareciendo lentamente del alma de Holden. Otra emoción la sustituyó mientras estudiaba en silencio al hombre que permanecía inmóvil junto a él. Por fin le había llegado el turno de sentir compasión. Podía ver con más claridad las arrugas que surcaban el rostro de Batty, tanto los surcos realmente profundos como la red más fina tendida sobre aquella piel envejecida. Mejillas hundidas, ojos agazapados en el violeta oscuro de sus cuencas... Era como si aquel hombre estuviera siendo visiblemente reclamado por el tiempo bajo la claridad azulada del monitor, como si todas las décadas de su vida estuvieran cayendo repentinamente sobre él. «Tiene razón —pensó Holden—. Lleva mucho tiempo haciendo esto...»

—No lo dejaste por voluntad propia, ¿verdad? —Se preguntó cuántos años tendría exactamente aquel tipo—. Ni la Corporación Tyrell ni los sitios anteriores... Te despidieron. Te enviaron a pastar en las praderas.

Batty le lanzó una mirada llena de ferocidad.

—Sí, claro... Bueno, quizá ahora estás descubriendo lo que se siente. —Un malhumor casi infantil se retorció en su voz—. Puede que Bryant accediera a tomar parte en la conspiración para librarse de vosotros meramente porque quería dejar entrar un poco de sangre nueva. Quería sustituiros a todos, maldita pandilla de chiflados cuyas mentes habían acabado quedando deformadas por la Curva... Unos consoladores inservibles, eso es lo que erais.

—La Curva nunca fue un problema para mí. —Holden hizo que su mirada se endureciese—. En cuanto he explorado el territorio, puedo cuidar de mí mismo.

—No tienes ni idea, chico. Voy a decirte una cosa: tu culo estaba condenado a pegarse el gran tortazo, y ahora crees ser una enciclopedia ambulante. —La sonrisa malévola volvió a aparecer—. Están ocurriendo cosas que... Bueno, existen niveles enteros de conspiración con los que todavía no he empezado a torturar tu pobre cabecita.

Holden ya se había dado cuenta hacía algún tiempo de que Batty obtenía una excitación casi sexual de todo el concepto de conspiración.

—¿Como por ejemplo?

—Bryant os estaba mintiendo desde el principio. Primero te tocó a ti y luego le llegó el turno a Deckard, ¿entiendes? Cuando os envió a cazar a esa remesa de replicantes os mintió. —Una expresión de astuta satisfacción iluminó el rostro de



Batty—. Había un replicante huido más, un sexto replicante del que no os dijo absolutamente nada.

—Eso no tiene ningún sentido. —Otro recuerdo, de cuando estaba en el hospital. Bryant le había dicho que ya se habían ocupado de todos los fugitivos, y que los cinco replicantes habían sido retirados. Holden meneó la cabeza—. ¿Qué razón podía tener Bryant para querer proteger a un replicante?

—Ah. Ahí está el misterio, desde luego. —El rostro de Batty mostraba lo mucho que volvía a disfrutar de todo aquel proceso—. Cuando combinas eso con la suposición de que estaba involucrado en una conspiración para librarse de los blade runners... Hace que empieces a formularte ciertas preguntas, ¿verdad? Como por ejemplo la de en qué bando estaba Bryant...

Holden guardó silencio, pensando en todo lo que le había dicho Batty y tratando de encajar todos aquellos fragmentos y piezas sueltas.

—Un sexto replicante... —Habló en voz alta. Algo se estaba agitando dentro de su ser, y no tenía nada que ver con el inquieto discurrir de los pensamientos que acechaban en su mente—. El número seis. —El viejo instinto del blade runner, el deseo que había vuelto a cobrar vida cada vez que Bryant le asignaba una misión, el ansia de cazar, de seguir la pista y localizar a la presa..., y de retirarla después. Holden nunca había llegado a entender por qué llorones como Deckard y otros blade runners de la unidad siempre se estaban quejando de su trabajo. Para él, su trabajo siempre había sido su única razón para existir. Como había dicho aquel artista del funambulismo hacía ya tanto tiempo, todo lo demás se reducía a esperar—. Uno más que cazar...

—Tómalo con calma, ¿eh? —dijo Batty—. Ya sé que basta con que pienses en eso para que quieras iniciar la cacería, pero todavía tendrás que ir muy despacito durante algún tiempo. Ese implante de pulmones-y-corazón artificial aún se está acostumbrando a tu organismo.

Pero a Holden eso le daba igual. Sabía que liquidar al sexto replicante resolvería un montón de cosas. «Por ejemplo —pensó con sombría satisfacción—, demostrará que sigo siendo el mejor.» Bryant, aquel gordo bastardo mentiroso, le había tendido una trampa. Esa había sido la única forma que los enigmáticos organizadores de la conspiración antiblade runners encontraron para acabar con él. Todavía le enfurecía imaginarse lo que habrían pensado los otros agentes cuando se enteraron de que estaba yaciendo en su cama de hospital, una flácida bolsita de fluidos conectada a bombas y aireadores, y cómo se habrían compadecido de él. Por fin tenía una ocasión de demostrarles con quién estaban tratando.

Y además, parecía lógico pensar que tenía que haber algo especial en el único replicante que seguía con vida. Si no, ¿qué razón podía tener Bryant para permitir



que los otros fueran cazados y retirados mientras ocultaba la existencia del número seis? «Cuando encuentre a ese replicante —y Holden ya sabía que lo encontraría—, tendré que asegurarme de que no lo retiro demasiado pronto.» Antes de acabar con él, Holden le arrancaría hasta la última migaja de información sobre la conspiración. La clave que le permitiría entender por qué Bryant y los «otros», aquellos misteriosos desconocidos, habían tratado de matarle —el resto de los blade runners le importaban un comino, porque aquello era algo personal— se estaba paseando por Los Ángeles en aquel mismo instante, haciéndose pasar por un ser humano y luciendo una cara que podía ser la de cualquier persona.

—No va a ser fácil.

Holden asintió lentamente mientras lo iba disponiendo todo pulcra y eficientemente dentro de su cabeza. Sabía que tendría que ir con mucho cuidado, y que debería operar de una manera lo más discreta posible. Los conspiradores tenían que saber que se lo habían llevado del hospital por la fuerza, y Batty había convertido el rescate en un circo de tal calibre que no tendrían ninguna duda de que estaba manteniendo algún tipo de relación con él. «Es un tipo impredecible», pensó. Aquella sonrisa de chiflado y los ojos de loco le hicieron preguntarse hasta qué punto podía confiar en Batty, y si tendría que encontrar alguna forma de librarse de él.

Y de repente se sintió muy cansado, con una oleada de fatiga lo suficientemente profunda y poderosa para doblarle las rodillas. Tuvo que apoyarse en la hilera de monitores y demás equipo electrónico para no caer.

—¿Ves? Te lo había dicho. —La voz de Batty llegó desde algún lugar cerca de él—. Tendrás que tomarte las cosas con mucha calma durante una temporada. Aún tardarás bastante tiempo en recuperar tu antigua velocidad operativa..., eso suponiendo que la recuperes.

—Olvídalo. —Holden consiguió reunir la fuerza de voluntad suficiente para mantenerse erguido—. No te preocupes por mí. No voy a permitir que un implante biomecánico de corazón y pulmones me deje atado de pies y manos. —Dejó escapar una aspera carcajada—. Eh, se me acaba de ocurrir que... —Voltió su propia sonrisa hacia Batty—. Teniendo en cuenta todo lo que esos médicos amigos tuyos me han metido dentro, ya no soy humano. Menuda idea, ¿eh?

—¿Ya no eres un ser humano? —Batty le miró fijamente—. ¿Qué se supone que significa eso?

—¿No lo entiendes? —Quizá aquel tipo era tan viejo que estaba empezando a hundirse en la senilidad, y quizá ésa era la razón por la que Tyrell le había despedido—. Verás, dado que mi nuevo corazón y mis nuevos pulmones son unas máquinas...

—Pobre hijo de perra. Eres tú quien no lo entiende. —Batty meneó la cabeza—. Creía que lo sabías. Por eso me hizo tanta gracia que pensaras que yo era un replicante.

Holden sintió cómo un escalofrío estrujaba sus vértebras e iba subiendo lentamente por ellas, saltando de una a otra.

—¿De qué estás hablando?

—Nunca fuiste humano, Holden. —La sonrisa, la mirada compasiva—. Aquí sólo hay un replicante, y eres tú. Siempre has sido un replicante.



## 9

De acuerdo, de acuerdo. Bueno, ahora por fin estoy seguro de que todo lo que me estás diciendo es pura fantasía. —Holden se sentía tan cansado como hart—. Me dijiste que una parte de tu cerebro funcionaba al revés de como funciona el del resto de la gente, y te creí. Tienes un sentido del humor que sólo puede surgir de un par de lóbulos estropeados.

—No son fantasías. —Batty cruzó los brazos sobre el pecho. En el espacio delimitado por las paredes de acero corrugado del cobertizo, la claridad del monitor teñía su cabellera incolora con un gélido tono azulado—. No te estoy engañando. ¿Por qué iba a hacerlo, y menos tratándose de algo semejante? Confía en mí. Eres un replicante.

—Que confíe en ti... Sí, claro. —Holden pensaba que o le estaba tomando el pelo o realmente estaba tan loco como indicaban su frecuente sonrisa y extrañas expresiones—. ¿Por qué no te das por vencido, Batty? No sé qué demonios crees estar consiguiendo con todos estos jueguecitos tuyos, pero te aseguro que no me voy a tragar ni una sola mentira más.

—Oh, chico... Pero si la diversión ni siquiera ha empezado todavía. Volvamos a la unidad médica. —Alargó la mano, apagó el monitor y, entre la oscuridad, fue hacia el borroso rectángulo de la puerta y la noche estrellada que relucía al otro lado del umbral—. Quieres pruebas, ¿eh? No te estoy engañando, así que ven conmigo. Tengo algo más que enseñarte.

El médico sin afeitar les estaba esperando delante del edificio, y tenía el mismo aspecto que cuando entró la camilla de Holden en la sala de operaciones. Holden no tenía ninguna forma de saber si alguna de las manchas de la bata blanca había sido causada por su sangre. El cálido aire nocturno había dibujado cuartos crecientes de sudor debajo de los brazos del hombre.

—Eh, ¿puedo cogerte uno de éstos? —El médico no esperó a que le dieran permiso, y sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo del pecho de Holden—. Gracias.



—Arrojó la cerilla a lo lejos, un cometa en miniatura, inhaló y tosió—. No deberías estar dando tantos paseos, ¿sabes? —Se frotó los ojos llorosos con la misma mano y usó el cigarrillo para señalar a Holden—. Todavía no ha pasado tanto tiempo desde que te metí todo ese equipo dentro. —Miró a Batty—. Si continuas agotando a este tipo y consigues que se le reviente una sutura, luego tendremos que sudar sangre para reparar los daños.

—No te preocupes por él. Es uno de esos terribles blade runners que tienen tan asustado a todo el mundo. —Batty extendió la mano con la palma vuelta hacia arriba—. Dame las llaves de la nevera. Ya sabes, la granja de las losas...

El médico se rascó los pelos del mentón y rebuscó en los bolsillos de su bata blanca hasta que encontró un anillo de llaves.

—Quiero que me las devuelvas en cuanto hayas acabado. No quiero volver a encontrarme más mecánicos intentando echar la siesta ahí dentro, ¿entendido? Me da igual el calor que haga o deje de hacer. Ya tengo bastantes problemas para mantener ese sitio a cero grados sin que...

—Eh, relájate. Sólo estaremos allí unos momentos. —Batty hizo girar las llaves alrededor de un dedo—. Vamos, Sr. Escéptico. Prepárate para quedar patidifuso.

Holden siguió a Batty al interior del edificio primero y a su parte trasera después.

El corredor flanqueado por puertas estaba lleno de camillas y sillas de ruedas abandonadas, nidos de catéteres y bragueros para herniados, un Lourdes sin muletas. Holden vio el maletín negro que había llevado adherido al pecho. Alguien lo había tirado encima de un espantapájaros derrumbado formado por un montón de palos de gotero de metal cromado.

—Aquí dentro. —Batty metió la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la última puerta—. Todas las pruebas que puedas llegar a querer, amigo... —La habitación exhaló una ráfaga de aire frío—. Por lo menos en este mundo.

—Estupendo —dijo Holden mientras miraba a su alrededor—. Un depósito de cadáveres. —Había estado en bastantes durante su época de blade runner. Aquél no era de los mejor atendidos que hubiese visto, y la condensación había ido depositando dagas de hielo sobre las hileras de cajones metálicos que formaban una pared—. ¿Esto es lo que quieres enseñarme?

Batty fue hacia la única mesa, que estaba justo debajo del fluorescente suspendido del techo.

—No sabría explicar por qué, pero tuve el presentimiento de que esto podía acabar siéndome muy útil. Por suerte se me ocurrió pedirles que lo guardasen. —

Agarró una esquina de la sábana y tiró de ella, revelando una parte de la mesa—. Écha un vistazo.



Holden fue hasta el canto cromado de la mesa y bajó la mirada.

Y se vio a sí mismo.  
No era un espejo. Los ojos estaban cerrados. Era como si estuviese dormido, tan profundamente sumido en el sueño que no había aliento para levantar el pecho inmóvil debajo de la sábana. No había cicatrices. Aquel cuerpo no había recibido ninguna bala en el esternón. «No me extraña que tenga un aspecto tan apacible», pensó.

—Un parecido realmente admirable, ¿eh? —Batty asintió, las manos en las caderas, mientras admiraba el cadáver que yacía sobre la mesa—. Esos tipos de la Tyrell son una pandilla de bastardos, claro, pero hay que admitir que saben cómo crear una cadena de montaje. Han reducido las tolerancias al tamaño del prepucio de un mosquito. Probablemente no hay ni una peca de diferencia entre tú y este pequeño, o cualquiera de los otros ejemplares de este modelo. Todos sois idénticos. Con algunas... variaciones menores, claro.

Holden fue bajando la yema de un dedo hasta tocar la frente del cadáver. La frialdad de una carne, una carne que era idéntica a la suya, subió cosquilleando por su brazo como una pequeña descarga eléctrica.

—¿Quién...? —El olor del depósito de cadáveres, la suspensión refrigerada de la podredumbre, flotaba pesadamente en su boca—. ¿Quién es?

—Eh, eh. ¿Quién parece ser? Quizá sea ese gemelo del que tu madre se olvidó de hablarte. La pobre tuvo un despiste y se le olvidó, ¿verdad? —La mirada llena de diversión de Batty se clavó en él, esperando una reacción—. ¿No resulta obvio? Es otro replicante David Holden, como tú. Me asombra que no te hayas tropezado con uno anteriormente. Tal vez no fuese el modelo más popular fabricado por la Corporación Tyrell a lo largo de su historia, pero aun así sigue habiendo unos cuantos ahí fuera.

Holden apartó la mano y se restregó la yema del dedo con la pechera de su chaqueta, como si quisiera eliminar de ella algún residuo de su propia muerte. La conmoción inicial de ver su rostro unido a un cuerpo muerto sobre la mesa de un depósito de cadáveres ya se había disipado, y Holden por fin fue capaz de contemplarlo con una cierta repugnancia.

—¿De dónde ha salido esta cosa?

—Vaya, no cabe duda de que tus expresiones de simpatía familiar brillan por su ausencia..., especialmente tratándose de alguien que salió de la misma fábrica que tú.  
—Batty extendió las manos sobre el cadáver que tenía el rostro de Holden, como en un gesto de bendición—. «Esta cosa», por usar tus mismas palabras, salió originalmente de la Corporación Tyrell..., igual que tú. Ahí es donde murió, también.



El polvo al polvo, la carne a la carne. Pero entre el punto del principio y el punto del final tuvo tiempo de ir muy, muy lejos..., a las colonias espaciales para ser exactos. Este replicante Dave Holden formaba parte del grupo de seis que escaparon y volvieron a la Tierra, a Los Ángeles y a Tyrell. Sí, ese grupo que Bryant, tu jefe, te dijo debías localizar y retirar... Pero éste ya estaba muerto cuando Bryant te encargó la misión. Éste es el replicante que acabó asándose dentro de uno de los campos eléctricos de los sistemas de seguridad de la Corporación Tyrell cuando intentaron entrar en sus cuarteles generales. —Batty levantó un poco más la esquina de la sábana—. Hay unas cuantas quemaduras en el abdomen. ¿Quieres echarles un vistazo?

—No, está bien. Aceptaré tu palabra al respecto. —Que el replicante hubiera muerto de una manera relativamente rápida e indolora hizo que Holden se sintiera extrañamente aliviado. El tipo de sistemas de seguridad que usaban en sitios como la Corporación Tyrell poseía capacidades de interrupción neural, y dejaba inconscientes a los intrusos antes de matarlos. Era mejor así, desde luego. Pensar en aquella cara, idéntica a la suya, recibiendo el impacto de la bala de un blade runner en la frente, tampoco tenía nada de agradable. Empezó a darse la vuelta—. Ya he visto suficiente.

—Pues la verdad es que yo creo que no. —Batty acabó de apartar la sábana de la mesa—. Míralo un poco más de cerca.

Holden miró por encima de su hombro..., y estuvo a punto de caerse, y la sorpresa generó una especie de hipo en su nuevo corazón.

El cadáver de la mesa tenía pechos —pequeños, los pechos de una atleta, pero no había forma de negar su existencia— y, más abajo, había unos genitales de mujer.

—Estupendo —masculló Holden, que ya había recobrado una parte de su compostura—. Crean un doble mío, y va y se convierte en un transexual.

—No exactamente. —Batty volvió a extender la sábana sobre la mesa, como si estuviera respetando el pudor de la muerta—. Fue creada de esa manera. Era otro replicante Dave Holden, como tú, pero con una pequeña diferencia: la selección cromosómica fue llevada a cabo buscando una hembra en vez de un varón. La Corporación Tyrell puede hacerlo. No resulta demasiado difícil.

Holden no estaba muy seguro de qué debía pensar.

—¿Cómo se llamaba?

—Supongo que su nombre empezaba por D. ¿Deirdre? Danielle, quizá. Los laboratorios de diseño de la Corporación Tyrell no andan muy sobrados de imaginación. Y Holden, por supuesto: siempre le ponen el mismo apellido a todas las unidades de un modelo determinado. Igual que hicieron con los replicantes Roy Batty, claro...



En realidad el nombre de la cosa le importaba muy poco a Holden. Había hecho esa pregunta meramente para ganar un poco de tiempo durante el que pensar mientras contemplaba el cadáver, tiempo para asimilar las pruebas físicas —no había muchas cosas que pudieran ser más reales que un cadáver— y lo que aquel chiflado de Batty le repetía una y otra vez. Eso era considerablemente menos fiable, desde luego. Alguien te salva la vida y te regala un corazón y unos pulmones totalmente nuevos, y luego ya cree que puede hacerte tragar cualquier historia. Holden no iba a tragarse aquélla, o por lo menos no sin oponer un poco de resistencia antes.

—Muy bien —dijo—. Tienes a un replicante muerto encima de esta mesa, y obviamente es un replicante Dave Holden. La versión femenina, por lo menos... Pero eso no significa que yo sea un replicante. Yo podría ser el moldeante humano usado para este modelo.

—Oh, ¿sí? —Batty enarcó una ceja—. ¿Recuerdas haber recibido algún cheque de la Corporación Tyrell en concepto de derechos últimamente? Si basaron un modelo de replicante en tu persona, se supone que han de pagarte por ello.

—De acuerdo, así que me han estafado. Cristo, prefiero creer eso a..., a lo que estás intentando convencerme de que debo creer. Me niego a creer que no soy un ser humano. Eh, tú eres uno de los que más han estado hablando de lo condenadamente bastardos que pueden llegar a ser esos tipos de la Corporación Tyrell. Y ahora descubro que me deben dinero, ¿no? Perfecto, pues ya iré a verles algún día y cobraré lo que me deben.

Volvió abajar la mirada hacia el cadáver y después la alzó nuevamente hacia Batty.

—Y además, ¿qué sentido tendría? Soy un replicante, ¿y me introducen en la unidad que se dedica a cazar replicantes huidos? Y no me vengas con eso de que se necesita un gato muy especial para cazar a una rata muy especial. Entonces tendrías a un blade runner replicante que pasaría mucho tiempo en compañía de blade runners humanos, ¿no? Bien, ¿piensas que no acabarían descubriendo que su compañero era un replicante? Aún suponiendo que no me hubieran en cargado la misión de localizar a un replicante Dave Holden huido, se la habrían encargado a otro blade runner. Entonces ese blade runner o me habría informado de que soy un replicante, o habría vuelto a la comisaría de policía y me habría volado la cabeza. En cualquiera de los dos casos, lo que ha estado ocurriendo no habría seguido siendo un secreto durante mucho tiempo.

—Ah, chico... —Batty suspiró—. Tu gran problema es que te encanta construir castillos en el aire. Te lanzas a creer cosas que no se ha demostrado que sean ciertas.

—¿Como cuáles?



—Como que existen blade runners humanos.

Eso le cerró la boca durante unos momentos. Holden no se había esperado aquella clase de respuesta. Cuando volvió a hablar, una ira apenas controlada le salió su voz.

—Yo no tengo ningún problema, Batty, pero tú sí lo tienes. Estás loco. Muestras todos los procesos mentales clásicos de un esquizofrénico paranoide.

—Por favor... —Una mueca de disgusto ensombreció el rostro de Batty—. Esto es lo que consigo por ser un buen chico y tratar de ayudar a la gente: consejos médicos de un aficionado, ¿eh? Me da igual que quieras creértelo o que prefieras no hacerlo. Pero la verdad es que todos los blade runners han sido replicantes desde el primer día. Incluso antes de que estuvieran fabricando replicantes en Estados Unidos, en aquellos tiempos en que la industria tenía su sede en Stuttgart, los investigadores que desarrollaron toda la tecnología de los replicantes —gente como Paul Derain, y Sudermann y Grozzi, esos tipos a los que Eldon Tyrell acabó copiando y arruinando— ya sabían que estaban tratando con una mercancía muy peligrosa e introdujeron las primeras garantías de seguridad.

Holden tuvo que admitir que Batty conocía sus asignaturas. Aquellos nombres pertenecían a la historia antigua de la manufacturación de replicantes.

—Desde que empezaron a operar —siguió diciendo Batty—, todas esas empresas dispusieron de replicantes cuya única función era evitar que otros replicantes escaparan e intentasen hacerse pasar por humanos. De ahí procede el nombre «blade runner»: originalmente esos replicantes de las unidades de vigilancia y represión eran conocidos como *Bleibruhigers*. En alemán *bleib ruhig* quiere decir «no ha gas ruido». Y ellos se aseguraban de que nadie hiciera ruido, y de que todo estuviera tranquilo y silencioso. A finales de siglo, la inmensa mayoría de la gente ni siquiera sabía que existiera una tecnología de los replicantes. Entonces, cuando Tyrell y las Naciones Unidas llevaron todo eso a Estados Unidos y el capturar a los replicantes huidos se convirtió en una función policial más, el término *Bleibruhiger* pasó por un proceso de anglofonización que acabó dando como resultado «blade runner». Por lo demás, el término no tiene absolutamente ningún otro sentido.

—Una excelente lección de etimología, Batty, pero no prueba nada. ¿Por qué utilizar replicantes para cazar a otros replicantes? Siempre estarías corriendo el riesgo de que comprendieran que tenían intereses en común con sus presas, y cuando eso ocurriese empezarían a conspirar contra ti.

---

2 El término «blade runner» —que significa literalmente «persona que corre sobre el filo»— fue inventado por Alan E. Nourse, un autor menor de ciencia ficción ya fallecido, y demostró ser tan irresistible al oído que acabó convirtiéndose en el título de la película de Ridley Scott. En su momento fue conservado tanto en España como en el resto de países no anglosajones, y a estas alturas ya es totalmente impensable tratar de traducirlo. (N. del T.)



—Sólo si los blade runners sabían que eran replicantes.

—Batty le señaló con un dedo—. Tú no lo sabías, y eras uno de los mejores blade runners de la policía de Los Angeles. Esa es la razón por la que resulta tan difícil disponer de replicantes para que te hagan el trabajo sucio. En realidad toda la naturaleza del trabajo de los blade runners se reduce a asesinar con licencia: la inmensa mayoría de las criaturas capaces de pensar y dotadas de sentimientos, tanto si son humanas como si son replicantes, acaban encontrando altamente corrosiva esa manera de vivir.

Holden se encogió de hombros.

—A mí nunca me molestó.

—Verás, cuando empiezas a pensar en ello casi resulta gracioso... —Los ojos de Batty, que estaba funcionando en la modalidad de diversión puesta al máximo, chispeaban sardónicamente—. Ser un blade runner va erosionando la naturaleza humana de las personas que hacen ese trabajo, y ahora estoy pensando en personas como tú. Y al mismo tiempo, los replicantes a los que perseguís intentan ser humanos. ¿No te parece hilarante? El cazador se encuentra continuamente atrapado en el proceso de convertirse en una imagen reflejada de aquello que está cazando, y viceversa. Eso es lo que hace que resulte tan magnífico..., desde un punto de vista irónico. —Meneó la cabeza sin dejar de sonreír—. Adoro este universo.

—No me extraña. —Holden descubrió que no le costaba mucho resistirse a la contagiosa jovialidad de Batty—. Está claro que te mueves en un territorio que te resulta muy familiar.

—Sí, claro. Bueno, el sistema funciona..., a su manera aplastante y destructora de almas. Por eso es tan valioso que los blade runners sean replicantes. Ya estás enterado de que los replicantes Nexus-6 sólo viven cuatro años, ¿verdad? Sí, Bryant probablemente te lo dijo... Es una especie de seguro para evitar que huyan y se dediquen a vivir por su cuenta. Eso no es nada nuevo, por supuesto. Los blade runners replicantes siempre han sido contruidos de esa manera. Cuatro años es el tiempo óptimo que un blade runner puede aguantar permaneciendo dentro de la Curva y operando con un máximo de eficiencia antes de que empiece a notar los efectos destructivos de su trabajo. Tienes esa ventana de oportunidad de cuatro años y llenas sus cabezas con unos cuantos recuerdos implantados para que piensen que son humanos, les proporcionas unas cuantas habilidades de caza y seguimiento básicas y..., bum, ya los tienes justo en la cima de la Curva. Y entonces, y eso es todavía mejor, se les acaba la cuerda y la palman antes de que se vuelvan peligrosos y empiecen a pensar en hacerte cosas raras. Te llevas los cuerpos, traes unas cuantas unidades nuevas de los mismos modelos de la Corporación Tyrell, las programas de la misma manera en que programaste a las anteriores y ya vuelves a estar en marcha.



Es un sistema magnífico. —Se encogió de hombros, fingiendo pedir disculpas—. Salvo por el hecho de que tú te mueres, claro. Una y otra vez, de hecho... Pero normalmente no te enteras de esa parte, así que eso carece de importancia.

Holden le estaba mirando fijamente. Un escalofrío, más intenso y más impregnado de agotamiento que el de antes, había empezado a infiltrarse en sus huesos.

—Me estás obligando a repetirme, Batty. —Dio la espalda al cadáver que tenía su rostro. Su visión estaba empezando a ponerle nervioso—. Esta conversación me encanta, pero todavía no me has dado ninguna prueba. Hay otras explicaciones posibles. En realidad, aún no me has dado ninguna razón para que deje de creer que soy el moldeante humano a partir del que han creado los replicantes Dave Holden.

No hay ninguna prueba.

—No puede haberla. —Batty alisó la sábana que cubría el cadáver—. O por lo menos no la clase de prueba que tú quieres, naturalmente. Ése es otro de los grandes problemas con que tenéis que cargar los blade runners: se os ha metido en la cabeza que la diferencia entre humano y replicante puede ser demostrada. Os tomáis como un artículo de fe, ya que de lo contrario no podríais hacer vuestro trabajo, la afirmación de que la máquina Voigt-Kampff y las pruebas de empatía indican quién es humano y quién no lo es. Pero al mismo tiempo, ya has admitido que cada uno de nosotros podría usar la máquina con el otro y hacer las pruebas, y que luego los resultados no tendrían absolutamente ningún significado. —Clavó una mirada penetrante y repentinamente sombría en Holden—. Debes pensar en lo que significa eso. Hay un montón de implicaciones, ¿no? Por ejemplo, tomemos a ese replicante Roy Batty, esa copia mía, que se te ordenó retirar y que luego pasó a ser el objetivo de la nueva misión de Rick Deckard. Imagínate que tú o él hubierais conseguido capturarlo, conectarlo a la máquina Voigt-Kampff y someterlo a las pruebas. ¿Habría suspendido el examen porque era un replicante o precisamente porque era una copia tan buena del original humano? Si yo no pude superar las pruebas de empatía, y soy el original, y si mi copia tampoco las supera, entonces... Bueno, ¿qué diferencia hay entre nosotros? Toda la premisa de los blade runners, toda la metodología mediante la que operan en este mundo, y que les permite ir de un lado a otro diciendo que tal persona es humana y que tal otra no lo es, se convierte en un montón de mentiras. Son puras falacias. No funcionan porque no pueden funcionar. —Batty bajó la mirada hacia el cadáver tapado por la sábana—. Quizá deberías preguntarte cuál es la parte de todo esto que has sabido era verdad desde el principio, y por qué has preferido pasarlo por alto meramente porque te habría estorbado demasiado.

Todo aquello no le importaba nada a Holden. Todo aquel discutir sobre lo que era humano y quién o qué no lo era, y cómo podías saberlo o por qué nunca podrías estar seguro... La cabeza le estaba empezando a doler debido al retorcido y aparentemente interminable esfuerzo que le exigía abrirse camino a través de todos



aquellos corredores ramificados. «Un laberinto —pensó de repente—. Eso es lo que es...» Estaba tratando con la pauta mental básica del psicótico inteligente. El gran peligro era el contagio, y Holden comprendió que debía tener mucho cuidado. En su estado debilitado, y cuando aún estaba superando los efectos de que le hubieran metido todo un nuevo conjunto de corazón-y-pulmones dentro del pecho, no le costaría demasiado dejarse absorber por la construcción ideacional de Batty. Aunque no aclarase nada más, por lo menos permitía entender por qué el replicante Roy Batty se había convertido en el líder del grupo de replicantes huidos: el original era un jefe de exploradores nato, un auténtico organizador de la diversión y los juegos.

Invierte todas tus energías en el juego..., y muere jugando.

—Salgamos de aquí. —Batty puso una mano sobre el hombro de Holden y empezó a guiarlo hacia la puerta del depósito de cadáveres—. Esto no debe de resultar demasiado agradable para ti, ¿verdad? Quiero decir que... Bueno, descubrir que eres un replicante y todo lo demás tiene que suponer un golpe terrible para tu autoimagen. Sé que yo me lo tomaría bastante mal. Y encima hay que añadir a eso el haber visto un cadáver que es exactamente igual a ti..., más o menos. —Reprimió un leve estremecimiento—. Realmente el simbolismo es un tanto desagradable, ¿sabes?



## 10

El cambio de turno terminado, hileras de taquillas de acero gris cerradas, con los bancos de madera que había entre ellas lustrados hasta adquirir un suave brillo pulimentado por el contacto con generaciones de duros traseros de policías y la sarga negra de los pantalones del uniforme. El olor a sudor y fungicidas flotaba en la atmósfera estancada. Deckard conocía ese olor, y podía recordarlo de sus turnos de patrulla antes de que hubiera sido ascendido y pudiera salir de aquel lugar. Cada inspiración jadeante que introducía un poco de aire en sus pulmones hacía que Deckard retrocediera un poco más por un pasado que habría preferido olvidar. Sus hombros estuvieron a punto de quedar atrapados en el hueco, y la colisión con las bisagras y las aristas metálicas desgarró las mangas del uniforme negro.

—¡Ahí está! ¡Acabad con él!

Deckard oyó el grito y el ruido de botas que llegaban al final de la escalera detrás de él. Se lanzó hacia adelante con los brazos estirados y sin mirar por encima del hombro, aferrando el peso del arma en su puño. Chocó con el concreto húmedo en el mismo instante en que un trazo de fuego surgido de un rifle automático dejaba una puntada de balas a través de las puertas de las taquillas. Todavía resbalando, rodó hasta quedar acostado sobre la espalda, llevó la otra mano hacia el arma y disparó a ciegas. El retroceso de sus tres rápidos disparos hizo que resbalara medio metro más por el suelo.

Por lo menos un proyectil había hecho impacto en la carne. Deckard oyó un jadeo de sorpresa cuando el sistema de fuego automático enloqueció y empezó a rociar el techo del vestuario con un diluvio de proyectiles que hicieron estallar las luces entre una erupción de chispas y astillas de cristal. Se incorporó en la oscuridad, manteniéndose encorvado y lo más cerca posible de las puertas metálicas que había a su izquierda. Su sombra encogida saltó delante de él, perfilada por cada uno de los destellos rojizos que brotaban de los cañones de los rifles en la escalera.

Sus botas empezaron a chapotear en un centímetro de agua. Eso, y el aire húmedo que entraba por sus fosas nasales, le indicó que había llegado a las duchas. Deckard



estiró un brazo y tocó baldosas mojadas. Se quedó inmóvil y trató de erguirse, la respiración entrecortada, mientras sus ojos se iban adaptando a la tenue iluminación de la única bombilla intacta. Su mente funcionaba a toda velocidad, intentando extraer de la memoria un camino que le permitiera salir de los niveles del subsótano que se extendían por debajo de la comisaría de policía.

—No vas a ir a ninguna parte, capullo...

Antes de que Deckard pudiera levantar el arma, un antebrazo chocó con su garganta y el impacto le levantó los pies del suelo y lo lanzó contra la pared. La parte de atrás de su cabeza chocó con el tubo cromado de una ducha. El arma cayó al agua con un tenue chapoteo mientras las manos de Deckard arañaban fútilmente la piel

desnuda tensada sobre los duros músculos que ejercían presión debajo de su mentón.

Luz fragmentada brilló en sus ojos y silueteó el torso desnudo del policía, con residuos de jabón formando una telaraña sobre su pecho y sus brazos, la cabellera oscurecida por el agua pegada a su grueso cuello reluciendo sobre la piel. Ya debía de estar en las duchas cuando la persecución llegó al otro extremo del vestuario, y después había permanecido en silencio y a la espera.

—Eres el tipo que están buscando, ¿eh? —Una constelación negra giró a través del campo visual de Deckard mientras el policía sonreía y empujaba su cuerpo unos centímetros más arriba a lo largo de la resbaladiza pared mojada—. Oh, sí, claro que sí.

Deckard no podía apartar el brazo que le estaba estrangulando. Sus manos lo soltaron y se retorcieron sobre las baldosas detrás de él. Una X de bordes curvados llenó su palma. Deckard, hundiéndose el codo en las costillas, hizo girar el grifo.

El policía aulló cuando un chorro de agua que parecía hervir surgió de la ducha y cayó sobre su cara. Deckard sintió cómo el calor goteaba sobre su cara y un lado de su mandíbula, pero sólo durante un segundo. El oxígeno humedecido entró en sus pulmones mientras caía, la espalda resbalando sobre las baldosas. El policía desnudo estaba arrodillado delante de él, con las dos manos encima de la pulpa rojiza y quemada de su carne. El agua trazaba un arco por encima de su espalda, creando nubecillas de vapor al esparcirse por el suelo.

Deckard vio el arma a un par de metros de distancia de él. Se lanzó hacia adelante y la cogió. Un rugido de dolor y rabia rebotó en las paredes cuando el policía le agarró por la pechera del uniforme y tiró de ella hasta incorporarlo. Deckard dejó caer su frente sobre el pecho del policía. Un empujón bastó para llevarlo hasta la pared, y el impacto fue lo suficientemente fuerte para que el policía aflojara su presa durante un momento. Ese momento fue suficiente. Deckard se echó hacia atrás y alzó el arma, apoyando el negro metal del cañón en el esternón del policía. Apretó el gatillo.



Las baldosas se agrietaron y la pared que había detrás de ellas desprendió una pequeña lluvia de partículas de cemento bajo el impacto de la columna vertebral y los hombros del policía. Restos de cemento se deslizaron sobre los brazos de Deckard cuando las cañerías, que habían quedado al descubierto, se doblaron hasta romperse. El arma fue arrancada de entre sus dedos cuando las manos del policía muerto le soltaron por fin. El cadáver cayó a sus pies, y el agua acumulada en la ducha se fue transformando en un lago color rojo oscuro.

A través de las nubes de vapor, Deckard pudo ver las borrosas siluetas de los otros policías que llegaban a la carrera por los estrechos pasillos del vestuario. Un espacio más oscuro había aparecido detrás de las cañerías rotas y las baldosas hechas añicos. Deckard apoyó el hombro en aquella sección cóncava de la pared y empujó. Estuvo a punto de caer cuando el cemento cedió y atravesó una erupción de polvo blanco, tosiendo y tambaleándose. Cañerías recalentadas le quemaron las manos mientras avanzaba a tientas por entre el laberinto de fontanería.

Un rápido vistazo por encima del hombro le permitió distinguir las siluetas de sus perseguidores agrupadas delante del agujero. El primero de ellos ya estaba entrando, apartando a un lado un amasijo de cemento y grumos de yeso y las astillas de viejas vigas de madera.

Deckard sintió un sabor salado que se iba infiltrando en las comisuras de su boca, su rostro mojado por sangre y agua que estaban a la misma temperatura. Agachó la cabeza para pasar por debajo de la curva de un conducto del alcantarillado y corrió lo más deprisa que pudo, las manos vacías arañando un ciego pasadizo por delante de él.

Holden se había retirado al interior de su cabeza, dejando que su cuerpo cargado de entropía fuese dirigido por Batty.

—Parece que vamos a tener otro día de mucho calor. —Batty señaló el horizonte delante de la unidad médica del Centro de Reciclaje, deteniéndose en el centro del círculo de colillas de cigarrillo que el médico había dejado esparcidas sobre el suelo arenoso. Los primeros colores del amanecer, un manchón rojo púrpuro que se estiraba a lo largo de las cimas de la lejana cordillera, ya estaban apareciendo en el cielo vacío de nubes—. Todo el mundo se queja de la estación de los monzones cuando llega, pero cuando se ha ido, harías prácticamente cualquier cosa para conseguir que la lluvia te cayera encima durante veinticuatro horas seguidas.

Un oleada de calor subterráneo subió por las piernas de Holden. El desierto, aún no había acabado de irradia la carga térmica que había absorbido en día anterior, y el



sol implacable que ya estaba subiendo por encima de su cabeza añadiría un nuevo cargamento de calor al ya acumulado. Cada vez que sus ojos iban más allá de la valla de alambre-navaja, Holden podía ver cómo las ráfagas incipientes del Santa Ana removían el polvo reseco por entre los matorrales marchitos que puntuaban el desierto. «Todo el mundo lo dice —pensó—. Lo repiten una y otra vez...» El calor insoportable seguía al calor insoportable y era seguido por el calor insoportable. Algún día el ciclo no sería roto por la llegada de las lluvias anuales. El calor seguiría aumentando de una manera acumulativa hasta que las arenas se derritieran y se convirtieran en cristal, perfectamente liso y reflectivo, que lanzaría un salvaje resplandor de vuelta al cielo. Lo mismo ocurriría en la ciudad, con las calles convirtiéndose en un negro río de alquitrán que fluiría como la lava para acabar endureciéndose y formando espejos de obsidiana. «Así podríamos vernos a nosotros mismos en todo momento...» Holden podía imaginárselo. Todo el mundo miraría hacia abajo y se preguntaría si la imagen que le estaba devolviendo la mirada, en ese mundo de noche permanente, era humana o era algo que no tenía nada que ver con lo humano...

«Debería sentarme...» Se sentía tan viejo como parecía serlo Batty. O quizá debería acostarse, dar un descanso a su nuevo corazón. El médico tenía razón: si no iba con cuidado, toda la maquinaria podía fallar de repente como un motor al que se le hubiera exigido demasiado. Y Holden no podía permitir que eso ocurriera..., no hasta que hubiera podido poner en marcha los engranajes de sus propios planes secretos. Tendría que ahorrar sus fuerzas e invertirlas con mucha cautela, calculando todos sus recursos y su resistencia, para hacer lo que tendría que hacer.

Observó a Batty por el rabillo del ojo. Su compañero —humano o replicante, todavía no estaba seguro— no hacía ningún ruido y no se movía. El silencio le dio una oportunidad de empezar a redactar su lista de personas que le habían jodido.

Bryant figuraba en la lista, naturalmente. Holden asintió lentamente, los ojos alzados hacia el amanecer teñido de rojo. Por lo menos Batty había tenido la habilidad suficiente para convencerle de que el jefe de la unidad de blade runners le había tendido una trampa para que el replicante Kowalski le matara. En cuanto al porqué, lo ignoraba. Todos aquellos discursos sobre conspiraciones antiblade runners de alto nivel que le soltaba Batty no habían impresionado excesivamente a Holden.

Los policías tenían formas más sencillas de determinar a quién debían perseguir. Básicamente, se reducían a la aplicación de esa vieja máxima, *Cui bono?* ¿A quién había beneficiado que Holden recibiera un balazo?

La respuesta sólo le exigió un mínimo de reflexión. «Deckard..., mi viejo compañero. Ese hijo de perra...» Deckard había asumido la misión de perseguir a los



replicantes huidos, y eso significaba un precioso montoncito de primas por cada replicante que retirase. Quizá todo su abandono del departamento había sido un engaño, algo urdido entre Deckard y Bryant para que Holden creyera que por fin tenía el campo libre, y que su viejo rival de la unidad de blade runners abandonaba el escenario. Deckard y Bryant quizá incluso hubieran llegado a un pequeño acuerdo secreto. ¿Se habrían repartido las primas entre ellos? Eso también era posible. ¿Quién podía saber por qué las personas hacían todas las cosas feas que llegaban a hacer? Quizá deberían rediseñar las pruebas que determinaban quién era humano y quién no. Olvidemos todas esas tonterías basadas en la empatía. En vez de eso... «¿Te lo tendrías que pensar dos veces antes de hundir un cuchillo en la espalda de tu mejor amigo? ¿No? Enhorabuena: posees todas las cualidades esenciales —ingratitude, capacidad de traicionar, habilidad para mentir— que distinguen al verdadero ser humano. Recoge tu identificación y tu tarjeta de descuento sobre la munición en la Ventanilla Cinco.» Ese tipo de prueba sí que sería eficaz.

Volvió a mirar a Batty. Por el momento le necesitaba, por que Holden sabía que nunca podría ocuparse de todo lo que necesitaba hacer en su estado postoperatorio actual. «Le seguiré la corriente durante un tiempo —pensó—. Mientras tenga que hacerlo...»

Batty abrió los ojos, y su reluciente mirada llena de astucia se posó en Holden.

—Has tenido una noche muy ocupada, ¿verdad? —Batty volvió a exhibir su sonrisa psicótica—. Todas las cosas que has descubierto...

«Cierto.» Pero Holden no dijo ni una palabra. Ya había añadido a Batty a la lista de cosas de las que había que ocuparse. Tanto si Batty era humano como si no lo era —y eso todavía estaba por ver—, quizá fuera el único que podía soltar todo ese discurso afirmando que Holden era un replicante. Tanto si eso era verdad como si no lo era, a Holden no le convenía que alguien fuera diciendo esas cosas de él.

Había tomado una decisión. Le devolvió la sonrisa a Batty. Si tenía que matar a aquel tipo para demostrar que Dave Holden era humano, o por lo menos para conseguir que todos siguieran pensando que lo era...

Bueno, matar a Batty no le impediría seguir durmiendo por las noches.

El espacio oculto detrás de la pared de la comisaría de policía se había ido empequeñeciendo hasta quedar reducido a un hueco por el que Deckard apenas si había podido deslizarse, y las ásperas superficies de concreto habían desgarrado toda la parte delantera del uniforme robado. Deckard dejó un rastro de sangre aguada sobre uno de los enormes pilares que habían sido hundidos en el suelo para sostener



el peso de la estructura de múltiples pisos que se alzaba hacia los cielos por encima de él. La oscura brecha se iba enfriando a medida que el nivel del suelo descendía hacia las profundidades: una corriente de aire que olía a piedra y fuegos medio apagados le acariciaba la cara y era introducida en sus pulmones con cada inspiración jadeante.

Y de repente la presión que le había estado oprimiendo los hombros se disipó, y la brecha se ensanchó hasta el punto de que sus manos llenas de arañazos ya no consiguieron tocar los lados. La gravilla formada por los trocitos de concreto resbaló debajo de sus botas, impulsándolo hacia adelante. Deckard evitó caer gracias al ángulo de cañería que sus manos encontraron a unos centímetros de su cabeza mientras surcaban el aire. Sus dedos se tensaron alrededor de él mientras oía, por encima del martilleo de su pulso, cómo unos cuantos guijarros repiqueteaban sobre otro nivel situado más abajo. Un sordo rugido mecánico estaba avanzando a través de la tierra.

Sabía que sus perseguidores seguían descendiendo hacia él. Sus voces ahogadas se filtraban a través de la brecha, acompañadas por los ruidos del equipo, pistones hidráulicos y siseantes sopletes de acetileno, con el que iban abriendo un canal a través de las estructuras de sustentación de la comisaría. Que le alcanzaran sólo era cuestión de tiempo, y su loca huida de rata acosada podía terminar en cualquier

momento en alguna esquina de roca y vigas de acero enterradas.

Un tenue resplandor brotó del espacio que se había abierto debajo de él, al mismo tiempo que el rugido ahogado se iba intensificando y adquiría un insistente ritmo de maquinaria. Deckard pudo ver que había atravesado el techo de un túnel arqueado, con una cinta paralela de raíles de hierro corriendo a lo largo de él. Algún acontecimiento sísmico del pasado había retorcido los cimientos de la comisaría de policía lo suficiente para abrir la hendidura a través de la que se había arrastrado, y los ladrillos y trozos de concreto se habían esparcido sobre el lecho de uno de los viejos túneles del ferrocarril que discurrían por debajo de la gigantesca estructura. El

resplandor, que se estaba volviendo más intenso, procedía de la locomotora del tren de los replicantes que se aproximaba por la curva del túnel. El cálido olor a diesel, aceitoso y abrasivo, le dio de lleno en la cara, como si la fuente de todos los vendavales del Santa Ana hubiese hecho erupción desde el núcleo del planeta.

Los sonidos que producían sus perseguidores se iban aproximando, y quizá ya sólo estuvieran a unos cuantos metros por detrás de él en la brecha a lo largo de la que se había arrastrado. Aquellos ruidos quedaron ahogados por el estrépito del tren de los replicantes, que ya se encontraba directamente debajo de él. Deckard se puso en cuclillas y pasó las piernas por encima del borde desmigajado del agujero abierto en el techo del túnel. Después esperó unos segundos hasta que la forma oscura de la



locomotora hubo pasado, y entonces se dejó caer, empujándose para apartarse del borde y lanzándose hacia adelante con las manos extendidas.

Aterrizó sobre uno de los vagones de carga con un impacto que hizo temblar todos sus huesos. Deckard manoteó frenéticamente, buscando un agarradero en las tiras de madera, y a través de los huecos que las separaban pudo ver rostros que se alzaban hacia él. Ninguna de las figuras humanas, pegadas las unas a las otras dentro del vagón, emitió el más mínimo sonido y sus miradas vacías e inexpresivas le contemplaron sin emoción.

No consiguió sujetarse. El movimiento bamboleante del tren estaba apartando las yemas de sus dedos, empapadas por su propia sangre, de la tira a la que se había agarrado. Una potente sacudida acabó de arrancarla de entre sus manos y su pecho y su estómago resbalaron a través del techo del vagón de carga, deslizándose por encima de él entre el hedor y el estrépito. El tren de los replicantes llegó a otra curva del túnel, y la oscilación bastó para que Deckard saliera despedido del techo del vagón.

Un brazo curvado logró quedar encajado en el hueco que se abría entre una tira vertical y la vigueta de soporte. La espalda y los hombros de Deckard chocaron con el costado del vagón de carga, y el impacto expulsó el poco aire que quedaba dentro de sus doloridos pulmones. La pared del túnel, afiladas protuberancias de piedra y vigas de sustentación oxidadas, aulló a escasos centímetros de la cabeza de Deckard mientras se debatía con una desesperación animal en un frenético intento por conseguir que su mano libre se agarrara a cualquier parte del vagón.

El peso de su cuerpo empezó a extraer su brazo del asidero encontrado en la tira vertical. Sus ojos, nublados por el dolor y el esfuerzo, recorrieron a los ocupantes del vagón, siluetas desnudas reveladas por la luz de la locomotora al rebotar en el techo arqueado del túnel: replicantes de ambos sexos apelotonados detrás de la puerta deslizante del vagón de carga, cerrada mediante un simple perno de acero.

Los vagones siguientes, que se estiraban en la oscuridad del túnel, eran idénticos. Todos habían sido llenados con los productos rechazados por las cadenas de montaje de la Corporación Tyrell, aquellos replicantes cuyos implantes de memoria no habían logrado echar raíces o que no habían superado las pruebas mentales y físicas que les permitirían ser esclavos en las colonias espaciales. Sus creadores los enviaban a un puesto de control administrado por el departamento de policía, y los replicantes salían de él en remesas numeradas para asegurarse de que todos habían sido debidamente registrados antes de su eliminación. En su caso no habría retiro sino un mero proceso industrial, asfixia rápida y chimeneas que eructaban los olores de la carne incinerada.



Ya no podía saber cuáles eran las cosas que realmente estaba viendo delante de él y cuáles habían sido extraídas de su memoria por el miedo y el agotamiento para superponer una capa de su pasado a la realidad del tren de los replicantes. Un rostro de pesadas mandíbulas curvas giró hacia un lado como si se negara a admitir su existencia, y los enormes hombros del replicante se encorvaron con un hosco resentimiento preverbal. Sus brazos desnudos relucían a causa del sudor. «Kowalski...» Deckard recordaba el rostro, o uno idéntico: otra unidad del mismo modelo. ¿Qué le había dicho el otro Kowalski hacía mucho tiempo, en otro mundo, arriba, en las calles de la ciudad que se encontraba tan lejos por encima de sus cabezas? «Espabila... Es hora de morir...»

Otro Nexus-6 volvió la cabeza hacia él durante un instante, y su mirada fue más allá de los hombros desnudos de los otros replicantes. Era una mujer, cabellos oscuros y largas extremidades. Su nombre había sido expulsado del cerebro de Deckard, y la pérdida sólo le había dejado la visión de otra mujer idéntica que atravesaba un cristal detrás de otro, sangre entre sus omóplatos, con la bala del arma de Deckard convirtiéndola en un ángel carente de alas, una cosa que volaba por entre cristales resplandecientes tan afilados como navajas de afeitar...

—Socorro... —Deckard no sabía si lo que oía era su voz saliendo de su garganta o el recuerdo de ella—. Ayúdame...

Era lo que le había pedido a otro replicante. Su brazo estaba empezando a deslizarse, y sólo la curva de su muñeca sobre la viga impedía que cayera bajo las ruedas que arrancaban chispazos a los raíles de hierro del túnel.

Otra mujer acurrucada en una esquina del tren de carga. La Corporación Tyrell le había proporcionado los conocimientos suficientes para que pudiese tener miedo y su rostro, pegado a la palidez de sus brazos, estaba humedecido por las lágrimas. Los rizos enredados de su cabellera castaña caían sobre sus rodillas.

—Rachael... —Deckard no sabía si era ella, o si ya le habían dado un nombre.

Volvió a llamarla—. Por favor...

La replicante alzó la cabeza y le miró..., y no supo quién era.

Y de repente sintió la presión de un brazo sobre su espalda, y una mano tiró de su cuerpo hasta dejarlo pegado a la pared del vagón de carga. Uno de los replicantes — Deckard no pudo ver cuál — había metido la mano por entre las tiras para agarrarle e impedir que cayera. Deckard bajó la mirada y vio cómo el raíl desfilaba vertiginosamente por debajo de él a sólo unos centímetros de sus pies suspendidos en el vacío.

Una claridad más intensa cayó sobre él cuando el tren de los replicantes salió por la boca del túnel. La luz roja de la mañana cruzaba el cielo en largas diagonales



para caer sobre un paisaje desierto, oscurecido por años de hollín y salpicaduras de aceite. Vagones abandonados y cisternas oxidadas formaban barricadas paralelas a lo largo de las dos vías que discurrían en paralelo.

Deckard consiguió introducir la mano libre entre el pecho y las tiras. Empezó a inclinarse hacia atrás, tensando el cuerpo contra la presa del brazo. El replicante, al que seguía sin haber visto, comprendió lo que estaba intentando hacer y le soltó.

Deckard aterrizó encima del hombro y rodó sobre sí mismo para alejarse de las ruedas del tren de los replicantes. Después mantuvo el rostro pegado a las piedras y guijarros hasta que el ruido del tren se hubo esfumado en la lejanía. Cuando eso hubo ocurrido alzó cautelosamente la cabeza, a tiempo de ver cómo el último vagón desaparecía con su silenciosa carga.

Se puso a cuatro patas y logró que sus ojos enfocaran con relativa claridad la visión que se alzaba por encima de los vagones inmóviles a su derecha. Las torres y pináculos del horizonte urbano de Los Ángeles tallaban la luz del día que avanzaba hacia ellos, segmentándola en masas de bordes nítidos y cortantes. Deckard sabía que estaba fuera de la ciudad, en algún lugar de los eriales industriales que formaban un anillo alrededor de su vasta superficie.

Un viento reseco que tenía la temperatura de la sangre se deslizó sobre su espalda. Deckard consiguió incorporarse, con los restos del uniforme de policía que había robado estirándose sobre su carne llena de cortes y erosiones. Después, con los pies moviéndose muy despacio y tropezando con las rocas cubiertas de aceite que había entre los raíles, echó a andar.

No hacia el norte, adónde su corazón incapaz de razonar quería ir, sino hacia un sitio en el que sabía que podría esconderse.

Al menos durante un tiempo.



## 11

Sarah Tyrell ascendió al lugar acordado a la hora acordada. Todo ocurrió sin esfuerzo, casi sin necesidad de quererlo: los sensores térmicos habían detectado su presencia dentro del pequeño recinto, y una voz carente de cuerpo le había preguntado si quería subir al tejado del edificio, muy por encima de la apretada urdimbre de estructura y luz que formaba el océano estático de la ciudad. Sarah sólo había tenido que decir que sí.

«Así nos elevamos», pensó mientras cerraba los ojos y apoyaba la nuca en la pared del ataúd vertical del ascensor. No como ángeles, transparentes a la gravedad, carentes de peso bajo la luz de Dios, sino como un tosco cargamento inerte transportado por el cable y la polea, como piedras y polvo dentro de una caja.

¿Qué máquina la envolvería en su abrazo cuando llegara su muerte, elevándola hacia las alturas tal como estaba haciendo el ascensor en aquel instante? «Nadie», pensó sombríamente, como acusándose a sí misma. Todo lo que hacía y todo lo que se disponía a hacer había sido concebido por ella misma para que provocara precisamente aquel resultado lleno de soledad. El destino estaba tan programado como los raíles de hierro de un tren. Sarah pensó que acabaría como su tío Eldon, aislada en un glacial esplendor, meditando sobre un tablero de ajedrez como un búho que espera percibir el corretear de los ratones a través de las ramitas y hojas muertas del bosque. A menos que...

«¿A menos que qué?» Alzó una mano y se presionó los párpados con el pulgar y el índice, creando chispazos azules que se retorcieron dentro de su cabeza. A menos que todas las cosas muertas revivieran y alentaran, a menos que todas las tumbas de la tierra reventasen como vainas de semillas maduras y que todos los ahogados surgieran de entre las olas con cabelleras de algas y perlas en la boca. «Podría ocurrir...» No era ni un pensamiento ni una creencia, sino lo que hubiera creído si todavía fuera capaz de creer en algo. Su resurrección, o aquel simulacro de la resurrección que era todo cuanto podía atreverse a esperar, deslizó un rayo de luz a



través de su mano y hasta el interior de sus ojos cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Andersson la estaba esperando en la pista de descenso para ejecutivos del edificio, aquella cubierta privada que había sido reservada para uso exclusivo de Eldon Tyrell pero que rara vez utilizaba. Sarah salió del ascensor y fue hacia el rotador desprovisto de emblemas y la silueta que aguardaba su llegada, apoyada en el costado del vehículo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cómo fue todo?

Andersson se encogió de hombros.

—Oh. Más o menos como me esperaba. No se resistió ni nada por el estilo. Aunque el que lo hubiese hecho tampoco habría cambiado nada, por supuesto.

—Vaya, vaya... —Sarah se permitió una sonrisa—. Eres un auténtico profesional, ¿eh?

—Se me paga para que lo sea.

—Lo que tú quieras que ocurra, ocurre. Igual que pulsar un botón..., dentro de ese ascensor.

Una inclinación de cabeza hacia las puertas cerradas, el reluciente acero inoxidable martilleado por el implacable resplandor del sol. Sarah apartó la mirada del rostro de Andersson. La luz y el calor eliminarían cualquier posible lagrима. Sintió una repentina y sincera punzada de compasión por Isidore: el cuello de aquel pobre desgraciado, con su oscilante cabeza adornada por unas gafas, probablemente habría cabido dentro de uno de los puños de Andersson. Quizá lo había hecho de esa manera, como si hiciese girar el tapón de una botella de Don Pérignon para extraerlo del gollete. Y probablemente Isidore, siempre educado y deseoso de complacer, había hecho cuanto estaba en sus manos apenas comprendió qué se esperaba de él. «¿Quiere que me suicide? Será un placer.»

—Usted es la que pulsa los botones.

—¿De veras? —La idea seguía pareciéndole vagamente extraña y difícil de entender—. Sí, supongo que sí.

Aún recordaba el día en que tenía tres años y había alzado la mirada hacia su tío —las compuertas del *Salander 3* se habían desbloqueado con un siseo antes de abrirse y una enfermera la había acompañado rampa abajo, con las cajas alargadas que contenían los restos de sus padres descendiendo detrás de ella—, para encontrarse con sus gruesas gafas y aquellos cristales, de forma curiosamente idéntica a la de los monitores de ordenador que habían sido sus ventanas a bordo de la nave estelar y los gélidos ojos que había detrás de ellos, los ojos que examinaban, evaluaban y



calculaban. Su tío había estirado el brazo y le había acariciado los cabellos, deslizando un mechón entre el pulgar y el índice, como si estuviera intentando averiguar si resultarían adecuados para algún nuevo proceso industrial.

—¿Qué estás haciendo?

Su voz, seca y sobresaltada. Sarah sintió que su columna vertebral se ponía rígida, todos los músculos del cuerpo tensándose para huir o atacar. El recuerdo en el que se había sumergido acababa de ser trasladado a aquella realidad, y había tomado forma sobre la pista de descenso del tejado de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell. El roce de los dedos de su tío había pasado a ser el de Andersson que, todavía apoyado en el rotador, había extendido el brazo para acariciar una sedosa hebra de cabellos castaños que se alzaba sobre la nuca de Sarah. La yema del dedo de Andersson quedó suspendida encima de aquel punto, a una fracción de centímetro de su piel temblorosa.

—¿Qué...? Yo no...

—Oh, sí.

Andersson se inclinó hacia adelante y la besó.

La besó y cayeron sobre la dura superficie de la pista de descenso, con sus manos sobre el cuerpo de Sarah, tal como habían hecho antes. Sarah volvió la cabeza y vio la parte inferior del fuselaje del rotador, el tren de aterrizaje surgido de sus receptáculos, la toma de aire y las rejillas de ventilación. Podía oler el acre hedor de su combustible y la condensación de vapor, mezclada con el olor más cercano del sudor de Andersson mientras deslizaba un brazo por entre sus cuerpos y abría los cierres de la parte delantera de su mono. Sarah ya no podía distinguir un olor de otro, y tampoco podía saber si procedían de Andersson o de la máquina. Ya no le importaba.

Cerró los ojos. Aquello formaba parte del pago, del acuerdo permanente entre ella y Andersson que hacía que siguiera trabajando para ella y que se completaba con los cheques emitidos con cargo a la cuenta de operaciones clandestinas de la Corporación Tyrell y extendidos a nombre de una empresa de suministros electrónicos de Ciudad de México. El acuerdo debía de haber sido satisfactorio para Andersson, porque Sarah ya había perdido la cuenta del número de cuotas pagadas. Qué fácil resultaba olvidar que ella deseaba aquello, y todo lo que le hiciera, tanto como él...

Otra cosa que lamentar. Sarah también tenía que lamentar que el acuerdo hubiera llegado a su fin, como sabía que así era aunque Andersson todavía lo ignorase. Sintió cómo su mano se apartaba de la espalda de Andersson y se introducía en el bolsillo



de su chaqueta, moviéndose como en los límites de su percepción, buscando el objeto que había sacado del cajón del *bureau plata* del despacho de su tío.

Andersson dejó escapar un jadeo ahogado. Demasiado pronto, al menos para él. Sarah pudo percibir la onda expansiva que recorría su cuerpo. Después se apartó de ella con un potente empujón, arqueando la columna vertebral y echándose hacia atrás. Una mano arañó su espalda, y las yemas de los dedos se deslizaron a través de la mancha roja que acababa de estallar en ella.

—Maldición... —Rodó por el suelo hasta quedar inmóvil sobre su costado, después de haber logrado extraer por fin el cuchillo que Sarah había introducido, con la punta por delante, entre sus omóplatos—. Sabía que ibas a hacerlo —murmuró, meneando la cabeza melancólicamente—. Lo sabía... —El cuchillo cayó sobre la dura superficie de la pista de descenso, produciendo un repiqueteo metálico. Andersson logró erguirse hasta quedar sentado y se apoyó en el rotador. Su sangre brillaba sobre el metal negro—. No es como si... —Su voz se iba debilitando—. Como si me... hubiera pillado del... todo por sorpresa...

—No me preguntes por qué, por favor. —Se aseguró de emplear un tono distante y educado. Se había levantado y estaba eliminando el desorden de sus ropas, bajando las manos para alisar la falda del vestido por encima de sus rodillas—. Resultaría demasiado largo de explicar.

Se irguió y vio una mancha de sangre en la pechera de su blusa. La blusa era de seda, lo cual quería decir que no habría forma de quitarla.

Andersson consiguió emitir una seca carcajada.

—No te molestes... —Alzó la mirada hacia ella, contemplándola casi con admiración—. Forma parte del... negocio...

Y luego comprobar la hora, tanto lanzando un rápido vistazo al sol como mediante el elegante reloj de su muñeca. Y después esperar, como siempre, deseando que no tardara demasiado en morir.

Unos minutos después consiguió arrastrar el cuerpo de Andersson hasta el parapeto que rodeaba la pista de descenso, con sus zapatos dejando una pauta de triángulo-más punto en el charquito de su sangre. Le sorprendió lo poco que parecía pesar una vez muerto, y le costó mucho menos de lo que había esperado levantar el cadáver lo suficiente para que se precipitara al vacío encerrado entre las torres inclinadas de la Corporación Tyrell. «Adrenalina», pensó. Un pequeño aumento de la secreción en su sangre, que había pasado desapercibido para sus procesos cognitivos, quizá le había proporcionado la fuerza extra que necesitaba.

El cuerpo de Andersson cayó por sí solo, los brazos y las piernas extendidos en el aire. Sarah lo siguió con la vista, las manos apoyadas en el parapeto, hasta que hubo



desaparecido. Los empleados de la Corporación Tyrell que trabajaban en las unidades de fabricación de replicantes que formaban la base y el núcleo del complejo, sin duda ya se habrían llevado la sorpresa de ver cómo el cadáver chocaba con una de las claraboyas reforzadas que se extendían sobre sus cabezas.

Más asuntos de los que ocuparse. Sarah se irguió, sacó el teléfono celular del bolsillo de su chaqueta y tecleó el número de la división de seguridad.

—Ha habido un accidente. —Se alisó los cabellos mientras hablaba—. Todo puede ser resuelto de manera interna. No hay necesidad de avisar a la policía.

Dio unos cuantos detalles más, algunos de ellos verídicos, y cortó la conexión. Los agentes de seguridad de la Corporación Tyrell eran meros robots que carecían de la iniciativa de Andersson, y Sarah podía estar segura de que sólo harían lo que se les pidiera. No pensarían ni por un solo instante en lo que había ocurrido en la pista de descenso, porque todos mantendrían la boca cerrada y conservarían sus empleos.

Empezó a girar sobre sus talones para ir hacia las puertas del ascensor, pero se detuvo de repente. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Mareada y al borde de las náuseas, tuvo que apoyarse en el rotador para no perder el equilibrio. La adrenalina, o cualquiera que fuese la hormona introducida en sus venas, parecían haberse evaporado de repente. Cerró los ojos, sintiendo que se le aceleraba el pulso y que su respiración se volvía rápida y entrecortada.

—Lo siento —dijo en voz alta.

Como si hubiera alguien allí para oírla, como si hubiera servido de algo en el caso de que así fuese. Resistió el impulso de acostarse sobre la pista y hacerse un ovillo, con los puños temblorosos y los codos pegados al cuerpo.

El ataque pasó. Su respiración se fue volviendo más lenta y profunda. Sarah avanzó los escasos pasos que la separaban del parapeto y contempló, a través del inmenso vacío, las otras tres torres de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell. Una ciudad en sí misma, rodeada por la masa comprimida y mucho más grande de Los Ángeles. Las cuatro torres se inclinaban las unas hacia las otras y hacia la pirámide truncada que se alzaba entre ellas, como los pétalos de una flor cubista que todavía no se hubiera abierto del todo. Cuando volvió de Zúrich, acompañada por los lacayos de la corporación que habían pasado a trabajar para ella, fue obsequiada con la gran gira por todos los sectores del complejo, incluidas las áreas en las que nunca se le había permitido entrar mientras su tío vivía. El recorrido tardó días en completarse. Se lo habían contado todo, y le habían revelado todos los secretos..., incluido el de lo que habían llamado «el botón rojo», aunque no había ningún botón rojo, sino una serie de órdenes superpuestas que en el pasado habían obedecido a la pauta vocal de Eldon Tyrell, pero que no habían sido adaptadas a la suya. Era lo único que escapaba a su control y, en el mismo instante en que los



lacayos le explicaban qué ocurriría si hubiera podido pronunciar aquellas palabras mágicas, una visión había acudido a ella y había llenado su corazón con una feroz alegría.

Sus ojos fueron más allá del parapeto de la pista de descenso, y la visión se superpuso a la solidez de las torres inclinadas. Fuego y fuerza, aquel mundo del que era dueña desgarrado por su propio apocalipsis privado... Las explosiones empezarían en la base de las estructuras y seguirían hacia arriba, siguiendo la secuencia wagneriana de la programación que había formado parte de ellas desde el primer momento de su existencia.

*Brennt das Holz heilig brünstig und hell, sengt die Glut sehrend den glänzenden Saal...*

—«Si la madera se inflama y arde solemne, gloriosamente, entonces las llamas destruirán la magnífica sala...» —murmuró con los ojos cerrados.

Wagner había entendido muy bien aquella parte. ¿Programación? No, porque Sarah sabía que era una manera estúpida de expresarlo. Destino... Sí, ésa era la palabra adecuada.

*Der ewigen Götter Ende dämmert ewig da auf...*

—«Y así amanece entonces el último día de los dioses eternos...»

Sarah abrió los ojos. La visión se había esfumado, dejando intactos los paralelogramos de las torres de la Corporación Tyrell.

Giró sobre sus talones y fue hacia el ascensor, para volver a descender al corazón del edificio.

Ya se había decidido. O, por lo menos, había decidido cuál sería el próximo paso en sus planes, que estaban evolucionando rápidamente.

«¿Para qué necesito a este chiflado hijo de perra?» Dave Holden volvió la mirada hacia Batty, que estaba sentado junto a él en la cabina del rotador de carga. Volaban hacia el este, volviendo del Centro de Reciclaje perdido en el desierto a la enorme aglomeración ciudadana. La misma áspera claridad solar que oscurecía la membrana fotocromática de la curvatura de cristal calentaba el estofado marrón de sustancias contaminantes que flotaban en el aire por encima de Los Ángeles. Holden podía verlo delante de él, como una vieja y deshilachada manta de lana extendida sobre los edificios que se cocían al sol. Los dedos de Batty se movían sobre los controles, pilotando manualmente el vehículo. Cuando se hallaba ocupado haciendo algo, no tenía tanta cara de loco. Pero eso no cambiaba la situación.

La pregunta no necesitaba ser respondida, y eso era algo que Holden ya tenía claro desde hacía algún tiempo. Pero había otras preguntas que sí necesitaban ser respondidas.



—Bien, ¿y qué te ha impulsado a meterte en este asunto?

—Ya te lo he dicho. —Batty volvió a enfocarle con su sonrisa de chiflado—. El sexto replicante, el que todavía no ha sido localizado.

—¿Y qué pasa con ese sexto replicante? —La sonrisa todavía poseía la capacidad de ponerle nervioso—. ¿Por qué te interesa tanto? ¿Quieres estrecharle la mano, o sólo quieres que te firme un autógrafo?

—No quiero nada de ese replicante..., salvo encontrarlo y matarlo. Ah, y también quiero disponer de una prueba que poder entregar a las personas que me han contratado para que completara este trabajito.

—¿Y quiénes son esas personas?

—No puedo decírtelo. —Batty movió los ojos de un lado a otro—. Es... un secreto.

—Chorradas. —Su radar interior, sus aguzados sentidos de blade runner, captaron el fugaz momento de nerviosa inquietud de Batty—. Sé que me estás engañando. —Se inclinó hacia Batty para poder verle mejor—. No sabes quién te ha contratado, ¿verdad?

—Bueno... Tengo mis sospechas al respecto. —Batty hizo un ajuste casi imperceptible en uno de los controles—. Podría ser la policía de Los Ángeles, o

podría ser alguna agencia gubernamental. Los federales, posiblemente, tal vez incluso las Naciones Unidas. Los problemas realmente serios con los replicantes pueden poner nerviosos a niveles muy altos. Sea quien sea, está trabajando fuera de los canales oficiales y eso quiere decir que estamos hablando de tapaderas y alto secreto. Asuntos ultraconfidenciales, ¿entiendes? Los detalles del trabajo y el dinero de mi adelanto llegaron a mis manos en dos fases a través de un servicio de mensajería, por lo que no había forma de averiguar quién les había dado mi nombre.

—¿Y cómo te encontraron? ¿Mediante las páginas amarillas, quizá?

«En el apartado de Maníacos Peligrosos, probablemente...» El pensamiento hizo que Holden sintiera una punzada de maliciosa diversión.

—El hecho de que me encontraran demuestra que esos tipos están ahí arriba. Mira, amigo: ya había comprendido que si me iban a jubilar en contra de mi voluntad, entonces sería jubilado de una forma lo más definitiva posible. Lo que hice fue coger hasta el último centavo que había ahorrado durante la época en que esos bastardos de la Corporación Tyrell todavía me pagaban en concepto de derechos sobre su gama de replicantes Roy Batty, y me escondí en un precioso apartamento ultraseguro en una de las zonas ex patrióticas de Cracovia. Pensaba pasar el resto de mi vida bebiendo ginebra y escuchando la Segunda de Mahler. —Meneó la cabeza—. Verás, no necesito matar gente para pasarlo bien.



—Pero matar gente ayuda.

Batty se encogió de hombros.

—Habla por tí. No necesitaba aceptar este trabajo...

—Pero lo hiciste. —Esta vez le tocó el turno de sonreír a Holden—. Y ahora tienes que seguir hasta el final, ¿eh? Si esas personas de las que siempre están hablando son tan poderosas, supongo que no les haría ninguna gracia que abandonaras el trabajo a la mitad.

—Desde luego. —El rostro de Batty pareció envejecer de repente, y su expresión se ensombreció—. Ya he hecho trabajos parecidos anteriormente. La regla básica

siempre es la misma: hazlo bien o muere. —Aun así, estoy empezando a pensar en aborrecer toda la operación— murmuró—. Tener que tratar con un capullo desagradecido como tú...

—¿Qué he hecho?

—El problema es lo que no has hecho. —El abatimiento fue sustituido por la irritación—. Consigo que te metan dentro un corazón y unos pulmones totalmente nuevos, y ni siquiera me lo agradeces.

—Cristo... Eh, dame un respiro. —Holden meneó la cabeza—. De acuerdo, de acuerdo, cuentas con mi más sincera gratitud. ¿Satisfecho? —Alzó la mirada hacia los ojos hacia Batty—. Aunque tampoco podemos decir que todo esto haya sido una muestra de altruismo por tu parte, ¿verdad? Tenías alguna razón para sacarme del hospital y para todo lo demás.

—Cierto. Eso es lo que me cabrea. Te necesito.

Holden enarcó una ceja.

—¿Para qué?

—Oh, vamos. —Batty dejó escapar un ruidoso suspiro—. Ya llevo algún tiempo fuera del juego. Cuando fui a sacarte de ese hospital... Bueno, era mi primera visita a Los Ángeles en varios años. Ahora todo es mucho más enorme y más feo que cuando me fui. Necesito a alguien que conozca el territorio y sepa orientarse. De lo contrario, ese sexto replicante podría estar escondido delante de mis narices y yo no tendría ni una sola probabilidad de dar con él.

—Claro. —Holden soltó un resoplido de incredulidad—. Pues cómprate un mapa.

—Saber por dónde has de moverte no basta, amigo. También están las conexiones. Tú las tienes, y yo no. Cuando me fui de Los Ángeles, corté todos los lazos: me desprendí de todas mis fuentes de información, de toda mi red... Y de todas maneras,



supongo que la mayoría de los tipos con los que solía tratar ya habrán muerto. Los sitios que frecuentaban, el tipo de cosas en las que estaban metidos... Bueno, todo eso tiende a ir en contra de la longevidad. —Un encogimiento de hombros—. El problema no sería tan grande si hubiera hecho algo para sustituirlos. Pero no dispongo del tiempo necesario para empezar a hacerlo. El replicante número seis ha conseguido esfumarse, y eso significa que me lleva una gran ventaja. No puedo ir dando palos de ciego de un lado a otro, así que necesito a alguien cuyos sistemas puedan entrar en acción inmediatamente. Necesito a alguien que disponga de los sistemas de un blade runner..., y tú eres ese alguien, Dave. Por eso estás aquí.

Holden no dijo nada. Si Batty quería creer que era tan valioso, entonces Holden no iba a hacer nada para quitarle esa idea de la cabeza. Pero en cuanto a sus conexiones... Bueno, Holden no estaba demasiado seguro de si seguirían funcionando. Había pasado casi un año entero fuera de combate, tumbado sobre la espalda y conectado al gotero intravenoso del hospital, y eso era mucho tiempo fuera de la escena, especialmente en Los Ángeles. Batty no podía ni imaginarse lo deprisa que cambiaban las cosas actualmente en comparación con su época. Además, tampoco había que olvidar sus propios problemas. Bryant, su antiguo jefe, y sólo Dios sabía cuántas personas más, habían decidido meter a Holden en la nevera por razones desconocidas, y no parecía muy probable que se alegraran de verlo nuevamente en pie. «Aunque eso quizá sea un factor positivo —pensó Holden—. Si caí en una trampa organizada por una conspiración contra los blade runners, los otros blade runners estarán de mi parte.» Tendrían que ponerse de su parte, por una simple razón de supervivencia. «Bueno, por lo menos los más inteligentes estarán de mi parte...», se dijo. Lo cual significaba que la evaluación de la situación hecha por Batty era correcta, y que Holden tenía ciertos recursos a su disposición..., y eran recursos de la mejor clase posible, porque se encontraban justo dentro de la policía de Los Ángeles, debajo de las narices de Bryant y de los tipos que le habían tendido una trampa.

El residuo de duda se evaporó, dejando tras de sí el duro estrato de la confianza en sí mismo propia de un blade runner. Holden seguía contando con la ventaja que le daba el ser humano. El rotador ya había llegado a los suburbios de Los Ángeles, secciones de un laberinto que formaba una sólida homogeneidad con el apretado centro en implosión de la ciudad. La respuesta estaba en algún lugar de aquella masa de edificios, paseándose con el rostro de otra persona. Holden se preguntó cuál sería ese rostro.

«Pronto lo averiguaré.» Volvió a mirar a la figura sentada junto a él. La misma pregunta surgió otra vez en su mente. ¿Hasta qué punto podía resultarle útil Batty?

Quizá; estaría mejor sin él, y tal vez obtendría mejores resultados cazando en solitario.



—Muy bien —dijo por fin—. Te ayudaré. Después de todo... es lo justo.

Batty alzó la mirada de los controles del rotador.

—Bueno, eso quiere decir que acabamos de crear una pequeña sociedad.

—Oh... Desde luego que sí.

Y le devolvió la sonrisa.

Deckard sabía adónde iba. El problema era que no tenía ni idea de cómo llegar allí.

Antes todo resultaba más fácil, porque entonces podía ir directamente al apartamento-refugio en un rotador anónimo, de noche y con las luces de seguimiento apagadas y los motores reducidos a un silencio casi absoluto. «Cuando era un blade runner —pensó Deckard—, un blade runner de verdad...» Antes contaba con todos los privilegios y prerrogativas que derivaban de ese hecho, pero se había visto reducido a tener que arrastrarse por el suelo como un civil o, peor aún, como un animal acosado. Fuera cual fuese la transformación que le había prometido Sarah Tyrell, ya hacía algún tiempo que se había completado.

El uniforme robado estaba tan hecho pedazos que ya no resultaba reconocible. Los morados, las abrasiones de la piel y las heridas recubiertas por costras de sangre seca eran visibles a través de los agujeros y desgarrones. Mientras trepaba por las ondulaciones de cascotes de concreto y viguetas retorcidas, las palmas de sus manos iban dejando pequeñas huellas rojas.

Deckard se detuvo al final de una larga cuesta para recuperar el aliento, sintiendo cómo el aire reseco y recalentado le desollaba el interior de la garganta. Un ángulo de noventa grados exactos formado por mármol y acero, que en tiempos había sido vertical y que había acabado yaciendo sobre el suelo, indicaba el lugar en el que había caído una de las torres de la zona. Algunos edificios se habían limitado a desmoronarse durante las ya lejanas sacudidas sísmicas del pasado, pero la mayoría se habían desplomado de lado, siguiendo el repentino movimiento de látigo del subsuelo. Un cuchillo de autopista atravesaba la zona, con los puntos divisores de las calzadas escribiendo absurdos graffiti carentes de significado sobre un pavimento que se había con vertido en pared.

Una mirada por encima del hombro le reveló un cielo vacío. No había ni rastro de persecución aérea. Deckard se agarró al risco de cemento en que se había convertido el edificio, se protegió los ojos con una mano y examinó la zona en busca de

cualquier otra indicación de que su lento avance hubiera sido detectado. Nada. O los policías que le habían perseguido en la comisaría central suponían que



había caído debajo de las ruedas del tren de los replicantes, y seguían registrando el túnel en busca de los fragmentos de su cuerpo, o habían suspendido la persecución hasta que volviera a aparecer en un territorio que fuese más de su agrado. Todos sabían que el mundo inclinado era uno de los lugares preferidos de los criminales realmente peligrosos —clanes familiares disfuncionales de caníbales tipo Sawney Bean, fetichistas de las proteínas al estilo Dahmer—, y enviar a un escuadrón de uniformes recién planchados allí sería como hacer desfilar una bandada de pavos envueltos en cuero en pleno centro de una convención de lobos. ¿Para qué correr el riesgo de que unos dientes afilados con lima te destrozaran el tobillo de un mordisco a través de las botas cuando había muchas probabilidades de que los huesos de la persona que estabas buscando ya estuvieran siendo roídos en algún otro lugar de la zona?

Usando las ventanas rotas del edificio como asideros, Deckard fue descendiendo poco a poco por la pendiente del otro lado. «Tienes que llegar ahí...» El mensaje no iba dirigido únicamente a sus fatigadas extremidades, sino que también estaba siendo enviado de una parte de su cerebro a otra. Tenía que luchar con algo más que el simple agotamiento. El tren de los replicantes y la visión de pesadilla que contenía, recuerdos y rostros, con esos últimos siendo lo más inquietante, le habían conmovido hasta lo más profundo de su alma..., suponiendo que todavía tuviera una.

Tendría que pensar en eso más tarde. De momento, los sectores de su cerebro que todavía se hallaban en condiciones de funcionar estaban muy ocupados concibiendo el plan de ataque que seguiría en cuanto hubiese llegado al apartamento-refugio. No dispondría de mucho tiempo para descansar, y el trabajo seguiría alzándose delante de él. Ponerse en contacto con Bryant no sólo había resultado ser una pérdida de tiempo, sino que —y eso era mucho peor— había servido para que la tarea de encontrar al sexto replicante quedara envuelta en misterios todavía más oscuros. Alguien se había cargado a Bryant. ¿Qué demonios significaba eso? «Quizá fue el sexto replicante —pensó Deckard—. Quizá mató a Bryant...» El sexto replicante,

de cuyo departamento de policía por el mismo Bryant, era la clave de todo. Mientras Bryant viviera, la cobertura no sería completa, porque seguiría habiendo como mínimo una persona que sabía quién era el sexto replicante. Con Bryant enfriándose en un depósito de cadáveres, el dato había quedado borrado de su última localización, la memoria humana.

Todo lo cual significaba, y Deckard lo sabía, que encontrar al sexto replicante iba a ser mucho más difícil de lo que había creído en un principio. Bryant había sido su única ruta de acceso a los archivos del departamento. La imagen sintetizada de

Bryant en el monitor de vídeo, con sus astutas respuestas en tiempo real, podía haber estado mintiendo, simplemente para retenerle en el despacho, cuando le dijo que la



identificación del sexto replicante todavía podía ser extraída de algún sector protegido y cerrado con siete llaves de las bases de datos. Deckard no tenía forma alguna de saberlo. Y tampoco podía volver a la comisaría de policía para tratar de acceder a la información: si era lo suficientemente estúpido para volver a enseñar el rostro por allí, los policías caerían sobre él en cuestión de segundos.

«¿Y entonces qué?» Deckard continuó reflexionando mientras proseguía con su lento y laborioso avance por el mundo inclinado. ¿Sacar una vieja máquina Voigt-Kampff del equipo guardado en el apartamento-refugio y empezar a hacerles pruebas de empatía a todos los habitantes de Los Ángeles? Bueno, eso sólo exigiría unos cuantos siglos.

Y de repente se le ocurrió otra posibilidad. Podía tratar de establecer alguna clase de conexión de comunicaciones directa con las autoridades de las colonias espaciales, haciéndose pasar por alguna figura de alto nivel del departamento de policía de Los Ángeles —quizá el mismo Bryant, si las autoridades espaciales no sabían que había muerto— y obtener una repetición de la transmisión de los datos originales sobre todos los replicantes huidos. Esa sería una forma de obtener la identificación del número seis. El único problema era que eso resultaría casi tan difícil como hacer volver a Bryant de entre los muertos para sacarle la información. Las agencias de seguridad de las colonias no figuraban en el directorio telefónico, y las Naciones

Unidas controlaban todas las transmisiones de banda estrecha entre la Tierra y las colonias. Aun suponiendo que encontrara alguna forma de introducirse en el sistema para contactar con ellas, seguiría teniendo que salvar el pequeño obstáculo de los códigos de reciprocidad del departamento, y además debería inventarse alguna razón falsa lo suficientemente buena para convencer a las autoridades coloniales de que volvieran a enviar los datos ..., y todo el montaje tendría que llevarse a cabo sin que la policía se enterase de lo que estaba haciendo y de cuál era el sitio desde el que lo estaba haciendo.

Deckard no creía que tuviera muchas probabilidades de hacer todo eso, pero de momento era el único plan de que disponía. Aparte de hacer circular la noticia de que había vuelto a la ciudad y estaba esperando a que el sexto replicante viniera a buscarle con la palabra «asesinato» escrita en la frente, claro... Era otra posibilidad en la que también debía pensar.

O en la que quizá fuese mejor no pensar. Deckard apretó los dientes para resistir la dolorosa picadura de las rocas calcinadas por el sol que le arañaban las palmas de las manos y el vértigo del caos de planes y posibilidades que giraba dentro de su cabeza. Estaba empezando a añorar la época en que todo era más sencillo, cuando odiaba su trabajo pero aún sabía qué debía hacer. Cuando podía plantar los pies en el suelo, los párpados entrecerrados para ver algo a través de la lluvia que acuchillaba sus ojos, y alzar la pesada pistola negra con las dos manos tensadas alrededor de su



empuñadura, los brazos extendidos, y apuntar mientras las multitudes de la ciudad se abrían ante él como un océano provisto de rostros...

Para disparar, con el retroceso del arma subiendo por su pecho como un impacto lleno de violencia que acababa saliendo al exterior, su eco palpable disminuyendo lentamente en la base de la columna vertebral mientras el arma descendía bajo el empujón de su propio peso muerto. La última vez en que pudo hacer todo aquello fue con Zhora, una integrante de esa última remesa de replicantes huidos..., y la primera que había retirado. Todavía podía ver el vuelo planeado de su cuerpo, la energía cinética combinada con el impulso de la bala, mientras atravesaba un cristal detrás de otro hasta acabar deteniéndose, la sangre mezclándose con la lluvia, las relucientes astillas como cristales de hielo que se derretían alrededor de los pies de Deckard mientras bajaba la mirada hacia ella. Para contemplar aquello en lo que se había transformado, una cosa muerta, su corta vida terminada al fin...

Deckard expulsó aquel recuerdo de su cerebro. Pensar en esas cosas sólo llevaba a la depresión, a meditaciones llenas de amargura sobre en qué se había convertido. Por aquel entonces ya había dejado su trabajo, y ya no era un blade runner. Decidió dejarlo cuando comprendió que no odiaba su trabajo..., sino que en realidad le gustaba demasiado.

Siguió avanzando a través de los cascotes con la mente silenciada por un férreo control. La pequeña racha de suerte que había tenido al llegar al mundo inclinado perduró durante el resto de su viaje. No vio a nadie, humano o menos que humano, aunque oyó algunos ruidos furtivos procedentes de distancias mayores o menores, sonidos indicadores de que algunos de los habitantes más asustadizos de la zona huían ante su aproximación. También consiguió no perderse entre el amasijo de restos del sector, a pesar de que estaba traduciendo un conocimiento a vista de pájaro de la ruta a un avance a pie. La autopista derrumbada le servía como punto de orientación. Deckard sabía que si la mantenía a su derecha y contaba diez rampas volcadas, acabaría encontrándose razonablemente cerca de su destino.

Que por fin acababa de aparecer delante de él. Deckard consiguió emitir un suspiro de alivio a través de los jadeos con los que intentaba tragar aire, y avanzó con paso tambaleante hacia el rascacielos de apartamentos, una copia del primer período de Gehry.

Los pasillos del interior del edificio eran túneles sumidos en la oscuridad, orientados más en el sentido de la anchura que en el de la altura. La zona todavía conservaba algo parecido a un servicio eléctrico rudimentario, restos de algunas de las redes de suministro piratas que habían florecido a finales de siglo. Deckard, que llevaba bastante tiempo sin haber tenido que utilizar aquel lugar, esperaba que nadie



hubiera improvisado una conexión de salida en el conducto que suministraba energía a las funciones de seguridad de la casa.

Encontró la puerta, un rectángulo acostado sobre su lado más largo, con un número del orden de los cientipocos apenas visible debajo de las capas de pintura esparcidas con un rociador. Un demonio *placa*, alas de murciélago de contornos borrosos y colmillos fluorescentes, todavía adornaba el pasillo invertido. Deckard se arrodilló delante de la diminuta rejilla metálica instalada a unos centímetros del agujero de la cerradura, que estaba obstruido.

—Soy yo. —Intentó mantener la voz lo más firme y libre de temblores causados por el temor posible—. Venga, ábrete.

Un diodo rojo empezó a parpadear al lado de la rejilla.

—¿Te conozco? —Una voz enlatada, la hembra carente de emociones que residía en la mayoría de los chips de los pequeños electrodomésticos—. No viones mi integridad, por favor. Vete y déjame en paz.

Deckard no podía perder el tiempo tratando con una cerradura recalcitrante. Cerró los ojos, dominado por la frustración, y empezó a golpear la rejilla con el puño.

—Abre o juro por Dios que te desmontaré.

Si tenía que hacerlo, usaría las uñas de sus dedos como destornilladores.  
—Eso sería un acto vergonzoso.

La frente de Deckard descendió hasta quedar apoyada justo encima de los minúsculos agujeros.

—¿Quieres más muestras? Perfecto. —Rebuscó en su casi vacío cerebro buscando algo más que decir, unas palabras que pudieran activar la modalidad de reconocimiento de la cerradura—. Hace unos..., unos ochenta años... —No conseguía acordarse del resto—. Eh... Digamos que estás caminando por el desierto y ves una tortuga. Ves una tortuga y...

Un seco chasquido metálico resonó en el interior de la rejilla. Deckard apenas tuvo tiempo de erguirse para evitar caer dentro de la habitación que había al otro lado de la puerta cuando ésta se abrió de golpe.

Cerró la puerta detrás de él, apoyando una mano en la pared que en tiempos había sido el suelo para no perder el equilibrio. Las ventanas habían sido tapadas con tablones, por lo que el interior estaba todavía más oscuro. Deckard podía distinguir unos cuantos muebles que le resultaban familiares, restos de existencias vividas cuando el edificio aún se mantenía en posición vertical: un sofá colocado junto a una hilera de cuadros de Keane enmarcados, huellas de pisadas sobre los niños de ojos enormes, una lámpara de techo que había quedado suspendida en una de las



esquinas invertidas... La puerta de la cocina del apartamento, que estaba entornada, revelaba una nevera desenchufada que yacía sobre un flanco de color verde aguacate, con la puerta llena de imanes abierta.

Una vez dentro de aquella pequeña isla de seguridad —cuando el apartamento fue concebido originalmente como refugio, las paredes exteriores habían sido sometidas a una inyección de hojas térmicas y láminas sensoras acústicas—, Deckard sintió que una parte de la tensión iba abandonando sus rígidos hombros. Pero sólo durante un momento. Cuando miró hacia abajo, los ojos ya adaptados a la oscuridad, vio un soldado prusiano en miniatura, con las mejillas encarinadas de un payaso y una nariz alargada que tenía la punta rota, alzando la cabeza para devolverle la mirada. Los ojos del soldadito se desorbitaron en una aterrada comprensión.

—¡Te conozco! —Su voz era cómicamente aguda—. ¡Te he visto antes! —Giró sobre el tacón de su bota de caballería y echó a correr hacia la puerta del dormitorio—. ¡Sebastián! ¡Sebastián! Hay un hombre aquí dentro... ¡Un hombre malo! ¡Un asesino! ¡Sebastián!

Antes de que Deckard pudiera reaccionar, la puerta se abrió de golpe y su picaporte chocó con la superficie sobre la que se encontraba. Algo salió disparado del hueco, apartando violentamente al soldadito. Deckard se encontró ante algo que giraba y se retorció por los aires, y que le dio de lleno en el pecho antes de que pudiera apartarse de su aullante trayectoria.

Cayó sobre la espalda, con un par de lo que parecían manos tensándose alrededor de su garganta. Un espectro de cabellos blancos estaba arrodillado sobre su pecho, los dientes apretados y los ojos irradiando una furia asesina. Deckard lo reconoció, a pesar de que cuando lo había visto anteriormente tenía el rostro de una mujer joven, mientras que en aquel momento lucía una máscara esquelética de cuero de secado. Sus muñecas eran como huesos recubiertos de fibras entre sus dedos mientras intentaba librarse de la presa con que le estaba asfixiando.

—¡Pris! —Otra voz, procedente de algún lugar de la habitación inclinada—. ¡No hagas eso! ¡Vas a hacerle daño!

En el límite de su campo visual, ahogándose en una neblina rojiza, Deckard vio a un hombre con el rostro de un bebé lleno de arrugas suspendido de la espalda de un oso de peluche animado. El hombre tiraba con una sola mano del brazo de la figura enloquecida, abriendo un nuevo desgarrón en la ya maltrecha malla que la cubría. Deckard sintió que se alejaba velozmente de las visiones combinadas del recuerdo y la pesadilla, y la interrupción de su respiración convirtió el rojo en negro.



## 12

Lo siento muchísimo. —Preocupada y llena de nerviosismo, una voz que encajaba perfectamente con el hombre, o con lo que quedaba de él—. A veces Pris se pone así..., incluso conmigo. Tiene muy..., muy mal genio, y se enfada por cualquier cosa. Probablemente eso indica una ira oculta profundamente enraizada en ella.

—Y que lo digas.

Acostado sobre un colchón en el apartamento-refugio, Deckard contempló cómo Sebastián —un bioingeniero que anteriormente había trabajado para la Corporación Tyrell en algunas investigaciones, y cuyo expediente policial todavía recordaba haber

leído— hacía café. El proceso era bastante complicado: el oso de peluche, los ojos tan opacos y desafiados como los botones de su chaleco deprimónico, tuvo que retroceder hasta el fregadero inclinado en ángulo, mientras el amputado triple suspendido del arnés indio usaba el borde de la encimera como superficie plana para sostener el molinillo y la cafetera.

—Quizá se acuerda de mí —dijo Deckard, frotándose la garganta amoratada—. Quizá se acuerda de que la maté. Puede que eso explique su reacción.

—Oh, vaya... Pues no lo sé. —Sebastián estaba intentando bajar el pistón de la cafetera—. No estoy seguro de qué recuerda y qué ha olvidado. —La bolsa de raciones exóticas del cargamento de la asistencia social se había volcado, derramando granos de café por todo el suelo—. A veces me pregunto si se acuerda de mí. Y soy el mejor amigo que tuvo jamás..., incluso cuando estaba viva. —Acabó de servir el café y le ofreció una taza sobre un plato de postre Meissen surcado por grietas tan finas como cabellos—. ¿Puedes llevarle esto a nuestro invitado, Chirriante?

El soldado en miniatura, la figura del casco rematado por un pincho que Deckard había visto por primera vez en el apartamento-refugio, obedeció de mala gana y le trajo el café. Su mirada se deslizó sombríamente a lo largo de su nariz prolongada, contemplándole todavía con cierta suspicacia: la memoria del soldado no parecía haber sufrido ningún daño. Deckard se sentó y aceptó la taza.



—¿Qué parte de su funcionamiento cerebral salvaste?

—Oh, casi todo. —Sebastián tomó un sorbo de un tazón. Tenía el aspecto extrañamente anciano de un polluelo, casi incapaz de alimentarse a sí mismo, y la piel de su mano y de su cara se había vuelto traslúcida, un pergamino arrugado—. Pero los circuitos de los Nexus-6 son realmente muy poco fiables. Básicamente es un diseño inestable, con un montón de improvisaciones y soluciones apresuradas. Le advertí al señor Tyrell de que no debía lanzarlos al mercado. Le dije que habría problemas. Antes de que te des cuenta empiezas a tener devoluciones y entonces, bum, todo tu margen de beneficios se va al cuerno. Sólo los costes de enviarlos de vuelta desde las colonias espaciales... —Un estremecimiento recorrió el torso abreviado suspendido del arnés indio—. No puedes limitarte a pegarles un sello y enviarlos de vuelta a casa, ya sabes.

—Cierto. —El café extendió su amargo calor sobre la lengua de Deckard—. Los replicantes tienden a meterse en líos.

—Sí... —Sebastián tomó otro sorbo—. Pero, como ya he dicho antes, básicamente es debido a los defectos de diseño que tienen los Nexus-6. Son susceptibles a las visiones y ese tipo de cosas. Les afectan casi tanto como a los humanos de verdad.

—Lo que tú digas.

No parecía un tema digno de ser discutido. El espantapájaros dotado de movilidad que había sido la replicante Pris le fulminaba con la mirada a través del hueco de la puerta que daba a secciones todavía más oscuras del apartamento, sus ojos convertidos en dos ascuas rojizas agazapadas debajo de su peluca albina. El vello de Deckard todavía se erizaba cada vez que la veía, una respuesta activada por el recuerdo de cómo había estado a punto de matarle, montada sobre sus hombros y golpeándole las sienes con los puños primero para hacer girar su cabeza de un lado a otro como la de una muñeca rota después.

—Tuviste que actuar muy deprisa para poder llevártela, ¿no?

Cuando la había visto por última vez, antes de aquel encuentro en el apartamento-refugio, Pris estaba ejecutando una danza espasmódica sobre su espalda, bufando y aullando en las últimas convulsiones de su muerte después de que la bala del arma de Deckard le hubiese abierto el torso.

—Desde luego que sí. —Sebastián asintió—. La saqué del depósito de cadáveres de la policía y la metí en mi furgoneta. Tenía un pase que me autorizaba a hacerlo, ¿sabes? Ya la habían sometido a sus pruebas, así que creo que en realidad no les habría importado que me la llevara. No es que pensara quedarme por allí para

preguntárselo, claro. Pensé que no tardarían en emitir una orden de arresto a mi nombre, por lo que me había largado de un hospital de custodia policial y solo.



Cuando me encontraron en la suite privada de Tyrell pensaron que estaba muerto, supongo que debido a que tengo un aspecto tan decrepito, pero sólo había perdido el conocimiento. Me metieron en la ambulancia y consiguieron que mi corazón volviera a ponerse en marcha. Pero pensé que la policía estaría convencida de que había ayudado a Batty a matar al viejo señor Tyrell, así que cogí el cuerpo de Pris y a mis amiguitos y salí huyendo para venir a esta zona. Sabía que aquí no podrían encontrarnos.

—Buena idea. Ser cómplice de un crimen es algo que se castiga severamente en esta ciudad..., especialmente cuando las pruebas están grabadas en una cinta.

—Un montón de mentiras, eso es lo que son. —Una luz de indignación brilló en los ojos acuosos de Sebastián—. Yo nunca le habría hecho daño al señor Tyrell. Ya sé que no era un hombre muy agradable, pero era mi amigo. Bueno, más o menos... Por eso intenté advertirle de que estaba ocurriendo algo raro. —Sebastián empezó a hablar en un tono cada vez más lleno de excitación—. Cuando Roy y yo subíamos en el ascensor para ir a la suite personal del señor Tyrell... Bien, se suponía que yo debía decirle que ya sabía cuáles iban a ser mis próximos movimientos en la partida de ajedrez que estábamos jugando. Aunque en realidad era Roy quien los había calculado, claro, y yo sólo tenía que repetir lo que me había dicho. Cuando se suponía que tenía que decir «Jaque mate», en vez de eso dije «Jaque mate, creo», y

anuesto a que eso está grabado en la cinta del sistema de seguridad. Así es como intenté advertir al señor Tyrell de que algo andaba mal sin que Roy se enterase de lo que estaba haciendo. —Las palabras empezaron a surgir de su boca en un atropellado balbuceo—. Por aquel entonces yo no lo sabía —siguió diciendo Sebastián—, pero el señor Tyrell había estado copiando una partida de ajedrez muy famosa. La llaman la Partida Inmortal, y fue jugada por un par de grandes maestros de la antigüedad, hace ya mucho tiempo... Roy me lo contó cuando me dijo qué movimientos debía hacer. Todos esos datos sobre el ajedrez formaban parte de su implante de memoria, y eran parte de lo que el señor Tyrell había incluido

personalmente en su programación. Yo nunca hubiera podido concebir esas jugadas por eso cuando dije «creo», tendría que haber sabido que no había sacado los movimientos de un libro, y que otra persona tenía que habérmelos explicado, y que esa persona probablemente estaba conmigo en aquel momento, así que tendría que haber avisado a los chicos del departamento de seguridad en vez de habernos dejado entrar, porque él ya sabía que Roy era muy peligroso...

—De acuerdo, de acuerdo. Te creo. —Deckard alzó una mano para detener el torrente de palabras. En realidad no tenía ni idea de qué le estaba diciendo—. Oye, eso da igual. No he venido aquí para arrestarte ni nada por el estilo.



—¿No? —Sebastián se inclinó hacia él para verle mejor—. Pensaba que quizá había venido a arrestarme por el asesinato del señor Tyrell y porque había entrado aquí sin permiso... Lo siento mucho, de veras. Entré porque encontré este sitio con las cerraduras y todo lo demás funcionando, y parecía que nadie estaba viviendo aquí.

—Cálmate. Puedes quedártelo, ¿entendido? No es más que un apartamento que usaba cuando estaba cazando replicantes que sospechaba podían haber entrado en la zona. No tiene nada de especial.

—Cazando replicantes... —Un repentino temor desorbitó los ojos de Sebastián—. No habrá venido en busca de Pris, ¿verdad? No habrá venido a matarla sólo porque yo..., por que yo la salvé... Ya ha muerto una vez. No volverá a matarla, ¿verdad?

«No lo sabe —pensó Deckard—. Sigue creyendo que la chica era una replicante.» Toda esa charla sobre los defectos del cableado neurocerebral de los Nexus-6 confirmaba que Sebastián no conocía los resultados de los análisis de la médula ósea a que había sido sometida Pris, seguramente por que por aquel entonces ya no tenía ninguna clase de relación con la Corporación Tyrell. Escondido en aquel rincón del mundo inclinado, no tenía forma alguna de saberlo. Y tampoco tenía ninguna forma de saber que los análisis de la médula ósea eran la única forma de determinar una diferencia fisiológica entre un replicante y un ser humano.

El universo estaba lleno de casualidades sorprendentes. Deckard había llegado al apartamento-refugio para encontrarse con la única persona que no creía que fuese culpable de haber asesinado a un ser humano, la única persona que tenía más derecho a pensar en él como en un asesino.

—La amabas, ¿no? —Sintió una repentina oleada de simpatía hacia aquel hombre truncado—. Sí, supongo que tenías que quererla mucho. Para... volver a recomponerla de la manera en que lo has hecho, quiero decir...

—No... —Sebastián meneó la cabeza—. La amo. La amo tal como es ahora, en su estado actual... Nada ha cambiado. No para nosotros, por lo menos. Y sé que Pris me ama.

La criatura espectral, ojos rojizos y una cegadora corola de cabellos blancos alrededor del rostro, había oído pronunciar su nombre, el nombre al que había respondido cuando vivía. Entró arrastrándose en la cocina del apartamento, manteniendo la espalda pegada a las paredes y una mirada recelosa clavada en Deckard. Pasó junto al oso de peluche animado y se inclinó hasta quedar lo más cerca posible de Sebastián, y su rostro de cuero reseco rozó las facciones de bebé arrugado de Sebastián. Los ojos idiotizados de la criatura permanecieron clavados en la figura inmóvil al otro lado de la habitación.



—¿Ve? —Sebastián no podía resistir el impulso de presumir de su astucia—. No resultó nada fácil, pero conseguí mantener en funcionamiento las partes importantes: Pris sabe quién soy... —Acarició tiernamente los cabellos blancos con su única mano—. Y realmente está ahí dentro. Aunque tuve que eliminar un montón de tejidos blandos del resto del cuerpo, claro. —Habla de lo que había hecho con tanta despreocupación como si estuviera describiendo la reparación de una radio averiada—. Me había llevado muchas herramientas y piezas de repuesto, así que conseguí reactivar los relés sensores-activadores y los motores de sustitución muscular sin demasiadas dificultades. Pero sigue necesitando un mantenimiento constante, y en realidad no puede cuidar de sí misma. Me necesita, ¿sabe? Así que cuando estuvo reparada y en marcha, hice lo que tenía que hacer... conmigo.

Bajó la mirada hacia su cuerpo, o lo que quedaba de él, suspendido del arnés.

—Los médicos de la ciudad me habían dicho que la pseudoprogeria que padezco —envejecimiento acelerado, ya sabe— podía ser frenada e incluso detenida durante un tiempo reduciendo las exigencias a que tiene que hacer frente el núcleo sistémico. Básicamente, la enfermedad consiste en un colapso progresivo de los sistemas nervioso y circulatorio. Así que tuve que hacer algunos recortes, tal como hice con Pris... Pensé que en realidad sólo necesitaba una mano, siempre que tuviera cerca a mis amiguitos para que me ayudaran. —Dio unas palmaditas sobre la lanuda cabeza

del oso de peluche, y el oso volvió la cabeza para contemplarle por encima de los galones de su hombro y le obsequio con una sonrisa llena de dientes de acero—. Siempre nos hemos llevado muy bien, ¿verdad, coronel?

—¿Y realmente dio resultado? —Deckard usó la taza casi vacía para señalarle—. Quiero decir que..., que si detuvo el avance de tu enfermedad.

—Pues la verdad es que no lo sé. —Sujeto a la espalda de su compañero de ojos de botón, Sebastián se retorció en un complicado encogimiento de hombros—. Pero sigo aquí, ¿no? Rodeado por las personas que me aman... —Su otra creación, el soldado en miniatura con el casco rematado por un pincho y la larga nariz, había entrado en la cocina y se había pegado a él, formando un cuadro de familia—. Eso es todo lo que importa, ¿verdad?

Deckard supuso que sí. Después de todo, no había nada que pudiera decir contra esa afirmación. Reducido a un torso con un solo brazo, con un par de enanos de juguete por compañeros y la cosa-mujer de la que estaba enamorado reducida a un esqueleto asesino... Aun así, Deckard le envidiaba. Amar a los muertos, amar los pequeños fragmentos que perduraban después de la muerte, aunque sólo fuesen recuerdos. .. Quizá eso era lo que definía lo humano. «¿Para los muertos o para nosotros?», se preguntó. No lo sabía.



Durante un momento, mientras contemplaba a Sebastián junto a la Pris resucitada, una tenue chispa de esperanza había parpadeado dentro de él. Quizá Sebastián pudiera hacer lo mismo por Rachael: no evitar su muerte, desde luego, sino hacerla volver bajo alguna forma alterada pero todavía reconocible. Pero la chispa se convirtió en una ceniza helada tan rápidamente como había surgido. Aun suponiendo que fuera posible, Deckard sabía que no era nada que quisiera, nada que pudiera soportar. Tener tus recuerdos y tu dolor siempre sería mejor que verte acosado por un cadáver animado que llevaba una máscara hecha con la carne vacía de la persona amada. «Pobre bastardo...», pensó mientras contemplaba a Sebastián. El hombrecillo, o lo que quedaba de él, ni siquiera sabía lo jodido que estaba. Era como si una percepción crucial de la realidad hubiera sido amputada junto con sus otras extremidades, como si todo aquello sólo fueran cosas que había descubierto no necesitaba para seguir viviendo.

«Aunque quizá..., quizá podría quitarme de encima esa acusación de asesinato.» Deckard siguió reflexionando mientras apuraba los últimos sorbos de café frío. Quizá pudiera llevarse consigo a la cosa-Pris, el cadáver animado, para enseñárselo a las autoridades y decirles que no había matado a ningún ser humano después de todo: allí estaba, y todavía era capaz de moverse..., más o menos. Pero enseguida descartó la idea. La cosa-Pris no supondría una demostración muy convincente de su inocencia. Un vistazo a aquello en lo que se había convertido bastaría para que, por pura repugnancia, le pegaran un tiro y arrojaran su cuerpo a la calle.

Decidió abandonar sus especulaciones. De todas maneras, suponía que todo aquello daba igual. Lo único que sabía, o que le importaba, era que seguía estando muy lejos de la mujer a la que amaba..., y que esa mujer se estaba muriendo.

—Bueno, voy a explicarte lo que tenemos que hacer. —El rotador de carga sobrevolaba las torres de Los Ángeles—. En primer lugar, localizamos a Deckard. Nos hacemos con él y...

—¿Me estás diciendo que tenemos que ir hasta Oregón? —Holden se volvió hacia Batty y le lanzó una mirada llena de consternación—. ¿Qué clase de plan es ése?

—¿Oregón? —Los controles del rotador se movían bajo las manos de Batty—. ¿De qué estás hablando?

Holden meneó la cabeza. Una prueba más de que estaba hablando con alguien que se hallaba al borde de la senilidad.

—Ahí es adónde fue Deckard —le explicó pacientemente—. Bryant me lo dijo cuando todavía estaba en el hospital.



—Pero eso era entonces, y yo te estoy hablando de ahora. —Batty bajó la mirada hacia la ciudad—. Deckard se encuentra aquí, en Los Ángeles.

—Chorradas. ¿Por qué iba a volver?

—No volvió, sino que lo trajeron. ¿Quién? Personas desconocidas, y lo más probable es que no se tratara de una operación policial. Uno de mis amigos del Centro de Reciclaje se enteró gracias al sistema de rumores del departamento y me puso al corriente. Deckard fue sacado a la fuerza del escondite que tenía en el norte, y lo trajeron a Los Ángeles por vía aérea.

Holden contempló a la figura sentada junto a él en la cabina.

—¿Quién lo tiene ahora?

—Nadie. —El rotador había sido introducido en una pauta de espera durante la que trazaría grandes círculos, y Batty se apartó de los controles—. O se ha escapado, o han dejado que escapara. Tanto en un caso como en otro, tenemos que encontrarle.

—¿Por qué?

—Te creía más listo. —La sombra de la sonrisa volvió al rostro de Batty—. ¿Todavía no lo has entendido? Deckard es el sexto replicante, el que aún no ha sido localizado.

Holden sintió la tentación de responder con un nuevo «Chorradas», pero una hebra de duda se infiltró en sus pensamientos. ¿Y si Batty tenía razón?

—Creo que será mejor que me expliques cómo has llegado a esa conclusión.

—Es muy sencillo. —La sonrisa de Batty se ensanchó—. ¿Cuál es la única clase de replicante que un replicante blade runner, como tú, nunca tendrá ocasión de perseguir y retirar? Pues otro replicante blade runner, naturalmente, por que eso haría que se descubriese todo el pastel. Si te encontraras cara a cara con tu doble, o con el doble de alguien que siempre habías creído también era un blade runner humano... Vamos, vamos. —Batty se golpeó la frente con la punta de un dedo—. No haría falta ser ningún genio para empezar a entender que allí estaba ocurriendo algo raro. Empezarías a hacerte preguntas, o te las guardarías dentro de la cabeza, y los que mandan no tardarían en quedarse sin respuestas falsas que soltarte. Cuando eso ocurre te has vuelto peligroso, y entonces tienen que librarse de los replicantes demasiado listos que han descubierto demasiadas cosas.

«Puede que una parte de lo que dice sea verdad —pensó Holden—. Aunque Batty esté totalmente fuera de órbita en lo que concierne a mi humanidad..., podría tener razón en lo que concierne a Deckard.» Cuanto más pensaba en ello, más plausible le

parecía. El otro blade runner nunca le había caído bien. Deckard siempre le había parecido frío y desagradable, con una irritante colección de posturas morales sobre



su trabajo. Deckard hubiese debido dejar la unidad mucho antes de lo que lo hizo, porque siempre se estaba quejando de lo que tenía que hacer.

O quizá Batty estaba completamente equivocado. «Tanto Deckard como yo podríamos ser humanos...» Y esa idea tenía ciertas cualidades bastante atractivas. Para empezar, estaba su sencillez: Holden era consciente de que en cuanto alguien empezaba a dudar de las apariencias exteriores, de los niveles superficiales de la realidad, entraba en un laberinto que se expandía incesante e infinitamente, donde nada era lo que parecía ser. Así era como las personas acababan volviéndose tan chifladas como Batty, quien probablemente estaba a tan sólo un paso de creer que él mismo era un replicante. «Claro que si Batty es un replicante —pensó Holden—, entonces...»

Bloqueó esa línea de pensamiento con unas sólidas pinzas metálicas. Por el momento eso carecía de importancia. El objetivo primario que no debía perder de vista era lo que le acababa de decir Batty, y de qué manera podía beneficiarle.

—Si Deckard está en Los Ángeles, entonces dar con él no será ningún problema. —Holden introdujo una tranquila confianza en su voz—. Sé adónde iría.

—¿Sí? —Batty extendió las manos hacia los controles del rotador con una gran sonrisa—. Guíame.

Holden recitó una serie de instrucciones, y unos instantes después estaban sobrevolando lo que había sido el distrito de Los Feliz.

—Vamos, hombre... —Batty meneó la cabeza, visiblemente disgustado—. ¿Éste es el resultado de toda tu intensa actividad cerebral? ¿Pensabas que Deckard volvería a su viejo apartamento? Nadie es tan estúpido. Mira a tu alrededor. Como puedes ver, la policía ya ha estado aquí y ha inspeccionado toda la zona.

Holden volvió la cabeza hacia el panel lateral de la cabina y vio las tiras amarillas de INVESTIGACIÓN POLICIAL — NO CRUZAR, medio arrancadas e incrustadas en el polvo que traía el viento por los vehículos de superficie que habían convergido sobre el apartamento y se habían ido después.

—¿Y? —Se encogió de hombros—. Los policías que estuvieron aquí no sabían lo que yo sé sobre Deckard. Él y yo éramos como hermanos. Los dos éramos blade runners.

—Ahórrame el rollo.

—Baja y lo verás.

Las cerraduras de la puerta delantera de Deckard habían sido agujereadas con taladros neumáticos, y la plancha de acero instalada debajo de los números 9732 estaba abollada y había sido arrancada de los goznes. Batty necesitó unos minutos



para desconectar el sello policial sin activar la alarma que habría enviado una señal a los cuarteles generales de la policía de Los Ángeles. Después abrió la puerta de un empujón, y él y Holden salieron del pasillo silencioso y oscuro para entrar en el apartamento.

—¿Qué te había dicho? —Batty contempló los destrozos causados por la búsqueda, que habían quedado amontonados junto a las réplicas de los paneles murales originales que imitaban el estilo maya diseñados por Frank Lloyd Wright—. Aquí no hay nadie. Si alguien hubiera querido esconderse aquí, los policías ya se lo habrían llevado hace mucho tiempo.

Holden no dijo nada y se internó en el apartamento. Sabía adónde tenía que ir.

Había estado allí un par de veces anteriormente, durante un período de tiempo anterior al acuerdo mutuo por el que él y Deckard habían decidido que no era muy buena idea que dos blade runners estuvieran sentados y bebiendo juntos en la misma habitación.

La banqueta del piano había sido arrojada al suelo por los policías que registraron el apartamento. Viejas partituras que empezaban a volverse marrones yacían dispersas sobre las baldosas, junto con las fotos, enmarcadas y sin enmarcar, pertenecientes a aquel lejano mundo del pasado. Mujeres de rostros llenos de dulzura alzaron la mirada hacia él desde las profundidades en blanco y negro para contemplarle con una sombría comprensión.

Encontró lo que había supuesto que seguiría estando allí, lo que Deckard le había enseñado en una ocasión, sujeto a la parte inferior de la banqueta con una tira de cinta adhesiva para embalar. Holden soltó el objeto y lo levantó, sujetándolo firmemente entre los dedos.

—¿Qué tienes ahí? —Batty le estaba dando la espalda, pero había oído el ruido—. Eh... ¿Qué es eso?

Holden no le prestó ninguna atención y fue hacia el cuarto de baño de la parte de atrás del apartamento.

—Te lo enseñaré dentro de un instante.

—Me lo enseñarás ahora mismo.

Pudo oír cómo Batty le seguía. Sin encender la luz, se arrodilló y cerró un extremo del objeto, las esposas de repuesto de Deckard, alrededor de la cañería metálica de detrás del retrete. Después se apresuró a levantarse en el mismo instante en que Batty aparecía en el umbral.

—Echa un vistazo —dijo Holden, señalando con un dedo.



Batty pasó junto a él y se inclinó para mirar. Holden dio un rápido paso hacia atrás y le agarró la cabeza con las dos manos. Después incrustó su rodilla en el rostro de Batty, impulsándolo hacia atrás entre un chorro de sangre surgido de su nariz. Batty, aturdido, se bamboleó de un lado a otro mientras Holden erguía su cuerpo tirando del cuello almohadillado de su chaqueta. Un puñetazo en el estómago dejó a Batty caído en el suelo.

Holden descubrió que jadeaba y estaba mareado. El corazón biomecánico implantado en su pecho funcionaba a toda velocidad, acusando los efectos del esfuerzo repentino, y sus nuevos pulmones intentaban aspirar un poco de aire. Dando un paso hacia atrás para salir del radio de acción de Batty, vio cómo éste meneaba lentamente la cabeza mientras la sangre chorreaba por su mentón. Y entonces, como si un interruptor acabara de ser accionado dentro de su cerebro, pasando de la avería al funcionamiento a máxima potencia, Batty se puso en movimiento de repente, levantándose de un salto del suelo del cuarto de baño y siendo arrastrado instantáneamente hacia atrás por las esposas que iban de su muñeca a la cañería del retrete.

—¡Hijo de perra! —Poniéndose de rodillas con el rostro enrojecido por la furia, Batty agitó su mano libre a unos centímetros de Holden—. ¡Quítamelas ahora mismo!

—Lo siento. —Holden salió al pasillo del apartamento de Deckard—. No puedo hacerlo. He de acudir a una cita privada.

Giró sobre sus talones, fue hacia la parte delantera del apartamento y la puerta que llevaba a los corredores del edificio.

El brusco portazo con que encajó la plancha de acero en el hueco de la entrada no impidió que pudiera oír las salvajes maldiciones que gritaba Batty. Holden echó a correr hacia el ascensor, haciendo caso omiso del violento palpar de las máquinas implantadas en su cuerpo. No sabía cuánto tiempo podrían retenerle las esposas, y Batty había parecido estar lo suficientemente furioso para arrancar la cañería de la pared. Holden presionó el botón de la planta baja y se apoyó en la pared del ascensor, un escuadrón de puntos negros revoloteando delante de sus ojos.

Un par de minutos más tarde ya había despegado y estaba volando en el rotador de carga, haciendo que describiera un viraje muy cerrado para acelerar en línea recta apenas hubo salido de él. Holden puso rumbo hacia el verdadero lugar en el que sabía que Deckard habría buscado refugio.

Mientras el rotador iba ascendiendo sobre la ciudad, pudo ver un destello de abrasadora luz solar reflejado por el océano que se extendía al oeste de Los Ángeles. Una oscura masa de nubes había empezado a formarse en el horizonte.



Todos oyeron el estrépito de la puerta forzada. El oso de peluche alzó la cabeza como si estuviera olisqueando el aire en un intento de detectar el origen del ruido. El soldado del casco rematado por un pincho se colocó delante de Sebastián, una barrera defensiva contra lo que pudiera entrar por la puerta de la cocina.

Deckard reaccionó instintivamente llevándose la mano a la cadera en busca de un arma..., y no encontró nada. Se volvió, abrió uno de los cajones y sacó de él un cuchillo para la carne con el mango resquebrajado.

Sonidos de alguien que se movía por la parte delantera del apartamento, un avance dificultado por el hecho de que todas las habitaciones estuvieran inclinadas. Una silueta apareció en el umbral y se inclinó para observarles.

—Holden... —Deckard estaba tan sorprendido que casi dejó caer el cuchillo que empuñaba—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Quieres decir que por qué no estoy en algún hospital con el cuerpo lleno de tubos? —Holden agachó la cabeza para pasar por debajo del quicio de la puerta, se dejó caer en el espacio de la cocina y lanzó una rápida mirada al cuchillo que Deckard tenía en la mano—. Yo también me alegro de verte. —Su mirada recorrió las figuras que contenía la habitación—. Cristo... Menudo comité de bienvenida.

—Son una familia. —Deckard dejó el cuchillo encima del borde de la encimera—. Ojalá tuviéramos tanta suerte.

La cosa-Pris clavó su mirada de ojos rojizos en Holden y después soltó un siseo, arqueando la columna vertebral igual que un gato. La única mano de Sebastián acarició el hombro de la criatura.

—Vamos, Pris... No hay por qué ponerse así. Este caballero no va a hacerte ningún daño...

—¿Qué demonios...?

El asombro y la repugnancia eran claramente visibles en el rostro de Holden.

—Tranquilo —dijo Deckard—. Habían sido novios. Es una de las replicantes que huyeron. Ha sido... reciclada. Bueno, más o menos... —Señaló la silueta suspendida de la espalda del oso de peluche con una inclinación de la cabeza—. Sebastián puede hacer cosas increíbles con las máquinas.

—¡Pris! ¡Espera! No tienes por qué...

La voz del torso amputado se convirtió en un gemido cuando el cadáver de su amada se apartó velozmente de él para desaparecer en los rincones llenos de



sombras del apartamento-refugio. El brazo de Sebastián se extendió fútilmente hacia la figura esqueletizada, que ya se había esfumado.

—Parece que te van bien las cosas, Dave. —Deckard entrecerró los ojos y escrutó su rostro—. Si quieres que te sea sincero, pensaba que a estas alturas probablemente ya estarías muerto.

—Sí, ya... Bueno, ése era el plan. Pero me han regalado un montón de años de vida. —Se golpeó el pecho con la palma de la mano, palideció y se recuperó—. Me siento como un hombre nuevo. Una parte de mí, por lo menos... Aunque no gracias a ese mierda de Bryant, claro. —Un fruncimiento de ceño ensombreció su expresión—. El muy bastardo me tendió una trampa, y ahora voy a asegurarme de que lo pague con intereses.

—Eh, espera un momento. —Deckard no acababa de entender de qué le estaba hablando su ex compañero, pero una cosa estaba muy clara—. No lo sabes, ¿verdad? Bryant ha muerto.

La información hizo que Holden se tambaleara y tuviera que apoyarse en la pared. Deckard casi pudo ver cómo los engranajes giraban dentro de su cabeza mientras trataba de incorporar el nuevo dato a la estructura de sus pensamientos.

—Así que Bryant ha muerto... —Holden levantó la mano, como si delante de él hubiera un velo que tenía que separar para poder ver con claridad—. ¿Tuvo un ataque cardíaco o algo por el estilo? Ese cerdo llevaba demasiado tiempo comprando números para la lotería del infarto.

—Había sangre por todo su despacho. O la había habido... Vi la mancha en el suelo. No sé cómo murió, pero tengo la impresión de que el proceso no debió de resultar demasiado fácil..., ni demasiado agradable.

—Criiisto. —Holden meneó la cabeza—. Eso cambia bastante las cosas. Porque si alguien se cargó a Bryant, entonces... —Levantó la mirada y dio un paso hacia Deckard—.

Oye, comprendo que estas personas, o lo que sean, pueden ser amigas tuyas. —Intentó emplear un tono de voz lo más suave posible—. Pero tú y yo tenemos que hablar de asuntos muy importantes.

—No se preocupen por nosotros. —Sebastián acababa de hablar desde el otro extremo de la cocina. Parecía inmensamente cansado, y tenía los ojos llenos de lágrimas—. Sabemos darnos cuenta de cuando nuestra presencia no es bienvenida. Vamos, amigos. Vayamos a ver qué está haciendo Pris.

—Ese tipo trabajaba para Tyrell, ¿no? —Holden estiró el cuello para no perderse ni un detalle mientras el oso de peluche animado, con Sebastián en el arnés indio, iniciaba una lenta escalada hacia la parte de atrás del apartamento. El soldado del



casco rematado por un pincho le lanzó una mirada asesina por encima del hombro, y después desapareció junto con sus compañeros—. No deberías relacionarte con esa clase de personas..., no a menos que estés seguro de que no van a crearte problemas. ¿Y qué demonios están haciendo aquí? —Holden movió la mano en un gesto que abarcó las cuatro paredes embaldosadas—. ¿Les dejaste entrar? Se supone que este sitio sólo debía ser utilizado para las operaciones de los blade runners...

—Relájate, ¿quieres? —Deckard se apoyó en el borde de la encimera. El cuchillo seguía estando al alcance de su mano. Su antiguo compañero estaba empezando a decir cosas bastante raras, y parecía estar lo suficientemente nervioso como para perder el control en cualquier momento—. Son inofensivos.

—«Inofensivos...» Ésa sí que es buena. —Holden entrecerró los ojos—. No hay nada inofensivo en este universo. Es una cosa que he aprendido, Deckard, y a estas alturas tú también deberías haber aprendido esa lección.

—Quizá la aprendí. Quizá se me ha olvidado.

—Bueno, pues ése fue tu gran error. Así fue como conseguiste meter la pata hasta el fondo, Deckard. Enamorarte de los replicantes... —Otro vaivén de la cabeza—. Confiar en ellos. Eres un idiota. Lo que deberías haber comprendido hace mucho tiempo es que un blade runner sólo puede confiar en otro blade runner.

—Eso ha dejado de ser un problema para mí. Ya no soy un blade runner.

—Corrección. Si has sido un blade runner, nunca dejarás de serlo. Nadie puede dejar este trabajo..., no mientras viva, por lo menos. Fíjate en lo que ocurrió cuando lo intentaste.

Deckard ya se imaginaba adónde quería ir a parar.

—Tengo la impresión de que estás a punto de pedirme que confíe en ti.

—Tal como acabo de decirte, soy la única persona en la que puedes confiar.

—No sé... —La perspectiva no resultaba demasiado atractiva—. Si realmente quiero dejar de ser un adicto a la confianza, entonces quizá debería decidirme por la abstinencia al cien por cien..., empezando contigo.

Holden sacó la cabeza por el hueco de la puerta de la cocina, asegurándose de que ni Sebastián ni ninguno de los demás les estaban escuchando, y después se volvió para fulminar a Deckard con la mirada.

—Sigue haciendo chistes, gilipollas. Siempre que no te importe acabar riendo en la tumba, claro, porque eso es lo que acabarás consiguiendo. Alguien quiere vernos muertos, y no me refiero sólo a nosotros dos sino a todos los blade runner.

Probablemente haya más de un alguien: puede que estemos hablando de toda una conspiración, de alto nivel y decidida a todo. Sean quienes sean, disponen de los



recursos necesarios para ir acabando con nosotros uno por uno..., hasta que no quede ninguno con vida.

—Quizá deberías ir a ver a un mecánico para que le diera un buen repaso a todo ese equipo que llevas dentro. La falta de oxígeno puede provocar alucinaciones y delirios paranoides.

—El equipo funciona estupendamente. —Holden sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta, encendió uno y le dio una calada. Un instante después una neblina de humo azul quedó suspendida en la atmósfera de la cocina, y se pudo oír el suave zumbido de alguna clase de mecanismo de filtrado que acababa de acelerar su actividad dentro de su pecho—. Lo que necesita unos cuantos ajustes es

tu cerebro. Me parece que todavía no lo has entendido: alguien intenta acabar con nosotros..., con todos los blade runners. El año pasado me encargaron una misión de la que no debía salir con vida; han matado a Bryant, nuestro jefe..., y también está todo este asunto de que te hayan traído a rastras hasta Los Ángeles. Probablemente eso también tiene algo que ver con el resto de la conspiración. —Los ojos de Holden se movieron de un lado a otro mientras iba explorando aquella cadena de pensamientos—. Supongo que te han traído aquí porque mientras sigas vivo, aunque sea en un sitio tan alejado como tu refugio de las tierras salvajes del norte, continúas siendo un cabo suelto para ellos. La conspiración no sólo pretende acabar con los

blade runners, sino que también quiere poner punto final a toda la operación. Quieren borrar del mapa todo lo que tenga que ver con los blade runners y el trabajo que hacen.

—Oh, vamos... —Un suspiro lleno de cansancio escapó de los labios de Deckard—. Hay formas más sencillas de conseguirlo, Dave. Cristo, pero si Bryant tenía que librar una auténtica batalla cada año para conseguir que nuestra unidad no perdiera su pequeño hueco dentro del presupuesto del departamento... Si esos conspiradores tienen tanto poder, ¿por qué no podían limitarse a dejarnos sin un centavo? Todos los blade runners de la ciudad habrían acabado lavando platos en el restaurante chino más próximo. Después de todo, el tipo de habilidades que poseemos no son de las que más se cotizan en el mercado laboral...

—Habla por ti... —El cigarrillo estuvo a punto de caer de la mano de Holden cuando empezó a toser, estertores de nicotina que lo dejaron doblado durante un momento. Cuando volvió a erguirse su rostro estaba gris y envejecido, con la bomba oculta dentro de su pecho haciendo visibles esfuerzos para tragar aire—. Oye, de todas maneras eso no tiene ninguna importancia. ¿Cómo voy a saber por qué quieren matarnos en vez de conformarse con echarnos a la calle? Quizá hay algo que todos sabemos, algo que forma parte del trabajo, y mientras sigamos con vida existe la posibilidad de que nos vayamos de la lengua. Quizá quieren erradicar la unidad de blade runners de la memoria humana, como si nunca hubiera existido... y en ese caso



no pueden permitir que sigamos en circulación. Cristo, Deckard... —El cigarrillo dejó una llameante estela de cometa cuando Holden movió la mano en un gesto lleno de irritación—. Si supiera qué quieren y por qué están intentando matarnos, entonces formaría parte de esta maldita conspiración.

—Hay algo más que no sabes, Dave. —Deckard había mantenido la mirada levantada hacia lo que había sido una de las paredes de la cocina durante la furiosa arenga de Holden, y en aquel momento volvió a bajarla—. Sobre mí.

—¿Qué es lo que no sé sobre ti?

—Que me da igual. —Deckard le miró a los ojos—. Me da igual que haya una conspiración que pretende matar a todos los blade runners. Puede que exista, y puede que no. No lo sé, pero tengo asuntos particulares que atender. Me marché de esta ciudad con alguien..., y resultó muy fácil hacerlo. Esta ciudad me había cerrado todos los caminos salvo uno, y había alguien esperando para matarme al final de ese camino. ¿Y ahora me dices que alguien sigue tratando de matarme? Estoy horrorizado, Dave, verdaderamente horrorizado. Venga, hombre... Intenta vivir en el mundo real, ¿de acuerdo? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Me han traído a rastras hasta Los Ángeles y tengo un trabajo más del que ocuparme. Lo único que quiero es hacer ese trabajo y largarme de aquí lo más deprisa posible. Alguien me está esperando.

—Un trabajo, ¿eh? —Holden le estudió en silencio—. Sólo se me ocurre una razón por la que alguien pueda necesitar tus servicios, y es para perseguir replicantes. Es lo único para lo que sirves. Ese trabajito... No tendrá algo que ver con otro integrante de esa remesa que escapó antes, ¿verdad? ¿No estará relacionado por casualidad con un sexto replicante?

—¿Qué sabes sobre eso?

—Oh... —Holden se encogió de hombros—. Toda clase de cosas, quizá. Cosas que tú ignoras, Deckard. Por eso deberías aceptar la oferta que te he hecho. De lo contrario, no tienes ninguna posibilidad.

—Olvidalo. —Deckard meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más disgustado—. Tengo más posibilidades de encontrar a ese sexto replicante y de retirarlo trabajando en solitario de las que tendría si me viera obligado a cargar con un perdedor lleno de remiendos como tú.

—Espera un momento...

—No, no. Eres tú quien tendrá que esperar durante mucho rato, porque no puedo perder el tiempo escuchando tus chorradas, Holden. Ni siquiera estás interesado en encontrar ningún sexto replicante. Esa maldita conspiración se te ha metido en la cabeza, y no consigues sacártela del cerebro. Bueno, no es mi problema. No estoy



interesado en aniquilar conspiraciones, salvar la unidad de blade runners o tonterías similares. Todo eso son cosas de tu mundo. El mío no es lo bastante grande para ese tipo de asuntos..., ya no.

—Estúpido hijo de perra. —Una onda portadora, mezclada con una cortante frecuencia de aborrecimiento más estridentemente elevada, había empezado a irradiar de Holden—. Como si pudieras elegir la clase de mundo en el que vives... ¿Qué te hace pensar que van a permitir que vuelvas arrastrándote a cualquier agujerito que hayas podido cavar en el suelo? Aun suponiendo que consigas eliminar a su replicante perdido, ¿crees que te dejarán escapar de nuevo? Sabrás demasiado, y no te dejarán marchar.

Deckard titubeó durante unos momentos y después retrocedió, alejándose de la aguja que Holden había insertado en sus pensamientos.

—Lo conseguiré. Tanto si quieren que lo consiga como si no... Ya te lo he dicho: alguien me está esperando.

—Grandes palabras, Deckard. —Una mueca burlona retorcó las comisuras de la boca de Deckard—. Y un largo paseo, claro. El único rotador que hay fuera es el que he usado para venir hasta aquí. No creo que... —Introdujo la mano en el mismo bolsillo de la chaqueta que había contenido sus cigarrillos, y esta vez extrajo una pequeña pistola cromada—. Sólo por si se te había ocurrido... ¿Cómo lo diría? Sí, por si se te había ocurrido cogerlo prestado.

—Se me había pasado por la cabeza, sí. —Deckard examinó con más atención el arma que empuñaba la mano de Holden—. ¿De dónde has sacado eso? No es tu cañón habitual.

—Últimamente me conformo con lo que consigo encontrar. Pertenece a un conocido mutuo..., el mismo del que conseguí el rotador. Se la dejó en la cabina. —Holden asintió lentamente—. Si te dijera quién es, te asombrarías.

—No te molestes. Ya te he dicho que este asunto no me interesa en lo más mínimo.

—La estás cagando, Deckard, y de paso nos hundes en la mierda a todos. —La voz de Holden se había vuelto más seca y cortante—. Si seguimos unidos, todavía tendremos una oportunidad. Si no nos mantenemos unidos, nos irán eliminando uno a uno.

Deckard se encogió de hombros.

—Cuida de tu trasero y yo cuidaré del mío.

—De acuerdo, capullo... —La maquinaria introducida en su cuerpo envió una enfurecida oleada de sangre al rostro de Holden—. No digas que no te advertí.



Deckard, los ojos cerrados y la espalda apoyada en el canto de la encimera de la cocina, escuchó la estrepitosa salida de Holden del apartamento-refugio. Unos minutos más tarde oyó el ruido lejano de un rotador despegando del campo de cascotes esparcidos alrededor del edificio. Después todo volvió a quedar en silencio.

Pero sólo durante un momento, porque el silencio fue roto por unos golpecitos en la puerta delantera del apartamento.

Nadie entró. Deckard esperó hasta que la llamada se repitió. Se apartó de la encimera, atravesó las habitaciones inclinadas, puso la mano sobre el picaporte y abrió.

Rachael se encontraba inmóvil en el pasillo, con la cabeza inclinada para mirar más allá del extremo superior de la entrada.

«No... —Deckard expulsó la trampa del recuerdo de su cerebro—. No es Rachael.»

—Ya estaba empezando a pensar que no se iría nunca. —Sarah Tyrell volvió la cabeza para contemplar el oscuro pasillo desierto, y después su mirada volvió a posarse en el rostro de Deckard. Sonrió—. ¿Puedo entrar?



## 13

Llegaron para quemarlo todo.

No iban a perder el tiempo con sofisticaciones. La madera y los trapos sólo requieren un líquido inflamable, un acelerador que inicie la acción.

—Ponedlos allí... —El jefe del equipo señaló un espacio libre de vegetación a unos metros de la cabaña—. Antes tenemos que ocuparnos de unas cuantas cosas más.

Los otros hombres, vestidos con monos que llevaban el logotipo de la Corporación Tyrell en los hombros y los bolsillos del pecho, empezaron a amontonar los recipientes rojos en el suelo, sus botas crujendo sobre las capas de agujas de pino resacas. Un búho, repentinamente despertado de su sopor diurno, se alejó en un ruidoso vuelo, y durante un momento sus anchas alas deslizaron un telón oscuro a través del sol.

El jefe del equipo observó el vuelo del pájaro haciéndose sombra en los ojos con una mano. La criatura desapareció debajo de la parte más espesa del dosel arbóreo, allí donde el bosque trepaba hacia los riscos de la montaña. Los flancos metálicos de los tres rotadores en los que él y los otros habían llegado desde el sur reflejaban la luz del sol. No se había hecho nada para ocultar los emblemas de la corporación, ya que iban a una zona salvaje en la que no existía ninguna necesidad de llevar a cabo una operación clandestina. La única persona que podía haberlos visto y haber anotado sus identidades estaba ocupada muy lejos de allí, en la ciudad donde los hombres habían recibido sus órdenes.

—¿Debemos entrar?

Una voz junto a él. El jefe del equipo se volvió y vio a su ayudante, que esperaba pacientemente. Las latas de gasolina habían sido dispuestas en una pulcra pirámide reluciente. «Hemos traído demasiadas», pensó. Ya sabía lo pequeña que era aquella cabaña destartalada, pero su mente no había llegado a concebir las consecuencias

prácticas de ese hecho. Todo se reducía a un espacio diminuto, delimitado por delgadas paredes cubiertas de monos y un techo que parecía a punto de



derrumbarse: la cabaña apenas era lo suficientemente grande para acoger las vidas que contenía. El jefe del equipo sabía que el plural era un tanto inexacto en aquel caso. La cabaña contenía una vida, la del hombre, y otra vida parcial, la de la mujer, constreñida por un entrelazamiento del sueño y la muerte. Una sola lata de gasolina y una cerilla habrían bastado. Sería como incendiar una casa de muñecas, un frágil juguete, una burbuja perdida en el inmenso y despiadado mundo que la rodeaba.

La parte interior de la ventana de la cabaña estaba cubierta por un paño deshilachado. El jefe del equipo ya había ido hacia ella inmediatamente después de que los rotadores descendieran del cielo, y había acercado el rostro al frío cristal lo suficiente para poder percibir un atisbo de la oscuridad interior. Eso también le permitió vislumbrar los objetos que había dentro: un calendario viejo en la pared llena de astillas, una silla de madera volcada con el respaldo apoyado en el suelo, una vieja estufa ennegrecida por el hollín. Y algo más, todavía más negro, una forma oblonga que reposaba sobre un par de toscos caballetes: un ataúd de tapa de cristal, su ocupante invisible desde el ángulo de visión de la ventana.

Pero aun así él sabía que estaba allí. La había visto la última vez que estuvo en aquel sitio, cuando era el ayudante y Andersson había sido el jefe del equipo. Por aquel entonces todos llevaban uniformes sin identificaciones en los que sólo había las tiras de sus nombres, sin logotipos de la Tyrell sobre sus personas o en los rotadores.

~~Y habían llegado de noche, depredadores de las sombras, para esperar hasta que la persona que pagaba sus sueldos hubiera terminado de hablar con el hombre que vivía en la cabaña, y luego habían caído sobre él y se lo habían llevado, como hacía el búho con el ratón suspendido de sus garras.~~

—Todo lo que había que hacer fuera ya está hecho —dijo el ayudante.

Los demás aguardaban a su alrededor. Esperaban pacientemente: todos eran empleados de la Corporación Tyrell, personal de la división de seguridad que cobraba por horas y no por kilómetros.

~~—Muy bien. —Durante unos momentos había tenido la extraña impresión de que aquel lugar, el pequeño claro del bosque con la cabaña en un lado, se hallaba sumergido en alguna especie de tiempo mágico, carente de relojes o acontecimientos; suspendido, como la vida y la agonía de la mujer que dormía dentro del módulo de transporte, atrapada entre una inspiración del sueño y otra, entre el latido de aquel día y el de mañana—. Terminemos de una vez. —Quizá si hubiera venido solo... Sí, entonces tal vez hubiera podido ocuparse personalmente de todo lo que había que hacer. Pero tal como estaban las cosas, con todos aquellos hombres a su alrededor, no había forma de que el hechizo perdurase—. Vamos.~~



Abrió la puerta de la cabaña de un empujón, dejando que la claridad del atardecer se derramara sobre los tablones del suelo. Después entró, permitiendo que los demás le siguieran.

Y entonces la presencia de la mujer por fin hizo que pudiera olvidarse de las otras presencias. Se quedó inmóvil junto al ataúd negro y bajó la mirada hacia la mujer que reposaba dentro de él. Los rizos de su oscura cabellera se esparcían sobre la sedosa almohada, extendiéndose debajo del cristal. Tenía los ojos cerrados y los labios levemente entreabiertos, como si estuviera esperando la llegada de las tres o cuatro moléculas de oxígeno que la mantenían con vida o un beso, y las manos, empalidecidas por la sangre detenida, cruzadas sobre el pecho.

Habría podido besarla. El impulso de hacer precisamente eso, de inclinarse y pegar los labios al frío cristal, a sólo unos centímetros de los de la mujer, ya se había agitado dentro de él en otras ocasiones. Cuando fue a la cabaña con Andersson para aquella otra misión, hacía tan sólo un par de días, cuando se llevaron al auténtico enamorado de la mujer dormida con ellos para traerlo de vuelta a Los Ángeles, sintió aquel mismo impulso. No lo había hecho entonces porque sabía que Andersson no lo hubiese entendido. O, peor aún, lo habría entendido: sabía que Andersson amaba a aquella mujer, pero bajo otra forma; con el mismo rostro, pero no atrapado en la ciénaga de la muerte.

Pero por aquel entonces Andersson estaba vivo, naturalmente. El jefe del equipo había formado parte del pelotón de seguridad que había rascado los restos destrozados del cuerpo de Andersson de la base de las torres inclinadas de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell. Sabía qué había ocurrido, aunque jamás sería mencionado en la explicación oficial. Andersson había amado a la mujer viva, y había muerto por ese pecado, ese error. Quizá quienes amaban a los agonizantes, a los muertos, encontrarían la vida eterna a través de ese amor. En las profundidades de su corazón inmóvil y vacío, el jefe del equipo se preguntó qué tal le estarían yendo las cosas al pobre Deckard.

Siguió contemplando a la mujer durante un momento. Después dio un paso hacia atrás y llamó a los otros hombres con un gesto de la mano.

—Bueno, cogedla y sacadla de aquí. —Era lo que quería hacer, pero también formaba parte de las órdenes que había recibido de la doble de la mujer dormida. Vio cómo sus hombres cogían el ataúd negro por las asas retráctiles, levantándolo de los caballetes improvisados mediante unos cuantos tablones—. Con cuidado...

La sacaron de la cabaña y la llevaron a los rotadores. Los hombres volvieron un instante después, esta vez con las latas de gasolina en las manos. El jefe del equipo no se lo había ordenado. Tampoco tuvo que decirles qué más tenían que hacer, porque los hombres ya estaban actuando impulsados por su programación.



Cuando el interior de la cabaña hubo quedado empapado, echaron más gasolina en el exterior y luego dejaron un rastro en el suelo hasta el sitio en el que les había estado esperando su jefe, que encendió una cerilla y la dejó caer delante de sus pies. El fuego, una iridiscencia caliente bajo la luz del día, se alejó a la carrera de él y se sumergió en la oscuridad agazapada al otro lado de la puerta abierta de la cabaña. Un momento después el fuego aulló desde la única ventana, y sus dedos resplandecientes separaron las paredes del techo.

Vieron arder la cabaña hasta que los tablones calcinados se derrumbaron los unos encima de los otros. Unas cuantas ráfagas de los extintores que habían sacado de sus vehículos bastaron para poner fin a la corta vida del fuego, y una humareda grisácea empezó a subir hacia el cielo. Después completaron el resto del trabajo que habían venido a hacer.

El jefe del equipo, sentado en la cabina de uno de los rotadores, bajó la mirada hacia la señal negra en la superficie de la tierra. El rotador subió un poco más, y los restos quemados de la cabaña se perdieron entre los árboles que se alzaban a su alrededor. El jefe del equipo se dio la vuelta, cerró los ojos y los mantuvo cerrados hasta que pudo volver a ver el rostro de la mujer que se iba muriendo en su sueño, y siguió contemplándolo durante todo el trayecto de vuelta hasta Los Ángeles.

—Un lugar realmente impresionante. —Sarah Tyrell miró a su alrededor como si fuera una agente de la propiedad inmobiliaria y estuviera completando su evaluación de una casa muy valiosa para calcular su valor en el mercado.

Cuando entró en la habitación, el desorden de su peculiar estado de inclinación no había producido ningún efecto visible sobre ella. Su cuerpo irradiaba una gélida confianza, como si el dinero fuese más poderoso que la gravedad—. Y todo es muy original, ¿no?

—A nosotros nos gusta —dijo Deckard, interpretando el papel del amable anfitrión—. Lo realmente importante son esos pequeños toques caseros.

—Ya me lo imagino. —Envuelta en su chaqueta, con el cuello de piel levantado hasta rozar su cabellera meticulosamente recogida, Sarah parecía aislada del calor inmóvil acumulado entre los muros invertidos del apartamento-refugio—. Por el amor de Cristo, Deckard... Pareces un espantapájaros —añadió, volviendo su mirada escrutadora hacia él. Después estiró un brazo y rozó con las puntas de los dedos la manga desgarrada de su uniforme robado—. Si la policía de Los Ángeles decidiera

comprar unas cuantas explotaciones agrícolas, podrían colgarlo de una cruz en uno de sus campos. Podrían asustar a los pájaros desde el amanecer hasta el ocaso.



—Hay trabajos peores.

Sarah le siguió hasta otra sección del apartamento, inclinando la cabeza para no chocar con los cantos de las puertas, y entró detrás de él en uno de los dormitorios. Antes de los acontecimientos sísmicos que lo habían vuelto todo del revés, la habitación debía de haber pertenecido a un niño. Cortinas descoloridas en las que todavía se podía distinguir un estampado de patitos y polluelos flotaban en un ángulo oblicuo sobre la ventana clausurada con tablones. Deckard sintió el peso impalpable de la mirada de Sarah mientras bajaba la puerta del armario y empezaba a sacar algunas de las prendas que había guardado en él. Tenía ropa de repuesto, porque las operaciones en aquella zona solían tardar días en completarse. Holden también había dejado un poco de ropa en el apartamento, y sus elegantes trajes a medida siempre estaban meticulosamente colgados dentro de una bolsa de plástico que olía a extracto de cedro. La bolsa ya no estaba allí. Deckard emergió del armario con su ropa encima del brazo.

Manteniéndose de espaldas a ella, se quitó la chaqueta del uniforme y la camisa que llevaba debajo, prendas de ropa y cuero manchadas con su propia sangre. Un instante después sintió que la mano de Sarah tocaba las heridas esparcidas sobre sus hombros, pero permaneció tan inmóvil como si las terminaciones nerviosas ya estuvieran muertas.

—Deberías ponerte algo. —La voz de Sarah se había suavizado de una manera casi imperceptible—. Supongo que no querrás que se te infecten, ¿verdad?

El cuarto de baño del apartamento no sólo había quedado inclinado sobre un lado, sino que había sufrido un giro de ciento ochenta grados, y la lámpara del techo se encontraba en el centro de lo que se había convertido en el nuevo suelo. Deckard se arrodilló junto a los restos de la pileta y dejó que un hilillo de agua se desprendiera de la porcelana resquebrajada y cayera en el cuenco formado por sus manos. Después se fue quitando cautelosamente la sangre seca del torso y los brazos, usando la camisa del uniforme de la policía hecha una bola para secarse. Un trozo del espejo roto era lo bastante grande para que pudiera verse en él: un rostro arrugado y envejecido por el agotamiento, los ojos todavía más envejecidos por todo lo que habían presenciado. Cuando apartó las manos de su frente y las cuencas ahondadas de sus ojos, vio que el agua se había vuelto de un rosa translúcido.

Se vistió en el dormitorio, sabiendo que Sarah seguía observándole. La ropa nueva sólo había adquirido un leve olor a vejez y confinamiento pese a su larga estancia en el armario. Deckard se abrochó el cuello de la camisa, tan ceñido que se le pegaba a la piel, sintiendo cómo el último botón se clavaba en la piel erosionada de las puntas de sus dedos. La gabardina, tan larga que le llegaba a los tobillos, era idéntica a la que había llevado antes. Deckard había comprado las dos prendas al mismo tiempo en el



puesto callejero de un paraguayo que vendía ropa en el apretado laberinto de cubículos llenos de hilillos y fibras que había ido creciendo al sur del antiguo edificio Cooper. Se puso la gabardina, aunque sabía que el apartamento-refugio, y todo el mundo azotado por los vendavales del Santa Ana que había fuera de él, estaban tan calientes como hornos. Dada la multitud de diminutas heridas abiertas en su piel, quizá hubiese perdido la sangre suficiente para que su temperatura corporal descendiera un par de grados. «O quizá sea ella», pensó. Aquella mujer siempre traía su propio invierno consigo.

—Te queda muy bien. —Sarah habló desde detrás de él. Deckard miró por encima del hombro y la vio apoyada en la pared del dormitorio, los brazos cruzados encima de los pechos y una sonrisa de experta en la cara—. ¿Éste es el hombre del que me enamoré? Del que se enamoró mi otro yo, quiero decir... ¿Ibas vestido así cuando Rachael te vio por primera vez?

—No lo sé. Puede que se fijara en lo que llevaba puesto. —Cogió la última de las cosas que había sacado del armario—. Quizá no vio nada en absoluto. Quizá sólo vio a un policía. —Sus manos deslizaron la áspera lana de la corbata debajo de su cuello y empezaron a hacerle el nudo. Podía sentir cómo Sarah le observaba—. ¿Por qué has venido aquí?

Sarah siguió observándole en silencio durante unos momentos antes de responder.

—Pensé que debía hacerte una pequeña visita, Deckard. Para ver qué tal lo estabas haciendo...

Ése era el gran problema de trabajar para otras personas. Sarah Tyrell probablemente quería la cabeza del sexto replicante clavada en un palo.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—Fue fácil. Holden, tu viejo amigo, tiene un precioso conjunto de corazón-y-pulmones recién salido de la fábrica funcionando dentro de su pecho. La unidad fue fabricada por una de las subsidiarias médicas de la Corporación Tyrell. Fabricar replicantes y fabricar prótesis médicas son áreas industriales muy próximas que tienen bastantes zonas comunes. —Una sonrisa—. Sabíamos a quién iba destinada esa unidad en particular. En realidad todas son trabajos a medida. Tienen que serlo, ¿entiendes? Lo que hicimos fue introducir un transmisor en miniatura en la unidad, escondiéndolo justo allí donde las válvulas hacen click-click. Vaya donde vaya Dave Holden, nosotros lo sabemos. Yo lo sé. Eso es lo único que importa. Por eso no me preocupaba el no ser capaz de volver a localizarte. Daba igual adónde fueras, por que pensé que Holden siempre sería capaz de encontrarte. Los blade runners se conocen los unos a los otros, ¿verdad? Vuestras mentes funcionan de la misma manera.



—Tal vez —dijo Deckard—. Hasta cierto punto, quizá. Pero no fui con él, ¿verdad? Holden también quería que llegáramos a un acuerdo comercial. Me hizo una oferta, más o menos como volver a ser compañeros... Pero no la acepté.

—¿Por qué no?

—Porque no había nada en ella que me interesara. Y además... —Un encogimiento de hombros—. Ya tengo un empleo.

—¿Oh? —Sarah enarcó una ceja—. Te agradezco tu lealtad. Pero... supongo que tampoco debemos olvidar que tienes una gran motivación particular, ¿verdad?

Algo atrajo la mirada de Deckard. Apartó los ojos de Sarah y vio que era el espejo roto dentro de lo que había sido el cuarto de baño del apartamento. Pudo ver su propio reflejo, astillado y fragmentado, una imagen descompuesta cuyos pedazos habían sido mezclados, clasificados y vueltos a unir sin excesiva habilidad.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un ruido repentino, una sibilante inspiración de aire que era lo suficientemente aguda y potente para ser un grito de consternación. Al mismo tiempo, algo le agarró del brazo y dos manos se incrustaron en la gruesa tela de la manga de la chaqueta. Volvió la cabeza y vio a Sarah, retirándose detrás de él como si buscara protección, con una expresión de aborrecimiento y repugnancia en la cara.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, apartando una mano del brazo de Deckard y extendiendo un dedo para señalar.

Pris —o lo que quedaba de ella, lo que su enamorado Sebastián había conseguido recuperar— estaba agazapada en la entrada del dormitorio, encogida dentro de la abertura rectangular volcada sobre un lado. La figura emaciada, reducida al mínimo imprescindible debajo de las mallas harapientas, mantenía el equilibrio apoyando una mano huesuda en el marco de la puerta. Los ojos rojos, puntos de fuego debajo de la masa descontrolada de cabellos blancos, ya habían examinado el dormitorio..., y se habían clavado en la otra criatura del sexo femenino que contenía.

—No te preocupes. —Deckard siguió con la cabeza vuelta hacia la puerta mientras la cosa-Pris se iba desdoblado como una araña y entraba en el dormitorio—. No te hará daño.

La cabeza se mantuvo inclinada y la mirada de los ojos rojos se deslizó primero a un lado y luego a otro mientras la cosa-Pris avanzaba cautelosamente, como si estuviera buscando cualquier posible amenaza, antes de volver a posarse en Sarah.

—En eso tienes toda la razón.

La otra mano de Sarah se apartó del brazo de Deckard, y empezó a buscar algo oculto en las profundidades de los bolsillos de su chaqueta.



—¡Pris! ¡Pris! —La voz estridentemente cantarina de Sebastián creó ecos en el pasillo del apartamento—. ¡No entres ahí! Deja en paz a esas personas...

Sarah alzó los brazos junto a Deckard, las manos juntas con los dedos entrelazados. Deckard vio lo que había sacado de su chaqueta, el metal negro que llenaba la presa doble de sus manos.

Y la cosa-Pris se alzó delante de Sarah, con la columna vertebral estirándose en un movimiento tan rígidamente telescópico como el de un mecanismo que se dispone a ocupar su lugar. El aliento siseante se convirtió en un jadeo de perpleja sorpresa, y los ojos se dilataron para revelar una parte todavía más grande de las lentillas color llama alojadas dentro del cráneo. Un brazo tembloroso y una mano esquelética extendieron las blancas puntas de sus dedos hacia el rostro de la mujer, y retrocedieron en una aversión instintiva. La boca de la cosa-Pris se abrió un poco más, y una palabra, un nombre, trató de salvar el obstáculo de alguna frágil sinapsis para emerger a la chasqueante lengua de cuero...

Deckard intentó detener a Sarah. Trató de agarrar su brazo y apartarlo, pero reaccionó demasiado tarde. Lo único que se necesitaba era el más leve movimiento de uno de los dedos de Sarah. El retroceso palpitó a través de su rígida postura de tiradora, y empujó su espalda contra el costado de Deckard durante un momento. El fogonazo surgido del cañón eclipsó el rostro devastado de la cosa-Pris, que se encontraba sólo a escasos centímetros del agujero negro del extremo del arma. Antes de que la imagen residual se hubiera esfumado de su campo visual, Deckard ya pudo ver el peso reducido al mínimo de la criatura alzado por los aires bajo el impacto de la bala, las astillas desecadas que brotaban de los pómulos y la frente hechas pedazos, y el rápido arquearse de la columna vertebral para formar una especie de reverencia mientras sus hombros eran lanzados hacia atrás para caer sobre un lecho de aire.

Sebastián aulló en el umbral. Su única mano y su antebrazo lo habían elevado un poco más sobre la espalda del oso de peluche, y eso le había permitido ver todo lo que acababa de ocurrir. El soldado de juguete se abrió paso a empujones junto al oso y después se quedó paralizado, los ojos y la nariz siguiendo la trayectoria de la cosa-Pris mientras chocaba con el ángulo de dos muros.

Una oleada de náuseas ascendió por la garganta de Deckard. Durante la muerte anterior de Pris, cuando Deckard la había matado, el cuerpo con las tripas abiertas había saltado sobre el suelo en una feroz serie de espasmos, aullando no tanto por el dolor como por la repentina liberación de una salvaje energía que aún no había sido gastada. Esta vez Pris, doblemente muerta, se había quedado tan fláccidamente inmóvil como una muñeca de trapo, el torso doblado por la bisagra de la parte inferior de la espalda, las manos desarticuladas estiradas hacia atrás y la cabeza

inclinada hacia adelante, como para revelar la fisura roja que acababa de aparecer debajo de la peluca de payaso albino. Los ojos rojos ya se habían oscurecido, reducidos a puntos negros por el cortocircuito de cualquier pila que aún pudiera estar proporcionando energía dentro de su cuerpo.

—No tenías por qué hacer eso.

Las náuseas se convirtieron en una profunda tristeza, una piedra dentro de su pecho, mientras contemplaba cómo Sebastián se arrastraba desde la espalda del oso de peluche arrodillado hasta el cadáver destrozado.

Sarah se volvió hacia él y le lanzó una mirada impasible.

—Oh, sí que tenía que hacerlo.

Al otro lado de la habitación, Sebastián había llegado a la cosa muerta y la había rodeado con su único brazo, y estaba empezando a mecerse hacia atrás y hacia adelante junto con ella. Las lágrimas se deslizaron a lo largo de las arrugas de su cara mientras un gemido lleno de angustia brotaba de las profundidades de su garganta. Una pata del oso de peluche acarició el hombro de Sebastián en un fútil intento de consolarle. El soldado de juguete completó la disposición de la *pietá*, y el pincho de su viejo casco se inclinó sobre los pies manchados de sangre del cadáver.

Deckard atravesó lentamente la habitación y bajó la mirada hacia Sebastián.

—¿Puedes...? —Señaló el cuerpo con un gesto de la mano—. Bueno, ya sabes... ¿Puedes repararla?

—No seas estúpido... —Sebastián logró tragarse los sollozos el tiempo suficiente para hablar—. Mira. Su cerebro... Está hecho pedazos. No puedo reparar eso. Nadie puede hacerlo. —Apoyó un lado de su cara sobre lo que quedaba del rostro de Pris—. Está muerta. Toda ella...

Sus lágrimas se mezclaron con la sangre que ya empezaba a secarse. Una mirada incapaz de ver barrió la habitación, con una chispa rojiza perdida en las profundidades de los ojos desenfocados. Los dedos-garras del cadáver arañaron la pared que tenían detrás, como si un goteo de vida residual hubiera rezumado de una de sus pilas.

—Qué conmovedor. —La voz de Sarah, sus palabras heladas. Deckard miró por encima del hombro y vio cómo devolvía la masa oscura de su arma al bolsillo de su chaqueta—. Quizá ahora podamos volver a pensar en los negocios.

Deckard se detuvo delante de ella.

—Te reconoció, ¿verdad? —Clavó la mirada en sus ojos, como si estuviera intentando captar alguna respuesta delatora sin disponer de una máquina Voigt-Kampff—. ¿Por qué reaccionó de esa manera? Supo quién eras nada más verte.



—Lo dudo. —Ningún rubor, ningún aleteo de la pupila—. Probablemente pensó que era Rachael. Debió de pensar que había detectado a otra criatura de su especie...

«No, no. Pensó que tenía delante a otro ser humano como ella...» Ya había abierto la boca para corregir a Sarah, para recordarle lo que ella ya sabía —que Pris había sido humana—, pero no llegó a hablar. Las distinciones volvían a hacerse borrosas. Había asesinado a un ser humano llamado Pris, a una mujer que se había convencido a sí misma de que era una replicante. Si hubiera tenido ocasión de someterla a las pruebas de empatía, probablemente no hubiese conseguido superarlas. ¿Cuál había sido su estado después de que Sebastián hubiera mantenido una chispa encendida en su cerebro embotado, después de que le hubiera devuelto la capacidad de moverse? ¿Estaba viva o estaba muerta, era humana o era una replicante? Deckard no lo sabía. Supuso que había llegado a ese estado del que le habló Isidore durante su conversación en el Hospital Veterinario Van Nuys. Ya ni si quiera era capaz de percibir la diferencia.

Otros pensamientos quedaron atrapados en el silencio, apenas a medio formar. Y si la cosa-Pris había reconocido a Rachael, y no a Sarah... ¿De dónde podía surgir ese reconocimiento? Quizá de algún recuerdo de la cadena de montaje en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, cuando todos los modelos Nexus-6, las Pris y las Zhoras y los Roy Batty, eran metidos en un almacén juntos antes de ser

transportados a las colonias espaciales. Pero enseguida supo que eso era un error, que nunca había habido ningún replicante del modelo Pris salvo en la mente perturbada de la chica. «Quizá había salido de la Tierra —pensó Deckard—. Quizá estuvo en las colonias de las Naciones Unidas...» Quizá Pris había logrado convencer a otros seres humanos de que era una replicante, y había pasado una temporada «sirviendo» al lado de un modelo Rachael en uno de los burdeles oficiales que disponían de licencia militar. La imagen le hizo cerrar los ojos, obligándole a tensar los párpados como si quisiera expulsarla de su cerebro. Y de todas maneras tal vez no fuese verdad. ¿Acaso no le había dicho Sarah que Rachael no había sido un

modelo de la gama de producción, sino una rareza, una creación única adaptada a los propósitos de Eldon Tyrell? Sarah podía haber estado manteniendo, por supuesto. No había forma de saberlo.

Un destello de memoria surgió de la oscuridad que se extendía más allá de sus párpados. No hacía tanto tiempo de aquello... «La he visto.» Y volvió a verla, el rostro en el tren de los replicantes, aquella otra oscuridad agazapada debajo de la comisaría central de policía. Acurrucada junto a los otros replicantes, los residuos rechazados del proceso industrial que los había creado. Llorando con un terror que no podía expresarse a sí mismo de ninguna manera salvo mediante el temblor de sus

hombros desnudos y con las lágrimas que iban infiltrando sal en las comisuras de su boca. Así que había otras como ella, como Rachael... Tenía que haberlas. Si lo que

había visto era real, y no meramente una visión febril extraída del miedo y el agotamiento de Deckard, entonces tenían que existir.

—¿Qué va a ser, Deckard? —Un cuchillo, o la voz de Sarah—. ¿Hablamos?

Deckard abrió los ojos y la miró. O miró a Rachael, o a la criatura que había llorado detrás de las puertas cerradas del bamboleante vagón de carga del tren de los replicantes. Las superposiciones de la memoria se fueron desvaneciendo, velo tras velo, hasta que pudo volver a verla con claridad.

—No... —Un suspiro, indicando el cansancio que había vuelto a enroscarse a su alrededor—. No tengo tiempo. Tengo un trabajo que hacer. —Podía percibir la presencia de Sebastián y de los otros detrás de él, las distintas criaturas vivas y no-vivas, la muerta acunada en el abrazo de su enamorado—. No tenemos nada de que hablar.

—Te equivocas. Hay todo un mundo de cosas de las que tenemos que hablar..., por fin. —Siguió observándole con la misma mirada desapasionada e impasible—. Estoy intentando conseguir que te resulte más fácil, Deckard. Quiero que vengas conmigo ahora mismo. Afuera, a mi rotador... La hospitalidad de la acogida ha sido encantadora, pero preferiría mantener nuestra pequeña discusión en otro lugar.

—¿Por qué debería ir contigo?

—Porque no tienes elección. —Sarah Tyrell le observó, la cabeza inclinada hasta rozar el cuello de piel de su chaqueta—. O vienes conmigo ahora, o me voy sola..., e informo a la policía de dónde te estás escondiendo. Podría hacerlo desde el teléfono del rotador, y luego sólo transcurrirían unos minutos antes de que estuvieran aquí. —Volvió la mirada hacia las figuras del otro lado de la habitación—. Supongo que cuando vengán también se encargarán de recoger el resto de la basura.

—Oh, vamos... —Deckard le devolvió la mirada con una mueca de disgusto—. Ese pobre bastardo no ha hecho nada.

—Eso no importa. Podrán llevárselo y pasarlo por la trituradora hasta que dé igual que sea culpable o inocente. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, Deckard? Tú mismo lo has hecho. Naturalmente, si no quieres que eso ocurra...

Lo tenía bien cogido, y Deckard lo sabía. El momento en el que habría sido capaz de decirle que se fuera al infierno, cuando la amenaza de que le ocurrieran cosas horribles a otras personas no le habría importado en lo más mínimo, ya había quedado atrás hacía mucho tiempo. «Está utilizando ese hecho», pensó. Casi podía admirar la precisión de sus percepciones. Sarah Tyrell sabía que había perdido una gran parte de su personalidad de blade runner..., y que se había vuelto más humano. Eso hacía que le resultara mucho más fácil manipular a Deckard.



—De acuerdo. —Miró a Sebastián, y acabó decidiendo que sería mejor que no le dijera nada. Después de todo, no había nada que pudiera decirle. Metió las manos en los bolsillos de su gabardina—. Vamos.

Holden había registrado la cabina del rotador de carga hasta que encontró lo que quería y necesitaba, lo que había sabido que estaría allí. El arma había sido el primer hallazgo, y el mejor, y le había resultado de gran utilidad durante la conversación que había mantenido con Deckard, aquel estúpido bastardo.

«Tendría que haberlo matado», pensó. «Sí, tendría que haberlo matado allí mismo...» Esa había sido su intención original, pero el asco que se había afeitado de él en cuanto comprendió que Deckard era un cobarde le había impedido disparar. Y además había otros en el apartamento-refugio, como Sebastián, aquel torso aserrado que se desplazaba de un lado a otro sobre la espalda de su oso de peluche mecánico. ¿Y si aquel enano asqueroso iba armado? Holden meneó la cabeza. Sabía que tendría que extremar la cautela, por lo menos hasta que hubiera recuperado todas sus fuerzas.

Y hasta que hubiera recuperado su arma habitual, aun que la que había encontrado en el rotador de carga bastaría por el momento. Era más pequeña y pesaba bastante menos que la enorme pistola negra que los blade runners empleaban como armamento estándar, lo cual era una suerte. Holden había empezado a sentirse un poco débil y falto de aliento, como si la unidad de corazón-y-pulmones que le habían implantado no fuera capaz de aguantar todos los esfuerzos a los que la había estado sometiendo últimamente. Tanto correr de un lado para otro y tanta música de adrenalina tenían que ser perjudiciales para un hombre en su estado. Cargar con su vieja arma habría sido como llevar un yunque atado a los hombros.

El otro objeto de gran utilidad que había encontrado, y que estaba debajo del asiento del piloto, era un par de binoculares Zeiss con circuitos de retroalimentación óptica que mejoraban la resolución. Las pantallas de ayuda de la esquina superior derecha del campo visual estaban en alemán, pero aun así Holden consiguió poner en marcha los sistemas y dirigió los binoculares hacia el edificio derrumbado que contenía el apartamento-refugio.

Había escondido el rotador de carga debajo de un promontorio de cascotes. Dentro del apartamento, Deckard probablemente pensaba que se había ido y que ya estaba de vuelta en el centro de Los Ángeles. El cabreo y los gritos con que había puesto punto final a su pequeña conferencia habían tenido como mínimo una parte de teatro, dirigido a conseguir que Deckard creyera que lo único que quería era interponer la mayor distancia posible entre ellos. Pero Holden todavía no estaba



dispuesto a perder de vista a Deckard, desde luego. Y a juzgar por lo que le estaban mostrando los binoculares, no era el único que tenía asuntos pendientes con él.

Acababa de esconder el rotador de carga cuando vio llegar a la visita siguiente. «Esa mujer debe de haber estado allí todo el tiempo, esperando a que me fuera...» Acostado sobre el estómago y con los codos apoyados en los cantos afilados del borde de concreto, Holden dirigió los binoculares hacia la mujer mientras ésta entraba en el edificio de apartamentos volcado. Ya era demasiado tarde para verle la cara, pero la elegante disposición de su oscura cabellera y la chaqueta con cuello de piel — ¿con aquel calor? Debía de ser una de esas nuevas prendas provistas de forro criónico— hablaban de dinero. «Lo cual no me sorprende en lo más mínimo», pensó con amargura. Que Deckard, aquella comadreja, hubiera acabado aprendiendo el arte de venderse al mejor postor resultaría muy típico de él.

Holden había inspeccionado todas las cubetas y compartimientos para el equipo de la cabina del rotador de carga en busca de alguna clase de micrófono de largo alcance, algo que pudiera usar para enterarse de lo que estaba ocurriendo dentro del apartamento-refugio, pero había acabado con las manos vacías. Sabía que habría necesitado un equipo muy potente y de calidad profesional. Cuando los blade runners decidieron utilizar aquel apartamento, de manera secreta y sin ninguna clase de conexión con la policía de Los Ángeles, todos habían aportado algo de dinero para proteger las ventanas y las paredes exteriores con una capa aislante que absorbía los sonidos. Como consecuencia, acercarse sigilosamente y pegar la oreja al edificio tampoco le habría servido de nada.

«Están tramando algo ahí dentro.» Holden, sintiéndose cada vez más frustrado, se dio la vuelta hasta quedar acostado sobre la espalda, dejó los binoculares encima del pecho e intentó frenar el acelerado palpitar del corazón mecánico a base de fuerza de voluntad. La maquinaria se negó a complacerle.

—Maldición... —masculló en voz alta, fulminando con la mirada el cielo vacío.

Podía haber forzado el equipo, quizá, de manera irrevocable. Se sentía peor que cuando había salido del Centro de Reciclaje perdido en el desierto para subir al rotador de carga con Roy Batty. «Condenados trastos baratos...» Se preguntó qué clase de equipo de segunda mano habría requisado la policía de Los Ángeles para casos como el suyo. Después de todo, aquel cruce de curandero y mecánico de cuarta categoría podía haberse limitado a meterle dentro del pecho una lata de conservas oxidada y un par de globos que habían sobrado de algún cumpleaños infantil.

Respirando hondo durante un rato, Holden consiguió que los puntos negros que vagabundeaban a través de su campo visual —una alarmante señal de anoxia, que llevaba a la estrangulación cerebral— se volvieran grises primero e incluso desaparecieran después..., casi todos. Volvió a apoyarse sobre los codos y dirigió los



binoculares hacia el otro rotador, el que la mujer, quienquiera que fuese, había usado para llegar hasta allí. La visitante misteriosa no había intentado esconderlo, y lo había dejado al otro lado del edificio de apartamentos.

El código de barras del fuselaje del rotador apareció ante sus ojos. Holden conectó la función lectora de los binoculares, y unos segundos después la pantallita de cristal líquido mostró una hilera de palabras minúsculas: matrícula protegida — no hay información disponible sobre este vehículo. Holden no se sorprendió demasiado. Un último modelo con una capacidad de propulsión tan elevada tenía que pertenecer a alguien lo suficientemente rico para poder pagarse el lujo de que no apareciese en las bases de datos.

Quien hubiera dicho que siempre había una solución para todo era un auténtico sabio. Holden fue introduciendo niveles de resolución cada vez más y más elevados hasta que se encontró contemplando los orificios de las tomas de aire de los turbocompresores, tan caros como especiales, instalados en el rotador. Los rayos del sol se deslizaban hacia el interior de las bocas curvas de titanio, iluminándolas lo suficiente para que los binoculares pudieran distinguir los números de serie del fabricante. Recitando la serie de cifras en voz baja para grabársela en la memoria, Holden volvió arrastrándose al rotador de carga y conectó el ordenador del panel de control. Un instante después ya disponía de la información deseada: el equipo de propulsión especial había sido adquirido por Servicios de Transporte: Ad Astra después de haber obtenido la licencia de compra correspondiente expedida por las Naciones Unidas. Holden no necesitó buscar la empresa en los ficheros, porque ya sabía que era la división de transportes de la Corporación Tyrell. Su logotipo, una imagen estilo realismo soviético bastante hortera de una figura masculina estilizada que alzaba un paquete en vuelto en una cinta hacia un planetoide anónimo, aparecía en los lados de todos los camiones-contenedores que llevaban replicantes hibernados a los muelles de San Pedro para que fueran transportados a las colonias espaciales.

«Tyrell, ¿eh? Vaya, eso es interesante...» Holden intentó extraer todos los datos posibles de sus bancos de memoria pre-Kowalski. Eldon Tyrell había muerto — Bryant se lo había dicho mientras estaba en el hospital, agonizando —, pero ¿no había una hija que habría sido su heredera? No, una sobrina. Sí, eso era. Aquella mujer quizá fuera la nueva presidenta y propietaria de la industria manufacturadora de replicantes, y había ido hasta allí en el rotador de la empresa para hablar con Deckard. Sabía dónde estaba Deckard, por lo que Deckard debía de haberse puesto en contacto con ella y le había dicho que fuera a verle allí, o ya se habían encontrado antes. Era la única explicación, porque jamás habría podido localizar el escondite por sí sola.

Lo cual significaba que aquella mujer —y, por extensión, la Corporación Tyrell— tenía alguna clase de relación con Deckard, el cual se suponía que era un ex blade



runner..., o por lo menos había aparecido a los ojos del mundo como un blade runner anteriormente, ya que Holden empezaba a no estar seguro de nada. La Corporación Tyrell y la unidad de blade runners siempre habían sido dos fuerzas enfrentadas, ya que la empresa siempre estaba creando replicantes que se hallaban cada vez más cerca de poder pasar por humanos —¿cuánto tiempo habría transcurrido hasta que hubiera modelos Nexus-7 o Nexus-8 disponibles en el mercado?—, y los blade runners dedicaban una cantidad equivalente de energías a dar con ellos y desenmascarar su verdadera esencia de replicantes. Era una de esas relaciones depredador-y-presa de ciclo cerrado en las que cada bando podía ser alternativamente los lobos o la oveja. «¿Y qué es lo que está tramando Deckard ahora? —se preguntó Holden—. ¿Estará durmiendo con el enemigo?»

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un sonido que podía ser percibido sin necesidad de usar ningún equipo de escucha de alta sensibilidad, y que era lo bastante potente para abrirse paso a través del aislamiento acústico del apartamento-refugio. Holden se agachó instintivamente mientras el disparo reverberaba sobre los cascotes de concreto esparcidos alrededor del rotador de carga. Sólo hubo un disparo, y después todo volvió a quedar en silencio. Holden alzó cautelosamente la cabeza por encima del nivel del panel de la cabina y examinó el edificio volcado.

La situación se estaba volviendo cada vez más interesante. Holden empezó a tejer especulaciones sobre quién había disparado contra quién. Estaba casi totalmente seguro de que Deckard no iba armado, pero eso no quería decir nada. Si la mujer llevaba encima cualquier clase de arma, Deckard podía habérsela quitado. A menos que... A menos que la mujer hubiera ido hasta allí única y exclusivamente para matar a Deckard, y así lo hubiera hecho. «¿Una discusión entre conspiradores?» No sería la primera vez.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en el interior del apartamento-refugio, Holden sabía que lo más prudente era mantenerse oculto y seguir observando. Había alguien dando vueltas por ahí dentro con un arma cargada en la mano. Holden también tenía un arma, pero dado su estado de agotamiento físico actual, no estaba muy seguro de que fuera capaz de levantarla y disparar sin que el arma temblara desastrosamente pese a estar empuñándola con ambas manos. Incluso los binoculares parecían pesar una tonelada mientras se arrastraba de vuelta a la cima del risco y los dirigía hacia el edificio.

«Qué demonios...» Pegó los ojos a los protectores de los binoculares al ver salir a dos siluetas: Deckard y la mujer, joven y de cabellos oscuros, que creía era la nueva propietaria de la Corporación Tyrell. Ninguno le había disparado al otro, y los dos parecían estar razonablemente intactos. ¿Qué demonios significaba eso? ¿Seguían estando metidos en la misma conspiración? La habitual expresión sombría del rostro de Deckard hacía que resultara difícil saber cuál era el grado de buenas relaciones



existente entre ambos, aunque la mujer parecía bastante satisfecha de sí misma. Deckard había adquirido la apariencia de su antiguo yo, como en un vuelo de la memoria que lo hubiese llevado de vuelta a los días en que era oficialmente un blade runner. Se había quitado el uniforme de policía hecho trizas para ponerse ropa de paisano, incluida una de esas gabardinas largas que siempre le habían gustado tanto.

Holden vio a través de los binoculares cómo Deckard y la Tyrell subían al rotador modificado y despegaban. Durante un momento sintió la tentación de ir corriendo al rotador de carga y seguir al otro aparato, pero enseguida se lo pensó mejor. Sabía que habrían detectado su presencia de inmediato.

Siguió contemplando al rotador durante unos instantes más, un puntito negro suspendido en el nacimiento de una estela de llamas que se iba desvaneciendo por encima de las torres de espejos irradiantes de la ciudad. El Santa Ana había dejado de soplar, dejando la atmósfera todavía tan caliente como en un desierto, pero impregnada por un callado temblor subcutáneo, casi subliminal, como si estuviera saturada por algún impulso apremiante que se encontraba más allá de la verbalización.

Holden se puso en pie, apoyándose en el suelo con una mano para no perder el equilibrio, y se irguió..., y lo lamentó al instante cuando una oleada de vértigo recorrió todo su ser, tan inquietante y desorientadora como si otro terremoto acabara de sacudir la zona. Se dobló sobre sí mismo con el corazón artificial palpitando dentro de su pecho, las palmas encima de las rodillas. Tenía algo atascado en la garganta, un obstáculo que apenas le dejaba respirar. Expulsarlo a base de toses pareció consumir sus últimas reservas de energía. Cuando abrió los ojos, Holden vio una mancha de humedad rojiza sobre los cascotes de concreto delante de él.

—Maldición...

Se tocó cautelosamente el esternón con las puntas de los dedos de una mano, intentando averiguar si había desprendido algún componente de los implantes que llevaba dentro. Prefirió tragar el sabor salado de su boca a correr el riesgo de escupirlo. Todo parecía estar funcionando: podía respirar, y el corazón seguía latiendo. Holden intentó recordar si aquel ruidito de objeto metálico que no estaba tan sujeto como hubiese debido era algo que estaba imaginando, o si siempre había estado allí y sencillamente no lo había notado con anterioridad.

De una cosa no cabía duda. Se sentía más débil que antes, más cerca del borde del colapso. «Oh, sí, he sabido elegir muy bien el momento», pensó con amargura. Lo que tenía que hacer —lo que su cuerpo agotado le decía que hubiese debido hacer— era acostarse en algún rincón oscuro y tranquilo hasta que su corazón y sus pulmones nuevos hubieran acabado de entretenerse con su urdimbre corpórea. Pero no había tiempo para eso. Las cosas estaban ocurriendo demasiado deprisa para que



pudiera permitirse un descanso, sin importar lo muy desesperadamente que lo necesitara. El rotador que transportaba a Deckard y la Tyrell había desaparecido para llevarlos hasta otro centro de la conspiración. Quizá ya habían hecho cuanto tenían que hacer allí, quizá los dos habían cooperado en el asesinato a tiros de una tercera parte en el apartamento-refugio...

Holden introdujo una profunda inhalación en la maquinaria pulmonar, intentando despejarse la cabeza y conseguir que su mente volviera a funcionar. «Encuentra la respuesta», se ordenó a sí mismo. ¿A quién habían matado Deckard y la Tyrell ahí dentro? Aparte de ellos, el único ser humano era aquel diminuto fenómeno de circo al que le habían cortado todas las extremidades salvo un brazo. Holden intentó recordar su nombre, pero no lo consiguió. De acuerdo, el amputado triple parecía ser un pequeño bastardo bastante insufrible, pero por sí solo eso no constituía suficiente motivación para acabar con él. Tenía que haber otra razón de más peso. ¿Cuál?

El hombrecillo había trabajado para la Corporación Tyrell, de eso estaba seguro. Hacía... trabajos de bioingeniería. Holden asintió, como si de repente pudiera ver todo el expediente policial del hombrecillo desplegándose delante de él. Diseño de replicantes, para ser exactos. Y, para ser todavía más exactos, había trabajado en los modelos Nexus-6 de la Corporación Tyrell. Eso era.

Lo cual quería decir que debía de saber algo. No meramente algo, sino un montón de cosas. El hombrecillo que sólo tenía un brazo había estado metido hasta esos ojos de aspecto lloroso en el diseño y la producción, en todos sus detalles, de los replicantes Nexus-6. Saber demasiado sobre esa clase de asuntos y, en concreto, saber algo que otras personas querían siguiera siendo un secreto, siempre era una buena forma de conseguir que te eliminaran.

Y entonces la respuesta llegó hasta él en una repentina iluminación, como si las nubes oscuras que había visto acumulándose sobre el Pacífico hubieran descargado un relámpago repentino. «Por supuesto —pensó—. Eso es lo que el hombrecillo de ahí dentro sabía. Y por eso tenían que matarle...»

El problema era que saberlo no le servía de nada si no podía aprovechar aquel conocimiento. Otra oleada de comprensión, no tan bienvenida como la primera, expulsó a los demás pensamientos de su mente. Necesitaba ayuda. Por mucho que le hubiera gustado hacerlo, no podía seguir adelante solo.

Holden miró hacia arriba. El cielo volvía a estar vacío. El rotador en el que viajaban Deckard y la Tyrell se había esfumado hacía ya un buen rato, y su estela rojiza acababa de evaporarse. Giró sobre sus talones y fue hacia el rotador de carga, avanzando despacio y con paso cauteloso, reservando sus fuerzas para la confrontación que ya había decidido librar.



## 14

Vamos, amigos. —Recorrió con la mirada las habitaciones vacías, aquellos espacios sumidos en el silencio que habían contenido lo más parecido a una existencia real que llegaría a conocer—. Me parece que ya hemos acabado de hacer el equipaje. Sebastián y los demás, los compañeros que le quedaban, habían hecho cuanto pudieron para limpiar las manchas de sangre esparcidas sobre el ángulo de las paredes y el resto del estropicio causado por la muerte de su único y verdadero amor. «Su segunda muerte...», se recordó Sebastián. Pensar que la pobre Pris había tenido que pasar por todo aquello dos veces hizo que se sintiera todavía más triste. No era justo. Pris nunca le había hecho daño a nadie..., o por lo menos no mucho.

Ni siquiera sabía dónde estaba Pris. Sebastián no se había sentido capaz de extraer las baterías del cadáver que había alojado el cerebro dañado de Pris, y no había podido desconectar los distintos interruptores y relés que le habían permitido conservar una muy limitada capacidad de moverse. «Debe de haberse marchado arrastrándose», pensó con tristeza. Habría salido a los campos de cascotes de la zona para yacer entre los otros objetos rotos que ya no podían seguir funcionando, restos entre restos. Fuera cual fuese la chispa ciega que todavía perduraba dentro de ella, acabaría muriendo entre las cenizas, los harapos y los huesos astillados y roídos del mundo.

El Coronel Peludo y el Húsar Chirriante volvieron a la habitación del apartamento inclinado en la que habían dejado a Sebastián y se inclinaron sobre él, acercando sus rostros al suyo. Sebastián tuvo que volver un poco la cabeza para evitar que la larga nariz de Chirriante se le metiera en un ojo. Sabía qué estaban haciendo. Sus compañeros estaban utilizando todos los órganos sensoriales que les había proporcionado Sebastián —principalmente ópticos, aunque las redondas orejas recubiertas de suave lana del oso de peluche podían oír bastante mejor que las de un ser humano, y Chirriante contaba con unos cuantos receptores olfativos extra dentro de aquella enorme nariz— para tratar de evaluar su estado físico y mental. Los dos sabían que acababa de ocurrir una gran tragedia que había devastado hasta la última fibra de su ser. Sebastián se sentía como si el único apéndice que no podía sacrificar,



su corazón, hubiera sido arrancado brutalmente de su delgado y frágil pecho. Chirriante y el Coronel eran conscientes de que la muerte les había visitado en su casa, de que había entrado contoneándose sobre sus tacones puntiagudos y había aniquilado a un miembro de la unidad familiar con un gran ruido, sacándolo del mundo de los vivos para llevárselo a aquel otro lugar en el que todas tus pilas se descargaban y la luz que brillaba detrás de tus ojos de botón se apagaba poco a poco. Estaban muy preocupados, y temían que Sebastián también fuera a irse.

—Todo va bien. —Sebastián estiró el brazo y rascó al oso de peluche detrás de las orejas. Chirriante era menos dado a los contactos corporales de naturaleza íntima, y Sebastián sabía que aquella extremada proximidad indicaba que los circuitos ocultos en el interior del casco debían de hallarse en un estado de considerable agitación —. No tenéis que preocuparos por mí. No me pasará nada.

Tuvo que preguntarse de dónde habían derivado aquel comportamiento, porque desde luego él no había programado nada semejante en sus circuitos. Desde el principio siempre se supuso que el oso de peluche y el soldado de juguete debían de ser pequeñas criaturas llenas de alegría y ganas de jugar, creaciones felices, rayos de sol en la oscura y lúgubre existencia de su constructor. Sebastián había trazado senderos lógicos que permitirían que el Coronel Peludo y el Húsar Chirriante fueran capaces de aprender nuevos aspectos de su entorno y que les permitirían modificar sus comportamientos basándose en aquellos datos —un círculo de retroalimentación básico—, pero aquella preocupación llena de ternura y aquel afán por consolarle eran algo muy distinto. ¿O no? Tendría que pensar en ello cuando llegaran al sitio al que irían a continuación, fuera cual fuese.

Chirriante le ayudó a instalarse en el arnés indio sujeto a la espalda del Coronel Peludo. Alimentos, pilas y otros artículos necesarios para la supervivencia ya habían sido amontonados en el trineo que usaban para recoger los lanzamientos de la asistencia social.

—Esperad un momento, amigos. He de dejar un mensaje.

El oso de peluche, que quería iniciar el viaje antes de que hubiera anochecido, golpeó el suelo con las patas traseras.

—No te pongas nervioso —le calmó Sebastián—. Sólo tardaré unos momentos.

Hizo que el coronel retrocediera hasta la pared desnuda más grande del apartamento. Sebastián la examinó y decidió que sería un buen lienzo. Aquellos tipos estaban tan ocupados corriendo de un lado a otro y matando a otras personas que no quería correr el riesgo de que sus palabras no llegaran a ser vistas. Usando el rociador negro de una Firma Modelo Chaka, el Equipo del Pequeño Graffitero, parte de los suministros de bellas artes que habían llegado en un lanzamiento de hacía varios meses, fue escribiendo con mucho cuidado lo que tenía que comunicar.



QUERIDO SR. DECKER: Había oído que la mujer le llamaba «Decker» cuando hablaron. Mordisqueándose la lengua, Sebastián fue trazando las siguientes palabras. MIS AMIGOS Y YO HEMOS DECIDIDO MARCHARNOS. AQUÍ HAY DEMASIADOS RECUERDOS DOLOROSOS PARA QUE PODAMOS SEGUIR EN ESTA CASA. Sí, era Una forma lo suficientemente diplomática de expresarlo. Sebastián aún sentía una punzada de dolor cada vez que la cinta del recuerdo volvía a desfilarse por entre sus pensamientos para mostrarle a la pobre Pris volando por los aires con la cabeza destrozada de un tiro. LE AGRADECEMOS QUE NO NOS MATARA TAMBIÉN. Sebastián lamentó haber escrito esas palabras apenas vio sus borrosos contornos sobre la pared. La lógica en que se basaban parecía un tanto deficiente, desde luego: la gente sencillamente no debería tratar de matarte, y punto. Pero no había tiempo para cambiar el mensaje, porque el oso de peluche ya estaba empezando a ponerse un poco nervioso. Sebastián se apresuró a acabar, espero que encuentre lo que está buscando. CON MIS MEJORES DESEOS, SEBASTIÁN.

Tendría que bastar con eso, porque el rociador ya casi estaba vacío. Un poco de pintura negra había manchado su única mano. Sebastián arrojó el rociador a un lado y esparció la mancha sobre su mono con la ayuda de las perneras y la manga sujeta por un imperdible.

—De acuerdo, de acuerdo... Ahora ya podemos irnos. —Sebastián se bamboleó dentro del arnés indio mientras el Coronel Peludo echaba a correr hacia la puerta—. ¡Ve más despacio o me arrancarás la cabeza con tanto salto!

Una vez fuera del edificio, los tres amigos se dirigieron hacia el este, sus sombras avanzando velozmente delante de ellos. Sebastián miró por encima del hombro mientras el oso de peluche caminaba. Podía distinguir el horizonte urbano de Los Ángeles en la lejanía, con el crepúsculo derramando luz rojiza alrededor de las oscuras torres, y pensó que el balance final de su estancia en aquel rincón del universo estaba repartido a partes iguales entre el debe y el haber. Había encontrado el verdadero amor y aquello que más deseaba su corazón, pero se lo habían vuelto a arrebatado. «Aun así —pensó—, por lo menos lo tuve durante algún tiempo...»

Se dio la vuelta y apoyó la mejilla en la espalda del oso de peluche. Cerró los ojos, pero no se durmió. Aún tendría que pasar mucho tiempo antes de que pudiera volver a dormir.



Tanto la oscuridad como la vida habían resurgido una vez más, y la ciudad empezaba a entrar en la parte nocturna de su ciclo. «Cuando todo sale arrastrándose de sus agujeros...», pensó Holden, contemplando la alfombra de luces que cubría el suelo desde la cabina del rotador de carga.

Cuando salió de la zona inclinada, ya había decidido cuál iba a ser su curso de acción. Las circunstancias —se estaba quedando sin fuerzas, y los esfuerzos que había exigido al corazón y los pulmones artificiales implantados dentro de su pecho habían hecho que la maquinaria empezara a rechinar y jadear de una manera realmente alarmante, con borrosos puntitos negros que caían sobre su campo visual como una nevada en negativo incluidos— habían impuesto su ley, y Holden necesitaba ayuda. No la necesitaba para más tarde, cuando la situación se hubiera aclarado, sino inmediatamente y para que todo ocurriera como deseaba, para que pudiera interpretar el papel de un agente activo en el proceso histórico, o por lo menos en aquella pequeña parte de él, en vez de ser un vegetal capaz de respirar encadenado a una cama de hospital por un montón de tubos.

Una visión terrible había acudido a él mientras el rotador de carga completaba otro círculo sobre el núcleo sur de Los Ángeles para mostrarle cómo sus entrañas biomecánicas alcanzaban su límite de seguridad y entraban en una modalidad de desconexión parcial a media potencia, conservando justo la actividad suficiente para

~~mantenerle vivo en el asiento del piloto, pero sin permitirle seguir consciente. Esa nueva situación resultaría infinitamente peor que estar prisionero en el hospital.~~  
Entonces Holden ya no sería humano, y se habría convertido en una cosa mantenida con vida por bombas y vejigas hinchadas artificialmente que llevaría su cara y sus ropas y que cabalgaría eternamente por el cielo, siguiendo el curso que había fijado cuando su cerebro todavía era capaz de funcionar. Y así seguiría, volando a través de la rotación del día y de la noche y de la sucesión de las estaciones, de las manifestaciones de la sequía y del monzón que golpearían la cúpula transparente de la cabina mientras la curva de cristal protegía sus ojos vacíos que ya no podían ver nada...

«No eternamente, claro», pensó Holden con un sombrío alivio. Suponía que la policía acabaría derribando el rotador de carga porque su presencia en el cielo violaba las normas del espacio aéreo. O quizá dejarían que siguiera su curso y el vehículo acabaría quedándose sin combustible, y se precipitaría sobre las calles. Holden casi podía ver a uno de esos agentes obsesionados por el reglamento apoyando una bota sobre un trozo de metal de la altura de un parachoques mientras le ponía una multa por haber aparcado en una zona restringida.

Ya había anochecido del todo. La línea de un oscuro color violeta extendida a lo largo del horizonte, el último vestigio del cuchillo solar, se extinguió debajo del acantilado de nubes que empezaban a elevarse en el cielo. Por fin estaba lo



suficientemente oscuro para que Holden pudiera ocuparse de los detalles del plan que había decidido llevar a la práctica. Si necesitaba ayuda para evitar su muerte o su inconsciencia, sólo había un sitio al que pudiera ir y una persona a la que pudiera recurrir. El departamento de policía, tanto de manera oficial como si establecía contacto con sus viejos amigos y conocidos de la fuerza, quedaba totalmente descartado. No podía saber cuáles eran los niveles de la estructura de la comisaría central afectados por la podredumbre de la conspiración. Cualquier persona con la que hablara podía ser uno de aquellos bastardos que, por sus malévolas razones particulares, habían llegado a la conclusión de que el único blade runner bueno era el blade runner muerto. Y en cuanto a Deckard, quien presumiblemente corría tanto peligro como los otros blade runners... Bueno, Deckard también quedaba descartado por un montón de razones, algunas de las cuales habían sido cuidadosamente examinadas por Holden durante su tiempo de espera en el aire.

Alargó el brazo hacia el panel de control y desconectó el piloto automático del rotador de carga. Otro circuito acababa de ser completado, trayéndole de vuelta a las oscuras madrigueras del distrito de Los Feliz. Holden empuñó los controles manuales del rotador de carga, y dirigió el vehículo hacia el edificio en el que había vivido su ex compañero.

Y después de haber posado el rotador en la cubierta de descenso del tejado del edificio, permaneció totalmente inmóvil en el asiento del piloto, sintiendo cómo una capa de transpiración se iba formando poco a poco entre las palmas de sus manos y el metal inerte del timón. «Vamos, vamos... —decía una parte de su ser, intentando hacer entrar en acción al resto—. ¿A qué estás esperando? No se te ocurra derrumbarte ahora.» Holden atribuyó el nudo de miedo que estaba creciendo en sus entrañas al mal funcionamiento de sus nuevos pulmones, sabiendo que el cerebro al que alimentaban reaccionaba a la privación parcial de oxígeno con un innato terror animal. Pero también sabía que la cobardía de su cuerpo se aliaba a su gélida racionalidad. Había dejado a Roy Batty en el apartamento de abajo, esposado a la cañería de detrás del retrete; volver a visionarla cinta dentro de su cabeza con Batty maltratado y manoteado, justo en el límite de su conciencia, como en esos días cruce genético entre un toro y una avispa rabiosa, bastó para que un chorro de adrenalina inundara las válvulas de polietileno de su corazón. ¿Y se disponía a entrar allí para decirle a Batty que quizá deberían volver a trabajar juntos? «Buena suerte», susurró un lóbulo de duda.

—Bueno, acabemos con esto de una vez.

Era su voz, saliendo de sus propios labios. Holden abrió la cabina del rotador de carga y bajó a la cubierta de descenso.



En el apartamento, un enigma: las esposas estaban allí, reluciente metal cromado suspendido debajo de la blancura de la porcelana, pero Roy Batty había desaparecido. Holden se incorporó de la inspección arrodillada de las esposas que acababa de hacer y vio su rostro lleno de perplejidad en el espejo colocado encima de la pileta. El espectro parcial del tubo fluorescente hacía que la piel de sus mejillas y su frente tuviera un aspecto todavía más pálido y flácido, como si estuviera mucho más cerca de la muerte de lo que creía.

«Ha escapado», pensó. Tenía que haberlo hecho, aunque no había ninguna indicación de cómo se las había arreglado para conseguirlo. El edificio estaba tan mal construido —algunas partes de él, las que parecían concreto, en realidad eran espuma plástica pintada— que incluso un viejo como Batty hubiera podido arrancar la cañería de la pared del cuarto de baño. Pero seguramente luego no se habría tomado la molestia de volver a ponerla en su sitio y tapar los destrozos con jabón y pasta dentífrica, ¿no? Además, las esposas todavía estarían colgando de las muñecas de Batty y no allí, en la cañería.

Dando vueltas al misterio en su cabeza, Holden apagó la luz del cuarto de baño y salió al pasillo del apartamento. Apenas puso los pies en él se vio estrellado contra la pared. El impacto sufrido por su columna vertebral bastó para expulsar el aire de sus pulmones, y su nuevo corazón se convulsionó en un espasmo de rápidas fibrilaciones.

—Estúpido hijo de perra. Debería matarte. —El rostro de Batty, con sus arrugas y surcos enrojecidos por una furiosa energía, se acercó al de Holden hasta que sus narices se rozaron—. De hecho, es lo que planeo hacer. Espero que eso no suponga una sorpresa excesivamente grande para ti.

Holden puso las manos sobre las muñecas de Batty e intentó apartarlas de su garganta lo suficiente para que ésta pudiera tragar aire. Un fragmento de su mente que observaba todo lo que estaba ocurriendo como si lo viera desde muy lejos le informó de que las esposas habían desaparecido.

—Espera... Espera un momento... —Logró jadear las palabras mientras sus pies flotaban sobre el suelo del pasillo—. He de... hablar contigo...

—No, amigo. —Batty empujó su cuerpo unos cuantos centímetros más pared arriba—. Tú y yo ya hemos hablado demasiado. Tengo tan bien sintonizada tu ridícula longitud de onda que ni siquiera he de seguir hablando contigo. Sabía que ibas a volver aquí. Sabía que vendrías a buscarme en cuanto te hubieras dado cuenta de que estabas demasiado jodido para seguir adelante por tu cuenta. —Una sonrisa de tiburón flotó delante de la cada vez más borrosa visión de Holden—. Por lo tanto, sé qué vas a decir antes de que lo hagas.



Una hebra de oxígeno descendió por su garganta. Batty se estaba cansando. El inicio de su agotamiento todavía no era visible, pero podía detectarse a través del leve debilitamiento de sus brazos a medida que el peso tiraba de ellos hacia abajo. Los puntos negros suspendidos delante de los ojos de Holden, que habían interpuesto un tembloroso velo de lentejuelas oscuras entre su rostro y el de Batty, ya no eran tan numerosos.

—Oye... Esto es importante... —Las palabras arañaron su laringe oprimida—. No habría vuelto aquí..., si sólo necesitara ayuda...

—Oh, claro —dijo Batty, añadiendo un gruñido lleno de desprecio a su réplica.

—De veras... Lo he averiguado... —Tiró de las muñecas de Batty—. Sé quién es... el sexto replicante...

Batty inclinó la cabeza hacia un lado y observó a la figura atrapada delante de él.

—¿De qué estás hablando?

—Bájame... y te lo explicaré...

Batty le contempló durante unos instantes más a través de sus párpados entrecerrados.

—De acuerdo. —Bajó a Holden hasta el suelo y soltó la pechera de su camisa.

Después dio un paso hacia atrás y cruzó los brazos encima del pecho—. Más te vale que sea una buena historia.

Holden se dobló sobre sí mismo, jadeando para llenar sus pulmones mientras mantenía la cabeza a la misma altura que su corazón artificial para incrementar la circulación de la sangre entre los dos órganos. Después se fue irguiendo poco a poco, apoyando una mano en la pared para no perder el equilibrio, y fue tambaleándose hasta la sala de estar del apartamento, con Batty siguiéndole.

—Es sencillo. De veras... —Se dejó caer en uno de los sillones y apartó la banqueta volcada con un pie para poder estirar las piernas—. En cuanto empiezas a pensar en ello, enseguida ves que es muy sencillo. —El entumecimiento de sus extremidades estaba siendo rápidamente sustituido por un cosquilleo a medida que la circulación volvía a la normalidad, o a lo que podía considerarse como normalidad en su estado—. El sexto replicante... El replicante que todavía no ha sido localizado... es Deckard.

—Idiota. —Batty le lanzó una mirada llena de desprecio—. ¿Quién te dijo eso? ¡Yo! —Se dejó caer pesadamente sobre la banqueta acolchada y sus codos arrancaron dos acordes atonales al piano cuando se echó hacia atrás hasta quedar apoyado en el teclado—. Cristo... —murmuró, meneando la cabeza y poniendo cara de disgusto—. No puedo creerlo. En el caso de que te hayas estado preguntando si esa nueva bomba



tuya ha empezado a racionarle el oxígeno a tu cerebro, y deberías hacerlo, porque puedo oír sus chirridos desde aquí, entonces ya tienes la respuesta. Tu cerebro se ha convertido en un montón de sesos podridos.

Holden le escuchó sin inmutarse. Después deslizó las manos sobre los brazos redondeados del sillón y consiguió sonreír.

—Oh, claro... Dijiste algo acerca de que Deckard era el sexto replicante. Pero sé cómo funciona tu mente, Batty. Nunca habrías podido hacer el trabajo de un blade runner. Eres demasiado descuidado. Tu *modus operandi* se reduce a matar a una persona, y si luego resulta que te has equivocado de persona vas y matas a otra..., hasta que acabas matando a la persona correcta. —Hizo una breve pausa, tratando de recuperar el aliento—. Los blade runners, en cambio, intentamos ser un poco más precisos en lo que respecta a matar.

—Vete a la mierda.

Ya era suyo. Holden se inclinó hacia adelante, disfrutando del pequeño grado de control que había obtenido y del repentino desplazamiento de poder que acababa de producirse entre los dos.

—¿Lo ves?

El mero hecho de poder jugar con la mente de Batty ya justificaba el riesgo que había supuesto volver allí. Holden manipularía a Batty de la mejor manera posible: le engañaría mediante sus propias palabras..., pero con una pequeña diferencia.

—Sabes que tengo razón —siguió diciendo—. Cuando dijiste que Deckard era el sexto replicante, sólo se trataba de una idea que se te había ocurrido. En realidad no estabas seguro de ello, ¿verdad?

Batty se removió nerviosamente sobre la banqueta del piano, pero no dijo nada.

—Mientras que cuando yo digo que Deckard es el sexto replicante..., puedo probarlo.

Holden se recostó en el mullido tapizado del sillón con una expresión triunfal en el rostro.

—Adelante. —Batty había recuperado la compostura—. Te estoy escuchando.

—En la zona inclinada, ya sabes, esa zona sísmica en la que todos los edificios se derrumbaron, hay un apartamento-refugio que Deckard, yo y unos cuantos blade runners más adquirimos en secreto. No tiene ninguna clase de conexión con el departamento de policía. Lo usábamos para operaciones de vigilancia, cacerías clandestinas y esa clase de cosas. Sabía que Deckard iría ahí..., y tenía razón. —

Holden obligó a sus pulmones biomecánicos a tragar una buena cantidad de aire—. Después de haberme ocupado de ti, fui a ese apartamento y hablé con Deckard...



—Tendrías que habértelo cargado. Y si eres tan jodidamente listo, no deberías haberme dejado en un sitio donde pudiera coger hilo dental y una hoja de afeitar. Cuando sabes lo que estás haciendo, esas esposas no valen una mierda.

Holden pasó por alto el comentario.

—Bueno, el caso es que no conseguí llegar muy lejos con él. Había pensado que si trabajábamos juntos podríamos localizar al sexto replicante y retirarlo, pero Deckard no quiso aceptar mi plan. Me rechazó. Así que me marché..., pero en realidad no me fui. Seguí vigilando el apartamento desde el exterior. Y Deckard tuvo una visita, naturalmente. Una mujer...

—¿Oh? —Batty enarcó una ceja—. ¿Joven, de cabellos oscuros? ¿Aspecto caro?

—Mucho. —Holden asintió—. Supuse que debía de ser la nueva propietaria de la Corporación Tyrell...

—Sarah Tyrell. Buena puntería.

—Los dos estuvieron hablando dentro del apartamento-refugio durante un rato, y luego se oyó un disparo. Después Deckard y la mujer salieron, subieron a un rotador de la Corporación Tyrell y se fueron. La persona que no salió del apartamento fue aquel hombrecillo tan raro que también estaba allí. Se llama Sebastián, y había sido uno de los mejores bioingenieros de la Corporación Tyrell.

—Sí, le conozco. Estuvo muy involucrado en el diseño de los modelos Nexus-6. Le conocí cuando estaban montando los prototipos para el modelo de replicante Roy Batty.

—Pues eso es lo que me parece más interesante. —La excitación hizo que el corazón artificial acelerase el ritmo de sus revoluciones dentro del pecho de Holden—. Deckard y Sarah Tyrell mataron a una de las pocas personas que podían identificar a los replicantes Nexus-6. Demonios, puede que fuese la única que quedaba... ¿Por qué iban a hacer eso, a menos que quisieran asegurarse de que ya no

había nadie que pudiera identificar al sexto replicante desaparecido? ¿Y a quién podría preocuparle más esa posibilidad que al sexto replicante? Así que tiene que ser Deckard. Todas esas historias de que tuvo que huir al norte sólo fueron un truco, una coartada para que pareciese que no había estado en la escena del crimen. Pero estuvo allí, y además estuvo muy ocupado liquidando a cualquiera que pudiese identificarle. Como Bryant, por ejemplo... Resulta obvio, ¿no? Deckard mató al único tipo que había visto el informe de fuga original enviado por las autoridades coloniales, después de que Bryant hubiera borrado la información sobre él de los ficheros policiales. Eso demuestra hasta qué punto puede llegar a ser concienzudo

ese bastardo de Deckard: no está dejando ningún cabo suelto.

Batty se acarició el mentón con expresión pensativa.



—¿Y por qué no te mató cuando estabais en aquel apartamento-refugio?

—Porque yo tenía un arma y él estaba desarmado... en aquel momento. La Tyrell debió de traer el arma con la que mataron a Sebastián.

—Ya. —Batty asintió lentamente—. Supongo que tiene sentido. —Se encogió de hombros—. Oye, me alegra que estés empezando a entender mi manera de pensar...

—¿«Pensar»?

—De acuerdo, de acuerdo. —Batty extendió las manos con las palmas vueltas hacia arriba—. Admito que me dejo guiar más por el instinto que por la razón, así que si quieres puedes demandarme. Pero tus descubrimientos confirman mis

intuiciones sobre Deckard. Eso quiere decir que estaba en lo cierto, ¿no?

Holden se relajó un poco. Había conseguido empujar a Batty hasta una porción un poco menos salvaje del ciclo de locura dentro del que operaba. Le contempló en silencio durante unos momentos, pensando que parecía un lobo amansado mediante un pedazo de carne. Se recordó a sí mismo que no podía permitirse ni un solo signo de miedo, porque debía demostrar al animal salvaje quién mandaba realmente allí.

—Ahora que sabemos quién es el sexto replicante, lo único que debemos hacer es calcular cuál va a ser nuestro próximo paso y qué vamos a hacer con él.

Se inclinó hacia adelante mientras Batty imitaba su gesto. Desde la banqueta del piano, con lo que sus cabezas estuvieron a punto de rozarse. Era como si estuvieran respirando juntos, y una pequeña parte de la mente de Holden se acordó de que aquél era el significado de la palabra «conspiración».

Las hogueras nocturnas hacían que ciertas personas —o algunas criaturas, se autocorrigió Sebastián— tuvieran ganas de jolgorio. La que se encontraba justo debajo de él acababa de iniciar un tembloroso bailoteo de patas cortas y rechonchas en el que había más entusiasmo que auténtica capacidad para la danza, nada más ver el parpadeante resplandor de las llamas y las chispas saltarinas suspendidas entre las columnas de humo que ascendían hacia el cielo.

—¡Eh, eh! —Sebastián se agarró al cuello del oso de peluche para evitar salir despedido del arnés indio—. ¿Te importaría estarte quieto? Pareces un barco en plena tempestad, y acabarás consiguiendo que me maree.

El Húsar Chirriante también había divisado las hogueras.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Empezó a dar saltos mientras señalaba con un dedo—. ¿Qué cu-cu-cuernos es eso, Sebastián?



—Pues la verdad es que no lo sé. —El cargamento que el oso de peluche animado y el soldado de juguete habían estado remolcando entre los dos contenía un telescopio de latón al estilo de los que usaban los piratas, pero Sebastián no sentía demasiados deseos de empezar a buscarlo entre la oscuridad—. Supongo que es gente. —Permitió que su cuerpo resbalara hacia abajo dentro de las tiras del arnés—. Mucha, parece... Incluso puedo ver sus sombras.

—Hmmmm... —Chirriante, un poco más calmado, alzó la nariz hacia el cielo, como si estuviera intentando oler la naturaleza de aquellas presencias invisibles—. ¡He de pensar!

En realidad el soldado de juguete no era capaz de pensar a un nivel analítico realmente profundo —Sebastián no lo había programado para eso—, pero podía ejecutar una buena imitación del proceso, algo que probablemente había aprendido observando a su creador. Sebastián sabía que tendría que pensar por los tres, como había hecho siempre hasta el momento. «No es que se me haya dado demasiado bien, desde luego...» Quizá ya iba siendo hora de que permitiese que Chirriante y el Coronel Peludo se enfrentaran a aquellas tareas tan necesarias. En el pasado, y no hacía tanto tiempo de eso, Sebastián había tenido que pensar por cuatro, contando a Pris. Después de todo, Pris nunca —ni siquiera cuando estaba viva, realmente— había sido el tipo de chica para la que el pensar es la forma favorita de abrirse paso a través de los rigores de la existencia. Y lo único que había conseguido obtener Sebastián de sus reflexiones, al menos para ella, había sido la muerte, absoluta y definitiva. La muerte de Pris, sí..., y la suya, en la medida en que se había convertido en un cascarón reseco y arrugado que sólo tenía un miembro, ya que el núcleo de su vida se había extinguido junto con la febril e incesante vigilancia de los ojos rojizos de Pris. Por mucho que se esforzara, un soldado de juguete con la nariz de Pinocho no podía hacerlo peor.

Sebastián esperó en silencio, pero Chirriante no dijo nada más. El Coronel Peludo le lanzó una rápida mirada por encima del hombro, un brillo de aprensión en sus ojos de botón.

—De acuerdo... —Sebastián suspiró, comprendiendo que habían decidido depender de él—. Vamos a ver si nos aclaramos, ¿eh? En este sitio, las cosas a las que hay tener miedo son aquellas que no puedes ver cuándo es de noche. ¿Correcto? —El oso de peluche y el soldado de juguete asintieron—. Esas personas, sean quienes sean... —Señaló la lejanía resplandeciente con su única mano—. Bueno, parece que no les importa que les veamos. Quiero decir que han encendido todas esas hogueras, ¿no? Por lo tanto, parece que la deducción más lógica es que no debemos tenerles miedo. ¿Me vais siguiendo?



—¡Quizá son salvajes! —Chirriante, que tenía los ojos abiertos como platos, ya había conseguido asustarse a sí mismo—. ¡Caníba-ba-ba-les!

—Oh, vamos... Ese tipo de gente sólo existe en las malas películas. Ya sabes, esas memeces postapocalípticas rodadas con cuatro dólares... —Sebastián pensó que su lógica era francamente convincente, y apremió al Coronel Peludo a seguir avanzando—. Vamos a echarles un vistazo, ¿de acuerdo? Quizá están haciendo una barbacoa. Chuletas de la asistencia social y salchichas... Os gustan, ¿verdad?

Peludo y Chirriante no comían, pero lo pasaban en gran de usando sus espadas de gala para sostener cosas dentro de las llamas.

La idea bastó para motivar a sus compañeros. Dejaron sus suministros, agua, comida y pilas, escondidos en una grieta que podrían localizar sin demasiadas dificultades más tarde. El trío avanzó por encima del flanco de un palacio de los saldos construido en una derivación del estilo Neutra, y fueron avanzando poco a poco hacia las hogueras.

Antes de que pudieran distinguir con claridad las figuras humanas, los tres oyeron la única voz, potente y autoritaria, que resonaba entre ellas. Las orejas redondas del Coronel Peludo temblaron a cada lado de su cabeza, y Chirriante parecía profundamente perplejo.

—¡Suenan como la iglesia!

Los conceptos del soldado de juguete estaban basados en viejos programas de los televangelistas, pero tenía razón: sonaba exactamente igual que sus sermones. Sebastián no pudo entender las palabras hasta que hubieron atravesado la hilera de sombras temblorosas y estuvieron lo bastante cerca para sentir el calor de las hogueras en sus rostros.

—«¡Y con esta sabiduría, los discípulos iluminados podrán dominar todos los deseos desordenados!» —Un hombre vestido con un mono blanco (una de sus mangas estaba desgarrada, y había manchas de hollín esparcidas por toda la pechera, como si se hubiera acercado demasiado al fuego o se hubiera visto afectado por alguna clase de explosión) leía un maltrecho libro de bolsillo subido a una caja—. «Que todas las criaturas vivas, ya hayan salido de un huevo, crecido dentro de un útero, evolucionado o sido producidas mediante la metamorfosis, ya tengan forma o conocimiento, ya posean sentimientos naturales o carezcan de ellos, me escuchen con atención... ¡Os ordeno que busquéis la liberación de este estado de existencia continuamente cambiante!» —La voz se volvió más potente y llena de fervor—. «Entonces seréis liberadas del mundo de la inteligencia y conoceréis un mundo sin número o límite. En realidad, ni siquiera existe un mundo de la inteligencia, pues en las mentes de los discípulos iluminados, tales conceptos arbitrarios han dejado de...»



Un par de docenas de personas formaban un círculo y le escuchaban en silencio, seres humanos adultos y normales que no tenían nada que ver con el estado al que se había visto reducido Sebastián. Todos estaban un poco sucios y harapientos, ya que cuando vivías en la zona inclinada resultaba imposible mantener un estado de aseo impecable. Unos cuantos rostros llenos de curiosidad se volvieron hacia Sebastián y sus pequeños compañeros.

—Oh, perdón. —Sebastián alzó la mano por encima de la cabeza del oso de peluche para disculparse—. No quería interrumpirles. —El sermón, si se trataba de eso, había terminado de repente, y Sebastián no sabía si se suponía que tenía que ser así—. Sigán, sigan...

El hombre bajó de la caja y fue hacia ellos. Parecía ser alguna clase de líder espiritual: tenía el tipo de rostro curtido, lleno de arrugas y obsesionado por la presencia de Dios imprescindible para desempeñar esa clase de funciones, y lo complementaba con una hirsuta barba canosa que también estaba ligeramente chamuscada.

—¿Has venido a echarnos de aquí? —El hombre evidentemente santo se inclinó para escrutar el rostro de Sebastián—. Quizá eres una avanzadilla exploratoria de los departamentos policiales que imponen la ley y, específicamente, de aquellos a los que se ha encomendado la misión de aplastar herejías como las representadas por nuestro pequeño grupo. ¿Es ése el caso?

—Eh... No... —Sebastián se encogió ante la penetrante mirada de su interrogador—. Más bien somos... ciudadanos independientes que..., que operamos de manera particular.

—Comprendo. —El barbudo volvió a erguirse. Unos cuantos seguidores se habían acercado para seguir la conversación. Su líder dejó escapar un suspiro—. En ciertos aspectos, o más bien en muchos, es una lástima. En el sentido de que las doctrinas de nuestra fe son una invitación al martirio, naturalmente... De hecho, se podría decir que el martirio es el máximo sacramento y que sin él muchas de nuestras actividades, si es que no todas, parecen ser vanas y carentes de significado.

—Bueno... —Sebastián no sabía qué decir—. Supongo que tendrán que seguir aquí durante un tiempo.

—Ah, sí, a ti te resulta muy fácil decirlo... Ven aquí. —El líder barbudo cogió una de las patas del Coronel Peludo, sujetándola como si fuera una extensión del cuerpo de Sebastián, y lo llevó hacia el centro del círculo de hogueras donde estaban los demás. Sebastián se removió nerviosamente entre las tiras del arnés indio, siendo muy consciente de que se había convertido en el centro de toda su atención—. Ése es el propósito de estas congregaciones que celebramos a la intemperie. Sí, se podría decir que nos reunimos en los campos y los pastizales de manera similar a como lo



hacían los primeros librepensadores, aquellos que habían rechazado las doctrinas perversas de la élite gobernante de su época. Aun que la perversidad es eterna, naturalmente, y el gran propagador de mentiras se limita a sustituir una máscara por otra...

—Oh.

Con una cada vez más inquietante sensación de vacío en el estómago, Sebastián comprendió que acababa de tropezar se con un nido de lunáticos. «Típico de mi mala suerte», pensó con abatimiento. Cuando las cosas te empiezan a ir mal, siguen yendo mal durante mucho tiempo. Ésa era la verdadera naturaleza del universo.

—Para así oprimir mejor a los justos. —El líder se había sumergido en el incesante fluir de la corriente de sus pensamientos, aunque siguió hablando en voz alta. Sus frágiles hombros se encorvaron debajo del mono blanco, como un insecto que plegara su cuerpo para adoptar una postura de descanso parcial—. Aunque en realidad el Enmascarado, el que engaña y oprime, presta un gran servicio a los justos a través de su crueldad. Una paradoja, cierto, en el sentido de que sólo llegas a ser humano a través de la experiencia de la opresión y del sufrimiento... A través del sufrimiento, te conviertes en el objeto de la compasión. Ya sabías todo esto, ¿verdad? Así es como aquella que sólo ve sufrimiento, el Ojo de la Compasión, llega a ser consciente de tu existencia. No ve otra cosa, y es ciega a todo salvo a aquellos que sufren.

El líder deslizó largos dedos esqueléticos por entre los mechones de su barba, y el timbre de su voz derivó hacia lo especulativo.

—Hubo un tiempo en el que los humanos, seres humanos como nosotros, sufrían, y ése era el pan y la sal de nuestra existencia. Ya hace mucho tiempo de eso. Ahora nos hemos convertido en lo que causa el sufrimiento y no de una manera individual, sino como especie. Nos hemos convertido en una de las máscaras detrás de las que el gran opresor que propaga las mentiras se manifiesta a sí mismo en este universo. Por

lo tanto, la pregunta a la que debemos responder también cambia. —Uno de sus seguidores, un joven de mejillas hundidas y aspecto febril, permanecía inmóvil junto a él e iba transcribiendo las palabras del líder en un viejo bloc de estenografía—. Al causar el sufrimiento, ¿actúa quizá el Enmascarado como agente previo y necesario de su compasiva oponente?

La mirada, y el silencio expectante que la acompañaba, pusieron bastante nervioso a Sebastián.

—No sé qué decirte —murmuró, aumentando la presión que su antebrazo estaba ejerciendo sobre el hombro del Coronel Peludo.



—¿Estás seguro de que no eres de la policía? —preguntó el líder en un tono repentinamente esperanzado.

—Totalmente.

—Bueno... Nos quedaremos aquí durante un tiempo, tal como nos has aconsejado que hagamos. Por el bien de aquellos que son más humanos que nosotros, de los que han sido bendecidos...

Y entonces Sebastián entendió de repente quiénes eran aquellas personas. «Por las campanas del infierno —pensó—. Son simpreps...» Antes de su primera visita al mundo inclinado, Sebastián había oído rumores de que ciertas congregaciones de los verdaderos creyentes frecuentaban la zona. Al llevar una existencia de recluso, nunca se había encontrado con ellos anteriormente.

—Oye, me parece que no entiendes la situación. —Podía permitirse el lujo de tratar de ayudarles, ya que no tenía nada contra ellos. Dejó de agarrarse al oso de peluche el tiempo suficiente para agitar la mano, tratando de apartar el humo que se le estaba metiendo en la nariz y le daba ganas de estornudar—. Si queréis ser arrestados por la policía, tenéis que ir a los sitios en los que está la policía. Perder el tiempo en pleno centro del desierto no os servirá de nada. Mientras os quedéis en esta clase de sitios, la policía probablemente ni siquiera levantará un dedo contra vosotros. Deberíais ir a la ciudad...

—Ya lo hemos hecho. —Una versión del líder más joven y con la barba más oscura habló de repente. Tenía ojos de fanático, con las pupilas rodeadas por un círculo de blancura—. Sabemos muy bien para qué puede sernos útil la ciudad. —A juzgar por la forma en que había escupido la palabra, «ciudad» era una de sus peores blasfemias—. Y hemos llevado nuestro mensaje allí. No sólo con palabras, sino también con las acciones... Hicimos que una de las voces del que propaga las mentiras cayera del cielo envuelta en llamas, y dimos testimonio encima de sus restos.

—Caramba.

Sebastián se sintió bastante impresionado, aunque en realidad no sabía de qué le estaba hablando. Aun así, estaba razonablemente seguro de que había alguna clase de actividad criminal involucrada en todo aquel asunto. Después de todo, aquellos tipos eran unos obsesos religiosos capaces de llegar hasta donde creyeran necesario en el terreno moral..., y quizá también en el de la actividad real. Sebastián estaba empezando a pensar que relacionarse con ellos quizá no fuera muy buena idea después de todo. Si la provocación había sido lo suficientemente grande, la policía podía acabar viniendo hasta allí para —como se solía decir en la ciudad— patear unos cuantos traseros y anotar sus nombres.



—Si realmente quieres saber mi opinión, creo que deberíais pensar un poco antes de decidir cuáles son vuestros verdaderos objetivos —dijo—. Me refiero a todo este asunto del martirio, ya sabes... —Sebastián estaba deseando que él y sus compañeros se hubieran limitado a dar un rodeo alrededor de las hogueras para seguir su camino, en vez de meter las narices en aquel lío—. Me parece que no estáis sacando nada de ello. —«Salvo dentro de vuestras cabezas de chiflados, claro», pensó—. Si estuviera en vuestro lugar, yo no haría nada que pudiera ocasionarme problemas con la policía o tener cualquier otra clase de consecuencias desagradables. El sufrir no es tan maravilloso como piensas. Yo entiendo mucho de sufrimientos, así que deberías creermelo.

Los miembros de la congregación se volvieron los unos hacia los otros para intercambiar miradas que indicaban una creciente preocupación ante la presencia de aquellos desconocidos surgidos de la nada.

—Escuchadme. —Sebastián oyó su propia voz, más potente y llena de fervor, como si de repente fuese él quien estuviera prestando testimonio—. Sé de qué estoy hablando. El sufrimiento apesta. Acabo de perder a la mujer que amo..., de nuevo, por segunda vez. Le pegaron un tiro delante de mí. Y además era una replicante, o por lo menos lo había sido...

El líder barbudo le miró fijamente.

—Sí —dijo después de un momento de inspección durante el que el Coronel Peludo dejó escapar un siseo y retrocedió—. Puedo ver que estás diciendo la verdad. —Puso una mano arrugada que olía a cordita sobre la coronilla de la cabeza de Sebastián—. Estás envuelto en la aureola de los que han sido bendecidos. El sufrimiento te ha dado ese aspecto. Casi eres humano.

—Bueno... Supongo que... En fin, gracias.

¿De qué demonios estaba hablando aquel viejo chalado?

—Pero aún te aguardan más sufrimientos. —El líder alzó la mano en un gesto de bendición—. Sí, aún tendrás que sufrir más antes de que puedas terminar tu viaje...

—Oh, no —murmuró Sebastián, que ni siquiera sabía adónde iba.

—Ven conmigo. He de darte algo.

Montado sobre la espalda del oso de peluche, Sebastián siguió al viejo. Chirriante avanzó cautelosamente detrás de ellos, lanzando miradas por encima del hombro al resto de la congregación mientras su larga nariz temblaba con nerviosa suspicacia.

—No puedes quedarte con nosotros. —El viejo líder empezó a hurgar dentro de una bolsa de lona que había sacado de una tienda adquirida en las subastas de excedentes del ejército, inclinándose en el límite parpadeante del resplandor del



fuego—. Tienes tu propio destino, pero esto quizá te ayude. Es una reliquia sagrada —añadió, dándose la vuelta y depositando un objeto rectangular en la mano de Sebastián.

Metal, delgado aluminio ultraligero con unas cuantas abolladuras y arañazos que indicaban una considerable edad. Objetos más pequeños, de metal y posiblemente cristal, tintinearón en el interior cuando Sebastián le dio la vuelta. Después alzó el objeto para que quedara iluminado por la tenue claridad anaranjada. En la tapa de la caja había una marca claramente visible que tenía la forma de una cruz roja.

—Es un botiquín de primeros auxilios.

Bueno, quizá realmente le fuera de utilidad. Los suministros que se habían llevado no incluían ninguna clase de equipo de primeros auxilios.

—Examínalo más de cerca.

Sebastián obedeció, la nariz casi pegada al metal. Había signos más pequeños, palabras estampadas sobre la superficie.

—Salamandra... No, me parece que lo he leído mal. —Sebastián entrecerró los ojos—. *Salander*. Sí, eso es. *Salander 3*.

Supuso que era el nombre de la nave de la que habían sacado el botiquín, y le pareció vagamente familiar. Quizá fuera una nave estelar sola, de los viejos aparatos de exploración que habían rebasado los límites del sistema solar.

El viejo asintió.

—Yo estaba allí... Sí, estaba allí cuando volvió a nosotros trayendo su mensaje. Estaba escrito en los ojos de sus muertos. —La barba canosa se elevó, apartándose de la pechera del mono, cuando alzó los ojos hacia el cielo nocturno—. Fueron los primeros en saber lo que todos acabaremos sabiendo algún día. Viajaron, y volvieron. Y vieron. Y trajeron consigo el mensaje...

—¿Qué mensaje?

Durante un momento pareció como si el líder no le hubiera oído.

—El mensaje de nuestra condenación —dijo por fin—. O de nuestra salvación. —Dirigió una débil sonrisa a las figuras inmóviles ante él—. Todavía no estamos seguros.

«Quizá deberías dedicar un poco más de tiempo a ese tema», pensó Sebastián. No alzó la mirada hacia el viejo, y concentró toda su atención en la caja de metal.

—Hay una criatura que lo sabe... —La voz del líder barbudo estaba descendiendo hacia las profundidades de la reflexión—. Debería saberlo y tiene que saberlo..., pero tal vez ni siquiera es consciente de que lo sabe.



—Me temo que no acabo de entenderlo.

El pestillo de la caja había quedado inmovilizado por el óxido, y Sebastián lo contempló con el ceño fruncido.

—Cuando tuvieron lugar las revelaciones, ella sólo era una niña —dijo el viejo en un tono de voz repentinamente suavizado—. Una niña perdida entre las estrellas, una niñita... Pobrecilla. —meneó la cabeza—. Las cosas que tuvo que ver y que no podía entender... Quizá era mejor que no pudiera entenderlas. Su madre y su padre... Yo ayudé a sacar sus ataúdes de la nave. Murieron a causa del exceso de conocimiento. Demasiada luz...

—Conocimiento, ¿eh? Sebastián apoyó la caja en el reborde del arnés y trató de abrirla con el pulgar—. ¿Qué clase de conocimiento?

—El de la forma en que cambian las cosas, lo que hace que lleguen a ser distintas a como eran en un principio... —El viejo alzó su mirada legañosa hacia el cielo—. Lo que era humano dejará de serlo. Y lo que no era humano... —Su voz se convirtió en un susurro antes de que se diera la vuelta y volviera a contemplar a Sebastián, los labios curvados en una tenue sonrisa—. Todo es muy extraño y muy difícil de entender. Quizá algún día recordará... las cosas que vio cuando era una niña. Las revelaciones, todo aquello que ha olvidado... Ah, sí, y entonces será una de nosotros.

Sebastián ni siquiera se molestó en preguntarle de quién estaba hablando. Por fin había conseguido abrir el pestillo y levantar la tapa del botiquín de primeros auxilios. Las botellitas y ampollas, simples desinfectantes y antibióticos, tenían un aspecto tan reseco como inocuo, y Sebastián supuso que cargar con el botiquín no haría que corriesen ningún gran riesgo..., y además no quería herir los sentimientos del viejo.

—Vete en paz.

Cuando volvieron al sitio en el que habían dejado sus cosas, Sebastián hizo que Chirriante añadiera la caja a sus suministros. Las hogueras lejanas de los simpreps se habían apagado, por lo que Chirriante tuvo que volver a hacer los nudos de las cuerdas bajo la luz de las estrellas.

Y no había mucha luz. Sebastián levantó la cabeza y vio los romos dedos de grandes masas de nubes teñidas de plata que avanzaban en dirección este. Se preguntó qué significaría eso.



## 15

—Necesitaré un medio de transporte. —Deckard señaló con una inclinación de la cabeza el vehículo que habían dejado aparcado sobre la pista de descenso de la Corporación Tyrell—. Tu rotador servirá.

—Muy bien. —Sarah sonrió amablemente—. Después de todo... no puedes ir hasta allí caminando por las calles, ¿verdad? Como ya hemos descubierto, podría resultar peligroso.

Deckard dio la espalda al panorama de luces de la ciudad que podía divisarse debajo del complejo de los cuarteles generales.

—Fuiste tú quien me llevó ahí. Sabías lo que haría Isidore, ¿no? —Estudió su reacción—. No consigo entender qué razón podías tener para querer que todo acabara de esa manera.

La sonrisa de Sarah se hizo un poco más ancha.

—Digamos que los dos aprendimos algo que de otra manera tal vez seguiríamos ignorando. Sobreviviste, ¿no? Ahora puedo estar segura de que la tarea de encontrar a nuestro replicante desaparecido no se encuentra más allá de tus capacidades. Adelante, llévate el rotador —añadió en un tono repentinamente brusco, como si

tuviera muchas cosas que hacer—. Pensé que lo necesitarías, así que hice que lo prepararan para ti. No intentes marcharte, y no trates de salir de la ciudad. Eso no sería aconsejable. El rotador ha sido equipado con un restrictor de perímetro. Puede moverse dentro de un círculo cuyo centro está aquí. —No necesitó hacer ningún gesto. Deckard sabía que se refería a los cuarteles generales de la Corporación Tyrell—, Intenta ir más lejos y una luz roja de advertencia se encenderá en el panel de instrumentos. Sigue intentándolo, y caerás del cielo convertido en una lluvia de llamas.

Era más o menos lo que se había esperado. ¿Por qué iba a confiar en él? Una tenue esperanza irracional se extinguió dentro de Deckard con un último parpadeo. Si el rotador no hubiera tenido ningún límite de operatividad, habría ido a toda velocidad



hacia el norte..., hacia Rachael, que dormía y moría y le esperaba. Los Ángeles, Sarah Tyrell y el sexto replicante habrían podido irse al demonio.

—No te preocupes —dijo—. Seré muy cuidadoso con todo lo que es propiedad de la Corporación Tyrell y te lo devolveré en buen estado..., con excepción del sexto replicante. Cuando lo deje caer a tus pies, puede que esté un poco abollado.

—¿De veras? —Sarah enarcó una ceja—. Me alegra ver que te tomas tu trabajo con tanto... entusiasmo. —Giró sobre sus talones y echó a andar hacia el ascensor que la llevaría a las entrañas de la Corporación Tyrell, pero de repente se detuvo y le miró por encima del hombro—. Te estaré esperando. He introducido un código de acceso a tu nombre en los sistemas de seguridad. Así podrás entrar sin problemas... cuando estés preparado.

—¿Eso es todo? —preguntó Deckard, viendo que se disponía a marcharse—. Creía que querías hablar de algo.

—Por favor... —Sarah presionó el control y las puertas plateadas se separaron ante ella—. Déjame fingir de vez en cuando, Deckard. Sólo quería verte, nada más. —Entró en el ascensor, y la palma de su mano impidió que las puertas se cerraran—. No paraba de pensar en ti y... Bueno, quería averiguar si tú también pensabas en mí.

Apartó la mano. Las puertas se deslizaron a lo largo de las guías, y Sarah Tyrell desapareció.

Un instante después Deckard estaba atravesando el cielo nocturno, con la alfombra de alfilerazos resplandecientes de las luces de la ciudad desenrollándose debajo de él. Los rotadores de la policía pasaban velozmente junto a su vehículo para ocuparse de sus asuntos sin prestarle ninguna atención: o no captaban su presencia en sus radares, o las pantallas de sus ordenadores les mostraban una lectura de Persona Muy Importante de un nivel lo suficientemente elevado para que pasasen de largo.

Las torres de la ciudad ya habían quedado muy atrás. Deckard volvió la cabeza hacia el panel lateral de la cabina del rotador y miró hacia abajo, y vio una oscuridad más completa que la del cielo tachonado de estrellas. El mundo inclinado, con sus edificios volcados y su autopista vacía puesta de lado, parecía estar incluido dentro del círculo del rotador. Eso le facilitaría las cosas, porque seguía necesitando un sitio en el que pudiera pensar y hacer planes..., tal como había estado haciendo antes de que Sarah Tyrell se presentara allí y se lo llevara en volandas por la única razón de que quería entregarle el rotador. Un resplandor rojizo empezó a brillar en la lejanía, una aparición parpadeante. Al parecer había un fuego encendido en algún lugar de la zona.



Más allá de la hoja del cuchillo de acero y concreto que deslizaba una diagonal a través del mundo inclinado se hallaba la silueta familiar del edificio de apartamentos volcado. Deckard fue hacia allí volando a baja altura, dejó que el rotador quedara suspendido en el cielo durante unos momentos y descendió en una rápida caída vertical hacia el pequeño espacio despejado que había junto al edificio. Cuando hubo salido del vehículo, las botas crujendo sobre los fragmentos de cemento y los trocitos de metal oxidado que formaban la capa superficial de la zona, activó todos los sistemas de seguridad del rotador y selló la cabina. Los buscadores de piezas y componentes siempre se mostraban muy activos a esas horas de la noche, y tampoco había que olvidar a los vándalos impulsados por motivaciones aleatorias: Deckard no quería volver allí para encontrarse con que alguien había desmontado su medio de transporte. Se guardó en el bolsillo la pequeña unidad de control remoto que le había entregado Sarah y fue hacia la mole oscura del edificio de apartamentos.

El apartamento-refugio todavía apestaba a muerte, desprendiendo un olor que enseguida establecía un sinfín de conexiones con los receptores de la red olfativa. Las paredes habían sufrido una extraña impregnación invertida, como si les hubieran cortado la electricidad por no haber podido pagar la factura. Eso era más o menos lo que le había ocurrido a Pris: ni siquiera había sido retirada (ese eufemismo acuñado por la hipocresía), sino que había sido desconectada a la fuerza. Le habían quitado todas las pilas, o quizá le habían introducido una nueva en el agujero abierto sobre sus ojos, un disco de gélida brillantez que absorbía la seudovida en vez de otorgarla. La imagen se adueñó de los pensamientos de Deckard, y le hizo sentir que toda su carrera de blade runner se reducía a ser una especie de electricista siniestro.

«Pero ya no eres un blade runner», se recordó a sí mismo mientras se erguía después de haber esquivado el quicio de la puerta delantera del apartamento. Eso no había cambiado a pesar de que le hubiesen reclutado para hacer un último trabajo. Estiró el brazo hacia atrás y levantó la puerta hasta dejarla cerrada. La resistencia a volver a convertirse en un asesino se volvió todavía más decidida e intensa cuando

Bryant le había presionado la mano, además; tampoco se podía afirmar que tuviera grandes perspectivas por delante, como si pudiera buscar y matar, buscar y matar hasta que hubiera llegado al final de la lista de replicantes huidos. Sólo quedaba un replicante del que ocuparse. «Y ya sé quién es», pensó Deckard mientras permanecía inmóvil y dejaba que sus ojos se fueran adaptando a la oscuridad.

Empezó a cruzar el apartamento, una mano extendida delante de él para localizar cualquiera de las luces alimentadas por el generador. Aquel extraño hombrecillo llamado Sebastián y sus amigos lo habían cambiado todo de sitio. Deckard supuso que tenían tanto derecho a hacerlo como cualquier otra persona, porque después de

todo... Y entonces el sonido de algo que no era ni su respiración ni su torpe avance tambaleante llegó a sus oídos, y Deckard se quedó inmóvil.



—Me lo estás poniendo demasiado fácil.

Reconoció la voz —no había transcurrido tanto tiempo desde que la oyerá por última vez—, pero no tuvo ocasión de replicar. Otro sonido, el de algo duro y no muy grueso hendiendo el aire, y Deckard se dobló sobre sí mismo en un espasmo de dolor cuando el objeto le golpeó en el estómago. Otro golpe hizo que perdiera el equilibrio.

Las luces se encendieron. Mientras jadeaba intentando tragar aire, Deckard se encontró alzando la mirada hacia Dave Holden, de pie junto a él, con una pata de la mesa de la cocina en las manos.

—Maldito seas... —Deckard consiguió escupir las palabras con un considerable esfuerzo de voluntad—. ¿Por qué has... hecho eso...?

—Porque ya estaba harto de que me tomaras por imbécil. —Holden puso el extremo de la pata de la mesa sobre el hombro de Deckard y empujó, inmovilizándolo contra la pared—. Y no me refiero únicamente a la última vez que estuve aquí para hablar contigo, sino que también estoy pensando en todas las veces anteriores. —Se inclinó hacia adelante, incrustando la pata de la mesa en la carne de Deckard—. Supongo que te estarías riendo durante unas cuantas horas después de que me marchara, ¿no?

Deckard se puso de rodillas y apartó la pata de la mesa con el dorso de la mano.  
—No sé de qué demonios estás hablando.

—Oh, ¿no? Bueno, ya lo sabrás. —Holden dio un paso hacia atrás y volvió la cabeza—. Eh, sal de una vez. Ya me he divertido. —Su mirada, llena de presuntuosa satisfacción, volvió a clavarse en Deckard—. Esto te va a dejar patidifuso, amigo. Te he traído un trozo de tu pasado.

Mientras se incorporaba, Deckard pudo oír cómo alguien más emergía de las secciones más alejadas del apartamento-refugio. Deckard habría podido ocuparse de Holden con pata de la mesa o sin ella, pero tener que enfrentarse a dos personas podía suponer un auténtico problema. Su ex compañero parecía tan cansado y frágil como durante su última confrontación, con el corazón biomecánico que llevaba dentro del pecho chasqueando audiblemente mientras se esforzaba por cumplir sus funciones. Fuera quien fuese la persona que había acompañado a Holden hasta allí, resultaba obvio que le había administrado una inyección de confianza. Sonriendo, Holden arrojó a un lado su tosca y sólo mínimamente efectiva arma.

—Saluda. —Holden inclinó la cabeza hacia la puerta del otro lado de la habitación—. Creo que ya os conocéis el uno al otro..., en cierta forma, por lo menos.

Deckard apartó la mirada de él para volverla hacia la dirección indicada...



Y sintió que el mundo se esfumaba debajo de él.

—Cristo bendito...

Una oleada de adrenalina palpitó a través de todo su ser, tensando su columna vertebral. Los engranajes de su cerebro, sobrecargados de perplejidad, dejaron de funcionar durante un momento.

Una criatura muerta agachó la cabeza para pasar por debajo del extremo de la puerta y cruzó el umbral, acabando de subirse la cremallera mientras iba hacia él.

—Es lamentable, pero las visitas siempre deciden pasarse por casa cuando estás indispuerto. —Roy Batty, chispas de malicia ardiendo en sus ojos, se irguió y

obsequió a Deckard con su sonrisa de maniaco—. Eh, yo también me alegro de verte. —No... —Una reacción puramente instintiva, un paso hacia atrás para alejarse de aquella sonrisa mientras las manos retrocedían para tratar de mantener el equilibrio del cuerpo—. Estás muerto... Sé que estás muerto. Vi cómo ocurría... —Toda una bobina de memoria desfiló vertiginosamente por la cabeza de Deckard en la modalidad de avance rápido, una confusión de agua que goteaba sangre sobre el metal oxidado y luego un pichón blanco de plumaje erizado, una rata de la ciudad con alas, ascendiendo hacia el cielo desde unas manos que se habían abierto y que ya nunca volverían a cerrarse sobre ninguna otra cosa—. Estás muerto, Batty.

—Bueno..., sí y no. —La imagen de Batty (porque Deckard todavía no estaba seguro de si era real o si se trataba de una alucinación) alzó los hombros en un encogimiento lleno de paciencia—. Una copia mía ha muerto, y de hecho montones de copias mías han muerto, pero yo todavía sigo vivo. El original ha demostrado ser un tanto más duradero.

—Es la verdad, Deckard. —Con las manos ya libres de la pata de la mesa, Holden acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta la misma pistola que le había enseñado antes—. O por lo menos creo que lo es..., de momento. Este tipo es el moldeante que usaron para crear todos los replicantes Roy Batty..., incluido el Batty con el que tuviste ese pequeño encuentro.

La explicación tenía un cierto sentido. Cuando examinó con más atención la figura inmóvil delante de él, Deckard pudo ver que aquel Batty parecía más viejo que el que existía dentro de sus bancos de memoria. El envejecimiento abarcaba tanto el aspecto biológico como el cronológico, con un poco de carne aflojada alrededor de los tendones de su cuello y las arrugas que acompañaban al transcurrir del tiempo visibles en su cara. Un Batty replicante jamás habría llegado a esa fase, porque la limitación de una vida de cuatro años incorporada a su diseño se lo habría

impedido..., a menos —y Deckard supuso que era una posibilidad— que se hubiera



hecho algo para prolongar su existencia más allá del punto en el que sería interrumpida de manera inapelable.

Y en cuanto a si el Roy Batty de la habitación inclinada era humano o no... Bueno, esa pequeña incógnita podía esperar. La conmoción que le había causado volver a ver aquel rostro sonriente ya se había desvanecido. Lo que le preocupaba en aquel momento era el arma que empuñaba Holden, y la aureola de estrecha cooperación en la que estaban envueltos Holden y Batty.

—¿Qué queréis de mí? —Su mirada fue del uno al otro—. Tengo el presentimiento de que no has venido hasta aquí sólo para decirme hola.

—Eso también es verdad. —Holden seguía apuntándole con el arma—. Vas a venir con nosotros, Deckard. Vamos a entregarte en la comisaría de la zona sur.

—¿Y de qué vais a acusarme? ¿De haber cometido unas cuantas infracciones administrativas, quizá? —Si Holden y Batty no sabían que Pris era humana y que estaba siendo perseguido por su asesinato, Deckard no pensaba decírselo. No podía creer que aquellos dos chiflados impredecibles estuvieran trabajando para la policía de Los Ángeles, y eso quería decir que quizá se dejarían engañar por un poco de palabrería—. Utilicé un rotador del departamento sin estar autorizado a ello cuando me largué de la ciudad, y lo admito, pero eso no es un crimen que se castigue con la horca. Pueden cobrar el importe de la multa del dinero que dejé en mi plan de pensiones.

—Deja de decir chorradas. —Holden meneó la cabeza, visiblemente disgustado—. Los replicantes no tienen planes de pensiones.

—¿De qué estás hablando?

Holden y Batty compartieron miradas y una sonrisa, y después se volvieron nuevamente hacia Deckard.

—Eres un replicante —dijo Batty—. Tú lo sabes, y ahora nosotros también lo sabemos. En tu caso el retiro es algo totalmente distinto.

—Bueno, Roy, en realidad no estoy muy seguro de cómo debemos proceder... —Holden se rascó el mentón con la mano libre—. ¿Por qué nos estamos tomando la molestia de hablar con este imbécil? Es un replicante, ¿no? Ya lo hemos dejado claro, así que ¿por qué no acabamos con él ahora mismo? Llevar su cadáver a la comisaría resultará tan fácil como llevarlo hasta allí vivo... De hecho, resultará bastante más fácil.

—No seas idiota. —Batty parecía irritado—. No se trata meramente de que Deckard sea un replicante huido y de que esté en la Tierra. Es la única pista sobre la conspiración contra la unidad de blade runners de que disponemos. Si le matamos antes de que hayamos podido sacarle todo lo que sabe, ¿cómo vamos a averiguar



quién estaba detrás de la trampa que te tendieron, y del asesinato de Bryant y todo lo demás?

—Oh, sí. Claro... —Holden daba la impresión de estar un poco confuso, y su mirada se desviaba continuamente hacia algún punto abstracto situado cerca de la parte superior de la pared del apartamento. Su rostro y su garganta se habían puesto muy pálidos, como si los trabajos de reparación que los médicos habían llevado a cabo sobre su persona estuvieran empezando a dejar de surtir efecto —. Espera un momento.

—Ni siquiera podemos llevar a Deckard a la comisaría hasta que sepamos algo más sobre todo este maldito lío. —Todavía más insistente, la voz de Batty siguió acosando a su compañero.— Tenemos que averiguar cuántos policías hay metidos en esto. De lo contrario podríamos entrar en la comisaría y dejar a Deckard en manos de las personas para las que está trabajando, y después nos reventarían el trasero a tiros.

—Te he dicho que esperaras un momento...

Holden intentó rechazar los argumentos de Batty alzando una mano temblorosa.

Los ojos de Deckard fueron del uno al otro. «Carne de pabellón geriátrico», comprendió. Era como haber sido capturado por un destacamento móvil del asilo de ancianos más próximo.

—Estáis completamente chiflados, chicos.

Dos rápidos pasos y Deckard agarró la pata de la mesa que Holden había arrojado a un lado. Antes de que Holden pudiera reaccionar, Deckard giró sobre sus talones y le arrancó el arma de la mano. Holden estaba tan debilitado que el impacto parcial bastó para derribarle.

Su compañero era más rápido. Deckard percibió cómo Batty atravesaba la habitación en un veloz salto-vuelo, y una fracción de segundo más tarde tenía un antebrazo encima del cuello y el peso del hombre sobre su espalda. Estrechamente unidos, los dos se tambalearon y chocaron con la pared contigua a la puerta.

Una mano elevada junto a su mentón bastó para romper la presa estranguladora de Batty. El rostro lleno de arrugas le gruñó mientras Deckard colocaba las palmas sobre los hombros de Batty y lo apartaba de un empujón. Deckard meneó la cabeza.

—Ya eres demasiado viejo para estas tonterías.

Subió la rodilla hasta dejarla pegada al abdomen de Batty y empujó, liberándose de la convulsa presión de las manos marchitas y lanzando a Batty encima de Holden, que seguía estando demasiado aturdido para poder levantarse.

—Jódete...

Batty empezó a arrastrarse hacia el arma, que había caído a un metro de distancia de él.

Un segundo bastó para que Deckard calculara sus probabilidades de llegar al arma antes que Batty o de quitársela. Después giró sobre sus talones y se lanzó hacia la entrada del apartamento, abriendo la puerta de un manotazo y cayendo al pasillo sumido en la oscuridad en el mismo instante en que una bala arrancaba un trozo de escayola por encima de él. Deckard se levantó y echó a correr.

—Mierda...

Una vez fuera del edificio, descubrió que el bolsillo de su gabardina había sido arrancado durante la lucha con Batty. La unidad de control de los sistemas de seguridad del rotador había desaparecido, y probablemente estaría en algún lugar del apartamento-refugio. Deckard dejó caer el puño sobre la curva de cristal de la cabina, pero no ocurrió nada.

Unos ruidos llegaron hasta él desde la parte delantera del edificio. Miró hacia atrás y vio que tanto Holden como Batty habían salido de él. Parecían estar manteniendo alguna clase de discusión, y Deckard pudo oír cómo se gritaban, los rostros casi pegados. Mientras se apresuraba a esconderse detrás del rotador, vio cómo Holden intentaba agarrar el arma que empuñaba Batty. Los dos hombres lucharon durante unos momentos antes de que un disparo desgarrase el silencio nocturno. Holden se desplomó sobre la pared del edificio, llevándose las manos a la mancha de sangre que acababa de brotar del agujero repentinamente aparecido en el hombro de su chaqueta.

—¡Deckard! ¡Alto! —le oyó gritar a Batty mientras se apartaba del rotador cerrado, giraba sobre sus talones y echaba a correr. Otro disparo levantó un chorro de fragmentos de concreto y polvo a sus pies—. ¡Vuelve aquí!

«Espérame sentado, amigo...» Siguió corriendo, avanzando lo más rápidamente posible a través de aquel terreno tan escarpado e irregular. Fragmentos de luz estelar se abrían paso a través de las nubes, derramando una capa de suave claridad plateada sobre el amasijo de formas rotas.

Quizá se estaba muriendo. Resultaba difícil saberlo. Su cabeza parecía estar a punto de estallar, pero no de dolor sino debido a la oleada de energía que había surgido de repente dentro de él cuando volvió a levantarse en el apartamento-refugio. «Ese bastardo me ha aflojado alguna pieza», pensó Holden mientras se apoyaba en la pared del edificio de apartamentos desierto con una mano encima de su hombro en sangrentado. Algún mecanismo de regulación del ruidoso corazón que llevaba



dentro del pecho se había averiado, y los sistemas biomecánicos parecían estar latiendo el doble de rápido que antes.

La herida era más bien una molestia que otra cosa. Holden consiguió incorporarse, tambaleándose un poco. Pero si el golpe asestado con la pata de la mesa y sus consecuencias acababan siendo lo que les permitía capturar a Deckard, entonces su ex compañero se llevaría una buena lección. Holden le incrustaría la cabeza unas cuantas veces en el suelo rocoso antes de decidir qué hacer con él a continuación..., si su corazón no se hinchaba hasta reventar antes, como un motor recalentado que acaba siendo hecho pedazos por su propia violencia interna. Deckard se había aprovechado de su instante de debilidad, cuando el corazón y los pulmones biomecánicos habían estado pasando por uno de los puntos más bajos de sus ciclos. Bien, pues a partir de aquel momento el hijo de perra tendría que enfrentarse al Dave Holden de antes. «O a un Dave Holden todavía mejor que el de antes», pensó con ceñuda decisión.

Se apoyó en la pared para mantener el equilibrio y vio algo en el suelo delante de él. Su corazón artificial aceleró todavía más sus latidos en cuanto comprendió qué era. El arma... Había conseguido quitársela a Batty, pero luego él había logrado retorcerle la muñeca hasta obligarle a disparar la bala que había derribado a Holden. Después el maldito hijo de perra se había lanzado a perseguir a Deckard, y seguramente había tenido demasiada prisa para registrar el suelo en busca del arma.

Holden se agachó para cogerla..., y enseguida comprendió su error. Cuando su cabeza quedó por debajo de su corazón, la oleada de sangre amplificadas generó un terrible ataque de vértigo que llenó de negrura toda su visión. Holden cayó al suelo, los dedos tensos alrededor de la empuña dura del arma.

Mientras el suelo giraba debajo de él, Holden pudo sentir cómo el arma sudaba junto a su palma. Consiguió levantar la cabeza durante un momento, y la periferia de su campo visual se tiñó de rojo mientras examinaba los límites de aquel paisaje lleno de ángulos.

Movimiento encima de la inmovilidad. Acababa de localizar a Deckard y, lo que era todavía mejor, vio que no había ningún sitio al que el replicante y ex blade runner pudiera llegar. Deckard ya había atravesado una parte del terreno recubierto de cascotes lo suficientemente grande para llegar a la autopista abandonada, que había quedado acostada sobre un lado por la acción sísmica de los antiguos terremotos. Un muro trisectado por las hileras de los divisores de calzada se alzaba delante del cielo nocturno, con una diminuta silueta humana junto a su base.

Otra silueta apareció de repente, lanzada a la carrera y devorando rápidamente la distancia que la separaba de Deckard. La blanca mancha de sus cabellos bastaba para identificar a Batty.



—No te molestes, Deckard... ¡No irás a ninguna parte!

El grito lleno de satisfacción alegría de Batty atravesó el aire nocturno. Y mientras Holden la contemplaba, los ojos enturbiados por nubes borrosas, la figura de la gabardina empezó a trepar, las manos arañando las grietas de la superficie vertical de la autopista, las botas deslizándose por encima de las proyecciones de cemento que amenazaban con desintegrarse o sobre los extremos de las varillas metálicas de reforzamiento. Cuando Batty acabó de cruzar los últimos metros en una veloz carrera, Deckard ya había conseguido llegar hasta la calzada central.

—No... le mates... —La voz de Holden surgió de sus labios bajo la forma de un susurro entrecortado—. Necesitas que siga... vivo...

El arma en la mano, se fue incorporando hasta quedar de rodillas.

Ése fue su último esfuerzo. Holden se desplomó hacia adelante, incapaz de ver nada. Sólo podía sentir el peso frío del arma debajo de las yemas de sus dedos y los bordes afilados como navajas de las piedras que se incrustaban en su cara.

Partículas de polvo y gravilla arrancadas de las alturas por el avance de Deckard hacia el borde superior de la autopista caían sobre sus ojos. Batty alargó la mano hacia el próximo asidero y tiró de él, izándose poco a poco mientras hilillos de sangre se deslizaban desde las puntas erosionadas de sus dedos hasta los tensos cables de sus muñecas.

Durante unos momentos había perdido de vista la silueta de Deckard, tenuemente recortada contra las nubes que habían invadido el cielo nocturno. No volvió a verle hasta que hubo puesto las manos sobre el borde superior, pasando primero una rodilla y luego la otra por encima de él para llegar a la superficie horizontal. Mientras se agazapaba, Batty vio a Deckard corriendo por la estrecha cinta. La infraestructura de la autopista se había desprendido durante el primer terremoto, dejando una larga caída en la oscuridad a cada lado de un tramo de medio metro de anchura.

Batty vio abrirse un espacio oscuro delante de la figura de la gabardina. Una sección del muro de la autopista se había desintegrado hacía ya algún tiempo, dejando una fachada de riscos a cada lado de la brecha. Deckard se detuvo tan bruscamente que estuvo a punto de caer al vacío. Lanzó una rápida mirada a Batty por encima del hombro y retrocedió, preparándose para tomar carrerilla y saltar.

Aquel titubeo fue suficiente. Batty saltó hacia adelante y una mano extendida agarró el pie de Deckard en el mismo instante en que se levantaba de la superficie

plana del borde. Cayeron juntos, y el hombro de Batty chocó con el concreto mientras curvaba el brazo que sostenía el arma alrededor de la rodilla de Deckard. Rodando sobre su espalda, Deckard colocó la palma de su mano sobre la frente de Batty, empujándolo hacia atrás y acercándolo al límite del borde.

Una sucesión de crujidos y chasquidos subió hasta ellos desde abajo. El impacto de sus cuerpos había sido más de lo que la sección de autopista podía soportar. La red de grietas esparcida sobre la superficie vertical se agrandó de repente, y pequeños peñascos de cemento se desprendieron del emparrillado de metal oxidado que había debajo de ellas. Batty sintió cómo el abismo se iba abriendo debajo de su cuerpo, el aire oscuro vuelto repentinamente tangible gracias al polvo grisáceo que llenaba su boca y sus fosas nasales. El derrumbamiento de la sección de autopista arrancó el tobillo de Deckard de entre sus dedos. Rodó sobre su hombro mientras estiraba desesperadamente el brazo, y su mano se cerró sobre un trozo de vigueta en ángulo que sobresalía del precipicio de contornos irregulares abierto por encima de él. Torciendo el cuello, vio cómo la masa de concreto y metal caía hasta golpear el suelo en un crescendo de sordos rugidos.

Batty logró sostenerse, y su otra mano subió hasta que pudo aferrar el estrecho borde de la autopista. Logró encaramarse a él, sintiendo el dolor de los arañazos que la áspera superficie iba dejando en su pecho. El desplome de la sección central había arrastrado consigo otra capa de la masa de pared vertical que aún se mantenía en pie, dejando una especie de tramo de cuerda floja que solo tenía unos centímetros de anchura. Se puso de rodillas, agarrándose al borde con una mano para no perder el equilibrio, y examinó la brecha repentinamente ampliada mientras el polvo se iba apartando del tenue resplandor de la luna en una lenta disipación.

Y pudo ver que Deckard también había conseguido agarrarse, sujetándose al otro extremo de la brecha y trepando sobre la cinta de espacio vacío horizontal que se desplomaba a cada lado. Vio cómo Deckard se levantaba, moviendo un pie detrás del otro, los brazos extendidos hacia la oscuridad, e iba retrocediendo cautelosamente para alejarse del vacío hasta que se detenía.

No había ningún otro sitio al que pudiera ir. La sección del borde de la autopista sobre la que se encontraba tenía menos de dos metros de longitud, una estrecha isla que brotaba de los cascotes y los viejos restos amontonados debajo de ella. Volvió la cabeza para lanzar un rápido vistazo por encima del hombro al precipicio que se abría detrás de él, con un talón justo encima del frágil borde, y después su mirada volvió a cruzar la brecha insalvable que se interponía entre él y su perseguidor.

Otro retumbar ahogado se desplazó a través del aire, las nubes del monzón amontonadas tan abajo que casi presionaban los hombros de Batty. Podía saborear la electricidad que era descargada y chisporroteaba en la atmósfera.



—No te vayas, Deckard... —Un grito, y luego una sonrisa que Batty sabía resultaría todavía más inquietante para la silueta atrapada delante de él—. Enseguida estaré ahí.

Subir por el lado del desfiladero después de que la pared vertical hubiera cedido debajo de él dejó a Deckard agotado y sin aliento. El pulso le martilleó la garganta mientras su mirada atravesaba la brecha de espacio vacío para dirigirse hacia la silueta inmóvil en la sección de autopista de enfrente. Unas cuantas gotas de lluvia, calentadas hasta la temperatura de la sangre que corría por sus venas, cayeron sobre el rostro de Deckard mientras veía cómo Batty, moviéndose con mucha cautela, daba dos o tres pasos hacia atrás.

«No puede... Es imposible...» El cerebro de Deckard sólo parecía capaz de producir fragmentos de pensamientos. «Hay demasiada distancia...»

Batty se quitó la chaqueta de cuero y la lanzó a lo lejos. La llovizna caliente se mezcló con el sudor sobre sus hombros y su pecho y la sonrisa disminuyó mientras los ojos de Batty se entrecerraban, buscando a Deckard y clavándose en él. El rostro seguía siendo viejo, arrugado y cincelado por el paso de los años, al mismo tiempo que el cuerpo revelado parecía hacerse más grande a medida que los músculos repletos de tendones y venas se hinchaban bajo los efectos de alguna profunda influencia vital. Las gotas de agua que se habían acumulado en los huecos de debajo de los pómulos de Batty se fueron curvando a lo largo de los ángulos de su mandíbula y llegaron a su cuello mientras Batty se inclinaba hacia adelante, extendiendo una mano detrás de él como si aquellos dedos que no temblaban fueran capaces de agarrar el mismísimo aire saturado de humedad.

Los pensamientos se disolvieron en un estallido de recuerdos sin palabras dentro del cráneo de Deckard mientras veía cómo Batty venía corriendo hacia él. Otro tiempo, otro lugar. En las profundidades de la ciudad, muy por encima de sus calles oscuramente luminosas; otra bóveda de espacio tallado en el vacío que había sido arrancada a la noche por el azote implacable de la lluvia. El pasado se fundió con el presente mientras Deckard, el aliento atrapado en la garganta igual que un puño, contemplaba a la silueta reluciente, humana y sin embargo no humana, que corría velozmente a lo largo de la cinta de concreto. Una última pisada sobre el borde medio desmoronado y Batty se lanzó a través de la brecha de oscuridad.

El momento pasado y el presente y ninguno de los dos, el tiempo deteniéndose junto con el pulso de Deckard. Un relampagueo repentino iluminó los hinchados vientres de las nubes de tormenta, y la iluminación blanco-azulada transformó a



Batty en un ángel de acero y diamante, distanciado de la gravedad de la oscura y torpe tierra por su salvaje y eterna caída.

Deckard logró liberarse del hechizo de la imagen y retrocedió, poniendo un pie en el sitio donde no debía y resbalando por encima del borde. Guijarros de cemento repiquetearon a lo largo de la pared mientras Deckard caía sobre una rodilla, agarrándose con ambas manos a la superficie horizontal que había debajo de su pecho.

—Te pillé... —La voz de Batty procedía de encima de él y sus manos se cerraron sobre la pechera de la camisa de Deckard en ese mismo instante. La lluvia rezumó de la tela estrujada y se deslizó sobre los nudillos de los puños de Batty cuando levantó a Deckard de la angosta cuña de cemento. Batty sonrió, y el brillo de su mirada resplandeciente ascendió hacia los ojos perplejos de Deckard—. No te esperabas eso, ¿eh? —Batty sacudió los brazos, las muñecas pegadas la una a la otra, y sus puños chocaron con el mentón de Deckard y lo echaron hacia atrás—. ¿Verdad que no te lo esperabas?

Deckard no respondió, pero incrustó una rodilla en el estómago de Batty con la fuerza suficiente para romper la presa sobre su garganta. Batty retrocedió, tambaleándose y agitando los brazos, y logró recuperar el equilibrio cuando ya estaba a punto de precipitarse al desfiladero de cemento que había a su espalda.

Deckard se retorció en el aire mientras caía. Su columna vertebral chocó con el filo de concreto, y sus hombros se inclinaron hacia atrás como si intentaran apoyarse en el aire. Antes de que pudiera tratar de apartarse, Batty ya estaba encima de él.

—Buen trabajo... —Las palabras se deslizaron a través de los dientes de Batty—. ¿Sabes... una cosa? Realmente eres... uno de los mejores. —Sus dedos se tensaron sobre la garganta de Deckard—. Lamento tener que matarte.

Deckard manoteó frenéticamente, arañando el reborde de concreto que se le clavaba en la espalda. Algo que pesaba como una piedra cayó al hueco de su mano. Deckard movió el brazo en un veloz arco, y el trozo de cemento chocó con la sien de Batty.

El golpe hizo que Batty se viera impulsado hacia atrás y le obligó a aflojar su presa sobre la garganta de Deckard. Batty apartó una mano y acarició la mezcla de lluvia y sangre diluida que había empezado a chorrear por un lado de su cara.

—Eso... sí que me... ha... dolido —murmuró, asintiendo casi con admiración.

Deckard consiguió desplazar sus omóplatos unos cuantos centímetros a lo largo del reborde. Su puño siguió sosteniendo el trozo de cemento mientras observaba cautelosamente la figura agazapada encima de él. Acababa de comprenderlo todo.



—Eres... Eres el sexto replicante... —Por fin lo entendía. Tenía que haber habido dos replicantes Roy Batty entre los huidos—. Eres el sexto replicante, ¿verdad? Tienes que serlo...

La sangre que brotaba de su herida llegó a la comisura de la sonrisa de Batty.

—No... —Meneó la cabeza en una lenta negativa—. No lo creo.

—Pero... La forma en que saltaste... —Deckard alzó la cabeza y trató de quitarse la lluvia de los ojos—. Así fue como lo hizo el..., el otro Batty. El que... murió... —Clavó la mirada en aquel rostro, los cabellos blancos pegados a su sien herida. No había forma de saber si la apariencia de ancianidad había sido un simple engaño, una fachada calculada para que su presa bajara la guardia, o si una reserva de energía y voluntad enterrada en las profundidades de su ser había estallado de repente para transformar a Batty, devolviéndolo a una enloquecida gloria del pasado—. Tienes que ser otro replicante..., igual que él...

—No. —Otro lento vaivén de la cabeza—. Tal como le expliqué a tu amigo... No, es sólo que siempre he sabido hacer muy, muy bien mi trabajo. —La sonrisa de Batty se desvaneció. Volvió la cabeza y alzó la mirada hacia la oscuridad—. Además..., si fuera un replicante... —Bajó la voz, repentinamente pensativo—. Eso significaría... que algunas personas me han mentido, que me han estado mintiendo desde el primer momento. Y eso no me gustaría nada... —Volvió a bajar la mirada hacia Deckard, y una comisura de la sonrisa llena de sardónica astucia reapareció en su rostro—. Y me parece que en el fondo da igual, ¿no? ¿Qué importa que yo sea el replicante..., o que lo seas tú? Voy a matarte de todas maneras. Después te entregaré... Entregaré lo que quede de ti, y me pagarán. —Se inclinó hacia adelante, extendiendo la mano hacia la garganta de Deckard—. Eso es todo lo que hay, amigo.

Deckard lanzó el trozo de cemento hacia la sien de Batty, pero Batty lo detuvo con su antebrazo y el impacto arrancó la piedra de entre los dedos de Deckard. El cascote rodó a lo largo del muro de la autopista abandonada con un ruidoso repiqueteo. El riesgo de contornos afilados empezó a desmoronarse debajo de ellos en ese mismo instante. Deckard resbaló unos cuantos centímetros más hacia el vacío, con los puños de Batty tensados alrededor de su garganta.

—¡Adelante, Deckard! —Batty había lanzado una rápida mirada al lugar en el que las manos de Deckard se habían agarrado al reborde de la pared. Un empujón de sus brazos unidos bastaría para que los dos se precipitaran sobre las rocas que les esperaban abajo—. Yo quizá consiga sobrevivir... —Una chispa de locura ardió en los ojos de Batty—. ¡Pero tú morirás!

El rostro sonriente de Batty onduló detrás de una neblina rojiza mientras el aliento atrapado de Deckard se iba hinchando dentro de sus pulmones hasta que le pareció que iban a reventar. Podía sentir cómo sus manos se deslizaban sobre la piedra

pulverulenta, guijarros diminutos y partículas de arenilla hundiéndose en su carne. El roce del borde empezó a arrancarle la piel de la columna vertebral, y la sangre retenida subió a toda velocidad hasta su cerebro mientras se inclinaba hacia atrás, suspendido en el vacío...

La lluvia tamborileó sobre su paladar, y el aire nocturno entró repentinamente en sus pulmones. La presa con la que Batty había estado rodeando su garganta acababa de aflojarse. La neblina cegadora se fue desvaneciendo. La feroz decisión que había iluminado los ojos de Batty había sido sustituida por el asombro y la incompreensión. Una pequeña marea rojiza fluyó lentamente sobre las cejas de Batty, un cauteloso avanzar de araña surgido de la ruina cóncava de su frente destrozada. Un dedo de sangre brotó de un agujero negro que tenía el diámetro de una bala de alto calibre y acarició delicadamente a Deckard entre los ojos. El eco del disparo fue engullido por el retumbar ahogado del trueno entre las nubes que ocultaban el cielo por encima de sus cabezas.

Y Batty cayó, su cuerpo derrumbándose durante un momento sobre el de Deckard para acabar rodando, los brazos extendidos, a lo largo de la pared de la autopista. Deckard se apresuró a agarrarse al reborde de concreto para no verse arrastrado detrás de aquella cosa muerta.

Jadeando de agotamiento, Deckard reptó hacia adelante hasta quedar acostado sobre el angosto hueco horizontal. Con el pecho y un lado de la cara pegado al concreto, las yemas de sus dedos intentaron hundirse en la dura superficie. Las cortinas de lluvia azotaron su espalda.

Uno de los talones del cadáver había quedado atrapado en un ángulo de acero oxidado, dejándolo suspendido a un par de metros de la superficie salpicada de cascotes del mundo inclinado. Los brazos de Batty habían quedado estirados hacia atrás para formar un crucifijo invertido y el rostro estaba vuelto hacia arriba para que la lluvia pudiera ir lavando la sangre de la herida de la cabeza, creando riachuelos rosados que iban desapareciendo en el suelo.

Holden bajó el arma, sintiendo cómo el calor de la bala pasaba del metal a su mano. El corazón artificial temblaba y vibraba dentro de su pecho. Holden hizo una cautelosa inspiración de aire detrás de otra, intentando no volver a perder el conocimiento. Un lento y penoso avance, a veces arrastrándose y a veces tambaleándose, le había llevado desde el sitio en el que había caído, delante del edificio de apartamentos vacío, hasta aquel lugar. Hubo momentos en los que creyó que no lo conseguiría, y sabía que había estado a punto de llegar demasiado tarde. Empuñar el arma con ambas manos y elevar su aplastante tonelaje por encima de su cabeza consumió casi todas sus fuerzas. La lluvia había golpeado su cara mientras tragaba aire, apuntaba y disparaba.



Estaba oyendo otros ruidos. Alzó la mirada y vio a Deckard bajando cautelosamente por la superficie resquebrajada de la autopista.

Holden fue cojeando hacia él, con el peso del arma tirando de su brazo. «Tiene todavía peor aspecto que yo», pensó. Batty, hijo de perra hasta el fin, le había dado una auténtica paliza.

—Deckard... Oí... —Holden logró introducir una bocanada de aire en sus jadeantes pulmones biomecánicos—. Oí... lo que dijiste ahí arriba. —Asintió, sintiendo el roce pegajoso del cuello empapado de su camisa sobre la piel—. Tenías razón... Batty era el sexto replicante. Tenía que serlo... —De repente todo parecía estar muy claro—. Es el disfraz que estaba utilizando... Intentaba pasar desapercibido fingiendo que también andaba detrás del sexto replicante...

Una mirada impasible de los ojos llenos de cansancio de Deckard.

—Tal vez. —Se encogió de hombros—. Pero tal como dijo Batty, eso ya no importa.

Deckard giró sobre sus talones y empezó a alejarse.

Holden le agarró del brazo.

—Pero... ¡Seguimos sin saberlo! —Se aferró desesperadamente al brazo de Deckard, tanto para no caer como para obligarlo a que le escuchara—. Todavía no sabemos... ¡quieremos acabar con nosotros! No sabemos quién estaba intentando eliminar a todos los blade runners...

Deckard se quitó su mano de encima con una brusca sacudida.

—Tendrás que preocuparte por eso tú solo. Yo tengo otros asuntos que atender.

—No lo entiendes... ¡Tenemos que ayudarnos el uno al otro! —gritó, los pulmones temblando en un desesperado intento de tragar oxígeno.

Oyó que algo se movía detrás de él, junto a la pared de la autopista inclinada.

Deckard también lo oyó, y los dos se volvieron en esa dirección.

Una figura casi humana había salido de entre las sombras que se acumulaban detrás de la piedra vertical y el encaje de refuerzos metálicos dejado al descubierto por los terremotos, una cosa con las cuencas de los ojos ennegrecidas y una enmarañada alfombrilla de cabellos que habían sido tan blancos como la piel de un cadáver ahorcado. Tendones y articulaciones esqueléticas asomaban por los agujeros de unas mallas harapientas, y la carne de la criatura era cuero pálido debajo de ellos.

Transcurrieron varios latidos arrítmicos antes de que Holden reconociese a la criatura. «Es el otro replicante —pensó, atónito—. La mujer...» No consiguió recordar su nombre. La sangre había empapado los cabellos incoloros, y las protuberancias



resecas de los mechones se fueron derritiendo en una masa rojiza a medida que las lluvias del monzón enredaban zarcillos pegajosos a lo largo del cuello de la cosa. Holden sabía que aquella criatura era la replicante de la que había estado enamorado Sebastián, el pequeño fenómeno de circo, la que había sido capaz de ir de un lado a otro en una pésima parodia de los seres vivos. Le había ocurrido algo, porque mostraba una herida similar a la de Batty: fragmentos blancos de hueso y tejidos cerebrales convertidos en gelatina eran claramente visibles a través de los catastróficos daños sufridos por el cráneo.

Estaba muerta, pero aún se movía. Holden la contempló con horror y repugnancia mientras algún ciego e inexplicable instinto atraía a la criatura que había estado viva hacia el otro cadáver. Sus manos se elevaron y acariciaron temblorosamente los ángulos ahuecados de la mandíbula de Batty. La cosa apoyó su mejilla destrozada en la suya, como si la boca, abierta para siempre, todavía fuera capaz de conceder un beso. La sangre y la lluvia se entremezclaron y lloraron a lo largo de las caras de los muertos.

Holden se estremeció mientras alzaba el arma para dirigirla hacia ellos. Ya no podía soportarlo ni un segundo más. Pero otra mano detuvo la suya, apartando el arma antes de que pudiera apretar el gatillo.

—No —dijo Deckard—. Déjalos en paz.

Holden permitió que el arma colgara fláccidamente junto a su costado mientras contemplaba cómo Deckard volvía al edificio de apartamentos vacío. El hilillo de adrenalina acabó de consumirse dentro de sus venas, y su cuerpo se fue doblando lentamente hasta caer sobre las piedras mojadas del suelo. Holden tragó aire y se dedicó a escuchar a su corazón, que latía erráticamente bajo el implacable contrapunto de la lluvia.

## 16

El muro que había debajo de él formaba un ángulo lo suficientemente pronunciado para que todo lo que estuviera suelto se fuera amontonando a un lado del apartamento-refugio. Unos momentos de búsqueda dieron como resultado la unidad de control remoto de los sistemas de seguridad del rotador. Deckard la cogió y fue hacia el vehículo.

Echó un vistazo por el panel lateral mientras el rotador ascendía y sobrevolaba el muro de autopista, y vio la diminuta silueta de Holden y, un poco más allá, el cadáver de Batty y a Pris. Un instante después se perdieron de vista. El rotador ganó altura y empezó a acelerar, su trayectoria rectilínea ya fijada. Las siluetas oscuras del mundo inclinado fueron quedando atrás a medida que las torres tachonadas de puntitos brillantes de la ciudad se iban elevando en el horizonte.

Ya estaba muy cerca de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell cuando el rectángulo iluminado por luces azules de la pista empezó a parpadear delante de él en la cima de una de las torres inclinadas, indicando que los sensores de la cubierta estaban respondiendo a las señales en código enviadas por el rotador. El haz de guía encontró su objetivo, y fue atrayendo a Deckard en la espiral descendente de los ángeles caídos.

«Tendría que haber cogido el arma» pensó. Podría habérsela quitado a Holden sin ninguna dificultad. Con los ojos cerrados, Deckard apoyó la cabeza en la fría pared del ascensor. Otro descenso, tal vez el último. Pero también sabía que no había ninguna necesidad de ir armado, y que fuera lo que fuese lo que tuviera que hacer allí podría hacerse con las manos desnudas.

Las puertas del ascensor se deslizaron a lo largo de sus guías para revelar la suite privada de Sarah Tyrell. Los inmensos espacios encolumnados se extendieron delante de él, con las sombras amontonándose en los rincones más alejados bajo la presión de las hileras de velas parpadeantes. Deckard no sabía si Sarah las había encendido o si el ir de un lado a otro enarbolando un cirio de sacristán y acariciando cada pábilo negro con la llamita formaba parte de los deberes nocturnos de algún



lacayo de la empresa. Daba igual. La suite estaba vacía, y las habitaciones interconectadas sólo contenían la presencia de Sarah. Deckard podía sentirla con tanta claridad como percibía la variación en la presión atmosférica nocturna sobre su piel.

Salió del ascensor, dejando que las puertas plateadas se cerraran detrás de él, y entró en una inmovilidad tan completa que su aliento hizo temblar las llamas de las velas del candelero de hierro forjado más cercano.

Pero había otra respiración y Deckard la oyó, un suspiro, como si alguien estuviera soñando. Se volvió hacia la cama y la vio, el rostro sobre la almohada de seda, la oscura cabellera extendida a lo largo de la curva de su hombro. Durante un momento su corazón permaneció totalmente inmóvil entre un latido y el siguiente mientras contemplaba a la mujer dormida, mientras su mano se extendía para acabar deteniéndose, titubeante, con las puntas de los dedos temblando a un centímetro de su pálida mejilla...

Había algo más en la cama, mucho más pequeño y oscuro. Era un peso metálico, con una parte de él moldeada para que se adaptara a la mano humana..., a su mano. Deckard cogió el arma y la sostuvo sobre la palma. O era su antigua pistola, o era otra idéntica. Los escasos gramos de diferencia le indicaron que había un cargador lleno dentro. El arma estaba lista para ser usada.

«Qué considerado por su parte...» Deckard deslizó el índice alrededor del delgado creciente lunar circundado por el protector del gatillo. Después estiró el brazo, dirigiendo el frío círculo de metal del cañón hacia la frente de Sarah Tyrell, dormida en la cama...

—¿Realmente harías eso?

Una voz, la voz de Sarah Tyrell, habló desde detrás de él.

Deckard se volvió y miró por encima del hombro. Una luz distinta a la de la aglomeración de velas acogió su mirada, y entonces vio que el escritorio del despacho, aquella recargada antigüedad, había sido colocado entre las columnas que marcaban el comienzo del dormitorio. Gruesos cables serpenteaban desde la parte de atrás de un monitor de vídeo de pantalla grande hasta el armarito mural que lo había contenido previamente. Una cámara controlada a distancia, el puntito rojo parpadeando sobre el objetivo, se volvió hacia él. En la pantalla del monitor estaba la imagen de Sarah, su cabellera alisada y recogida, una tenue sonrisa en sus labios mientras contemplaba la escena que tenía delante.

Deckard no dijo nada. Pero —despacio, con mucho cuidado— apartó el arma de la mujer, la otra, que dormía en la cama.

—No estaba segura de si lo harías. —La voz de Sarah volvió a surgir de la rejilla del monitor—. Así pues, pensé que sería mejor que tomara ciertas precauciones. Acabas de pasar por algunas experiencias bastante duras. Eso puede hacer que cualquier persona se vuelva... impredecible.

—La has traído aquí. —La simple constatación de un hecho, algo que había visto y acababa de entender—. Enviaste a alguien al norte para que la trajera. —Volvió a bajar la mirada hacia la mujer dormida, hacia Rachael, que dormía... y se moría—. No deberías haberla sacado del módulo de transporte. —La última vez que la había visto, Rachael estaba debajo de la tapa transparente del ataúd negro. Allí, el intervalo entre cada respiración se había podido medir en horas; aquí, Deckard podía ver cómo el pulso iba contando los segundos y los minutos bajo la suave piel de su garganta. Se volvió para fulminar con la mirada a la imagen-reflejo de la pantalla del monitor—. No le queda mucho tiempo.

—Estás hablando de un concepto relativo. —La imagen de Sarah sonrió—. Supongo que le queda más tiempo del que me quedaría a mí si hubiera sido lo bastante estúpida como para llegar a hacerme presente físicamente durante esta pequeña conversación. Así pues, espero que me perdonarás que utilice este artilugio, esta... separación electrónica interpuesta entre nosotros. Como te he dicho hace unos momentos, no sé qué eres capaz de hacer ahora. —Le contempló casi con compasión—. Nos hemos ido distanciando el uno del otro, ¿verdad?

Deckard sabía que se estaba burlando de él. El impulso de alzar el arma y atravesar el monitor con una bala era casi irresistible, y Deckard pensó que haría cualquier cosa para reducirla al silencio.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué la has traído aquí?

—¿Y por qué estás tan enfadado? —La cámara colocada encima del monitor cambió su enfoque durante unos momentos, y la lente encuadró a la figura que dormía en la cama para acabar volviendo a él—. ¿No es eso lo que querías? Querías volver a verla, ¿no? Pensé que eso quizá te haría feliz. ¿No es lo máximo que puede hacer una mujer? Vámos, Deckard... No hay humillación más grande, ¿verdad? Aun suponiendo que sea una copia exacta de mi persona... Bueno, aun así el caso es que sigue sin ser exactamente lo mismo.

Deckard contempló su imagen durante un momento.

—¿Y el arma? ¿Para qué querías el arma?

—No sabía qué podías llegar a hacer..., pero quería averiguarlo. Ese tipo de cosas son muy importantes, y siempre es bueno saberlas. —Una de las cejas de la imagen subió de manera casi imperceptible—. Tú también has descubierto unas cuantas cosas, ¿verdad?



—Todo lo que querías que averiguase.

—Oh, ¿sí? ¿Como qué?

Deckard estaba en una habitación iluminada por velas, con una mujer dormida junto a él en la cama y la imagen de la misma mujer, puntitos de fósforo y cristal luminoso, dentro de una caja metálica. Era como si los vivos y los muertos hubieran intercambiado sus puestos. Tuvo que cerrar los ojos, negándose a percibir todo lo que le rodeaba mientras volvía a organizar los elementos constitutivos de sus pensamientos antes de que se sintiera capaz de poder volver a hablar.

—No hay ningún sexto replicante.

Deckard abrió los ojos y clavó la mirada en el monitor.

—Quizá.

Los hombros de la imagen de Sarah se encogieron en un movimiento cuidadosamente neutral.

—Nunca lo hubo. Todo fue una cagada más de Bryant, una conexión defectuosa entre dos de sus células cerebrales... Un fallo de la lengua, demasiado alcohol. Cuando estaba borracho ni siquiera sabía dónde tenía la nariz.

La imagen meneó la cabeza.

—¿Y qué me dices de las informaciones que eliminó de los ficheros policiales? ¿Qué pasa con el informe sobre la fuga enviado por las autoridades de las colonias?

—Nunca he llegado a verlos. Fuiste tú quien me habló de ellos. —Dejó que la pistola colgara junto a su costado—. Y estabas mintiendo. Es así de sencillo.

—Ah. —La imagen de Sarah asintió lentamente—. Si ése fuera el caso... Entonces eso explicaría muchas cosas, ¿verdad? Después de todos los problemas que te he ocasionado, supongo que ya es un poco demasiado tarde para que te diga que he sido totalmente sincera contigo.

—Tienes razón. Es demasiado tarde.

La imagen le lanzó una mirada llena de tristeza y compasión.

—Pues entonces da igual que te diga que realmente existe un sexto replicante o que confiese que no existe. No me creerás. Ni sobre eso ni sobre ninguna otra cosa...

—Quizá no. Pero podrías empezar diciéndome algunas otras cosas. Como por ejemplo... Bueno, podrías explicarme por qué hiciste que Dave Holden también buscara a tu sexto replicante.



—Eso... fue idea de otra persona. Antes había contratado a Roy Batty. Me refiero al Batty original, al ser humano, no a un replicante..., o por lo menos que yo sepa. Creo que metió a Holden en el proyecto. Pero eso carece de importancia.

—Estoy de acuerdo contigo. —Deckard miró por encima de su hombro. Rachael se había movido en sueños, pero no se había despertado—. Especialmente ahora que Batty ha muerto..., otra vez.

—Por supuesto que está muerto. —La imagen de Sarah sonrió—. Lo supe tan pronto como ocurrió. Contaba con ciertas formas de conocer su estado de salud.

—Oh, estoy seguro de ello.

La imagen le contempló en silencio durante unos instantes.  
—¿Y fue ese el momento en que lo supiste?

Deckard asintió.

—Le vi morir. No ocurrió de la misma manera que con el otro. Tenía la mirada clavada en los ojos de Batty, y pude ver que no era un replicante... Pude ver que era humano, y que de todas maneras eso tampoco importaba.

—Ah. —Una sonrisa se formó sobre el rostro de la imagen—. Qué místico por tu parte, ¿no? ¿Y qué es lo que importa entonces?

—Meramente la pregunta —dijo Deckard—. ¿Por qué has hecho todo lo que hiciste? Conmigo, o con cualquier otra persona... Y por qué mataste a Bryant, claro.

—Sí... —La imagen asintió, aparentemente complacida—. Sabía que acabarías descubriendo quién mató a Bryant. Bien, hablemos claro: hace unos momentos me diste una descripción muy exacta de Bryant. Un alcohólico que empezaba a olvidar los detalles... No era una persona muy de fiar. No para mis propósitos, por lo menos. Prefiero que mis secretos estén bien guardados. Hubo un momento en el que Bryant era necesario para poner en marcha ciertos asuntos, y después se fue volviendo... cada vez menos necesario. Empezó a ser una carga, y tuvo que ser eliminado. —Otro leve encogimiento de hombros—. Y tuve que hacerlo. No porque sea la clase de cosas que me gusta hacer, desde luego, sino meramente porque me conocía. Se podría decir que Bryant había bajado las defensas.

—Muy bien. —Deckard asintió—. Tampoco es que esté llorando su muerte, entiéndeme. Y ahora responde a la otra pregunta: ¿qué razón podías tener para organizar una conspiración con el fin de eliminar a los blade runners? ¿O es que sólo querías asegurarte de que nadie podría localizar a tus queridos replicantes cuando se escaparan?

La mirada compasiva volvió al rostro de la imagen.



—No estás pensando con mucha claridad, ¿eh? Ya te lo he dicho en otras ocasiones, Deckard: tu gran problema es que no sabes cómo funcionan las cosas en este mundo. Si los blade runners fueran eliminados, y si pareciese que un replicante Nexus-6 misterioso e imposible de identificar no sólo había conseguido eludir su vigilancia sino que había matado a los blade runners en vez de dejarse matar por ellos..., entonces las autoridades de las Naciones Unidas pondrían fin a todas las actividades de la Corporación Tyrell. Pulsarían ese botoncito rojo, el que asegura la destrucción de nuestra peligrosa tecnología.

Deckard volvió a asentir.

—Ya me lo habías dicho.

—Y cuando dijiste que te había mentido tenías razón, Deckard. Ahora he de admitirlo. Te dije que quería que encontraras al sexto replicante y que salvaras a la Corporación Tyrell... —La imagen se inclinó hacia adelante en la pantalla del monitor, y su mirada se volvió todavía más penetrante y se clavó más profundamente en Deckard—. Esa era la mentira. Quería que fracasaras. No sólo quería que todos vosotros, tú, Batty y Holden, fracasaraís, sino que también quería que os matarais los unos a los otros. ¿Qué otra cosa podíais hacer? Si no había ningún replicante desaparecido al que encontrar, os volveríais los unos contra los otros. Los blade runners no serían los únicos en morir, porque cualquier otra persona capaz de seguir la pista de los replicantes huidos, como por ejemplo Roy Batty, también acabaría siendo eliminada. Y las autoridades de las Naciones Unidas se enterarían de lo que estaba ocurriendo, por supuesto. No sabrían cómo había ocurrido, pero sí que había ocurrido. Y eso bastaría..., para mis propósitos.

Deckard por fin lo entendía.

—Quieres que destruyan la Corporación Tyrell.

—Hace mucho tiempo que lo deseo. Y antes de eso... quería matar a Eldon Tyrell. Sí, quería matar a mi tío... De la misma forma en que él me había matado: lentamente, de adentro hacia fuera, trocito a trocito... Sabía que todavía había algo parecido a un alma dentro de él. No era gran cosa, pero por lo menos era algo que podía amar, llorar y sentir pena..., aunque sólo fuese un poquito. Eso era todo lo que quedaba dentro de él..., pero habría sido suficiente. Amó a Ruth, mi madre, pero la perdió. Su hermano se la arrebató. —Una sonrisa tan horrible como una herida de navaja apareció en el rostro de la imagen—. Más bien bíblico, ¿no te parece? A ese nivel de dinero y poder, dentro de este mundo en el que he vivido, no existen verdaderas complicaciones. Todo queda reducido a sus elementos más simples, a las historias más viejas... Las complicaciones son para las personitas insignificantes..., como tú, Deckard. Eso es lo que fuiste para Eldon Tyrell y para mí. Eso y nada más... —¿Y qué erais tú y..., y tu tío el uno para el otro?

—Si te respondiera diciendo que éramos amantes, te estaría dando una respuesta incorrecta. No, en realidad no éramos amantes... —La voz que surgía del monitor se suavizó—. La palabra quizá resulte adecuada si la empleas como eufemismo para referirse a la mecánica del incesto. Pero yo no le amaba..., y él no me amaba. Amaba a los muertos..., igual que tú. Amaba a los muertos porque los muertos son recuerdos. Donde la polilla y el óxido no corrompen... ¿No se dice así, Deckard? Mira detrás de ti.

Deckard hizo lo que le ordenaba la imagen y vio a la mujer dormida que se iba muriendo en la cama: el mismo rostro que en la pantalla del monitor, pero con los ojos cerrados, un rubor rosado en la piel por encima de los pómulos, una línea marcada en su frente, como si estuviera luchando con alguna pesadilla evocada por las palabras que se enredaban en la atmósfera inmóvil y estancada encima de su cabeza... Una de las manos de Rachael se había cerrado para formar un puño tembloroso sobre la almohada.

—¿Ves? —La voz de Rachael, pero no la voz de Rachael sino la de Sarah, un susurro desde el monitor—. Es como si ya estuviera muerta. Lo sabes, ¿verdad? Lo único que la mantiene aquí es el tiempo..., y el tiempo es algo muy pequeño e insignificante, Deckard. Y el recuerdo es mucho..., mucho más real. —El susurro se fue volviendo más tenue y suave, casi un beso en su oreja—. Ya te he hecho esta oferta antes. Podría ser para ti... lo que fui para mi tío. No el verdadero original..., no la mujer que amabas..., no la muerta. Pero podría acercarme bastante.

Deckard no dijo nada, como si no hubiera oído ni una sola palabra. Estiró el brazo y acarició la frente de Rachael, expulsando con su contacto a las pesadillas que habían turbado su largo sueño. Después puso la mano junto a su mejilla, rozándola muy suavemente, y las pestañas de Rachael temblaron sobre las yemas de sus dedos.

—Ya sabía que no querías. —La voz que surgía del monitor, ribeteada por un filo de amargura—. Nada puede hacerte cambiar de parecer, ¿eh?

—No...

Deckard habló sin volverse hacia la imagen de Sarah.

—Sabía que todo ocurriría de esta manera. Prefieres los muertos a lo vivos, lo falso a lo real, el recuerdo... a mí. —La voz se volvió más áspera e hiriente—. Igual que él. Por eso tuve que hacer todas esas cosas. Si pudiera unirme a los muertos, si me convirtiera en un recuerdo... Quizá entonces tendría una oportunidad.

Otra voz habló. Era la misma voz, y no lo era. Un susurro:

—Deckard...

Bajó la mirada y vio que Rachael había abierto los ojos y que le estaba mirando, tranquilamente y sin ningún temor, como había hecho en una ocasión anterior, hacía



ya mucho tiempo. Cuando Deckard la despertó de un sueño tan profundo como la muerte...

«¿Me quieres?»

El recuerdo, las palabras que Deckard había pronunciado en aquel momento.

«Te quiero...»

«¿Confías en mí?»

Se inclinó sobre ella y la besó.

—No te preocupes... —Puso las puntas de los dedos sobre sus labios antes de que pudiera decir nada—. Pronto nos iremos de aquí.

«Confío...»

—Muy conmovedor —dijo la voz de Sarah desde el monitor—. Admiro tu fidelidad, y no miento. Qué no daría yo por... —La voz guardó silencio durante un momento, y después volvió a hablar en un tono seco y áspero—. Tienes razón. Es hora de irse. Es hora de poner punto final... a todo.

Deckard miró por encima del hombro, volviendo los ojos hacia la imagen de la pantalla.

—¿Dónde estás?

—En este mismo edificio, contigo. —Se rió, una carcajada seca y carente de humor—. No me lo perdería por nada del mundo. Llevo demasiado tiempo esperándolo.

Fuera, visible a través de los ventanales del otro extremo de la suite, un zigzaguo de relámpagos surgió de las nubes que iban descendiendo poco a poco, lastradas por su propio peso. Un gorgoteo ahogado que casi estaba por debajo de los límites de la capacidad de audición humana vibró a través del aire expectante.

—¿Has oído eso?

La imagen volvió la mirada hacia un lado en la pantalla del monitor y escuchó en silencio.

—Es el trueno. —Las palabras de Deckard iban dirigidas tanto a la imagen como a Rachael, inmóvil junto a él—. Sólo es un trueno.

—Oh, no... —La imagen se volvió nuevamente hacia él. Sarah meneó la cabeza en una lenta negativa, los ojos gradualmente iluminados por... ¿el deleite?—. Está empezando. El fin de todo...

—¿De qué estás hablando?

Un dedo helado acarició la columna vertebral de Deckard.



—Siempre se te olvida todo. Te explico las cosas una y otra vez..., pero parece como si sencillamente no quisieras recordarlas. —Compasión en la mirada de Sarah, en su voz—. El botón rojo... Aunque en realidad no hay ningún botón rojo, nada que sea preciso apretar. Si fuera tan fácil, lo habría hecho yo sola... hace mucho tiempo. No, sólo hay una serie de órdenes transmitidas por las autoridades de las Naciones Unidas que inician la secuencia de autodestrucción, activando las cargas explosivas esparcidas por todas las estructuras de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell..., que es donde estamos ahora.

Otro ruido ahogado avanzó lentamente a través del edificio, y las llamas de las velas temblaron. Deckard se inclinó y deslizó el brazo alrededor del hombro de Rachael, atrayéndola hacia él.

—Deben de haber tomado su decisión. —La imagen habló como si estuviera saboreando cada una de sus palabras—. Las autoridades de las Naciones Unidas te han estado observando en todo momento. No tan de cerca como yo, desde luego, pero sí lo suficiente como para ser conscientes de los resultados de todas esas fútiles investigaciones. Tu búsqueda, la de Batty y la de Holden... Todas fracasaron. Ahora saben que ninguno de vosotros ha sido capaz de encontrar a ese sexto replicante desaparecido y, básicamente, que fuisteis derrotados por ese replicante.

—Pero también saben que todo son mentiras... Tienen que saberlo. —Deckard apretó con más fuerza el brazo de Rachael—. Todo ha sido un engaño organizado por ti, por tus propias razones secretas...

—Eso no les importa. Las Naciones Unidas llevan mucho tiempo buscando un pretexto para cerrar la Corporación Tyrell..., para eliminarla. Ahora ya lo tienen, y les da igual el cómo haya llegado a surgir ese pretexto. Todos esos cambios que llevan tanto tiempo queriendo introducir en el programa de colonización espacial por fin serán posibles. Se acabó la Corporación Tyrell..., y se acabaron los replicantes. —La imagen sonrió—. Como acaba de quedar demostrado, los replicantes son sencillamente demasiado peligrosos. Se nos parecen demasiado...

Una sacudida más fuerte recorrió el edificio. Deckard sintió que el suelo oscilaba debajo de sus pies cuando las columnas alineadas a lo largo de la suite empezaron a resquebrajarse por las bases. El arma, que quizá nunca le habría servido de nada, era totalmente inútil en esas circunstancias, y la arrojó a un lado. Rachael no opuso resistencia cuando Deckard tiró de ella, sacándola de la cama y poniéndola en pie.

—Así que ahora tendrás lo que quieres. —Deckard podía ver una luz ondulante, llamas y explosiones que desprendían masas de humo avanzando por los lados de las otras torres inclinadas—. Todo lo que había creado Eldon Tyrell será destruido.

Eso debería hacerte feliz.



—¿Feliz? No, no me siento feliz... —La imagen de Sarah meneó la cabeza—. Satisfecha, quizá. Y durante el escaso tiempo que aún podemos estar juntos...

Más potente, y ensordecedora. Apenas si consiguió mantenerse erguido y tuvo que dar un tambaleante paso hacia atrás, con Rachael pegada a él. Las columnas se desplomaron y cayeron al suelo mientras las paredes eran desgarradas, con masas informes de oscuridad apareciendo a través de los abismos que se iban agrandando a cada momento que transcurría. Un diluvio de fragmentos de cristal se esparció por las habitaciones cuando los ventanales se retorcieron en sus marcos y se hicieron añicos.

El escritorio se alzó delante de él y cayó al suelo, y el monitor se soltó de sus cables. Después, cayó al suelo y la pantalla reventó en un estallido de astillas resplandecientes, la voz bruscamente reducida al silencio.

—Vamos...

Deckard tiró de Rachael, llevándola hacia las puertas de la suite. Los paneles de madera tallada se habían abierto de golpe después de que las bisagras fueran arrancadas del quicio, y una espesa humareda estaba entrando por el hueco para acumularse debajo del techo.

Y al otro lado del umbral el corredor era un infierno lleno de ruidos, con las sirenas de alarma chillando mientras la luz roja palpitaba a través de los remolinos de negrura. El pozo del ascensor se abrió ante ellos, con un torrente de fuego surgiendo de los niveles inferiores. Mientras corrían, el suelo se inclinó repentinamente debajo de ellos. Deckard aterrizó sobre el hombro, resbalando por el suelo y atrayendo a Rachael hacia él. Una viga de acero, arrancada de sus anclajes, se abrió paso a través de los paneles del techo como una guadaña gigantesca, creando una trinchera de contornos irregulares a escasos centímetros de ellos.

Rachael quizá hubiera lanzado un grito de miedo y perplejidad, pero Deckard no tenía manera alguna de saberlo porque el ruido de las explosiones que iban trepando a través de los edificios había borrado su sentido de la audición. Quizá pensara que todo aquello formaba parte de la misma pesadilla en la que había estado atrapada antes de que Deckard la despertara. Le rodeó los hombros con un brazo y se incorporó, tambaleándose y tropezando a través del espacio salpicado de chispas para ir hacia la puerta de la escalera, que apenas era visible al otro extremo del corredor.

Estaban allí, debajo de él, Holden podía verlas, diminutas figuras humanas rodeadas por las formas mucho más grandes que se iban elevando hacia la oscuridad un poco



más negra de las nubes del cielo. Las otras torres ya se habían desplomado, su flanco desgarrado por las cargas secuenciadas, las estructuras de acero retorciéndose y desmoronándose sección por sección para acabar cayendo hacia el centro invadido por las llamas de lo que habían sido los cuarteles generales de la Corporación Tyrell.

La lluvia azotaba la cabina del rotador de carga, y los gruesos goterones del monzón siseaban y se convertían en vapor cuando chocaban con el infierno que había surgido del corazón de la ciudad. Holden jadeó en un desesperado intento de tragar aire mientras el pulso que latía dentro de su pecho se tambaleaba bajo la embestida del calor y se apoyó en los controles, tratando de dirigir al rotador a través de los anillos del huracán que ascendía hacia los cielos.

Había ido directamente hasta allí desde el mundo inclinado, y sólo había conseguido encontrarse con un mundo todavía más caótico. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, parecía irreversible y definitivo. Mientras obligaba al rotador a iniciar un tambaleante descenso, otra serie de explosiones se deslizó a través de la única torre que aún permanecía en pie, acercándola un poco más al momento en el que se derrumbaría sobre el centro derretido del complejo.

El repentino bamboleo del edificio hizo que las dos figuras perdieran el equilibrio. Holden volvió la mirada hacia el panel lateral de la cabina y reconoció a Deckard, su ex compañero, acompañado por una mujer de cabellos oscuros. Habían estado tratando de llegar al rotador estacionado sobre la cubierta de descenso del tejado, pero la última onda expansiva había puesto fin a su intento: el rotador vacío acababa de caer por el borde de la torre, precipitándose hacia las llamas para añadir otra explosión, más pequeña, a las que ya estaban haciendo temblar la ciudad.

Holden dejó caer la palma de la mano sobre el control de la escotilla de carga. Una ráfaga de calor y humo casi sólidos chocó con su espalda cuando la sección central del rotador de carga quedó abierta al vacío. Podía ver a Deckard, sosteniendo a la mujer con un brazo y alzando la mirada hacia él mientras hacía que el rotador fuera bajando lentamente. Holden conectó el piloto automático en la modalidad de flotación cercana y después se levantó del asiento y fue a la sección posterior, aferrándose a un mamparo tras otro para no caer.

—¡Deckard! —Se agarró al borde de la escotilla y estiró el brazo—. ¡Dame su mano!

La mujer de cabellos oscuros parecía apenas consciente, como si estuviera siendo asfixiada por las nubes de humo que brotaban del incendio. A través del rugido de las llamas, Holden pudo oír cómo sus pulmones artificiales siseaban y chasqueaban en un frenético intento de encontrar oxígeno. Deckard consiguió levantar a la mujer,

un brazo alrededor de la cintura, lo suficientemente arriba para que Holden pudiera agarrarla por la muñeca y el codo e izarla poco a poco hasta meterla dentro del



rotador de carga. No estaba inconsciente, porque cuando Holden la depositó sobre el suelo inclinado de la zona de carga fue capaz de agarrarse a las costillas metálicas para apartarse del agujero de la escotilla.

Holden volvió a estirar el brazo hacia la mano extendida de Deckard. Las puntas de sus dedos ya casi se tocaban cuando otra explosión, la más ruidosa y cercana de todas, atravesó los últimos paneles del techo que todavía permanecían en su sitio. Holden vio la erupción de luz cegadora una fracción de segundo antes de que su impacto cayera sobre el rotador y fue arrojado hacia atrás, aunque aún pudo ver cómo Deckard saltaba desesperadamente hacia la escotilla.

El rotador empezó a caer, descendiendo con el morro hacia abajo. La columna vertebral de Holden chocó con el acolchado del asiento del piloto. Holden se retorció frenéticamente, las manos atrapadas entre su cuerpo y los controles, mientras una bola de fuego que parecía haber surgido del interior del sol ascendía para engullir al vehículo. Lanzó una rápida mirada por encima del hombro y vio que la puerta de la escotilla se estaba cerrando. Deckard, los dientes apretados en una mueca de agonía, intentaba entrar en el rotador. La mujer gritó su nombre, estiró el brazo y le agarró por la mano y el antebrazo. El canto de la puerta desgarró la camisa de Deckard y la piel que había debajo de ella mientras la mujer tiraba de él. Deckard consiguió apoyar un pie en el borde de la escotilla, se lanzó hacia adelante en un último y convulsivo empujón y él y la mujer, de los cabellos oscuros resbalaron juntos por el suelo hasta chocar con el mamparo del otro extremo.

Y en ese mismo instante la bola de fuego fue hendida por la caída de la última torre. La corriente de aire ascendente hizo que el rotador de carga oscilase en un perezoso giro mientras Holden intentaba mantenerse agarrado a los controles. De repente se encontró contemplando las oscuras nubes de tormenta que flotaban sobre ellos y los torrentes del monzón que embestían la curva de cristal de la cabina, y puso los motores a máxima potencia con un brusco empujón del brazo. Después se aferró al asiento del piloto para resistir el incremento de las fuerzas gravitatorias mientras el rotador salía disparado hacia el cielo.

Y luego estrellas, un espolvoreo diamantino que iba de un confín del horizonte al otro, y silencio, con la tormenta ya muy por debajo de ellos. Holden consiguió inclinarse gradualmente hacia adelante hasta que sus manos pudieron llegar al panel de control, e interrumpió el ascenso del rotador para convertirlo en un vuelo nivelado.

—Espera... Déjame tomar los controles.

Deckard acababa de llegar de la zona de carga. Holden, jadeando de puro agotamiento, contempló en silencio a su ex compañero mientras Deckard se instalaba en el asiento del piloto. El corazón biomecánico implantado en su pecho vibró y



tembló durante unos momentos más, y después acabó sumiéndose en un ritmo más lento y estable.

El vehículo inició un lento giro mientras las manos de Deckard se movían sobre los controles. La lluvia había convertido su pelo en una lámina negra pegada a su frente, y la herida abierta en un pómulo iba diluyendo líquido rosado a lo largo de su cuello. La gabardina empapada se le había adherido al cuerpo como una mortaja húmeda. Deckard clavó los ojos en la pantalla de navegación, e inició un suave descenso que llevó al rotador de carga a través de las nubes.

Después redujo la velocidad al mínimo en el instante en que salieron de entre las nubes justo encima de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell..., o de lo que había sido la Corporación Tyrell. Toda una gigantesca sección cuadrada acababa de ser extirpada del centro de Los Angeles y había sido transformada en lo que parecía la boca de un volcán surgido al nivel del suelo. Las ráfagas de viento y las lluvias del Pacífico que saturaban el aire de humedad habían conseguido que las llamas retrocedieran lo suficiente para revelar el esqueleto retorcido de las vigas y las redes estructurales distorsionadas a que habían quedado reducidas las torres.

Puntos negros, lo que parecían los seres humanos desde aquella altura, y las formas más grandes de los vehículos de emergencia se apelotonaban alrededor del perímetro del apocalipsis, y el gemido ululante de las sirenas atravesaba la noche.

Holden miró hacia abajo, intentando ver algo entre los hilillos de agua con forma de serpiente que se deslizaban por el cristal de la cabina.

—¿Qué demonios ha causado todo eso?

Deckard volvió a alargar las manos hacia los controles y apartó la mirada de la escena que tenían debajo.

—Un punto de vista equivocado —murmuró mientras daba gas a los motores.

Unos minutos después —o quizá fuesen horas, porque Holden había perdido toda noción del tiempo y había mantenido los ojos cerrados mientras el rotador sobrevolaba la ciudad a toda velocidad— sintió que el vehículo iba decelerando y volvía a descender. Iban a aterrizar. Abrió los ojos y vio un árido paisaje del desierto, plateado por la luna y las estrellas. El regreso de la estación de los monzones todavía no había llegado tan lejos, y sus efectos aún no se habían extendido hasta aquella zona. No había edificios ni vallas, y resultaba obvio que el Centro de Reciclaje al que le había llevado Batty se encontraba a bastantes kilómetros de allí.

Deckard apagó los motores un instante después de que el rotador de carga se posara sobre la arena y los guijarros. El silencio del paisaje vacío atravesó el cristal de la cabina. Deckard se volvió hacia Holden.

—Tenemos que hablar.



Movió otro control y los paneles laterales giraron sobre sus secciones.

Mientras se alejaban del rotador, dejando huellas sobre la arena, Holden sacó el arma del bolsillo de su chaqueta.

—Podría llevarte a la comisaría de policía y entregarte. Supongo que ya lo sabes, ¿no?

—Claro. —Deckard le miró—. Pero no lo harás.

—Supongo que no. —Holden guardó el arma—. Ese maldito Batty... Me ha dejado hecho un buen lío. En estos momentos no sé si soy un replicante o un ser humano. —Meneó la cabeza, como si aún no hubiera conseguido entender muy bien lo que había

ocurrido. Las personas como nosotros siempre tenemos que hacer un pequeño esfuerzo de fe para poder creer que somos humanos. Supongo que es algo que forma parte del oficio.

—No nos ocurre sólo a nosotros. —Una sombra oscura se deslizó a través de la voz de Deckard, desplegándose como si fuera el producto de una larga y sombría reflexión—. Es igual para todo el mundo, tanto si son humanos como si no lo son.

—Ya... Quizá tengas razón. —Holden no estaba muy seguro de entender de qué estaba hablando su ex compañero—. Pero creo que lo que voy a hacer es entregarme a la policía. Quizá ellos podrán decirme qué soy. No es que importe mucho, naturalmente.

—Como quieras.

—¿Qué vas a hacer? —Se detuvo y señaló el rotador de carga con una inclinación de la cabeza—. ¿Esa mujer es...?

—Rachael. Es Rachael. —Deckard cerró los ojos durante unos momentos y acabó asintiendo lentamente—. La otra... Sarah ha muerto. Murió en la Corporación Tyrell. Es lo que quería.

Las nubes negras se habían ido acumulando en el oeste, y sus oscuras masas ya ocultaban las estrellas más cercanas al horizonte. No pasaría mucho tiempo antes de que las tormentas barrieran el desierto, empapándolo hasta las cordilleras y más allá de ellas.

—¿Vas a intentar huir? ¿Tratarás de huir con ella? —Holden sintió que un extraño escalofrío se infiltraba en su corazón artificial—. Si vuelves a ir hacia el norte... No se lo diré. Irán en tu busca y te encontrarán, pero no será por nada que yo les haya dicho.

—No... —Deckard meneó la cabeza—. No iremos al norte. No queda lo bastante lejos...



Holden vio cómo echaba la cabeza hacia atrás, los ojos casi totalmente cerrados. Una aguja de luz azulada rozó la gota de agua que se había ido deslizando poco a poco junto a su frente.

—Tendremos que ir más lejos... —Su voz era un murmullo, y el viento que removía las arenas del desierto casi se llevó las palabras—. Tendremos que ir tan lejos como podamos...



## Después

El funcionario les devolvió la pequeña carpeta de cuero azul, sonriendo mientras se la alargaba por encima del mostrador.

—Espero que tengan un viaje agradable, señor y señora Niemand. —Les contempló con afable amabilidad, aunque eso sólo era parte de su trabajo—. Y espero que encuentren todo lo que están buscando.

—Gracias. —Deckard guardó la carpeta (que lucía el sello de los servicios de emigración de las Naciones Unidas, junto con letras en relieve dorado que anunciaban ¡una nueva vida!) en el bolsillo interior de su chaqueta—. Estoy seguro

de que así será.

Cogió la bolsa de viaje que había dejado junto a él. Un nudo se disolvió dentro de su estómago. Conseguir que les sellaran las tarjetas de identificación y los otros documentos falsos había sido la última barrera que debían superar. Deckard dio la espalda al mostrador.

—Vamos, cariño. No queremos perder el vuelo.

Rachael no le soltó el brazo ni un solo instante durante todo el trayecto por los corredores de la terminal espacial de San Pedro. Escenas de la vida feliz en las colonias, —Norman Rockwell mezclado con las primeras etapas del realismo soviético, niños que juegan y campos de trigo— se sucedían a lo largo de las relucientes paredes cromadas. Y cuando estuvieron a bordo de la nave, Rachael apoyó la cabeza en el hombro de Deckard, como si ya estuviera fatigada por los rigores del vuelo.

Después mantuvo los ojos cerrados durante el pequeño discurso sobre los distintos procedimientos de seguridad pronunciado por un par de auxiliares de vuelo uniformados. Podía haber estado dormida. Deckard dejó que su mano reposara en la suya: si prestaba mucha atención, podía percibir el aleteo del pulso en su muñeca.



Una suave y temblorosa vibración acabó extendiéndose por toda la cabina. Deckard estiró el cuello para mirar por encima de los respaldos de los asientos. Aparte de ellos sólo había unos cuantos pasajeros más, todos emigrantes.

—Estaba soñando...

Los párpados de Rachael acababan de abrirse. Miró hacia arriba.

—¿Y qué soñabas?

Rachael meneó la cabeza.

—No lo recuerdo.

Volvió la mirada hacia la ventanilla redonda que había junto a ella. En realidad no era una ventanilla sino una simulación, creada por una conexión de vídeo con una de las cámaras exteriores de la nave. El Pacífico de color gris pizarra se extendía hasta el horizonte, con su curvatura ya claramente visible.

—«Y de la Tierra partiremos veloces, para ascender a nuestra morada natal...» — dijo, su voz un murmullo.

Una vieja canción. Transcurrió un momento antes de que Deckard reconociera el himno protestante. Las palabras evocaron un recuerdo; no de la infancia sino de otro mundo, del que estaba limitado por las rugosas paredes de madera de la cabaña perdida en las tierras salvajes del norte, y de aquel otro momento, cuando una mujer se había inclinado para mirar a través del cristal de un ataúd negro y contemplar el rostro que había sido un reflejo dormido del suyo. En aquel entonces Sarah Tyrell había recitado otro himno. Pero Deckard también conocía aquel himno, igual que conocía éste.

—«Digamos adiós a nuestro miedo y a nuestras penas...»

El título del himno, en voz alta y casi sin darse cuenta.

Rachael se volvió y le miró. Sus ojos se abrieron un poco más, como si acabara de comprender algo, como si por fin fuera consciente de lo que había revelado con sus propias palabras.

—No te preocupes. —Deckard apoyó la cabeza en el respaldo del asiento—. No tiene ninguna importancia.

Y palabras de aquel pasado tan lejano siguieron volviendo a su mente.

«Pronto recuperaremos nuestro hogar; la ciudad de los santos aparecerá, y llegará el día de la eternidad...»

Cerró los ojos, la mano de Rachael inmóvil entre sus dedos.



Le dieron un nuevo corazón, uno más nuevo y de primera calidad, mejor que aquel con el que había nacido, y también le dieron un nuevo trabajo —un trabajo fácil, por lo menos durante un tiempo—, que consistía básicamente en ir atando los cabos sueltos para los archivos del departamento.

Comprobó su pulso, su presión sanguínea y la mezcla de oxígeno de sus pulmones artificiales con un vistazo a los diodos miniaturizados que le habían implantado en la muñeca. Todo estaba en orden, y Dave Holden no sintió ningún cansancio mientras subía por el sendero que empezaba en el sitio donde había dejado el rotador de la policía. Las agujas de pino secas rodaban bajo sus pies a cada paso que daba. Pequeñas criaturas vivas se apresuraban a huir para internarse en la profunda y oscura sombra del bosque.

La cabaña era un montón de cenizas y tablones calcinados, tal como había esperado. Los hombres que trabajaban para Sarah Tyrell dieron todos los detalles sobre la misión que los había llevado hasta allí, la última que les había en cargado. Contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían dejado tras ellos. Holden alzó la cámara y tomó unas cuantas fotos con propósitos de documentación.

Después pasó por encima de lo que había sido el umbral de la puerta de la cabaña y contempló el rectángulo negro: cristales entre las cenizas, los restos de una ventana resquebrajada por el calor, una estufa de hierro volcada, las formas de lo que quizá hubieran sido una silla y una mesa de madera antes de que el fuego hubiera empezado a retorcerse a su alrededor...

Y algo más, intacto. Estaba en perfecto estado: los hombres se habían asegurado de ello, tal como se les había dicho que debían hacer. Sacaron de la cabaña el ataúd negro, el módulo de sueño para transportes, y se lo llevaron lo suficientemente lejos para que no corriera ningún peligro, y después lo devolvieron al sitio en el que había estado antes junto con lo que contenía, que ya ni dormía ni agonizaba y que había pasado a estar más allá de todo aquello.

Holden bajó la mirada hacia la tapa de cristal del ataúd y contempló el rostro de la mujer: ojos cerrados, oscura cabellera extendida sobre la almohada de seda... «Rachael», pensó. Sabía que era ella, la mujer a la que había amado Deckard, su ex compañero. Siempre lo había sido.

Una ojeada al panel de control del módulo de transporte le había mostrado que todos los procesos vitales se habían detenido, y que todos los signos vitales estaban en cero. Los mecanismos de sustentamiento del ataúd habían sido desconectados. No era un asesinato —al menos no técnicamente—, sino un procedimiento autorizado aplicado a un objeto propiedad de la Corporación Tyrell.



Holden no sacó ninguna foto del ataúd negro. No necesitaba hacerlo. En la imagen de su memoria, Rachael podía seguir durmiendo.

Y mientras volvía por el sendero que llevaba al rotador, andando despacio y sin apresurarse, empezó a hacerse preguntas. ¿Por qué habían dejado allí a Rachael? ¿Por qué la habían dejado de aquella manera, perfectamente intacta?

Sabía, o podía adivinar, por qué Sarah había hecho todo lo demás, por qué había organizado toda aquella charada fingiendo que era Rachael, dormida en la cama de la suite privada de la Tyrell mientras el persinto —la réplica de sí misma generada por ordenador en tiempo real, una simulación de Sarah Tyrell capaz de hablar y de responder a las preguntas que le hicieran— aparecía en la pantalla del monitor de vídeo. Los restos humeantes de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell contenían las pruebas suficientes para revelar lo que había hecho. Era el mismo truco que la policía había usado antes con Deckard en el despacho lleno de mugre y desorden de la comisaría central para hacerle creer que Bryant aún estaba vivo. Deckard había sabido darse cuenta de que le estaban engañando, y resultaba extraño que se hubiera dejado engañar por la pequeña mascarada de Sarah.

Holden pensó que en el fondo todo se reducía a conseguir lo que querías. Un halcón trazó un círculo en el cielo y desapareció. Sarah había hecho precisamente eso, ¿no? Había conseguido lo que quería. Convertirse en Rachael, ser amada...

Y quizá Deckard también había conseguido lo que quería. Holden ya había pensado en ello antes, cuando comprendió por primera vez lo que había ocurrido. Después de todo, Deckard quizá no se había dejado engañar ni por un solo instante.

Subió al rotador de la policía y dejó que la cabina de cristal quedara sellada a su alrededor. «Quizá consiguió lo que quería —pensó—. De alguna manera, de alguna forma... Quizá lo consiguió.» Aunque en realidad no importaba.

Y un instante después el rotador subió por el cielo, poniendo rumbo hacia el sur y hacia Los Ángeles.

\* \* \*

Título original: *Blade Runner 2: The Edge of Human*

Traducción de Albert Solé

© 1995 by K. W. Jeter

© 1997, Ediciones Martínez Roca, S. A.

ISBN 84-270-2280-8



*Scan Cnmcleod – V.1 Sagitario*

